

Cristina Palomar Verea

EN CADA CHARRO, UN HERMANO

LA CHARRERÍA EN EL ESTADO DE JALISCO



LAS
Culturas
Populares
DE JALISCO

Culturas^{LAS}
Populares
DE J A L I S C O

EN CADA CHARRO, UN HERMANO



Cristina Palomar Vereá

EN CADA CHARRO, UN HERMANO
LA CHARRERÍA EN EL ESTADO DE JALISCO

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO
2004

La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco agradece a Editorial Ágata, *El Informador* y la Dirección de Culturas Populares e Indígenas del Conaculta por su apoyo para la realización de la colección *Las Culturas Populares de Jalisco*. Asimismo extiende un especial agradecimiento al Ciesas Occidente y a Ricardo Zermeño Barba, Oscar Mario Ruizesparza Herrera y a la familia Zermeño de la Torre, por su valiosa participación en este volumen.

Primera edición en español, 2004

Por el texto:

D.R. © Cristina Palomar Vereá

Por la edición:

D.R. © Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco

Cabañas 8, Plaza Tapatía

44100 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 970-624-349-6

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO	9
PRÓLOGO	11
AGRADECIMIENTOS	13
INTRODUCCIÓN	17
EL ESPECTÁCULO CHARRO	35
EL DÍA DEL CHARRO	36
<i>Las fiestas patrias</i>	41
LA CHARREADA	47
LOS TRAJES CHARROS	69
LA PRODUCCIÓN IMAGINARIA DEL CHARRO	87
LA CHARRERÍA EN EL IMAGINARIO NACIONAL	87
INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA CHARRERÍA	98
<i>Personajes, asociaciones y lienzos</i>	104
LA CHARRERÍA EN LOS OJOS DEL MUNDO	119
«PATRIA, MUJER Y CABALLO»: JALISCO Y SUS CHARROS	131
ASOCIACIONES Y LIENZOS	134
VALORES Y CREENCIAS DE LOS CHARROS	149
<i>Espíritu familiar</i>	154
<i>Patriotismo y nacionalismo</i>	161

<i>La tradición</i>	168
<i>El amor al caballo</i>	181
LA CHARRERÍA: ESPACIO DE PRODUCCIÓN Y DE ACTUACIÓN DE GÉNERO	189
LA CHARRERÍA Y LAS MUJERES	195
LAS ESCARAMUZAS CHARRAS	204
LA MASCULINIDAD Y LA CHARRERÍA	228
LOS CHARROS Y LOS ANIMALES	234
COMENTARIOS FINALES	237
BIBLIOGRAFÍA	247

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO

Jalisco en su historia, en su amplia geografía, en el temperamento e ingenio de su gente, ha sido un pueblo creador de arraigadas tradiciones, de modos de ser, de costumbres, que han conformado a lo largo de los tiempos, elementos culturales que han contribuido a forjar los símbolos de la identidad nacional.

La fortaleza de las culturas populares e indígenas de los jaliscienses ha trascendido los siglos y sigue siendo sustento importantes de la mexicanidad. Por ello, era inaplazable emprender un amplio programa de investigación con el concurso de académicos, promotores culturales, estudiosos del acontecer cultural rural, indígena y urbano, para que reunidos en un equipo humano, profesional e interdisciplinario, registren en letra impresa, el estado que guardan las culturas del pueblo jalisciense, en su diversidad, en su constante transformación, en sus arraigados mitos y en sus nuevas manifestaciones, insertas en la globalización, a la que nuestro país se incorpora aceleradamente.

Los investigadores y coordinadores de este trabajo enciclopédico consultaron libros y bibliotecas y caminaron por las diversas montañas de la geografía jalisciense, para escuchar de viva voz y ratificar con su presencia el acontecer cultural de los danzantes y mariacheros, los modos de hablar, las leyendas y personajes, la música y los bailes, la charrería, los deportes y las diversiones, las culturas indígenas, la literatura y el teatro, la religiosidad, las artesanías, el arte en las calles y las plazas y todas las expresiones culturales del pueblo que en el pasado y en el presente son la esencia de las culturas jaliscienses.

El Gobierno del Estado pretende que esta colección bibliográfica sea un valioso apoyo para que los jaliscienses conozcamos nuestras propias manifestaciones culturales y para que futuros investigadores puedan hurgar en nuestras raíces históricas y sus constantes transformaciones.

Este esfuerzo de la Secretaría de Cultura, a través de su Dirección General de Fomento y Difusión, y de su Dirección de Culturas Populares, es de gran valor por haber concertado con importantes instituciones académicas y con prestigiados investigadores, un estudio integral que consigna en sus 17 volúmenes las expresiones culturales del pueblo jalisciense, producto del talento y del corazón palpitante del pueblo, pero sobre todo, de la transmisión oral y cotidiana de tradiciones y costumbres que han mantenido varias generaciones de jaliscienses.

Sin duda la charrería es un símbolo de inimaginable valor y trascendencia para Jalisco y México. Incluso en nuestros días, la charrería sigue siendo un inevitable referente cultural mediante el cual el mundo entero se acerca al conocimiento de nuestras tradiciones. En este libro de la doctora Cristina Palomar Verea, como investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Occidente), realiza un itinerario de temas que nos acercan al universo charro: su historia, sus cambios a través del tiempo, sus hombres y mujeres, sus suertes, su identidad, sus atuendos, su concepción de la vida, su relación con los animales, sus organizaciones regionales y nacionales, hasta relatar sus problemáticas contemporáneas.

Por tanto, esta obra ha de ser un importante estímulo para que conozcamos y valoremos en mayor medida su tradición que decimos, es nuestro orgullo: la charrería.

Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

PRÓLOGO

Con más gusto que buenas maneras literarias, respondo con estas líneas al encargo de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, hecho a través de Ignacio Bonilla Arroyo, para escribir el prólogo de este interesante libro.

Lo primero que debo decir en virtud de ser honesto, es que cuando tuve en mis manos el texto completo ya listo para su edición, experimenté una gran sorpresa por su contenido. La razón se debe a que tuve la cortesía de parte de la Dra. Cristina Palomar Vereá, de ser entrevistado a fin de exteriorizar mis puntos de vista sobre el tema. Durante aquella charla, jamás calculé ni la profundidad ni los alcances contenidos en su investigación.

Conversando con ella me formé la mejor de las impresiones, sentí estar frente a una gran profesional, imaginándome que el resultado aportaría un trabajo de carácter histórico de la charrería. Sin embargo, al darme cuenta de mi desorientada percepción, la sensación de sorpresa se transformó en gran interés, significativamente igual al que experimenta quien descubre algo distinto, algo nuevo y, además, inteligente.

Identifico yo que uno de los grandes problemas que nos propone el existencialismo es el preguntarnos ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?, ¿qué queremos?, además de plantearnos otras tantas preguntas más o menos complicadas, y en ocasiones sin respuesta para quienes ignoramos si somos realmente lo que somos.

Cristina Palomar identifica, estudia, revisa, analiza, investiga y, finalmente, define al charro y la charrería desde ópticas tan diversas como objetivas, al mismo tiempo que diagnostica describiendo su percepción de todo lo que en-

cuenta en el charro y en su medio, haciéndonos experimentar a los charros la sensación del que se mira en un espejo.

Resulta excesivamente interesante para cada uno descubrir cómo somos vistos desde afuera, y relacionar esa visión con la que tenemos de nosotros mismos. En este libro, *En cada charro, un hermano: la charrería en el estado de Jalisco*, su autora nos obsequia esa extraordinaria posibilidad y nos responde las preguntas que tal vez nunca nos hemos hecho, pero sobre todo permite que, con nuestras actitudes y nuestras conductas, con los conceptos que manejamos y los símbolos que tenemos, seamos los mismos charros los que retratemos y describamos la charrería. Cristina Palomar solamente nos traduce y de vez en cuando nos da un jalón de orejas al decirnos una que otra de nuestras verdades.

Quiero terminar estas líneas señalando la importancia de que, desde el Gobierno, se promuevan estas investigaciones y se plasmen de manera desinteresada, libre y objetiva, para lograr la divulgación de la cultura popular y, en este caso, para acrecentar el acervo literario sobre la charrería. Por todo ello, mi reconocimiento y mi gratitud para la autora, amigos de a caballo. Por eso, como decimos los charros: ¡Ya viniera!

Dr. Jorge Octavio Rivera Castañeda
Presidente de la Federación Nacional de Charros, A.C.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco la invitación a participar en la colección sobre las culturas populares del estado. También agradezco al Dr. Agustín Escobar, subdirector regional de Ciesas, haber hecho el enlace. Igualmente estoy en deuda con la Universidad de Guadalajara por el apoyo proporcionado para la investigación.

Estoy muy agradecida también con los miembros de la comunidad charra que accedieron a conversar conmigo y que me facilitaron distintos tipos de información para poder realizar este trabajo. Particularmente, quiero mencionar a don Pablo Barba; al Ing. Hugo Barragán; a doña Blanca Barba; a don Alfonso Rodríguez Martín del Campo; al Lic. Alejandro Palacio; a Ana María Zermeño; a Gabriel Sánchez Sánchez; al Dr. Jorge Rivera; a Adán Leyva; a Cecilio Rameño; a Toni Barba; a Salvador González, y muy particularmente a Sarita Piña.

Asimismo, estoy agradecida con Alfredo Rico por el trabajo de transcripción y apoyo general en la investigación. Agradezco también a Carlos Palomar su trabajo fotográfico y su compañía en algunas de mis andanzas por el mundo charro.

Y agradezco, en fin, a quienes han acompañado con interés el proceso de investigar y de escribir el presente trabajo.

...todas las genealogías aparecen —y aparecen inevitablemente— en el momento histórico en que el nacionalismo dejó de ser percibido como una ruptura con el pasado, y fue moldeado a partir de otros nacionalismos y repensado como expresión de una profunda continuidad con el pasado. Estas concepciones han demostrado ser extraordinariamente sugerentes a lo largo de periodos de tiempo notablemente largos; mucho más largos que la propaganda y los lemas políticos ordinarios. La razón de ello, me parece, es que cuando el nacionalismo emerge, hacia finales del siglo XVIII, no representa una «nueva ideología», sino un profundo cambio en el marco de referencia, más aún, de conciencia. Y como toda transformación profunda en la conciencia, inevitablemente dio lugar, con el tiempo, a sus propias amnesias y remembranzas particulares.

Benedict Anderson (Noriega, 1994: 100)



INTRODUCCIÓN

La imagen que representa la *mexicanidad* es la figura del charro, ese varón que usa un traje propio para montar a caballo, un sombrero de ala ancha y que lleva una soga, además de una pistola. Esta imagen ha dado la vuelta al mundo y es reconocida en todas partes como propia de México, a pesar de la pluralidad cultural y étnica de la nación. Sin embargo, el charro es, sobre todo, el representante de los pobladores de la región occidente de México, específicamente del estado de Jalisco, al igual que el jarocho representa al estado de Veracruz y la tehuana a la región del Istmo. Es decir, se trata de un estereotipo particular que representa a un amplio y variado territorio, para producir una imaginaria homogeneidad sobre la enorme diversidad real; la idea es producir justamente esa imagen que hoy se repite, de que «Jalisco es México».

El hecho de que esta específica imagen haya sido propulsada a los escenarios nacionales e internacionales como representante de «lo mexicano», responde a distintos motivos y entraña diversos sentidos que ya han sido explorados antes (Carreño, 2000 y Pérez, 1994), pero que retomaremos en este trabajo para comprender qué tienen que ver tanto con la conformación de la nación mexicana como con el proceso de la construcción del Estado moderno mexicano después de la Revolución, al igual que con la producción de los discursos nacionalistas y de la identidad mexicana. Una mirada antropológica al interior del vigoroso y complejo mundo charro del estado de Jalisco deja ver, como en un laboratorio, los elementos que han acrisolado uno de los discursos sobre el nacionalismo mexicano, y que, al mismo tiempo, brinda diversas pistas para entender las crisis de las identidades de nuestros tiempos y los procesos intensos de transformación de un mundo globalizado.

El occidente de México es una región que ha tenido un papel particular en la historia nacional. No obstante, el rasgo que ha definido su relación con el poder central ha sido la rivalidad, que data de siglos y perdura hasta nuestros días. No se trata solamente de una rivalidad política, sino también económica y cultural, que parece tener su origen en la Colonia, cuando esta región adoptó una posición autonomista que condujo a producir un estilo de vida muy propio, radicalmente distinto, en muchos aspectos, al resto del virreinato y a su capital, y que se vio garantizado, hasta cierto punto, por la distancia geográfica entre México y Guadalajara, pero también por la creación de una Audiencia para la Nueva Galicia en 1548 (Olveda en Murià *et al.*, 1987: 292 y ss.), que le daba de hecho un estatus, frente a la Corona, equiparable a la que tenía la Audiencia de la Nueva España. En épocas posteriores fueron muchas las situaciones en que la señalada posición autonomista se fue reafirmando, llegando a expresarse clara y abiertamente en 1823, cuando la provincia de Guadalajara optó por convertirse en «Estado Libre y Soberano» por acuerdo de su Diputación Provincial, la cual manifestó no tener «zelos infundados» de la Ciudad de México, y que Jalisco deseaba «figurar tanto como ella, ser independiente y gobernarse por sí sola porque sabe que puede conseguirlo manteniéndose dentro de los límites que prescribe la justicia».¹

Según algunos autores, la mencionada rivalidad occidente-centro, que aún en nuestros días se manifiesta de distintas maneras, tiene su origen en la mismísima fundación de la Colonia. Relata García Oropeza que:

A diferencia de la Ciudad de México, eternamente capital imperial, nacida para el mando, o de otras metrópolis novohispanas, sustentadas en sus riquezas mineras o en su ubicación a lo largo de ricas rutas de comercio, Guadalajara es un poco el fruto de un capricho... o de un resentimiento. Y es que nació para ser capital de un reino fallido, el

¹ «Manifiesto que exhorta a la adopción del sistema federal» de la Diputación Provincial, Selección de documentos e introducción de José Ma. Murià, México, INAH, 1973. Col. Científica núm. 4, p. 34.36, citada en: José María Murià, Cándido Galván y Angélica Peregrina (comps.), *Jalisco en la conciencia nacional*, Tomo I. Ed. Gobierno del Estado de Jalisco e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1987, pp. 290-291.

«de la Mayor España», con el que Nuño Beltrán de Guzmán pretendía competir con aquel de la Nueva España, que había creado con su genio Hernán Cortés. Don Nuño, uno de los villanos más logrados entre los conquistadores del siglo XVI, tras sus excesos en la Audiencia de México, se dio, impulsado por la ambición y por la envidia, a la tarea de descubrir y conquistar un reino occidental y norteño en el continente vacío, que se extendía desde las fronteras de las culturas colimota y tarasca hasta, teóricamente, el borde de lo que sería el Canadá, y pretendía, además, que éste tuviera ciudades de oro y tribus de amazonas. A pesar de que el reino de la Nueva Galicia (como terminó llamándose, más modestamente que «la Mayor España») no llegó a superar a la metrópoli fundada por Cortés, sí fue un «reino» extenso, aunque nada opulento. Para gobernarlo hubo que inventar una capital que vendría a llamarse Guadalajara, en homenaje a la castellana y mediocre ciudad natal de don Nuño. El terrible conquistador, por cierto, no la vio nacer, porque ya le causaba conflictos la justicia del rey en España. Pero Guadalajara se quedó en medio de un valle del occidente... [y] se distinguió desde el principio por tres cosas: ser pobretona, institucional, pero, eso sí, muy criolla (García, 2002: 8).

De esta manera se describe la sociedad del occidente mexicano, y particularmente de Jalisco con su capital Guadalajara, que ha sido cuna de hombres y mujeres cuyas aportaciones a la cultura nacional han sido notables en distintos campos. Se ha llegado a describir a esta sociedad con rasgos particulares, entre los cuales resalta la importante población de origen criollo, y como generadora de un estilo de vida particular estrechamente vinculado con lo que fue, durante mucho tiempo, su principal actividad socioeconómica y que imprimió un carácter cultural específico a sus pobladores: la agroganadería que conjuga un estilo de vida, una tradición y una mentalidad específicos, unidos a dos elementos fundamentales: la presencia del caballo y la figura de sus charros.

El charro es, pues, el jinete de la región occidente de México, y ha sido comparado en distintos momentos con sus colegas de otros países: los llaneros venezolanos y colombianos, los gauchos argentinos y brasileños, el guaso de Chile, el chalán del Perú y el cabanero de Costa Rica. Su común denominador es el uso del caballo en su principal actividad, la agroganadera. También comparten el uso de la soga, y se imagina una similar finalidad en su existencia basada en la relación de estos personajes con el caballo y el trabajo con el ganado, y asociada con la idea romántica de libertad, trashumancia y vida en el campo:

[El charro, el gaucho y el llanero] Estos tres tipos de hombres criollos, de a caballo, atrevidos, románticos y soñadores que habitan desde las montañas cordobesas hasta el bajo Panamá, desde el estuario del Plata hasta la Patagonia, y las inmensas pampas de la Argentina, y las regiones del extremo sur del Brasil, las antiguas provincias de Apure, Barcelona, Caracas y Guayana en Venezuela y del Suchiate hasta el Bravo, atravesando por entero las escabrosidades de la Sierra en México, son como hijos de una misma madre. Desconocidos los unos de los otros, los atrae la sangre criolla que han derramado por la libertad de sus pueblos. Solitarios habitantes del desierto de la América Austral, o de las fértiles llanuras cubiertas de ganado de la provincia de Córdoba, los gauchos tienen el mismo sentir de sus hermanos los llaneros y los charros... Con variantes casi imperceptibles, el gaucho, el llanero y el charro presentan las mismas características, tienen las mismas virtudes y los mismos vicios. Hechos al peligro, lo desafían inconscientemente; sus faenas fortalecen su cuerpo a la par que sus sentidos se afinan; su valor constantemente ejercitado contra las bestias, la intemperie y el hombre, se desarrolla en grado que pudiéramos llamar de heroico (Cuéllar, 1928: 261-266).

Además de estas similitudes, a los tres personajes se les reconoce que comparten los mismos problemas, el mismo ideal, el mismo romance y las mismas características espirituales y morales; se les atribuye el mismo origen («abolengo») de Andalucía y Salamanca, y los rasgos heredados de los jinetes árabes; también se dice que el gaucho, el llanero y el charro tienen la misma facilidad para hacer versos, interpretar canciones, y que comparten una musa «descriptiva y patriótica». Su carácter es descrito como apasionado, celoso, vehemente, rápido y sentimental. Además, se localiza en estos personajes el nacionalismo más auténtico, ya que se señala que tanto los tres se refugian «en el corazón» de su patria ante la amenaza «de los embates cosmopolitas», para defender su identidad y preservar sus tradiciones. (*Ibid.*)

En México, este charro es más característico de la región occidente que de cualquier otra, ya que desde las primeras décadas del proceso colonizador de esta región —marcado por la trashumancia, la migración hacia el norte y el seminomadismo de los rebaños y sus criadores—, el caballo jugó un papel muy importante: fue, para determinados sectores sociales y étnicos, un elemento diferenciador de primer orden (no olvidemos que fue hasta ya muy entrada la Colonia cuando los indígenas accedieron al privilegio de montar el

caballo, antes reservado solamente para españoles y criollos). Con el auge de zonas mineras y el aceleramiento del proceso de población durante el siglo XVII, en la vida mexicana se asienta y se va perfilando cada vez más claramente la gran hacienda, como la típica unidad mixta de producción orientada al abastecimiento de las ciudades nacientes y los centros mineros. Es en este contexto donde cobra importancia el personaje llamado «el hombre de a caballo», que define todo un tipo de vida hondamente arraigado en la tradición, en la historia y en el folclor del pueblo mexicano y, de forma específica, de la región occidental. Este tipo de vida es descrito por Serrera como sigue:

Charros, vaqueros, caporales, rodeos, jaripeos, corridas de toros, jarabe tapatío, canciones, corridos, zapateado, folklore ranchero, machismo en el carácter, bebidas fuertes, gallardía en el montar, pasión en el amor, rudeza campesina, valentía ante el riesgo, juegos de gallos, relucientes estribos, bellas monturas, grandes espuelas, anchos sombreros... Este es el mundo, en suma, que nace alrededor del «hombre a caballo». Unas normas de conducta y unos patrones de comportamiento que, si alcanzaron gran difusión por todo el territorio mexicano, arraigaron en mucho mayor grado en Guadalajara, su patria de origen, merced al amplio desarrollo de la actividad ganadera a lo largo de toda su historia y desde los primeros momentos de la colonización del territorio (Serrera, 1991: 180-183).

Este mismo autor señala que es en el orgullo de quienes se ven obligados a cubrir sus necesidades contando solamente con sus propios recursos —por el alejamiento de la capital virreinal—, en donde están las raíces más hondas de la personalidad histórica de Guadalajara y su región, y donde está la esencia de la filosofía «charra» y los más firmes cimientos de la conciencia regionalista de Jalisco (Serrera, 1991: 184). Se describe el estereotipo de los sujetos regionales fabricado desde el siglo XIX, de la siguiente manera: «Parecían pertenecer a una nación diferente; que tenían su mundo aparte; que amaban, por encima de todo, *su* país, su cielo azul, su clima encantador y la belleza de sus mujeres; que cantaban y pregonaban, en suma, todo lo *suyo*» (*Ibid.*: 185). Observa Serrera que estos rasgos se encuentran más acentuados todavía en Los Altos de Jalisco, región en la que se presume que el amor por la charrería anida en lo más íntimo del corazón de cada uno, y se dice que: «Gracias en parte a la charrería y

al carácter abierto de su gente, Jalisco ha venido a ser quizá el estado más representativo de México, y Los Altos, con Tepatitlán a la cabeza, son la imagen de Jalisco que ha recorrido el mundo» (Gallegos, 1996: 75).

Esta cita hace alusión al hecho de que el charro es, desde las primeras décadas del siglo XX y aún ahora, el estereotipo nacional. Se ha señalado ya (Carreño, 2000) lo sorprendente de que aún en nuestros días, la imagen de un prototipo humano tapatío nacido en el seno de una sociedad rural, en la que la actividad ganadera desempeñó un papel primordial, se proyecten sobre el mundo como símbolo y paradigma de la «mexicanidad», representando la vastísima diversidad cultural, étnica y social que alberga el territorio nacional. Sin embargo, el charro debe ser visto como un personaje que representa mucho más que un mero estereotipo del folclor regional, porque estos hombres han tenido y siguen teniendo distintos papeles en la historia en diversas maneras y no siempre en la misma posición, así como un grupo social y cultural de riqueza y complejidad extraordinarias.

La charrería en el estado de Jalisco ha sido una práctica cultural importante en la que se han condensado los ideales regionales —que además muestra elocuentemente la manera en que se han resuelto las negociaciones entre los poderes centrales y regionales— y que ha fungido como espacio depositario —y por lo tanto sostenedor— de un particular discurso nacionalista, mostrando también en este renglón los resultados de sus transformaciones. Todo ello nos permite afirmar que la charrería es un universo simbólico complejo que concentra importantes series de significados, relacionados tanto con el plano de las comunidades y de las regiones, como con el plano nacional general.

Desde una perspectiva histórica, la charrería está asociada al desarrollo ganadero regional, como hemos visto antes; es decir, es entendida como una práctica socioeconómica de un sector social específico que aún ahora se encuentra en los corrales de las viejas haciendas y en los grandes ranchos, donde se ubica el origen de esta actividad y que finca la invención de una tradición charra. Los «herraderos» —reuniones de trabajo colectivo que se realizan cuando algún miembro de la comunidad necesita marcar con el hierro a su ganado— tienen lugar cuando el trabajo es tanto que se invita a los vecinos y amigos a participar, y como retribución se ofrece una comida, con música y

bebida, en la que, además, se jinetean animales y se hacen algunas suertes charras.

En el plano cultural, la charrería es un elemento significativo en la producción de la identidad nacional. Su riqueza estriba en la gran cantidad de registros simbólicos que condensa, entre los que resalta una dimensión estética importante, que incluye expresiones artesanales y artísticas como la talabartería y la fustería; la música de mariachi, el baile, la literatura, la pintura, la poesía y otras, tales como la gastronomía y un importante nexo con la producción del tequila, como bebida nacional. Todo esto forma parte importante de la construcción del discurso nacionalista que rodea al charro y la charrería.

Finalmente, en un sentido más amplio y popular, la charrería es «el deporte nacional», que permite probar la destreza, la fuerza y el dominio que el charro tiene sobre los animales, así como exhibir la calidad del ganado en los espectáculos festivos llamados charreadas o fiesta charra. Se dice que las suertes que se realizan actualmente en éstas «vienen a ser las mismas faenas realizadas en el campo, pero embellecidas por el arte» (Gallegos, 1996).

Por lo general, los sábados y los domingos hay fiestas charras en los lienzos que hay en casi todas las poblaciones de Jalisco, durante casi todo el año. Sin embargo, hay fechas especiales en las que se realizan charreadas para celebraciones específicas, y se organizan competencias y torneos charros con ciclos, fechas y lugares preestablecidos de manera formal, tales como la competencia nacional charra que se celebra cada año en diferentes lugares de la república en el mes de octubre. Esto tiene que ver con el progresivo proceso de institucionalización, organización y transformación de la charrería como deporte, que ha dado un nuevo carácter a una práctica tradicional que se entiende, sin embargo, como la base de una tradición que aún subsiste y que proyecta sus valores en los lienzos charros de la modernidad.

Con este punto de partida, puede decirse que, en términos generales, hay dos maneras —a veces opuestas, pero la mayor parte de las veces pretendidamente complementarias— de entender la charrería: como una tradición y como un deporte.² Esta diferencia es fundamental, ya que encierra dos cuer-

² Ver las discusiones de los mismos charros en torno a este punto: «Charros profesionales vs amateurs, se agranda la distancia», en *Lienzo Charro. Orgullo...*

pos de valores radicalmente distintos, de los que se desprenden otras diferencias importantes. En relación con esta discusión, podría aventurarse que *el charro*, como se conoce ahora, es un *producto puente* entre la tradición perdida y el deporte inventado a principios del siglo XX.

Antes de la Revolución de 1910, se hablaba del charro para referirse a quienes, montados a caballo, trabajaban con el ganado, pero no remitía a la figura que hoy en día conocemos como representativa de *lo nacional*. En el siglo XVII los hombres de a caballo en la Nueva España se conocían como «cuerudus», designación despectiva para quienes constituían un grupo social activo en las faenas rurales y que utilizaban el cuero para vestirse (Ballesteros, 1972: 18). La palabra «charro» —que parece haberse transpuesto en la Colonia desde el medio salmantino, en el cual así se designaba a los hombres del campo de esa región— más adelante, tenía una acepción distinta a la actual: hacía referencia a una estética popular y barroca, recargada y sin refinar que se fue dando en ese grupo de trabajadores agroganaderos. Posteriormente hubo otra figura que condensaba las artes que los jinetes empleaban con el ganado utilizando la sogá, para tumbar a los realistas de su montura y después apropiarse de sus armas: los «charros manteadores» de la guerra de Independencia (Ballesteros, 1972: 21). Así se iban condensando distintos elementos en la figura final de este proceso: el caballo, el cuero, el sombrero, la sogá, el arma de fuego; un quehacer, una estética y, también, una ética.

La charrería *deviene* propiamente en tradición una vez que ha perdido su *contexto natural*, es decir, cuando pasa del medio rural en el que se desempeñaban los hombres dedicados al trabajo con el ganado, a ser una práctica deportiva organizada. Esto parece implicar una especie de movimiento de *resignificación a posteriori* de lo que venía siendo una práctica cotidiana de

...> *Mexicano*, septiembre de 2001; «¿Compañeros?», en *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, enero de 2002; «Se pierde la tradición. Charros elegantes o metepuntos ¿Se ha perdido la gallardía en el Deporte Nacional?», en *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, sección Jumareda, junio de 2002, México; «¿Dónde está la identidad del charro?», en *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, sección Jumareda, septiembre de 2002. Este debate también fue tema recurrente en las entrevistas realizadas con los charros del estado de Jalisco, de distintas asociaciones.

quienes se dedicaban a las labores agroganaderas en el campo mexicano que, al enfrentar la inevitable transformación que supuso el reparto agrario en su estatus social y productivo, asumen la charrería como un universo simbólico condensado y articulado a manera de *una tradición*. Paradójicamente, el momento en el que es más seria la amenaza de la desaparición de la charrería (al finalizar el sistema de haciendas con el reparto agrario) es el momento que la consagra como tradición (segunda y tercera décadas del siglo XX). Y para declararse tradición, la charrería precisa de dos elementos fundamentales —y al mismo tiempo fundantes—: un origen y un mito.

La cuestión del origen toma relevancia cuando se presenta la cuestión de *estar-fuera* de un origen, de un centro. «Desde el mito de la expulsión del Paraíso hasta los discursos científicos, son el destierro y la extranjería las marcas que el sujeto y la colectividad tienen respecto al origen» (Chamizo, 1999: 14). Es decir: solamente cuando se está fuera de algo es cuando se plantea el origen como un problema, y podríamos pensar que la construcción de un pasado como tradición es la fabricación de un mito que da cuenta de un origen, al mismo tiempo que lo construye. Con esto hablamos de que los mitos consisten en ese incesante proceso de construir y reconstruir un origen y un pasado entero. Por eso el mito es tan importante, ya que «constituye un punto necesario de comunidad que opera como referencia a partir del cual se construyen las temporalidades tanto sociales como individuales y que (...) permite historizar(se) tanto las relaciones de parentesco como con las del lenguaje que lo designan» (Chamizo, 1999: 14). Este proceso está vinculado estrechamente a la circunstancia histórica que golpea tan dolorosamente a los hacendados mexicanos del siglo XIX, despojándolos no nada más de sus tierras y sus haciendas, sino de una identidad social, y que los moviliza a las ciudades, enfrentándolos a la necesidad de reconstruirse como grupo en un contexto totalmente nuevo.

El conflicto generado por la conciencia de aislamiento se traduce en términos de una identidad perdida, que conduce a estos actores a otra evidencia: la evidencia de *estar-afuera*, es decir, de haber sido expulsados de aquello que cimentaba una esencia que garantizaba dicha identidad y que, a partir de ese momento, necesita reconstruirse hacia atrás produciendo su propio relato en el que se dé cuenta de su origen y en el que se articulen los mitos que confor-

man a la charrería como una tradición.³ El mismo proceso produce una romantización de ese pasado irremediadamente perdido, y una representación de éste en términos estéticos específicos que son, a su vez, una fábrica inagotable de emblemas y atributos que, al mismo tiempo que parecen recordar, construyen al charro como esa figura emblemática de un universo desaparecido.⁵

Este proceso construye a los charros como las víctimas más agraviadas de la Revolución Mexicana, lo cual determina de manera definitiva los nexos que se producirán entre ellos y el naciente Estado posrevolucionario. Se trata de nexos negociados y resueltos de manera sofisticada, que garantizan la paz que requiere el nuevo orden social, que rompen con regionalismos que pueden entorpecer la unificación nacional, y que, como en toda negociación, están implicadas pérdidas y ganancias. ¿Qué pierden y qué ganan los charros? Pierden su posición de poder, su potencial político como grupo golpeado por la Revolución y el reparto agrario, es decir, su potencial antirrevolucionario; y ganan un lugar simbólico en el nuevo orden social y un reconocimiento como grupo cultural, compromiso que se sella con la elevación de la figura del charro como emblema nacionalista. Esto es lo que respondería la pregunta planteada por Carreño King: «¿Por qué el charro, siendo una figura identificada con la aristocracia rural, vinculada a una tradición conservadora, característica de una región del país de arraigados tradicionalismos locales, es elegida como representativa de la «mexicanidad» justamente en los años que siguieron a la Revolución de 1910?» (Carreño, 2000: 13), y no solamente la necesidad de unificar al país en una sola representación, porque esto no explica la elección específica del charro para representar dicha unidad. Tampoco puede explicarse solamente con el argumento de que es el resultado de la influencia de este grupo conservador que buscaba en el tradicionalismo y en las costumbres una justificación para afirmar su nacionalismo y así oponerse con cierta legitimidad a los regímenes posrevolucionarios (véase Pérez, citado en Carreño,

³ Esta necesidad es lo que explica la abundancia de literatura que insistentemente recrea a la charrería en la historia.

⁴ Ya anteriormente Roger Bartra se ha referido a la construcción imaginaria de ese paraíso perdido en *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, Ed. Grijalbo, México, 1987.

2000: 11 y 12), porque esto radicaliza la contradicción de que sea justamente una representación de este sector el que sea el emblema de un Estado que debía sus cimientos al movimiento revolucionario.

Por otra parte, lo que pierde el Estado nacional es una representación real de la pluralidad cultural, étnica y de todo tipo, que cobija el territorio nacional; y lo que gana es la disciplina de una fuerte comunidad cultural potencialmente resistente con la institucionalización de un espíritu rebelde y *respondón*; la imposición de una lógica centralista por encima de una regional; y la simpatía de un grupo poderoso y armado, que se siente tomado en cuenta y con capacidad de interlocución con el gobierno.

Hacia delante, esta situación de los hacendados convertidos en charros también tiene efectos, sobre todo en dos aspectos: en las relaciones internas marcadas fuertemente por lazos de parentesco —si bien que no exclusivamente sanguíneo: se dan también redes clientelares muy importantes— y en el lenguaje. Se sellan los pactos comunitarios, se marcan posiciones y se inicia un proceso intensísimo de construcción de símbolos que produzcan y sostengan las fronteras de la comunidad charra: instituciones, espacios físicos, lenguaje, trajes, reglamentos y estatutos, costumbres y rituales.

Así, la charrería deviene *tradición inventada* y también *comunidad imaginada* (Ramírez, 2000). Sin embargo, la consideración de la charrería como *tradición* se convierte también en un eje de diferenciación interna entre los charros, que coloca por una parte a quienes se adhieren a un espíritu basado en ideales y valores considerados en proceso de extinción (patriotismo, guadalupanismo, caballerosidad, aristocracia, etcétera), que, sin embargo, defienden y reivindican con mucha firmeza los charros tradicionales, y por otra, a quienes viven la charrería fuera de ese marco, tanto en su sentido deportivo como en su valor económico como «profesión». De esta forma, la charrería como «deporte nacional» está ligada a la idea de modernidad encarnada en el principio de competencia, y en la lógica de contar puntos y vencer al contrincante.

Estos dos grupos básicos se han materializado en dos instituciones *nacionales* distintas y, en muchos sentidos y momentos de la historia del siglo XX, opuestas. Se trata de la Asociación Nacional de Charros, fundada en 1921 y que es considerada tradicional y conservadora; y posteriormente, de la Federación Mexicana de Charrería, A. C., fundada en su primera versión en 1933,

y dedicada a organizar la práctica deportiva de la charrería, afiliada a la Confederación Deportiva Mexicana, A.C. (CODEME) y ligada a otros organismos reguladores del deporte. Sin embargo, no es esta la única diferencia entre los charros. Hay, debajo de esta separación de instituciones, una aparente separación de clases; el ala tradicional corresponde a los «charros de abolengo», de estirpe charra, de nexos con la aristocracia (particularmente con uno de sus personajes principales, Carlos Rincón Gallardo, conde de Regla y marqués de Guadalupe, jefe de Rurales durante el porfiriato y lugarteniente de Victoriano Huerta) y con un pasado de haciendas y grandes propiedades. El ala deportiva parece haber agrupado a todos aquellos personajes ligados a los primeros, pero en posición de subordinación: caballerangos y mayordomos, peones y rancheros contratados que aprendieron en las haciendas las artes charras, pero que ni estaban ligados familiarmente con los primeros, ni formaban parte de esa tradición idealizada que se inspiró en aquéllos. Evidentemente, la condición de asalariados de este grupo imprime un carácter distinto a los valores que se asocian con la charrería, y la posibilidad de convertirla en una fuente de ingresos (o de éxitos deportivos que finalmente representan éxito económico) o inclusive en una *profesión*, no es para nada lejana u antagónica (Ramírez, 2000).

Por el lado de «la tradición», se ha encontrado un nexo muy fuerte que vincula, en ciertos momentos, a la charrería con otros ámbitos que componen una más amplia tradición ecuestre, y que incluye tanto a la charrería, como a los jinetes de la escuela de equitación inglesa o que realizan salto, a los jugadores de polo, a quienes hacen carreras de caballos, a los criadores de estos animales, y al cuerpo militar de caballería. El vínculo es el que se deriva de lo que todos ellos nombran como «el amor al caballo», el compartir la identidad de ser «hombres de a caballo», lo cual es un concepto complejo ya que implica, además de una práctica ecuestre, una idea del carácter del jinete. De alguna manera podríamos decir que el vínculo entre este grupo ecuestre es más fuerte que el que une a los charros tradicionales con los charros *profesionales*, a pesar de que ambos son considerados charros. La fuerza del vínculo viene de compartir valores profundos de una tradición cuyos orígenes se pierden en el tiempo y que parecen relacionarse con el significado simbólico que el caballo y su dominio tienen, así como de la mística del caballero andante como personaje dotado

de ciertos hábitos y valores. Sin embargo, debe decirse que en las nuevas generaciones este vínculo se ha ido difuminando a la misma velocidad en que va cobrando importancia el *espíritu deportivo*, abriendo brechas a veces irreconciliables entre los distintos deportes ecuestres.

En Jalisco se cuenta con una historia propia que, sin embargo, también está atravesada por este eje tradición-deporte. Hay sectores abiertos y reivindicativamente tradicionales compuestos por diversas asociaciones, casi todas emanadas de la original —y también presumida por algunos como la primera en todo el país— Charros de Jalisco formada en 1919 (Charros de Jalisco, La Tapatía de Charros, La Alteña de Charros, Carlos Sánchez Llaguno, Mario Orendáin), y con otros grupos más específicamente deportivos (Rancho Santa María, Tres Potrillos, Santa Anita, Arboledas de Cocula, Charros de Zapopan). Sin embargo, hay algunas asociaciones que parecen sintetizar ambos aspectos, habiendo asumido, en algunos casos, la herencia familiar con toda la carga de tradición que conlleva, y al mismo tiempo, desplegando un vigoroso ánimo deportivo y una gran disciplina frente a las normas que lo reglamentan e instituyen.

Otra distinción entre los charros, no desligada sin embargo de la primera, es la de los charros-que-charrean-por-amor-a-la-charrería y aquellos-que-lo-hacen-por-dinero, que se resume en una controvertida oposición entre charro *amateur* y el charro *profesional*. Esta oposición es controvertida porque su existencia no se acepta explícitamente, ya que se insiste en que entre los charros no hay categorías o divisiones. Sin embargo, es claro que existen algunos charros que han hecho de la charrería su forma de vida, son contratados para charrear en un *equipo* determinado y cobran un salario por hacerlo, mientras que otros practican la charrería en tiempos fuera de sus actividades laborales principales, lo hacen en *asociaciones* y solamente por amor al arte o por espíritu deportivo. Dar valor mercantil (que también se mezcla con la lógica del triunfo deportivo) a lo que, desde la perspectiva de los charros tradicionales, debe tener solamente valores abstractos (fraternidad, amistad, patriotismo, amor al caballo, respeto a las tradiciones, etcétera), es traicionar el «verdadero espíritu charro» y atentar contra su esencia, desde el punto de vista de los charros más tradicionales. Sin embargo, esto ilustra un ángulo de las transformaciones de la charrería y de la forma que está tomando en la actualidad: una

actividad profesional vinculada estrictamente con la habilidad y el interés económico. Hay que considerar que estos dos polos opuestos en la manera de practicar la charrería no es lo más usual en el mundo charro, sino que lo que más se encuentra es una mezcla entre ambas posiciones: valores tradicionales sobrepuestos al espíritu deportivo, intereses económicos mezclados con amor al caballo, juegos de poder revueltos con pasión charra.

Este trabajo quiere ser un estudio descriptivo, de corte antropológico, de la charrería en el estado de Jalisco, tratando de incorporar este debate en torno a la tradición y la práctica deportiva, que permite descubrir en el fondo otro debate más profundo ligado a las preocupaciones sobre el significado actual de la charrería, que se conecta con las transformaciones de las identidades nacionales, étnicas, de género y de clase social que se incluyen en su seno. Intentaremos explorar cuál ha sido el proceso por el cual esta práctica socioeconómica llegó a ser una tradición que dio luz a la institución de un deporte nacional, a una figura nacional y a un significado cultural tan rico y complejo. No hemos querido quedarnos en el relato histórico de una tradición que ya muchos —historiadores charros o no charros— han producido; hemos querido ahondar en la dimensión simbólica del mundo charro, a través de la elaboración de un mosaico que deje ver las distintas visiones, opiniones, versiones, posturas y personajes que se reflejan en y componen este mundo de la charrería jalisciense. Trataremos, entonces, de mostrar las distintas voces que pueblan dicho mundo y que, en su conjunto, darán una visión que mostrará su textura, y que es, como todas las identidades actuales, conflictivas, fragmentarias, provisionales y complejas.

De inicio, planteamos el mundo charro como una *comunidad*, es decir, se trata de un ámbito humano en el que la acción social se inspira en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes en pos de constituir un todo, y siendo dicha acción recíprocamente referida.⁵ Se trata, además, de una *comunidad cultural*, en la medida en que la interacción social que está en su base se sostiene por una red de significados compartidos y vivenciados subjetivamente de manera similar, no solamente de manera racional, sino tam-

⁵ Este es el concepto de «comunidad» que utiliza Max Weber y que define en *Economía y Sociedad*, FCE, México, 1997, pp. 33-34.

bién emocionalmente. Al mismo tiempo, dicha interacción social opera como un campo de actualización y reproducción de los vínculos necesarios para el sostenimiento de la comunidad, que ha generado sus propios códigos, normas, modales y rituales con esta misma finalidad. Entre los elementos que componen la mencionada red de significados compartidos podemos señalar: el relato de la propia historia como comunidad; las construcciones sobre la propia identidad comunitaria y de cada uno de sus miembros, lo cual incluye la producción y utilización compartida de los elementos emblemáticos, como el traje, el caballo y sus arreos, los códigos verbales y corporales, así como los éticos y estéticos que los unifican (Islas, *et al.*, 1969); las interpretaciones colectivas sobre las funciones y los compromisos de la comunidad *vis a vis* de su contexto; la activa participación en el sostenimiento de lo que se describe como tradiciones y costumbres charras, sus creencias, sus mitos, sus personajes principales y sus instituciones; la estructura de parentesco que se da al interior de la comunidad; el trazo de fronteras simbólicas entre la comunidad y «los otros», etcétera. Por otra parte, esta *comunidad cultural* tiene los rasgos de una *comunidad imaginada* (Anderson, 1993), en tanto que se construye imaginariamente como comunidad unificada, como limitada y como soberana; es decir, a pesar de las desigualdades y conflictos internos, la pertenencia a la comunidad se supone inherente a un compañerismo profundo y horizontal y se sobrepone a la existencia real de contradicciones: «Patria, mujer y caballo, y en cada charro, un hermano», que es el lema de la Asociación Charros de Jalisco.

Debo decir que este libro es, por una parte, un resultado y, por otra, el inicio de una investigación más amplia. Es *resultado* en el sentido de que, a partir de la conclusión de una investigación anterior sobre la región de Los Altos de Jalisco (Palomar, 2002), la charrería fue configurándose poco a poco como un universo tan complejo que no podía ser agotado en ese momento, dado el diseño de la investigación cuyo objetivo no era específicamente éste. Sin embargo, obtuve de dicho trabajo un gran interés, que derivó en el presente trabajo. También se trata de un *inicio* porque, visto en una perspectiva más amplia, se trata de la primera etapa de un proyecto de investigación titulado «El charro: la invención del hombre mexicano», desarrollado en el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara, y que se inscribe en la línea de trabajo sobre el nacionalismo y el género.

El lector encontrará, por lo tanto, rastros de estos intereses en el trabajo que tiene hoy en sus manos, y también materiales de trabajo de campo obtenidos en distintas etapas, a los que se les da cuerpo en función del objetivo de este texto. Para su elaboración se realizaron diversas observaciones de campo, investigaciones documentales, entrevistas y abundantes conversaciones, muchas de las cuales están registradas, pero otras no, debido a circunstancias que lo hicieron imposible. Obviamente, también está incluida una interpretación particular sobre lo observado, escuchado y analizado.

El punto de partida es la afirmación de que el mundo charro es un fenómeno cultural extraordinariamente rico y de alta complejidad, cuya homogeneidad no es más que una apariencia, ya que en su interior coexisten diferentes fracciones, posiciones, visiones y opiniones que lo tornan heterogéneo y, por lo tanto, hacen apremiante para sus miembros la necesidad de negociar y pactar permanentemente para salvaguardar el sentimiento de unidad. Esto habla de una comunidad en movimiento y en incesante transformación, pero que también mantiene con mucha fuerza la tradición, como hilo conductor que articula los valores y que anuda los compromisos internos que han hecho que la charrería continúe siendo algo extraordinariamente vivo.

En la primera parte se mostrará el aspecto más visible de la charrería, su puesta en escena pública, tanto a través de la fiesta charra, como de los desfiles y otras apariciones públicas de los charros como comunidad cultural en su dimensión empírica y en su evolución en el tiempo, así como de los distintos elementos que la componen: trajes, arreos, animales, espacio físico, personajes, reglamentos, etcétera. Esta dimensión visible de la charrería es fundamental para el sostenimiento de este grupo cultural, ya que es donde refrenda su presencia en el escenario nacional, sus compromisos internos y sus significados grupales. En este apartado se introducen elementos que ayudan a comprender dicha dimensión, como la producción de rituales culturales importantes para mantener vivos los valores y las tradiciones del mundo simbólico charro, refuncionalizando permanentemente los vínculos con el discurso nacionalista, pero expresando también los discursos locales y regionales, así como otros elementos políticos y socioculturales.

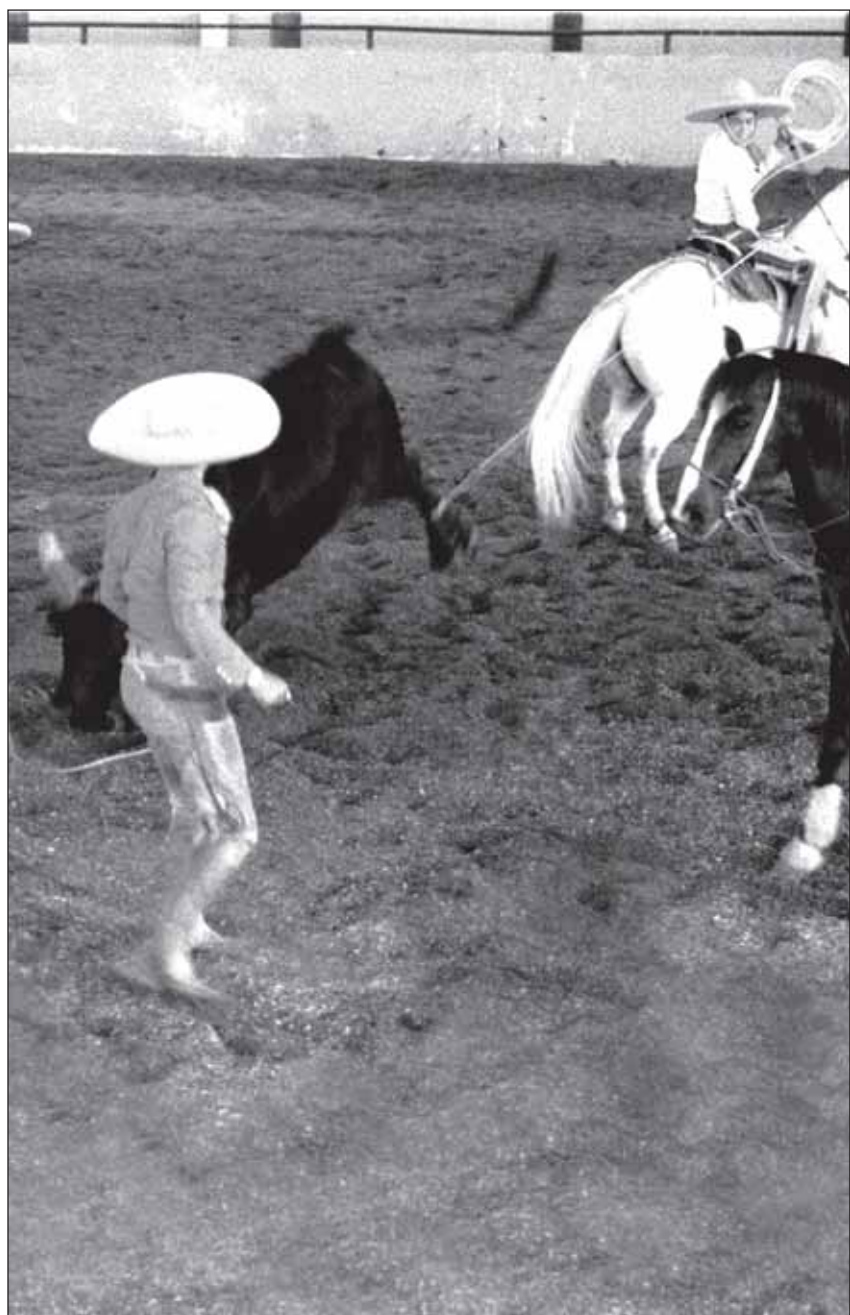
En el segundo capítulo se hablará del papel de la charrería en el imaginario nacional, pero también de la imagen de la charrería en los ojos del mundo.

Se hará un breve recuento del proceso histórico de institucionalización de la charrería, ya que este proceso es inseparable de su constitución como tradición; por esto mismo, se incluye un apartado sobre personajes, asociaciones y lienzos que han jugado un papel simbólico importante para el mundo charro.

El tercer capítulo aterriza en el estado de Jalisco, ubicando al charro en el marco de la cultura ranchera del occidente de México. Se establece el nexo entre la charrería —que, en sus orígenes, estaba estrictamente asociada a las actividades agroganaderas— y el deporte nacional actual en el que ha devenido, reglamentado y sometido a los lineamientos modernos de las asociaciones charras agrupadas en la Federación Nacional de Charros. Se darán algunos datos sobre la historia de la charrería estatal, se señalarán algunas de las principales asociaciones y familias charras y sus entrecruzamientos. Posteriormente, se analizarán los principales valores y creencias que fundamentan la charrería. Este apartado está particularmente basado en los testimonios de algunos charros del estado de Jalisco. La intención es mostrar, dejando hablar a algunos de sus protagonistas, una serie de pinceladas intensas de la charrería jalisciense y sus especificidades.

El cuarto capítulo pretende dejar ver a la charrería como un mundo cruzado por ejes de diferenciación social, tanto económicos como sociales, lo cual permite romper la idea de que este grupo es un mundo unificado y monolítico. Dentro de estos ejes, el género es fundamental. Se plantea que la charrería es una práctica deportiva atravesada por un discurso de género específico, que construye género por medio de sus *performances* charras, y que produce espacios para su actuación, así como discursos diferenciales para hombres y mujeres a través de distintos procedimientos y mecanismos, lo cual es una pieza importante para entender el significado que cobra la charrería como deporte emblemático de *lo mexicano*. Este discurso es muy visible en relación con las escaramuzas charras y en la manera en que se construye la masculinidad de los charros, que, en su entrecruzamiento con el discurso nacionalista, se convierte en una especie de modelo para la masculinidad mexicana.

Por último, intentaremos plantear algunos comentarios sobre los significados que, en Jalisco, la charrería continúa produciendo actualmente para la cultura y para la identidad regionales, y los retos que enfrenta en el contexto actual.



EL ESPECTÁCULO CHARRO

Las comunidades pequeñas se protegen a sí mismas a través de un proceso permanente de producción de lo local, que sirve para contrarrestar amenazas internas y externas. La manera en que las relaciones sociales al interior de estas comunidades son producidas y reproducidas requiere de continuas construcciones, tanto prácticas como discursivas, pero también de un contexto o *paisaje étnico* más amplio contra el cual las prácticas y los proyectos son construidos, imaginariamente, con el fin de afirmar la identidad de la comunidad. Es decir, como lo plantea Cohen (1985), las fronteras como límites de la comunidad son de vital importancia, ya que éstas marcan el principio y el fin de la misma y encapsulan la identidad de la comunidad. Las fronteras marcan la identidad «hacia adentro» de la comunidad, pero también marcan aquellos elementos en los que difiere «hacia afuera» de la misma.

En la comunidad charra este proceso es muy activo e intenso, y se apoya sobre todo, en el elemento visual de la charrería, es decir, en su dimensión de espectáculo: los desfiles, las celebraciones y, de manera particular, la charreada. El hecho de que los charros *sean vistos* reafirma su posición como elementos culturales importantes en la cultura nacional y los presenta como una tradición viva y actual, además de que reafirma las fronteras identitarias de los charros. Por otra parte, sus actuaciones públicas despliegan una serie de signos muy visibles y elocuentes de su universo simbólico, que es puesto en relación con circuitos de significados más amplios, estableciendo vínculos con otros sectores culturales, reforzando así su posición en la sociedad y confirmando su vigencia como símbolo en el paisaje nacional.

EL DÍA DEL CHARRO

En 1931, el entonces presidente de México, Pascual Ortiz Rubio, instituyó el 14 de septiembre como el Día del Charro. A partir de entonces, en todos los lienzos del país se hacen festejos con prácticas o torneos amistosos, comidas y fiestas para celebrarlo. A pesar de esto y de los esfuerzos de los directivos de la charrería organizada por sostener actividades en esa fecha —tales como la guardia de honor ante los monumentos a los Niños Héroe, la Independencia y la revolución, así como las cabalgatas por las principales calles de la capital de la República—, poco a poco esta celebración ha ido perdiendo fuerza, hasta el punto de que en muchas partes la fecha pasa desapercibida. No así en Jalisco, en donde esa fecha tiene especial significado, ya que ese día se celebra también la fundación de la asociación Charros de Jalisco. La coincidencia de ambas celebraciones es interpretada en Jalisco como un reconocimiento de que —a pesar de las disputas— Charros de Jalisco tiene el importante lugar de haber sido la primera asociación de charros que hubo en México, al igual que se reconoce a Jalisco como la cuna de origen de la charrería. Por eso, en Jalisco esta fecha es importante y nadie en el mundo charro la pasa por alto.

En honor a dicha asociación —fundada en 1920— el 14 de septiembre se festeja en Guadalajara, primero, con una solemne misa en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y luego con un desfile que recorre la avenida 16 de Septiembre, y da la vuelta a la catedral y al Palacio de Gobierno. La misa es oficiada por el cardenal, a quien le ofrecen una serie de objetos charros a manera de obsequios. Los charros y charras asisten con sus trajes de gala o media gala, las escaramuzas llevan sus vestidos de adelitas, y un miembro de la comunidad charra, desde el altar, coordina los distintos momentos de la misa. No siempre, pero frecuentemente, la misa es cantada con música de mariachi.

Afuera del santuario se va juntando la gente, alrededor de los remolques y los caballos que han llevado hasta ahí. Cuando la misa termina, se procede a la formación de los contingentes charros que desfilarán por las principales calles del centro de Guadalajara. La gente va con mucho gusto a ver pasar el desfile, que es muy vistoso porque los charros sacan sus mejores caballos y sus mejores trajes para la ocasión. Para comenzar el desfile se espera la pre-

sencia del gobernador del estado, a quien los charros saludan solemnemente en su paso frente al balcón del palacio. Se lucen ahí las laboriosas faldas de chinas poblanas bordadas de lentejuelas que se conservan todavía en algunas de las viejas familias charras. Algunas mujeres todavía las bordan para sus hijas y se convierten en reliquias familiares. También se lucen las mejores botonaduras de plata de los trajes de los charros, los mejores sombreros adornados y los más laboriosos ornamentos de gamuza. El fervor guadalupano de los charros se mezcla con los sentimientos patrióticos y con el orgullo de pertenecer a una tradición de larga stirpe.

En el desfile se despliega toda una gramática que deja leer el orden riguroso que rige el mundo charro: adelante del desfile va el abanderado —que, desde hace años, es «El Gallito» Zermeño, de los míticos Bigotones de Charros de Jalisco— y otro charro lleva el estandarte de la Virgen de Guadalupe. Atrás de éstos se forman todas las asociaciones de charros del estado, cada uno con su estandarte propio. Los primeros son los Charros de Jalisco, y en estricto orden de antigüedad, van formadas las demás asociaciones, comenzando por las dos hijas primogénitas de la primera: la Tapatía de Charros y la Alteña de Charros, y después de ellas, en un colorido y elocuente cuerpo textual, se pueden ver a prácticamente el total de las 116 asociaciones charras formales que existen actualmente en Jalisco.

Años atrás, en el cuerpo del desfile cabalgaba, como contingente especial, la familia Barba, que incluía a los descendientes de Andrés Z. Barba, sus hombres, sus mujeres y sus niños, rompiendo el esquema de las asociaciones, ya que en este grupo podían desfilar quienes pertenecieran a la familia aunque fueran miembros de distintas asociaciones. Ese día se era más parte de un grupo sanguíneo que de una asociación basada en otros criterios, actuando la importancia de la familia por encima de cualquier otro vínculo. Este era un elemento único y que tenía un papel importante, ya que hablaba de la estructura de parentesco que ha sostenido la charrería en Jalisco desde siempre, y que parecía representar las raíces y «los orígenes» de la charrería.

También se encuentran en el desfile los principales elementos simbólicos de los charros: el estandarte de la Virgen de Guadalupe y la Bandera Nacional, los caballos, la pistola y las mujeres, ya que el desfile también incluye tanto a la reina charra y a algunas distinguidas integrantes del Comité de Da-

mas de los charros, como a los equipos de escaramuzas, con sus valientes y lucidoras muchachas ataviadas de fiesta y haciendo gala de su dominio de los caballos. Por ahí se puede ver a alguna que lleva en su regazo a un niño pequeño vestido de charro, a pesar de ir, como todas ellas, montadas a *mujeriegas* en la reglamentaria albarda Lepe, arreo charro específicamente femenino. También se pueden ver algunas *chinas poblanas* con sus faldas bordadas con lentejuelas y sus blusas generalmente verdes, rojas y blancas, que hacen juegos con los moños de sus trenzas y que son cada vez más escasas.

El festejo del Día del Charro en Guadalajara es importante para la comunidad charra. No solamente se trata de realizar un acto público para ratificar su presencia en la cultura local, sino que también se trata de un acto que persigue sostener la legitimidad de una práctica culturalmente importante con una lógica propia, que revela el mundo social de los participantes y de la comunidad, formando así un texto simbólico que habla de los ideales y los objetivos de los charros, y que juega un papel fundamental en la consolidación del sentimiento de unidad de esta comunidad. El desfile, en tanto puesta en escena, hace explícitas las leyes que rigen el mundo charro y muestra también las sanciones que se aplican y los tabúes que rigen las representaciones comunitarias tanto de los valores tradicionales, de las posiciones políticas y religiosas, como las étnicas y las de género. Otro plano fundamental del desfile es el que permite apreciar las expresiones estéticas y técnicas de las ideas y los valores fundamentales que componen y refuerzan las fronteras simbólicas comunitarias de los charros, constituyéndose así en un acto que refrenda y legitima dichos valores y a quienes están incluidos, que condensa y materializa las autoimágenes comunitarias, es decir, la identidad charra, en un acto público y abierto que supone la presencia de otros que, desde fuera, miran, reciben y participan en esta rica puesta en escena. Las implicaciones subjetivas del desfile pueden apreciarse en las siguientes palabras de una joven charra:

Ese día es motivo de que desde un mes antes sea un corredero por todos lados, que por el vestido de fulanita, fulanito no tiene botas, ya las chaparreras del niño no le quedan, o sea, para ajuarear de pies a cabeza desde papás, niños y niñas y todo para participar en el desfile. Y luego, hay varias fiestas. La fiesta más tradicional es la que

hacen allí en Charros de Jalisco porque ellos celebran su aniversario ahí. Lo que pasa es que muchos de los charros fuimos parte de Charros de Jalisco y eso, cada año, se reconoce y se festeja. (Entrevista con Sara Piña, 28/x/1999).

Hace un par de años, durante un desfile del Día del Charro, ocurrió un hecho insólito: un policía detuvo a uno de los charros y le pidió su permiso para portar armas. Como obviamente no lo traía, se le confiscó el arma, lo cual fue un escándalo en la comunidad charra y motivo de diversas protestas. Este detalle es el remate de una larga discusión en torno al uso de la pistola como parte inseparable del traje charro, que ha llegado a ser, inclusive, tema de largas discusiones en la Cámara de Diputados del Estado de Jalisco, en tiempos del gobernador, Romero de Velasco, y protagonizadas por Jesús González Gortázar, miembro de la Tapatía de Charros. Pero también es la consecuencia de esa brecha que innegablemente se abre cada vez más entre el mundo charro y el resto de la sociedad: un policía que no sabe que la pistola (casi siempre descargada) forma parte del traje charro, con el acto totalmente legal de solicitar el permiso de portar armas, nos muestra una distancia enorme entre los significados culturales de dos mundos distintos, o del desgaste de las tradiciones que dejan de tener sentido en la sociedad actual. A propósito, un charro de La Tapatía, cuenta lo siguiente:

En una ocasión, en un desfile charro —que son de las cosas que disfruto, porque me siento muy orgulloso de ir a caballo con mi traje charro en un desfile ante la ciudadanía y me siento muy orgulloso de ser charro—; me llena de satisfacción y de orgullo; pero le decía, en un desfile paso al lado de un niño que estaba con su mamá y yo era el que iba encabezando el desfile; y el primero al que ve el niño es a mí y dice, «mira mamá, un mariachi». ¿Se da cuenta de eso? O sea, hace tanta falta que nuestra sociedad, nuestra gente conozca las raíces de donde venimos, porque para nosotros, los que las seguimos promulgando, es a veces, no decepcionante, pero sí difícil poder llevar esa carga a cuestas, porque no tenemos soporte gubernamental, no hay soporte económico, no tenemos tampoco soporte social; lo mantenemos nosotros, llevamos sobre nuestros hombros, nos echamos a cuestas esta carga de poder mantener la tradición, y yo creo que la tradición la debemos de mantener todos los mexicanos, no solamente un sector, un segmento minoritario que por su afición mantiene esa tradi-

ción, sino todos los mexicanos... El charro trae la mexicanidad dentro de él. Y sin recibir, como deporte, apoyo ni subsidio gubernamentales, nosotros seguimos generando nuevas generaciones de charros. Y esto yo creo que es labor de todos los mexicanos. Es que, como deporte nacional, debería estar tan cerca de la gente; se ha alejado porque la gente no entiende de calificaciones, puntuaciones y cómo la contienda charra se da, dónde está la competencia. La gente lo que busca es un espectáculo y, a pesar de que nosotros somos en parte un espectáculo y un deporte, somos también una tradición. Entonces, todo esto ha sido difícil mandarlo hacia la sociedad. (Entrevista con Alejandro Palacio, 10/VI/2002)

Otro dato que tiene relación con esto es el que aporta la larga espera que sufrieron los charros para poder iniciar el desfile por la demora del gobernador del estado, Francisco Ramírez Acuña, cuya presencia en el balcón del Palacio de Gobierno es fundamental para, por un lado, recibir los honores de los charros, y por otro, legitimar su existencia como comunidad importante en el estado de Jalisco. Después de aproximadamente media hora, por fin apareció el gobernador y comenzó el desfile.

Los festejos del Día del Charro incluyen también un programa deportivo con un campeonato charro en el lienzo de Charros de Jalisco, en el que participan diversas asociaciones tanto del estado como de otras partes, así como pialaderos, coleaderos, competencias de escaramuzas invitadas (ya que Charros de Jalisco nunca ha tenido equipos de escaramuzas) y otras actividades como reconocimientos a distintos personajes charros. Estos festejos duran varios días, al final de los cuales se entregan trofeos a los equipos ganadores y se hace una festiva ceremonia de clausura. Algunas compañías de cerveza o tequila suelen patrocinar estas actividades.

Las fiestas patrias

La conmemoración del Día del Charro en Jalisco tiene como marco más amplio las celebraciones nacionales de la Independencia de México. El mes de septiembre es «el mes patrio» y se caracteriza por ser la temporada del año en la que se estimula y se resalta el nacionalismo mexicano y, de esta manera, son producidos festivamente los sentimientos nacionalistas. Las *fiestas patrias* —como se llama a las celebraciones realizadas durante el mes comple-

to—, son fiestas que invaden todos los ámbitos de la vida social: hay distintos festejos para los que se desempolvan los guardados trajes regionales y nacionales (o por lo menos los sombreros charros); en todos lados se luce y ofrece la gastronomía mexicana, la música de mariachi, los adornos profusos con los colores de la bandera mexicana en las puertas y ventanas de las casas, en coches, tiendas y restaurantes. Si bien ahora venimos a enterarnos de que la versión oficial de la Independencia de México muestra serias deformaciones de lo que se llama *la verdad histórica* (*Nexos*, núm. 297, IX/2002), las celebraciones septembrinas siguen siendo el tiempo cíclico anual en el que se regeneran los mitos, los héroes y los relatos más necesarios para sostener esas emociones nacionalistas indispensables para seguir creyendo en la unidad nacional y en la existencia de una identidad mexicana que dé la necesaria cohesión social.

En este panorama de la construcción del nacionalismo mexicano, la presencia del charro es infaltable. En tanto figuras representativas de *lo mexicano* en el mundo entero, el charro y la charrería toda, son exaltados y festejados de manera sobresaliente en las celebraciones patrias, no solamente en Jalisco, sino en todo México. No obstante, es en Jalisco en donde estas celebraciones son todavía más llamativas y, sobre todo, más significativas. Al festejar el Día del Charro en honor de Charros de Jalisco, se acredita a esta asociación como la más antigua, pero también como la que marca la pauta de la charrería nacional. Se le concede así el título de célula originaria de un organismo que, actualmente, tiene representación en todos los estados de la república, además de en todos los estados sureños de nuestro país vecino del lado norte. Por otra parte, se realiza la operación simbólica de seguir insistiendo en que si bien se trata ahora de una cuestión nacional, la charrería es sobre todo y ante todo, una expresión jalisciense.

De cualquier manera, no se puede dejar el festejo de una figura nacional en manos de una sola asociación, por más que ésta sea la primera. Así que hay otros festejos que tienen también a la charrería como centro, pero con una visión que desborda los límites de un solo grupo. De esta manera, tenemos que desde hace algunos años se celebra también en septiembre el Encuentro Internacional del Mariachi y la Charrería, que incluye un campeonato nacional de charrería, que suele ser muy vistoso por la participación en vivo de

algunos de los mejores mariachis nacionales y hasta internacionales, porque asisten muchas personalidades nacionales y extranjeras, además de contar con el apoyo fundamental de la Cámara de Comercio de Guadalajara para su realización. Este encuentro comienza con un desfile dominguero que incluye a los numerosos mariachis participantes¹ —que recorren las calles del centro de Guadalajara tocando su música desde unas plataformas jaladas por coches—, así como a los charros que, ese día, no solamente tienen representación nacional, sino que se internacionalizan: al final del desfile se puede ver a una comitiva de charros que porta, detrás de uno que va a la vanguardia con la bandera azul de la Organización de las Naciones Unidas, las banderas de los diferentes países que la integran. Es una peculiar visión la de esos charros portando las banderas del Japón, de Canadá o Italia, aunque no tan extraño, ya que en el fondo es la filosofía nacionalista la que reúne todos los símbolos en un solo empeño.

Además de esto, se realiza el Torneo Millonario de Cazadores, en el lienzo del Rancho Santa María en Tlajomulco de Zúñiga, Jalisco. Este es un torneo charro controvertido en el contexto regional, ya que se trata de una competencia en la que los equipos participantes pagan una inscripción muy cara que, sumada y aunada a cien mil pesos que pone Tequila Cazadores, hacen una apetitosa bolsa para repartirse entre los equipos ganadores. La polémica en torno a este campeonato tiene que ver con el debate mencionado más arriba, según el cual, las alas más tradicionales de la charrería desprecian la inclusión del dinero en una práctica que, según ellos, solamente tiene que ver con valores no materiales.

Otra actividad es El coleadero de la Unión de San Antonio, Jalisco, que se realiza el domingo más cercano al 16 de septiembre. Más de cien equipos de charros de la región y de otras partes de la república se reúnen en este festejo que llaman *tradicional*.

Por otra parte, dentro de la «agenda» de actividades charras a escala nacional, en septiembre se realiza la final del Circuito de Excelencia Charra

¹ En edición reciente resaltó el mariachi croata, pero también se notaron los mariachis provenientes de Tucson, Arizona o de San José, California. Otro más venía de Japón.

que se efectúa cada año con los doce mejores equipos charros en todo el país. En este año tuvo lugar en Toluca, Estado de México. Es significativo el dato de que seis de los doce equipos participantes son del estado de Jalisco. También en septiembre tiene lugar el Torneo Patrio, tanto con competencia charra como con coleadero y pialadero, organizada por la decana Asociación Nacional de Charros en la Ciudad de México, en la que compiten también doce equipos.

El conjunto de todas estas actividades —que no son todas, por cierto— conforma el escenario en el que se pone en escena, como decíamos atrás, a ese personaje único y complejo que es el charro, como protagonista principal de las fiestas charras y como representante inequívoco del nacionalismo mexicano. De ninguna manera podríamos centrar la atención solamente en la fiesta charra o *charreada* —que es el espectáculo más conocido y común—, para entender los diversos elementos que componen la complejidad del significado cultural del charro. Hay que verlos desfilar por las principales calles de las ciudades, hay que verlos representando al país en el extranjero, hay que verlos participando en actos protocolarios del gobierno nacional o estatal, hay que escuchar sus diferencias, sus debates internos, los distintos sentidos que para fracciones internas tiene la mexicanidad, y hasta la misma charrería.

Además de las celebraciones septembrinas, la comunidad charra nacional festeja también el 20 de noviembre, que conmemora el inicio de la Revolución Mexicana, y suele participar en los desfiles militares que se realizan ese día. Un charro nos relata:

Para la organización de los desfiles militares somos convocados y reconocidos para participar, tal vez por aquella remembranza de las Defensas Rurales o tal vez por la tradición; pero sí, el 16 de septiembre prácticamente en todos los estados de la república y a nivel nacional, se participa. El pasado 20 de noviembre, por primera vez, la charrería encabezó el desfile nacional de la celebración del aniversario de la Revolución, en donde los protagonistas fuimos 500 personas; de esas 500, 250 fuimos charros, las otras 250 representaban al resto de las federaciones [deportivas]; pero nosotros encabezamos el desfile, fuimos el abanderado de todo el desfile, de toda la representación, pero al mismo tiempo simbolizábamos a través de los estandartes

que fuimos portando lo que era todo el sistema nacional del deporte, cada charro llevaba el estandarte de cada una de las federaciones deportivas, cada una de las instituciones que promueven el deporte nacional, como el Instituto Politécnico Nacional, la Universidad Autónoma Nacional, el Instituto Mexicano del Seguro Social, la Comisión Nacional del Deporte, la Secretaría de Educación Pública, la Confederación Deportiva Mexicana, el Comité Olímpico Mexicano. Y portábamos también los estandartes de todos los estados, de todos los escudos de las entidades federativas y, por supuesto, la bandera nacional; pero además, una retrospectiva de las banderas nacionales que ha tenido México y cada una escoltada por sus respectivos grupos. Y en este desfile, además de esas 500 personas que participamos en el desfile, participamos 36 mil en total que estuvieron haciendo evolución y exhibiciones en lo que es la plancha de la Plaza de la Constitución, pero no eran gentes que iban circulando del desfile. De tal manera que eso significó un privilegio para la charrería porque representamos a la república, representamos al país a través de las entidades, representamos a todo el deporte nacional. Pues fue una cosa totalmente significativa. (Entrevista con Jorge Rivera, presidente de la Federación Mexicana de Charros, A.C., 25/VI/2002)

Pero en Jalisco también es importante la celebración del día 12 de octubre que, además de ser en todo el país «el día de la raza», coincide con el día de la Virgen de Zapopan, patrona de la región. En esta fecha se realiza la tradicional romería que concentra a una enorme cantidad de devotos de esta Virgen, que la acompañan en su recorrido final de regreso desde la catedral hasta la basílica de Zapopan, después de su peregrinación anual por las parroquias de la ciudad de Guadalajara. Se trata de una fiesta regional que tiene su origen en la creencia de los poderes de La Generala² por salvar a la ciudad de las inundaciones y desastres propios de los tiempos de aguas, y logra congrega a personas de todo Jalisco e inclusive de otros estados. El papel de los charros

² Esta advocación de la Virgen ostenta este título debido, por una parte, a que fue patrona del Ejército Trigarante, pero también por su participación en la pacificación de insurrecciones indígenas en el siglo XVI. Véase Alfaro, Alfonso, «El júbilo de la expectación», en *Artes de México* número 60, edición especial, año 2002, México, pp. 36-47.

en esta celebración es importante, y aunque todavía se ven algunos charros entre la multitud, su presencia ha ido perdiendo peso. Hasta hace algunos años, cada 12 de octubre los charros encabezaban la romería, hacían una valla para proteger la imagen a su entrada al templo y eran quienes rodeaban el altar mientras la Virgen era reubicada en su lugar dentro de la basílica. Los charros son fervorosos creyentes, y en este terreno de las creencias hay que notar también el matiz regionalista, ya que mientras la hermandad charra nacional centra su devoción en la Virgen de Guadalupe —que compone, junto con los charros y la bandera, los tres símbolos identitarios nacionales—, los charros locales veneran particularmente a la Virgen de Zapopan. La asociación charra llamada Miguel Aceves Galindo, de hecho, bautizó su propio lienzo como La Generala —en terrenos zapopanos— debido a que la Virgen de Zapopan, llamada así, es la patrona de los Charros de Jalisco. Respecto a esta tradición charra, don Pablo Barba nos relata lo siguiente:

La presencia de los charros en la fiesta de la Virgen de Zapopan era infaltable. Cada 12 de octubre hacíamos la valla para la llegada de la imagen a la basílica, y a veces también desde su salida de catedral. Sin embargo, cada año la cantidad de gente que se reunía para *la llevada* de la Virgen crecía, hasta que la presencia de los charros se hizo muy difícil. Cuando todavía lo hacíamos, había ya una asociación de charros llamada El Vigía, de Zapopan (era de don Chon González, que tenía el rancho El Vigía, allá en la orilla del fraccionamiento que tiene ese nombre). Ahí llegábamos todos a ponernos a sus órdenes y él nos organizaba. Acompañábamos a la Virgen hasta la puerta de la basílica. Hacíamos valla para abajo hasta donde alcanzaba, hasta llegar el cortejo de la Virgen, para que la gente pasara el callejón por esa entrada. Ahora ya no hay charros a la hora que llega. No solamente había charros en la romería de la Virgen de Zapopan, mucha gente de los alrededores venía a caballo y participaba en hacer la valla. Pero yo dejé de ir mucho antes de que se acabara esa costumbre... Un año iba yo —era presidente de Charros de Jalisco— en un caballo nuevo, y me tocó estar en la pura puerta de la basílica y por más que trataba de mantener cierta distancia de la gente porque el caballo era muy grosero y estaba azorado con aquello, empezó a llegar la gente y por más que veían caballos, no respetaban la distancia; hubo ratos que me traían con todo y caballo en medio de la gente, sin poder controlarlo. Cuando pudimos nos salimos de ahí y nos fuimos a la casa de mi tío Miguel Aceves, ahí almor-

zábamos ese día, tenían un corral y ya de ahí nos veníamos a la romería; íbamos y veníamos a caballo. Y cuando veníamos de regreso se me arrimó don Inés Ramírez — un señor que me enseñó mucho de charrería, realmente, me enseñó a correr—, y le digo «¿cómo ve, compadre, es último año que vengo», «¿por qué?» dice, «porque son más las maldiciones que echo que la veneración que hago a la Virgen. Mejor me quedo allá en mi casa y me pongo a rezarle un rosario. Y no, pues, ya nunca volví.» (Entrevista con Pablo Barba, 18/11/2002)

Fuera del calendario de actividades charras que celebran fechas patrias o religiosas, la charrería organizada tiene otro calendario que responde a su vertiente de deporte reglamentado. Estas actividades se organizan en torno a la realización anual del Congreso y Campeonato Nacional Charro, pero que implica las etapas previas de los Campeonatos Regionales en los que los equipos participantes van acumulando puntos para hacer las eliminatorias para el nacional. Éste tiene lugar en alguna de las distintas ciudades de la república que, con anticipación, solicitan a la Federación Mexicana de Charrería, convertirse en la sede de dicho congreso mediante ciertos mecanismos formales. Jalisco ha sido numerosas veces sede del mencionado Congreso Nacional. A pesar de que en 1986 y en 1998 el Nacional Charro fue en Guadalajara, el año 2003 —con tan sólo cuatro años de diferencia— Jalisco vuelve a ser la sede. Esto es porque, con dos años de anterioridad, en plena asamblea general ordinaria de la Federación Mexicana de Charrería, realizada en el Congreso y Campeonato Nacional Charro en Ciudad Juárez, un conocido charro del estado de Jalisco, Ricardo Zermeño (presidente vitalicio de la asociación Hacienda Santa Cruz del Valle, y nieto de don Andrés Z. Barba y de don Ignacio Zermeño, y dedicado al negocio de la ganadería), presentó sorpresivamente la postulación para obtener la sede del congreso del año 2003. Llevaba todos los documentos en regla e hizo la entrega pública del cheque de un millón de pesos con que se acostumbra firmar el *cuaderno de compromisos*. En el año de 1986, también obtuvo la sede y el derecho de organización del Congreso y Campeonato Nacional Charro, lo cual significó «un gran logro porque no se cobró carnet a los competidores, además de haber presentado un ganado uniforme en peso y color para la realización de colas y jineteo de novillo y yegua» (Caballero, 2001: 32-34). Al estilo Jalisco, Zermeño sentó un precedente con su procedi-

miento, lo cual hará que «los charros federados se despabilarán, estudiarán los estatutos y se verán obligados a presentar sus solicitudes de manera transparente, en tiempo y forma, si desean el honor de recibir en su casa a todos los charros del país» (*Ibid.*).

LA CHARREADA

Sin omitir entonces todos estos ángulos que construyen la imagen pública del charro, hay que hablar ahora de la fiesta charra, como la parte más elaborada, festiva y vistosa de la charrería. Su formato, no obstante, no ha sido siempre el mismo ni en el tiempo ni en las distintas regiones del país. Sin embargo, cada vez más se ha impreso una uniformidad mayor a la charrería, tanto como consecuencia del proceso de organización e institucionalización del «deporte nacional» —que ha implicado la creación de estatutos y reglamentos severamente observados—, como por la cada vez más obvia naturaleza deportiva que ha cobrado la práctica de la charrería, y que ha incorporado una lógica radicalmente distinta a la que en otros tiempos la regía. Un personaje charro comenta:

La construcción del primer lienzo charro, sin gradería y como usted se lo quiera imaginar, sucede por la idea de alguien que habiéndose visto obligado a trasladarse a la ciudad, añoraba las faenas del campo; y bueno, al adaptarle algún tipo de gradería a este primer lienzo charro, entonces pierde o renuncia a su originalidad la charrería y se convierte a partir de ese momento en un espectáculo. Y yo digo que el lienzo charro actual y el primero son un símil de un escenario, un teatro en donde el charro se convierte en el actor, se viene a recrear lo que fueron las faenas vaquerizas de antaño. La charrería en el momento actual tiene que ver con el espectáculo y tiene que ver con el deporte. Pero detrás del espectáculo y detrás del deporte también está esa lucha de la que he venido hablando por mantener viva una tradición, por aferrarnos a nuestros valores de la mexicanidad, por aferrarnos a los principios de la identidad nacional y por seguir respetando esto que sentimos que es nuestra cultura. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/vi/2002)

La fiesta charra o charreada es una celebración festiva en la que se exhiben las habilidades de los charros a través de la realización de ciertas manio-

bras o faenas con el ganado y la sogá —que son denominadas suertes—, y que representan la realización estilizada de las tradicionales actividades agroganaderas del campo, tales como herrar o curar al ganado.

¿Qué significados encierra esta celebración colorida y compleja?, ¿qué contenidos condensa?, ¿de qué nos hablan las ricas y variadas piezas que la componen?, ¿cómo llegó a ser considerada «la fiesta más mexicana»?

Si bien en la actualidad la charreada es vista eminentemente como un espectáculo deportivo, en una perspectiva más amplia se descubre su carácter de ritual cultural complejo que permite ver la transformación en los significados que le dieron origen y que, aunque distintos, siguen recreando y refuncionalizando sus principios para sostener una práctica actual, moderna y diferente. La charreada muestra el proceso de transformación de una vieja celebración convertida en el escenario más espectacular en el que parece desplegarse un sofisticado parlamento que, al mismo tiempo que incorpora el lenguaje de la competencia, nos habla de lo mexicano y, particularmente, de la identidad regional. Efectivamente, la presencia de la gradería como elemento novedoso en el espacio físico de la charreada —anteriormente realizadas en el campo en algún corral o llano—, el lienzo,³ marca el cambio de estatus de una práctica tradicional campirana, a un espectáculo deportivo. Pero también forma parte del proceso paralelo y correlativo a las transformaciones simbólicas de una comunidad cultural: la apertura y apropiación de espacios físicos que alberguen, en un contexto diferente, a la charrería como forma y estilo de vida, y al mismo tiempo que le den legitimidad material a la existencia urbana de una práctica transterrada. Estos procesos se daban en un contexto histórico que le imprimía un tinte particular a la adquisición de terrenos por parte de quienes habían sido despojados de sus tierras en el campo, y que formaban parte de los acuerdos, negociaciones y reacomodos políticos nece-

³ Lienzo es el local donde se realiza la charreada, aunque estrictamente, esta palabra designa solamente el tramo recto donde corren los jinetes cuando colean, antes de llegar al ruedo entroncando con éste. No obstante, en términos generales, se usa esta palabra para hablar tanto de dicho tramo como del ruedo, las caballerizas, las graderías y cualquier otro espacio físico de las instalaciones que contienen el lienzo.

sarios para la paz social. Por eso, es interesante la anécdota del nacimiento del primer lienzo en Jalisco, que remite al acuerdo del gobernador del estado con don Andrés Z. Barba, de que, a cambio de formalizar la existencia de Charros de Jalisco como asociación, les cedería, por acuerdo del Congreso del Estado, un terreno para su construcción. Así nació el primer lienzo charro en Jalisco, como fruto de un acuerdo, pero también de un disciplinamiento del espíritu indómito de los charros jaliscienses.

La fiesta charra no ha sido siempre igual, ni en todos lados lo mismo. En este breve relato de una de las hijas del famoso patriarca de la charrería en Jalisco, don Andrés Z. Barba, se nos ilustra sobre sus primeros tiempos:

De lo que me acuerdo es del 40 para acá. Ya para entonces la charrería ahí estaba. La fiesta charra era una cosa muy diferente a lo que es ahora; había fechas particulares para las más importantes, que se celebraban no como ahora, todos los domingos, sino que celebraban el 14 de septiembre que era el Día del Charro, o el 12 de octubre, cuando se hacía otra charreada muy importante, y otra era para el 12 de diciembre. Todos los charros nos íbamos a pie, nos juntábamos por ahí en el Jardín de San José o algún lugar, y de ahí a pie todos los charros íbamos a cantarle las mañanitas con los mariachis a La Guadalupana en el santuario y a oír la primera misa; y nos subían a todos al altar. Todos vestidos de charros y de charras y de chinas. Y entonces, todo el altar era charro en la primera misa, con las mañanitas, entrábamos con las mañanitas cantando. También se hacía una charreada grande el día del santo de mi papá [don Andrés Z. Barba]. Era fiesta desde que Dios amanecía: desde en la noche se hacían las ollas de agua, de canela, se dejaban hirviendo toda la noche porque llegaban en la madrugada con los mariachis. Era muy curioso porque no se cobraba la entrada a las charreadas. Los charros grandes, como mi papá que era el charro viejo, el que todo quería dar, en mi casa se mataban venados para que hubiera birria y mi mamá los cocinaba en la casa; para la charreada, él llevaba todo el ganado, todas las yeguas, todo el tequila —porque tenía fábrica de tequila— y toda la comida. Y es que era fiesta todo el santo día que había charreada y todo era por él. Cuando él se fue [a Coahuila], pues ya el grupo de charros... ahí ya no hubo charreada, se paró todo, ya no estaba él; y entonces empezaron a organizarse de otra manera, empezaron a nombrar a otros charros presidentes y luego empezaron también a tener que cobrar la entrada; era una vergüenza que cobrarán cinco pesos la entrada,

no queríamos casi ni ir porque el charro nunca había cobrado. Y entonces se empezó a tener que cobrar, y él venía y seguía al pendiente de todos. Entonces ya se empezó a organizar la charreada con un primer congreso que hubo en Puebla, hace como 48 años, en Puebla, y se hizo un revuelo en toda la república porque en México la charrería era siempre de una categoría, en lo social, mucho muy alta. Había charros buenos también en la Ciudad de México y en el centro del país, pero en los charros, aquí era lo bueno. Aunque allá hubieran charros suyos, algunas familias, como los Becerril, los... uy, había familias de charros muy buenas; pues allá estaba el marqués de Guadalupe. Entonces se hizo ese congreso primero y ya se empezó a hacer la charrería, muy organizado el evento, porque antes toda la mañana tiraban piales, todas las familias ahí bien contentos... En realidad, era un poco aburrido, pero toda la mañana, en hilera, uno tras de otro; y luego, coleaban, todos coleaban; y las muchachas, las jóvenes hacían sus bandas de colores, claro, los colores de la patria, rojas, blancas, verdes; y al charro que coleaba y que *tumbaba redonda* se acercaba y las muchachas le ponían su banda; también cuando no tumbaban, los esperaba una falda amarilla con holanes rojos. Al que no tumbaba, se le dejaban ir, lo agarraban, le ponían su falda, su rebozo y a bailar un jarabe. Era simpático, imagínate a Pablo, mi hermano, con unos bigototes acá, con rebozo y a bailar zapateado. Como te digo, éramos familias, nadie estaba fuera de los amigos. Y entonces ya después se organizó la charreada, bien, bien. En ese tiempo no había escaramuzas, todavía, pero sí había toros, los toros estaban unidos a los charros. Se toreaba después del coleadero, porque hasta las doce eran los piales, y luego seguía el coleadero; todos coleaban, no había problema, todos se divertían. Porque después vinieron los problemas por eso. Y luego ya comían todos, se subían al salón y se comía muy a gusto y se bebía; y luego ya en la tarde sacaban una o dos o tres vaquillas bravas y los charros toreaban, los charros toreaban las vaquillas y las jineteaban, sacaban toros de reparo y jineteaban y toreaban. Y ya, se acababa todo, seguía el mariachi y seguía el bailazo. Ese tiempo ya fue de cuando se construyó el lienzo... por los años treinta. En ese entonces, cuando volvieron del congreso ya venían entusiasmados porque ya se había hecho un reglamento de la charreada y ya se empezaban con la cala de caballo, luego los piales y luego las colas y luego la terna. La terna es la madre de la charrería, que es lazar el toro de la cabeza y de las patas, para lo que se usaba en el rancho, para herrar, para curar. Y ya se hizo así, nada más que, pues ya fue la charreada más para el público, ya más ágil, con muchas más suertes y compe-

tencia, puntos y todo eso. Competencia que antes no había. Nada más que también en eso, en vez de que todos los charros se divirtieran, se empezó a divertir el equipo, ya todo giraba sobre los más buenos y los demás ya no tuvieron las mismas oportunidades. Estos fueron cambios importantes en la práctica de la charrería, que también hizo cambios más generales. En ese entonces había nada más la gran Asociación de Charros de Jalisco. Pero entonces nada más; imagínate del gentío que era, yo no sé, serían 100, 200 gentes, ya nada más se divertían una docena, que era el equipo. Y todos los demás pelando los ojos; el que disfrutaba era el equipo. Entonces empezaron a salir de esa asociación y formar otras. Ahora hay más de cien asociaciones en el puro estado de Jalisco... (Entrevista con Blanca Barba, 4/XI/1999).

Y agrega otro charro:

Luego empezó a haber trofeos, porque antes no había, antes lo más que había eran bandas que las mismas muchachas, nuestras hermanas, nuestras sobrinas, hermanas de los demás compañeros, las hacían, las bordaban para premiar a los charros, pues casi ni puntuación se llevaba al principio; ya cuando empezó a funcionar la (...) se empezó a hacer el reglamento y era un reglamento muy simple, muy sencillo, y los jueces que lo juzgaban eran gente muy conocedoras del medio. Ahora se dan muchos casos en que a los jueces los ponen de mayores y no todos saben lo que están haciendo. Es muy difícil. (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002)

La fiesta charra o charreada⁴ tiene distintos motivos para celebrarse. Sin embargo, lo más usual es que todos los domingos en la mañana haya alguna, en alguna parte del estado de Jalisco, ya sea en la zona metropolitana de Guadalajara o en alguna de sus ciudades medias, pueblos o hasta rancherías. La charreada completa actualmente puede durar hasta tres horas⁵ y si no se conoce el funcionamiento de la competencia suele ser bastante tediosa, lo cual ha sido tema de grandes discusiones entre distintas posiciones de los charros, que se concentran básicamente en dos: quienes ven la charrería como una tradición y quienes la ven como un deporte. Al respecto, comenta un charro de La Tapatía:

⁴ Hay una diferencia entre las charreadas, que son de estricta competencia...>

Los charros son egoístas en sus actividades, tratan de divertirse ellos y les vale gorro el público. Comparando cuando va uno a un rodeo americano —son odiosas las comparaciones y más con los gringos—, éste es de una movilidad tremenda, se descuida uno para comprar unas palomitas, y ya se pasó un evento. Aquí es lo mismo, lo mismo, lo mismo. Si son colas, hay 30 coleadores; si son piales, es lo mismo; en las manganas, en la terna, entre, bueno... Antes, para la terna, paseaban la yegua, le daban sus vueltas de tanteo y después empezaba el charro a florear su sogá, y eso es muy bonito, pero bueno, pues mientras las enrollan todo el mundo está esperando. Y eso es lo que nunca nadie toma en cuenta, que el público está esperando y las charreadas eran de tres horas. En Estados Unidos un rodeo es de una hora y cuarto, una hora y media; todo así, movidito, para quitar las cosas, allá no hay que hasta que se acabe, hasta que acabe de jinetear, sino que les dan ocho segundos y luego se dejan caer o brincan o los agarran. Por eso, cuando estuve en La Tapatía me metí mucho en impulsar cambios para acortar los tiempos, fue cuando hicimos que en las manganas y en la terna se pusiera un límite de tiempo, quince minutos, en aquel entonces eran quince minutos, desde que sale el toro hasta que lo tumban, si no lo tumban, cero... Ahora ya es menos, ya han recortado el tiempo, ya las charreadas se han hecho un poquito más amenas. Y el salto también es enfadoso porque son 40 jinetes... Son 40 jinetes que todos quieren saltar. Por eso hay ocasiones en que nomás iban *los dolientes*, a ver las charreadas, y ya. Y luego se quejan de que la charrería se ha ido quedando sin público; o sea, claro que lo que tenían que hacer eran jineteadas y luego llevar artistas y todo eso para meter más gente. Ahora, últimamente le han dado más realce a lo deportivo *fichando*

...> con las que son más propiamente fiestas. Las primeras son aquellas en las que todo gira alrededor de la realización de las suertes reglamentarias y que se apegan a los reglamentos de competencias; y las segundas, aunque pueden incluir el desempeño de todas o solamente algunas de las suertes, incluyen también escaramuzas, bailables, música y otros elementos, y si bien puede haber competencia, no es lo central.

⁵ Este es un constante motivo de queja de los charros, sobre todo de los de cierta edad que son quienes más se han resistido a que la charrería sea sometida por los fríos cálculos de la competencia deportiva. Uno de ellos, ironizando sobre lo larga que se ha hecho la charreada actualmente, señala, refiriéndose a una de las suertes en particular: «las ternas ya no son 'ternas', son 'eternas'».

charros; ya las asociaciones pagan charros porque estén en su asociación y compitan por ellos, o sea, profesionalización, se profesionalizó la charrería. Eso ya no es deporte, es decir, vamos, yo creo que esto tiene todo menos deporte porque no es eso realmente, es una diversión de los que participan ahí y sirven de diversión al público, pero ya no se ve claro lo estrictamente deportivo. (Entrevista con Hugo Barragán, 24/1/2002)

La charreada es actualmente una exhibición pública de competencia regida por estrictos reglamento y estatutos, en la que se juega el dominio de las habilidades charras, que son puestas en escena a través de la realización de una serie determinada de suertes⁶ en un orden particular, y calificadas con un riguroso y complicado sistema de puntos y castigos. Sin embargo, esta competencia está acompañada y rodeada de otros *actos rituales* que le dan un carácter especial a la fiesta charra, cuyo espacio físico es el lienzo charro, compuesto propiamente del lienzo, una superficie plana y recta, con una longitud de 60 x 12 metros como mínimo, y el ruedo, que es una superficie plana y redonda de 40 metros de diámetro, conectada con el primero. En sus costados cuenta con cajones para el ganado y está rodeado de tribunas.

Las charreadas suelen realizarse después de la celebración de una misa. En las instalaciones de algunos lienzos charros hay capillas donde ésta se celebra con toda solemnidad y a la cual asisten los charros que participarán en la competencia, pero también el público en general. La devoción católica

⁶ Es interesante observar la utilización de la palabra *suerte* para hacer referencia a las distintas pruebas que los charros realizan en la charreada. Este mismo término es utilizado en el mundo taurino para referirse a los lances de la lidia, y contiene una alusión al destino o a «aquello que ocurre o puede ocurrir para bien o para mal» (*Diccionario Léxico Hispano*, W.M. Jackson ediciones, México, 1989), que podría condensar tanto la idea de una especie de «apuesta» por un destino en cierto sentido (inclusive en un particular momento histórico-político del surgimiento de la charrería como deporte), pero también la de estar jugando la vida en la realización de una actividad riesgosa, en una especie de duelo en el que el contrincante es la fuerza del animal y donde lo que se pone en juego es el honor de vencer.

de los charros se deja también ver cuando se persignan antes de ejecutar las suertes.

El principio de una charreada suele ir acompañado de música ranchera, y comienza con el saludo reglamentario: todos los charros a caballo que participarán en la charreada, se acercan por el lienzo hasta el ruedo, y enfrente de las tribunas realizan su saludo tocando, con la mano derecha abierta, el ala del sombrero. En este saludo inicial a veces se incluyen también los directivos de las asociaciones que competirán y la reina de los charros anfitriones. Frecuentemente llevan la bandera nacional con una guardia de honor —en cuyo caso se hace un saludo a la bandera—, y las asociaciones que compiten llevan sus estandartes que las identifican. Al terminar los saludos, los charros en sus caballos van tomando su lugar en el ruedo, mirando hacia el centro y dando la espalda al público, al tiempo que por los altavoces se dan a conocer los nombres de los equipos que participarán, se anuncia la presencia de las personalidades que hayan asistido y algunas otras cosas. Después de esto, se inicia el desarrollo de las suertes, comenzando con:

- La cala de caballo, en la que la intención es demostrar la gallardía y obediencia del animal, y el dominio del jinete sobre éste; consiste en la salida del *partidero* a galope del charro en su caballo, deteniéndolo luego bruscamente *rayando* o *metiendo las patas* a medio ruedo, dentro de un rectángulo dibujado en la arena, después de lo cual se hace dar vueltas sobre un eje al caballo en una dirección y en otra; finalmente, está *la ceja*, que es hacer caminar hacia atrás al caballo con naturalidad y en línea recta, hasta los cuarenta metros. Una vez terminado este ejercicio, regresa el jinete al centro a saludar al estilo charro. Al terminar esta parte, los charros apostados alrededor del ruedo, se dirigen al lienzo para dar lugar a las siguientes suertes.
- El coleadero, que consiste en derribar un toro en plena carrera, tomándolo por la cola. Esta suerte, se dice, debe hacerse en tres tiempos, si no los animales se lastiman y también el charro: primero sale el toro del partidero a toda carrera y el charro arranca su caballo para ir a la par; luego *pachonea* al toro (es decir, lo toca para sentir cómo va el animal y comprobar su firmeza en la silla); finalmente, tiene que tomar la cola del toro y levantarla para pasar la pierna con todo y estribo por encima de la

cola del toro para que se afiance en el tobillo del charro y luego jalarla para tumbar al animal, que debe caer antes de llegar al ruedo (si no la suerte vale menos puntos). También cuenta la manera como cae el toro, de qué lado y si da la vuelta o no. Hay algunas variaciones de esta suerte como el tumbar «a la lola», o «a la queretana», aunque la más usual es la que se describe primero. Se dice que ahora los jóvenes competidores no observan las tres etapas por ahorrar tiempo para la competencia y eso le resta elegancia a la suerte y arriesga a los animales.

- El jineteo de novillo demuestra la fuerza del jinete para permanecer sobre este animal. Para esta suerte se cierra el ruedo en la parte en que se une con el lienzo y, de un cajón especial, se saca un novillo que sale rumbo al ruedo con un jinete montado al que, brincando y reparando, intentará quitarse de encima hasta que se canse y se amanse. Entonces el charro se baja por el lado izquierdo, echando un brinco, y al final le quita el *pretal*.⁷ Antes esta suerte se componía de más tiempos, ya que el toro no salía de un cajón, sino que le abrían la puerta y tres charros lo esperan en el ruedo para lazarlo, amarrarlo de las patas y tumbarlo para ponerle el *pretal*; era entonces que un charro se preparaba y, cuando el novillo se levantaba, quedaba montado para jinetearlo hasta amansarlo. Todavía después se hacían piales para lazar las patas del toro y hacerlo caer.
- Los piales en el lienzo, son pruebas del uso de la cuerda, con la que se lazan las patas traseras de una yegua bruta para derribarla. Esta suerte se hace de la siguiente manera: se vuelven a abrir las puertas que cerraron el ruedo al lienzo, y tres charros a caballo se sitúan junto a la barda del lienzo con su sogá preparada. Cuando la yegua sale, los charros le tiran el lazo intentando lograr que meta las dos patas en la lazada y, si lo logran, enredan parte de la sogá en la cabeza de la silla para detener a la yegua. Muchos charros se han cortado falanges enteras en esta suerte. La yegua tiene que ser tirada tres veces de esta manera y la gracia de la suerte consiste en la distancia a la que la sogá es tirada.

⁷ Cuerda no muy larga atada alrededor del tórax del animal, muy apretada, que sirve para que el charro se sujete.

- La terna, que es una suerte triple estrechamente unida a la jineteada de toros. Consiste en derribar al toro, para lo cual tres charros tratan de lazarlo, primero a la cabeza o los cuernos para seguir luego con las patas. Lo que hay que hacer es sujetar al toro de ambos extremos para finalmente derribarlo.
- Jineteo de yegua, que de manera similar al jineteo de novillos, demuestra la fuerza del jinete para permanecer montado en el animal. También aquí se utiliza el pretal o puede hacerse *a la greña* (sujetado sólo de la crin del caballo).
- Manganas a pie y manganas a caballo: consisten en lazar las patas delanteras de una yegua para derribarla, después de exhibir la maestría en el manejo de la cuerda, elaborando verdaderos dibujos en el aire con ella, a lo que se denomina «florear la reata». Para florear hay que soltar la lazada y, antes de que se cierre, hacer un movimiento para que vaya abriéndose a voluntad del charro y gire a su alrededor, haciendo distintas figuras, algunas de las cuales son reconocidas con un nombre: al viento, la tragada, el tirón del ahorcado o el tirón de la muerte. Florear la reata es un ejercicio lucidor que suele exhibirse antes de los piales y los lazos. Hay momentos en los que sale un solo charro exclusivamente para mostrar su habilidad en el floreo y suele provocar muchos aplausos del público. Hay otros charros diestros en el floreo a caballo.
- Finalmente, el paso de la muerte, consiste en pasarse de un caballo amansado a una yegua bruta, sin rienda, a pelo y en plena carrera. Es la suerte más peligrosa, ya que requiere de mucha destreza y valor, que termina cuando el charro logra amansar a la yegua y bajarse de ésta tranquilamente.

La realización de cada suerte es calificada con cierta cantidad de puntos, que varían dependiendo de una fina escala que toma en cuenta distintos detalles que los charros dominan muy bien, al igual que el público aficionado: si el charro derribó al animal antes de cierta distancia, si lo hizo de una manera más complicada, si pasó la pierna por encima de la cabeza de la silla al colear, etc. Hay que decir que estos detalles son perceptibles por el público lego en la materia solamente si hay alguien del mundo charro que lo vaya

explicando. En caso contrario, el espectáculo es incomprensible y resulta bastante aburrido.

A la mitad de la charreada suele presentarse —cuando se les ha invitado o permitido— a la escaramuza charra, que es la suerte charra para la participación de las mujeres, y que consiste en un conjunto de ejercicios ecuestres realizados a galope por un grupo de ocho integrantes por lo regular, vestidas de rancheras o de charras, montadas al estilo mujeril (de lado), y ejecutada al ritmo de la música con evoluciones ágiles, audaces y precisas. La escaramuza charra es vista como un espectáculo lleno de emoción y colorido que, además, transcurre rápidamente y rompe la monotonía de la competencia charra. Sin embargo, hay charros que consideran que, precisamente por eso, la escaramuza «distrae» de lo que consideran lo importante de la charreada, y no les gusta este acto.

En una charreada de competencia hay varios equipos participando. La manera como funciona la competencia es la siguiente: cada equipo realiza cada una de las suertes, y un jurado califica la ejecución de éstas, dando tres oportunidades a cada concursante y emitiendo su calificación por micrófono de manera que todo el público se entera de cómo se acumulan los puntos para cada equipo. Cuando todos los equipos han ejecutado la misma suerte, se pasa a la segunda, y así sucesivamente. Esto hace la dinámica un poco cansada, pero si el público se compone en su mayoría de charros, se sigue el desempeño de los equipos con atención y entusiasmo, aplaudiendo o chiflando, festejando los chistes del maestro de ceremonias y haciendo muchos comentarios con los vecinos.

La charreada no es solamente una competencia entre equipos de charros, sino un acto ritual que incluye muchos más elementos que le dan su carácter complejo. En una charreada tipo, se pueden observar los siguientes elementos:

Los concursantes: cada equipo concursante porta todos los emblemas propios del charro dispuesto a exhibir su capacidad y dominio del arte, y cada equipo, también, tiene un capitán, cuya labor es dirigir a sus compañeros. Todos son varones y visten el traje charro de faena, que incluye, con algunas variaciones, camisa charra, chaparreras, botas, cinturón, sombrero, espuelas, corbata, chaqueta, pantalón, y en algunos casos,

chaleco. Los caballos, yeguas, reses y otros animales son escogidos por su belleza, obediencia, docilidad y fuerza, entre los cuales hay algunos realmente notables.

Hay armonía en la manera en que los charros realizan las diferentes suertes, y también en la forma en que logran que los animales obedezcan lo que ellos les piden en los diferentes momentos de la fiesta, demostrando la destreza producida a través de largas prácticas y la íntima relación entre el charro y su caballo. Además, la seriedad con que cada suerte es ejecutada y la pasión con que las realizan son fácilmente perceptibles por el público, que evidentemente comparte esas emociones.

Los charros realizan sus suertes sin hablarse más que lo indispensable, demostrando que cada quien sabe muy bien lo que hay que hacer y que actúan todos con el mismo objetivo. Lo único que se escucha son las exclamaciones dirigidas a los animales, que son tratados casi siempre con fuerza, pero sin crueldad alguna. Esta relación entre el charro y los animales aparece como algo que implica significados complejos que merecen un análisis detenido por sus contenidos simbólicos.

Además de los concursantes, hay en la charreada otros personajes —sin excepción, todos varones— que participan en la fiesta ayudando de distintas maneras: regando el lienzo para evitar que haya demasiado polvo levantado en el momento de hacer las suertes; ayudando con el manejo de los animales para llevarlos a los lugares indicados cuando las distintas suertes los requieren; otros marcan en el lienzo los espacios para las suertes mediante el siguiente procedimiento: de una manera ingeniosa se miden primero las distancias y luego se marcan las líneas. Con una varilla de metal señalan un semicírculo en la tierra, y luego con una lata clavada en un palo a manera de asa y con agujeros en la base, se va poniendo cal en la marca dejada en la tierra para que sea visible; también se puede observar un grupo de personas en la parte «posterior» del lienzo, detrás del área de exhibición, que ayuda a desmontar a los charros y da de beber o cepillan a los animales —los *caballerangos*—, niños que hacen suertes con la cuerda o que montan tranquilamente los caballos. Todo esto lleva a pensar que la fiesta charra, como cualquier puesta en escena, envuelve muchos más elementos que los que se ejecutan en el ruedo, y que componen una extensa red de actores y actividades que trascienden el texto

que se aprecia en la fiesta. La actitud del público es muy importante, ya que en la medida en que está culturalmente involucrado en el significado es capaz de responder emocionalmente para crear el clima festivo y así darle su redondez a la charreada.

Otro personaje presente en la charreada es el mayoral, que dirige los movimientos de los jinetes y guía el suceder de la charreada. Su presencia es muy discreta, pero el conocimiento y dominio de los pormenores del desempeño de las suertes y sus reglamentos deben ser muy amplios, por lo que frecuentemente este cargo lo desempeñan charros de larga trayectoria en competencias y en pertenencia a la comunidad charra.

Los jueces son otros personajes importantes en la fiesta charra. Son un grupo de hombres, usualmente mayores, que ubicados en un puesto alto en donde se junta el lienzo con el ruedo, desde donde todos los detalles de las faenas pueden ser perfectamente observados. Su labor es la de calificar cada una de las tres oportunidades en cada suerte para los distintos equipos concursantes y emitir la calificación por un altavoz, sin más comentarios. Por lo tanto, deben ser personajes muy versados en los estatutos y los reglamentos, así como muy observadores y pretendidamente imparciales. Se considera la labor de los jueces como algo muy complicado, ya que debe anotar en la hoja de calificaciones, primero, el nombre de la asociación, el nombre del capitán, el nombre del competidor y luego se desarrollan los puntos buenos, adicionales, malos y el total, y se van sumando consecutivamente los puntos de todas las suertes. Según los estatutos de la Federación, los charros tienen que estar en capacitación constante para poder desarrollar bien su trabajo. Tienen que aprenderse todo el reglamento charro y aparte tienen que aprender a usar cierto criterio para evaluar cada situación. A veces se les critica a los jueces porque hay algunos que no fueron charros activos, sino que son personas que si bien les gusta la charrería y han estado metidos en el ambiente charro, nunca la han practicado. Este tipo de jueces es cuestionado porque se cree que no pueden calificar bien sin haber tenido la experiencia. Los puntos que obtiene cada charro en cada suerte son sumados y así se obtiene el total del equipo, manera como se sabe cuál es el ganador. La puntuación es importante porque tiene que ver con las posibilidades de participar o no en los campeonatos nacionales, a los que se llega habiendo superado los 500

puntos en los campeonatos estatales, primero, y los campeonatos regionales, después.

Los maestros de ceremonia, locutores o amenizadores, son otro grupo de personas que cumple una gran cantidad de funciones importantes en la charreada. La principal es interpretar el reglamento para que el público comprenda lo que ve y se interese, mediante una narración por micrófono de lo que sucede en el lienzo, a lo que agregan comentarios improvisados, anécdotas, comerciales y chistes. Todo esto, y dependiendo de las habilidades de cada locutor, se hace en medio de diversas interacciones con el público que los rodea, comentarios al margen y fuera de sonido, grandes carcajadas y hasta tragos de bebida. De esta manera, por ejemplo, al ver los piales el locutor explica qué es un pial: lograr detener de las patas traseras a una yegua que sale a todo galope por el batidero, y depende de la manera como la detenga es la calificación que va a obtener, aparte de los puntos adicionales; porque el charro tiene que estirar su pie a cuatro metros de la barda; si se retira más son puntos adicionales; y luego la manera en como lo detenga también cuenta para puntos adicionales: si el caballo no se mueve para nada, se le considera *canilla muerta*, es decir, que está la pura canilla trabajando y el caballo está inmóvil. Los locutores suelen ser hombres vestidos de charros, que muestran mucha seguridad en lo que hay que hacer y decir en estas ocasiones. Se puede decir que con esta actividad, los maestros de ceremonias van unificando la visión que se presenta en el ruedo, dan el marco festivo a la charreada, la salpican de humor y, en otro nivel, refrendan los pactos con ciertos valores, ciertos significados y ciertos elementos discursivos que abarcan diferentes campos.

Entre las cosas que son comentadas por los altavoces entre una suerte y otra están, por ejemplo, la muerte de algún insigne charro y la edificación de un nuevo lienzo con su nombre a manera de homenaje (con lo cual puede pensarse en la importancia de la hagiografía en la tradición charra, que representa un verdadero culto a las personalidades y su conversión eventual en figuras mitológicas); también se hacen comerciales, por ejemplo, de los fabricantes de accesorios charros y de los productos de otros patrocinadores de las fiestas charras; también se habla de los animales y de las ganaderías, y se hace publicidad de otras actividades charras.

Otro elemento fundamental en la charreada es el público. Algo que se observa con frecuencia en el acomodo del público en las graderías, es que suele darse una separación notoria entre varones y mujeres. Claro que se pueden ver también algunas parejas o algunas familias, pero la mayoría de los niños presentes están con sus madres en el grupo femenino. Este grupo se compone, en su mayor parte, de las esposas y las hijas de los charros que compiten, pero también de otras mujeres charras aficionadas. El público suele componerse de personas informadas y conocedoras de los pormenores de la competencia, por lo que muestran una gran atención a lo que ocurre en el lienzo. Tanto entre las mujeres como en los grupos de hombres se pueden oír juicios sobre los concursantes, los animales o las calificaciones de los jueces, mostrando un conocimiento apropiado del significado de cada elemento y de la fiesta en general. Las muchachas, aunque se muestran interesadas en comentar lo que sucede en el lienzo, también hablan entre sí y cuidan a niños y bebés allí mismo. Muchos de los varones del público asisten a la charreada vestidos también con alguno o varios de los elementos emblemáticos de los charros, aunque no hayan ido a competir. A veces se puede ver también en el público a la reina charra y a algunas otras mujeres vestidas con elegante traje charro de gala (falda estrecha hasta el suelo, botas, chaqueta), además de otras con el traje de escaramuza: colorido vestido de ranchera, de falda larga de amplio vuelo y moños también coloridos en el peinado. Además, se puede ver frecuentemente a niños muy pequeños vistiendo el traje de charro completo. De esta manera, los niños son habituados con naturalidad al ambiente, la fiesta y la ropa charra, como parte de la socialización de las nuevas generaciones.

Otro elemento notorio es la presencia de algunos señores charros de edad mayor, por lo general de pelo cano; estos patriarcas charros, que suelen estar rodeados de un grupo de hombres más jóvenes, también vestidos de charros, parecen tener una función importante, encarnando la autoridad, la tradición y los valores charros. A este grupo se dirigen muchos de los comentarios fuera del micrófono de los maestros de ceremonias, y alrededor de ellos parece gravitar cierto aire pontificio. A propósito del papel de estos patriarcas, un charro de Guadalajara señala:

el charro viejo, yo creo que es un símbolo, primero que nada por su edad; segundo, porque es de quien heredamos la tradición; y tercero, por lo que precisamente simbolizan: el ejemplo de ese hombre bueno, de ese hombre sano que se dedicó al deporte, que sigue conservando y preservando las costumbres mexicanas, al grado tal que seguimos usando la misma indumentaria que era la indumentaria que en aquella época se vestía; nadie en la calle anda vestido actualmente de charro y no anda vestido de charro porque ya no es la usanza, pero el conservar esas tradiciones para nosotros, el charro viejo es el símbolo de nuestras tradiciones, el que nos enseñó a vestirnos, el que nos enseñó a charrear, el que simboliza la continuidad de nuestra herencia, de que nosotros hayamos podido recibir ese legado. Realmente le digo, es un orgullo ser charro porque somos esa minoría que está conservando la mexicanidad, a costa de lo que venga y lo vamos a seguir haciendo, la charrería no va a morir, al contrario, ni la tradición mexicana, ésta la vamos a seguir llevando para adelante. (Entrevista con Alejandro Palacio, 10/vi/2002)

En las charreadas hay otro elemento que se observa en los espacios exteriores del lienzo, por detrás de las graderías, y son los comerciantes. En esa área se encuentran instalados diversos puestos, donde se pueden adquirir todos los accesorios especiales para los charros, desde sombreros, fajos, chalecos, camisas y chaparreras, hasta el traje charro mismo, de distintas calidades y precios, además de los productos de la talabartería local y foránea, como sillas de montar, chicotes y cinchos, hechos mediante distintos procesos como el chomiteado, el cincelado, el piteado y la gamuza, algunos de ellos muy elaborados y que debieron implicar mucho tiempo en su confección. A veces se puede ver a los artesanos fabricando allí sus productos, como los sombreros de pelo de conejo o los fajos. Además de estos comercios, están los vendedores ambulantes de cigarros, papas, semillas, cervezas, dulces y otros.

El público suele quedarse en su lugar hasta que se dan los resultados de la competencia para aplaudir a los ganadores, que salen al lienzo a recoger los aplausos y que, luego de hacer el saludo charro, se retiran, dando por finalizada la fiesta. Las preesas y distinciones con las que la Federación de Charros premia a los ganadores son las siguientes: para los varones, diploma, pergamino, presea de plata, presea de oro y medalla de oro; para las mujeres, diploma, pergamino, rebozo de plata y rebozo de oro. Muchas veces, en otras charreadas,

se premian a los ganadores con trofeos que suelen ser estatuillas o figuras representativas: charros haciendo alguna suerte o floreado la reata, algún caballo o novillo, u otros.⁸ En los últimos años se ha comenzado a premiar también con dinero o con automóviles y remolques, lo cual ha desatado un fuerte debate entre quienes piensan que ni el dinero ni los bienes materiales deben intervenir —por lo menos explícitamente ni como motivo último— en la fiesta charra y los que opinan lo contrario.

La observación de la charreada hace pensar en esta fiesta como un ritual cultural, que puede ser leído como un texto en el que es posible analizar diversos elementos relativos a las formaciones discursivas referentes al género, así como a la identidad regional y al proceso de construcción de los discursos nacionalistas que sitúan en un lugar particular la figura del charro.

Las fiestas charras aparecen como el corolario de una tradición compleja en donde se ponen en juego los distintos componentes que han confluído para dar vida al mundo charro, un fenómeno compuesto por innumerables elementos que permiten diversas lecturas, o un cuadro vivo donde se incluyen riquísimos matices de su historia, sus significados y sus valores. Asimismo, la fiesta charra se presenta como un ritual en que, cada vez, en que vuelven a tomarse posiciones, a situarse los diversos elementos en los lugares adecuados, y se reconocen otra vez los espacios y límites: se reestablece el orden del mundo charro y se refuncionalizan sus principios. Los elementos discursivos que se ponen en juego en la fiesta charra parecen recrear el juego cultural de los significados provenientes de diversas fuentes, como los relativos a la identidad nacional y regional, a las diferencias jerárquicas internas entre los sujetos, a la reafirmación de una ética y una estética específicas de la charrería y, de manera importante, aquellos significados atribuidos a la diferencia sexual, a cada uno de los sexos y a las relaciones entre ambos. Es un orden en que la

⁸ Es muy interesante observar que la mayoría de los charros son también coleccionistas de objetos varios: espuelas, cuadros sobre charrería, sombreros, esculturas de caballos y, sobre todo, de muchas imágenes de sí mismos en distintos momentos significativos de su carrera como charros. Esto parece derivarse del ánimo de mantener y conservar un mundo en peligro de extinción, a través de la acumulación de sus emblemas.

disciplina y el control juegan un papel fundamental: los límites entre los diversos elementos son muy claros y rigurosamente respetados.

La fiesta charra es el escenario más elocuente y repetitivo de la charrería, en el cual se actúa insistentemente en su universo simbólico, recreándolo y re-recreándolo. En este sentido, puede constatarse su gran potencial *performativo* de los estereotipos nacionalistas y de género, ya que éstos son puestos en escena, dando materialidad a las ideas que pretenden encarnar. El discurso de la fiesta charra, como tal, comienza y adquiere vida en el lienzo charro, en el marco conformado por el conjunto de elementos que más arriba hemos mencionado, a partir de que el maestro de ceremonias da la bienvenida a los asistentes, presenta a los equipos que tomarán parte en la competencia, menciona a los patrocinadores de la fiesta y engarza a la fiesta particular dentro del contexto de la tradición nacional de la charrería, haciendo alusión a su historia, a sus vínculos con los organismos organizadores de la charrería como deporte nacional y local, y a la mística que encierra el deporte. De esta manera, el maestro de ceremonias es la voz de la charreada, mediando entre los concursantes, los jueces y el público, y dándole un discurso verbal y articulado al espectáculo. Esto es interesante, sobre todo cuando se observa que los actores de la charreada no hacen uso público de la palabra. El único gesto con el que se dirigen a los espectadores es el inicial y final saludo charro, que es un ademán silencioso.⁹

⁹Este elemento debe ponerse en relación con lo frecuentemente expresado en el proceso de esta investigación, en el sentido de que «los charros no son conversadores». El arte de conversar parece *dejarse* a las mujeres, ya que en el imaginario social es la acción lo que caracteriza el mundo masculino y la conversación (entendida como sustitución de la actividad, y por lo tanto, como una expresión pasiva) al mundo femenino. Esto estuvo en la base de la dificultad metodológica para conseguir entrevistas personales con algunos charros y para obtener alguna tematización sobre su actividad, y es lo que parece estar también en la parquedad verbal de los charros en su desempeño en el escenario. Este elemento interviene también en el tipo de transmisión que se da entre la fraternidad charra de las habilidades de competencia: se trata de una transmisión por la vía de la práctica deportiva, un *enseñar haciendo*, en que el cuerpo es el pizarrón donde se muestran las lecciones a aprender.

Algunos autores (Bourdieu, 1993; N. Elias y E. Dunning, 1995) han hecho referencia a este elemento del silencio de ciertas prácticas deportivas. Señalan que el silencio de los deportistas tiene que ver con cosas que no se pueden decir más que con el cuerpo. El deporte es, junto con la danza, uno de los terrenos donde se plantea con máxima agudeza el problema de las relaciones entre la teoría y la práctica, y también entre el lenguaje y el cuerpo. Las prácticas corporales colectivas, al simbolizar lo social, contribuyen a somatizarlo y, a través de la mimesis corporal y colectiva de la orquestación social, refuerzan esta orquestación.

[Las prácticas deportivas] se producen, en su gran mayoría, más allá de la conciencia, que se aprenden por una comunicación silenciosa, práctica, de cuerpo a cuerpo, podría decirse. Y la pedagogía deportiva es quizás el terreno por excelencia para plantear el problema que se plantea por lo general en el terreno de la política: el problema de la toma de conciencia. Hay una manera de comprender completamente particular, a menudo olvidada en las teorías de la inteligencia, la que consiste en comprender con el cuerpo. Existen cantidades de cosas que comprendemos solamente con nuestro cuerpo, más acá de la conciencia, sin tener las palabras para decirlo. El silencio de los deportistas... obedece por una parte al hecho de que, cuando no se es profesional de la explicitación, hay cosas que no se saben decir, y las prácticas deportivas son esas prácticas en las cuales la comprensión es corporal (Bourdieu, 1987: 182).

Según este mismo autor, lo que se comprende a través de las actividades que implican el cuerpo en movimiento es enteramente *otraly* visual, o mejor dicho, mimético, en razón de la ausencia de toda objetivación en una escritura adecuada. Esta es la especificidad del deporte: la manipulación reglada del cuerpo. Es una manera de obtener del cuerpo una adhesión que el espíritu podría rechazar, y la disciplina corporal es el instrumento por excelencia de toda especie de «domesticación». En la charrería el uso del cuerpo, en su manera de vestirlo y en lo que expresa en sus gestos silenciosos, tiene que ver con construir la creencia de un sujeto individualista, competitivo y, sin embargo, con *espíritu de cuerpo* en relación con los otros miembros de su equipo. Las suertes charras se desempeñan individualmente y su éxito tiene que ver con habilidades individualmente desarrolladas. No existe relación entre los

cuerpos de los charros en exhibición, pero en cambio, la relación cuerpo a cuerpo entre los charros y los animales es de mucho mayor cercanía. No olvidemos, además, que el ranchero siempre ha gozado de la fama de ser libertario —y hasta ácrata—, por lo que la domesticación del charro a través del deporte es una vía importante para disciplinarlo y subordinarlo a reglas claras de comportamiento y acción.

Otro elemento a considerar en el análisis de la fiesta charra es el tipo de relación con el cuerpo que se expresa en ésta. Relacionando este aspecto con lo señalado antes respecto al *potencial pedagógico del cuerpo*, P. Bourdieu (*Ibid.*) ha señalado que en cualquier análisis sociológico del deporte, es fundamental entender el nexo de un determinado deporte con el espacio social que en él se expresa, dependiendo de si favorece o exige un tipo de relación corporal que implique un contacto directo, un cuerpo a cuerpo, o que por el contrario, excluya todo contacto, ya que la relación con el cuerpo que se expresa en un determinado deporte manifiesta la manera en que el cuerpo está asociado a una posición social y a una experiencia ordinaria del mundo físico y social. Esa relación con el cuerpo es solidaria de toda la relación con el mundo: las prácticas más distintivas son también las que aseguran la relación más distanciada con el adversario, son también las más estetizadas, en la medida en que la violencia está en ellas más eufemizada y en que la forma o las formas la coloquen sobre la fuerza y la función. La distancia social se retraduce muy bien en la lógica del deporte.

La fiesta charra utiliza el principio de competencia para determinar al «mejor», el charro que está más cerca de la imagen ideal de un individuo en un contexto determinado, no solamente en tanto competidor, sino en un sentido amplio que encarna modelos de moralidad, conducta y masculinidad. Así, los competidores son medidos contra un ideal, pero también representan esa imagen, es decir, funcionan en un segundo nivel de significación, la representación del charro ideal, y por su calidad de estereotipo nacional, del mexicano ideal. La competencia, pensada como mecanismo para balancear las diferencias, establece el terreno a través del cual *algunos* se convierten en superiores a *otros*, y funciona como sistema de significación mediante los elementos constitutivos dentro de marcos construidos por determinados significados y valores, y que hacen referencia a la base ideo-

lógica sobre la cual descansan tanto el sistema sexo/género como el discurso nacionalista.

La significación que involucra la fiesta charra es la que liga al individuo que compete con la representación de un imaginario nacional, produciendo un sistema de significación que involucra desde la temprana socialización de los charros en el seno de la familia hasta el entrenamiento deportivo y la misma charreada, proceso en el cual el varón es transformado en signo.

Las charreadas son claramente formas locales que también existen en una jerarquía que vincula lo local con lo nacional a través de los distintos círculos institucionales. Se trata de una institución popular donde el poder se instala y produce efectos reales, inmersa en un discurso que se declara un deporte o un «simple» entretenimiento, enmascarando así las relaciones de poder, pero que sin embargo refleja el flujo de poder en este tipo de rituales que conjunta tanto la creatividad del poder y su participación en el sostenimiento del discurso nacionalista y localista, como la inequidad de las relaciones sociales tan frecuentemente reveladas en estos eventos. El espectáculo desplaza la atención del juego de poder involucrado y centra la atención en los sujetos en competencia. Los charros son puestos en exhibición y evaluados en relación con los estándares y reglamentos; los charros y su desempeño son los sujetos o los blancos del poder que no está visible y que debe ser leído entre líneas, y que habla no nada más de las diferencias que se establecen entre el mundo charro y el exterior, sino —y sobretodo— de las diferencias internas a éste.

El charro que compete y que va a representar a su asociación y a su comunidad, debe probar que tiene las habilidades, la destreza y la fuerza para encarnar una determinada idea de masculinidad; con su desempeño da cuerpo a una identidad de género ideal para los varones de la comunidad, así como a una identidad local y una nacional, que no hacen referencia solamente a una apariencia, sino a un discurso explícito que sitúa las identidades en la acción.

En su exhibición, el charro demuestra el fruto de un proceso de socialización y entrenamiento, así como su disciplinamiento a los usos y reglamentos, procedimientos y valores del mundo charro. Pero también se ve sometido a una actuación que conlleva otros aprendizajes subjetivos: el aprendizaje de

su papel como ideal social, como encarnación de una idea y de un discurso localista y nacionalista, y su calidad de ejemplo moral y sujeto a la mirada pública sancionadora.

Por otra parte, la fiesta charra es también un acto que educa a la audiencia para una comprensión particular del comportamiento individual. Consideramos con Mosse (1996), que la naturaleza pública de un estereotipo necesita énfasis para hacer lo invisible tanto visible como público, de donde se deriva su importancia social y política. Sin embargo, para que se dé este proceso de hacer material lo abstracto se necesita educar los ojos de los espectadores, ya que solamente si se tienen ojos suficientemente educados para leer y comprender sus manifestaciones externas serán sensibles al significado de las representaciones. En esta línea, la exhibición charra —tanto en los desfiles como en la fiesta charra— funciona como parte del discurso nacionalista, involucrando al mismo tiempo elementos del modelo de masculinidad moderna, en un ritual pedagógico que adopta el estereotipo como significado de su autopresentación.

En la charrería encontramos presentes los ideales de la caballeridad, en el marco de una tradición de la caballería, en donde el concepto de honor es fundamental. Este concepto es una mezcla de los siguientes valores: el valor, la audacia, la sangre fría, la destreza, la lealtad, el orgullo, la nobleza (ligada a la figura idealizada de una mujer), la compasión, la rectitud y el patriotismo. Podríamos plantear inclusive que la competencia charra puede ser vista como una de las derivaciones modernas y locales del ritual del duelo, en la que si bien no se trata de reestablecer ninguna ofensa al honor, sí se trata de participar en una competencia en la que los valores asociados al honor mismo son los que están en juego. De esta manera, la fiesta charra es ese espacio *performativo* que permite el despliegue de las virtudes viriles a través de una figura/estereotipo que encarna y actúa un ideal de la masculinidad, que integra elementos fragmentados hasta ahora en el proceso de construcción de modelos globales masculinos y nacionales, constituyéndose en el ideal físico, de comportamiento y de moralidad que requiere el México moderno.

La fiesta charra puede verse entonces como un ritual que condensa pronunciamientos del orden social de género y su expresión en rangos sociales,

plasmados en todo un conglomerado específico de lenguajes, gestos, posturas, comportamientos, vestuario y usos del espacio, conformando todo un universo de socialización, una expresión totalizadora de una especie de *ethos charro*, con mecanismos específicos de transmisión de valores y normas, emanados de algo que podría llamarse el *espíritu charro*, y que permite el resguardo de lo que es vivido como nuclear en términos identitarios, así como la reivindicación de dicha identidad.

Los elementos discursivos que se ponen en juego en la fiesta charra parecen recrear el juego cultural de los significados atribuidos a la diferencia sexual, a cada uno de los sexos, a las relaciones entre ambos, a la sexualidad y a sus manifestaciones, articulados con elementos discursivos de otros circuitos, entre los cuales destaca de manera fundamental el relativo a la identidad regional, en cuyo seno se incorpora como pieza central la producción discursiva de género, que a su vez está ligado con la producción del discurso nacionalista, pero también con el proceso de producción de lo local señalado anteriormente.

LOS TRAJES CHARROS

La charreada, tal como hemos visto, puede tomarse como un conjunto complejo de elementos que operan como signos de un discurso general. En éste el vestuario es uno de los elementos centrales, como definitorio no solamente del género, sino también de una nacionalidad y un estatus. El traje charro es un vehículo por medio del cual se marcan estas diferencias, significándolas y reforzándolas, comunicando contenidos de género y constituyendo en sí mismo un sistema de signos que ayudan a regular la fundamental división social de las relaciones de género, y sirve para distinguir a unos sujetos de otros, acentuando la subordinación de las mujeres, especialmente en las formas en que limitan el movimiento y marcan el cuerpo de determinada manera.

El traje charro formal saca a quien lo utiliza de su contexto cotidiano y lo sitúa como objeto de exhibición, para la contemplación pública. Por otra parte, el traje charro uniforma de algún modo a los concursantes y sienta un terreno de cierta equivalencia para los competidores. Es, diríamos, el primer nivel en que se juegan los primeros signos para el ingreso del charro en la

competencia, ya que la falta o la transgresión en alguno de los elementos del traje charro puede ser motivo de descalificación. Además, el traje es un elemento estético capital en el mundo charro, del que, sin embargo, se resalta, en términos discursivos, su valor funcional para la competencia y no su dimensión estética. Como si esta última se asociara con «lo femenino», y por lo tanto, no es considerada por los varones.

Pérez Montfort plantea que el traje charro «no es otra cosa, al parecer, más que una estilización del uniforme rural porfiriano» (Pérez, 1994: 120). Sin embargo, este atuendo —declarado formalmente como «el traje nacional»— ha tenido una evolución que muestra mucha más complejidad que ser solamente dicho uniforme.

G. Sánchez Hernández (1993: 47 y ss.) relata que el traje charro tiene su origen en el Virreinato de la Nueva España, cuando la gente del campo, especialmente el «hombre a caballo», utilizó vestimenta y accesorios cuyos orígenes a su vez se encuentran en algunas provincias españolas.¹⁰ En esos jinetes aparecieron nuevos hábitos y otros se fueron poco a poco transformando en el medio americano, en donde se gestó la figura del charro mexicano, la cual desde fines del siglo XIX adquirió sus caracteres singulares.

Señala Sánchez Hernández que la vestimenta del jinete del campo básicamente consistió en pantalón ajustado, camisa, chaqueta, botas o zapatos, sombrero y espuelas. El material para su confección, fundamental en su concepción estética, se relacionaba con las actividades de los actores: se recurría a la vaqueta o a la gamuza para la hechura de sus prendas, con el argumento de este material es más resistente a las labores ordinarias. Con el tiempo, a pesar del uso de otras materias primas como el fieltro y el algodón, se continuó con el empleo de prendas hechas de piel, llevadas sobrepuestas, como fueron las calzoneras y las chaparreras. Luego se incorporó como material la gamuza obtenida de la piel de venado, lo que dio lugar a que se les denominara «cuerudos» (Álvarez, 1941).

¹⁰ Esto es cuestionado por otros autores, como José Álvarez del Villar, que considera que el traje de charro es un producto confeccionado en su totalidad en el nuevo mundo por razones derivadas de su utilidad. Véase de dicho autor: *Hombres y caballos de México*, Panorama, México, 1980.

Acerca el origen del término charro, Sánchez Hernández señala que a principios del siglo XVIII entre los rancheros se abusaba de los adornos y los colores en su vestimenta, por lo que se empezó a utilizar el término de *charro* para designarlos; asimismo, se acudió al de *payo* para identificar a los aspectos de provinciano rico y con modales de ranchero.

Evidentemente, los materiales de la vestimenta, los colores y distintos elementos eran utilizados de diferente manera en los distintos grupos de charros, lo cual muestra la manera en que el traje sirve para marcar las diferencias. Sánchez Hernández describe que el grupo de pequeños y grandes terratenientes —rancheros acomodados— utilizó el paño de lana, generalmente en azul marino o gris, para la confección de su vestimenta, que se distinguía del que usaban los vaqueros y caporales en las faenas cotidianas. A mediados del siglo XIX, la vestimenta de los rancheros todavía no era el traje que caracterizó la figura del charro mexicano y que apareció solamente en los albores del siglo XX (Serrera, 1991). Hacia las últimas décadas del siglo XIX apareció un modelo de sombrero de ala chica y de copa puntiaguda, los pantalones ajustados, chaqueta larga de bordes redondeados, solapas chicas y corbata en forma de mariposa (*Ibid.*: 310).

El emperador Maximiliano de Habsburgo adoptó el traje del jinete mexicano hecho de tela de paño y compuesto de chaqueta corta, recta y sin adornos; chaleco de la misma tela, pantalón cerrado, adornado por los lados con doble botonadura de plata, utilizando por primera vez el color negro. Este modelo fue adoptado por un sector de charros que vivieron principalmente en las ciudades, quienes en sus propiedades rurales utilizaron trajes más apropiados, agregándole la pantalonera de gamuza cuando realizaban lances vaqueros en las travesadas (Álvarez, 1941: 308). Esta prenda amplia y abotonada perduró hasta principios del siglo XX.

En el Porfiriato lo peculiar fue el uso de trajes elegantes o lujosos, manufacturados con bastante frecuencia en telas importadas, con costosas botonaduras y sombreros sumamente valiosos, cuyos diseños de las chapetas de plata correspondían a las iniciales del hacendado; aparecieron también las chaquetas de gamuza bordadas en la espalda con el diseño del fierro del hacendado (*Ibid.*: 318-319). A principios del siglo XX se encontraban chamarras bordadas con motivos precortesianos, corbatas en for-

ma de rebocito, y en el sombrero apareció el barbiquejo hecho de cordones largos de seda.

En el Reglamento General de Competencias de la Federación Mexicana de Charrería, A. C.,¹¹ se incluye la carta del presidente nacional del organismo en ese momento, Álvaro Vergara Martínez, dirigida a los «compañeros charros», y en ella se dice lo siguiente:

Habremos de enfatizar su estricto cumplimiento, en primer lugar de todo aquello que esté relacionado con la disciplina de quienes practican nuestro deporte y el respeto a quienes como jueces califican nuestras competencias, pero sobre todo el respeto al público que asiste a nuestros eventos, y en segundo, no menos importante, a todo lo concerniente al uso correcto del atuendo Nacional, así como a la limpieza y presentación del equipo Charro; no olvidemos que la imagen que proyectamos como Charros, es la imagen que como ciudadanos de México llevamos al mundo entero.

En la página 16 del reglamento está el capítulo VI, titulado «Del uso de la ropa de charro en competencias deportivas»:

A continuación daremos a conocer los límites del uso de la ropa en competencias oficiales y amistosas, procurando usar la ropa de acuerdo con las categorías marcadas para el concurso de presentaciones, es decir, no se deberá usar traje de gala y sombrero de palma.

Asimismo, es obligatorio para cualquier charro, ya sea competidor o no, portar con dignidad y gallardía y en forma completa el atuendo nacional en cualquier lugar, evitando entrar al lienzo antes de una competencia, sin corbata, sombrero, chaparreras, con la falda de la camisa por fuera (mal fajado) o con las mangas de la camisa arremangadas o corridas hacia atrás.

Todo charro competidor o no, deberá permanecer en las instalaciones de un lienzo charro antes o después de una competencia vestido en una forma correcta y completa.

Queda estrictamente prohibido estar «medio vestido» de charro. Ejemplos: usar pantalón de charro con zapato «tenis», usar pantalón charro sin la camisa, sólo con

¹¹ Reglamento General de Competencias de la Federación Mexicana de Charrería, México, D.F., abril de 1996.

camiseta; no portar la corbata o traerla colocada en la copa del sombrero; portar el atuendo charro utilizando «gorra» de cualquier tipo en lugar del sombrero charro.

Es obligación para cualquier directivo de una Asociación de Charros Federada o de la Federación Mexicana de Charrería, A. C., en cualquiera de sus niveles, el llamar en forma correcta la atención del infractor, pudiendo en caso de reincidencia hacer el reporte a la autoridad inmediata superior para que en su momento se apliquen las sanciones establecidas en el capítulo XV, art. 262 de los estatutos de la Federación por lo que respecta a amonestaciones particulares y públicas y suspensiones temporales o definitivas en caso de reincidencias.

A continuación, el reglamento especifica pormenorizadamente las características que deben tener los distintos elementos del traje charro: sombrero, camisa, chaqueta, chaleco, pantalón, chaparreras, botines, corbata, cabezada, cinturón, silla de montar, espuelas y mantilla. Se especifican no solamente colores y materiales, sino ocasiones en las que se puede o no portar cada uno de los elementos, el lugar exacto en el que debe colocarse y la manera apropiada de usarlo. Del mismo modo, se incluyen los motivos de descalificación de un competidor que no use, o use mal, cualquiera de los elementos del traje charro y sus arreos (mantilla, sarape, riendas, cabestro o bozalillo, cincho y cuarta). En el reglamento no se distingue lo que usa el jinete de lo que usa el caballo. Esto nos habla de cómo la figura del charro parece fundirse con la de su animal, creando un solo ser. Por otra parte, hay que notar también la insistencia en el uso de materiales «naturales» (palma, cuero, gamuza) y el rechazo de materiales sintéticos. Esto tiene conexión con una idea de «autenticidad», que intenta ligar al *verdadero* charro con los orígenes de la tradición ganadera.

Cuando Pascual Ortiz Rubio era presidente del país (1930-1932), decretó que el traje de charro fuera considerado símbolo de la mexicanidad. De ahí en adelante pareció consagrarse como emblema nacionalista por excelencia. «Vestirse de charro es vestirse de México», dicen los charros, y trasladan al traje los sentimientos que les inspira la patria: respeto, dignidad y orgullo. Por eso debe portarse de manera que no se desvirtúe su significado. Y también se dice: «Vestirse de charro es vestirse de caballero», lo cual tiene una referencia a la condición de género y al honor que esto supone.

A. B. Cuéllar hace un retrato literario de la figura del charro en el cual sintentiza elementos distintos y resalta la dimensión funcional del traje charro:

El «charro» típico es alto, fibroso y cenceño, y tiene el perfil corvo, como hecho para cortar el aire a grandes velocidades, de las aves de rapiña, el mirar lejano de los ojos acostumbrados a escudriñar vastos horizontes, y la color cobriza, que deja en los errantes el polvo negruzco de los caminos. Y a su perfil sobrio responde su traje, bien apretado al cuerpo jarifo, y bordado prodigiosamente de oro o de plata, los dos metales que con mayor violencia se incendian al beso del sol. Al igual de las guayaberas que estilan los caballistas andaluces, la chaquetilla es corta, adrede para no rozar los arzones ni engordar al jinete ni quitarle gallardía; el pantalón, muchos de ellos a rayas negras o azules sobre fonde ocre, modela escrupulosamente las piernas enjutas de aquel, en evitación de que si por acaso hubiera de cruzar un bosque, se enrede en la maleza; un pañuelo, casi siempre de color rojo, llamado «paliacate» le adorna el cuello, y el sombrero «jarano» desmesurado, si quien lo lleva se halla de pie, una vez el jinete a caballo, define y completa a maravilla su figura (Cuéllar, 1928: 6).

La Asociación Nacional de Charros ha clasificado la indumentaria clásica en cuatro categorías dependiendo de la ocasión en que se vaya a usar, para lo que se seleccionan diferentes materiales y distintos accesorios.¹² Las generalidades de todas las categorías, que son las mismas para el atuendo charro de mujeres, son: portar pistola (revólver) y la corbata deberá ser moño colgante, de colores serios. Las especificaciones para cada categoría de atuendo charro son:

TRAJE DE FAENA: *Sombrero*: Liso, de fieltro o palma, con chapetas de cuero, hueso o gamuza. *Chaqueta*: Lisa de tela o gamuza, sin adornos; con botones y tres mancuernas en cada manga del mismo material de las chapetas. La camisa de cuello pegado y volteado. *Pantalón y falda*: De corte charro, liso, sin adornos de tela o jerga, con tres mancuernas por lado en la parte superior, haciendo juego con las chapetas del som-

¹² Página de la Asociación Nacional de Charros en Internet: <http://www.nacionaldecharros.com/>

brero y botones de la chaqueta. *Botines*: Estilo charro, lisos de una pieza, cafés o bayos. *Botas estilo Jalisco (mujeres)*: Lisas de piel o gamuza, de una pieza, cafés, bayos o grises. *Corbata y faja*: De colores serios. *Cinturón*: De cuero con o sin cartuchos y funda de revólver.

ATUENDO DE MEDIA GALA: *Sombrero*: De fieltro o pelo, ligeramente adornado, con chapetas de plata. *Chaqueta*: De tela o gamuza, con broche y tres mancuernas de plata en cada manga. La camisa blanca o de color de cuello pegado y volteado. *Pantalón*: De tela o jerga con tres mancuernas de plata por lado en la parte superior, haciendo juego con las chapetas del sombrero y botonadura de la chaqueta. *Botines*: Estilo charro, lisos de una pieza, cafés o bayos. *Corbata y faja*: De colores serios. *Cinturón*: De cuero con o sin cartuchos y funda de revólver.

ATUENDO DE GALA: *Sombrero*: Fino de fieltro o pelo, con galón de plata o bordado en pita, con chapetas de plata. *Chaqueta*: De gamuza o casimir, con broche y tres mancuernas de plata en cada manga. La camisa blanca o de color, de cuello pegado y volteado. *Pantalón*: De gamuza o casimir liso o adornado con botonadura completa de plata, haciendo juego con las chapetas del sombrero y botonadura de la chaqueta. *Botines*: Estilo charro, lisos de una pieza, cafés o bayos. *Corbata y faja*: De colores serios. *Cinturón*: De cuero con o sin cartuchos y funda de revólver.

ATUENDO DE GRAN GALA: *Sombrero*: Fino o de fieltro con galones o finos bordados en oro o plata, con chapetas lujosas. *Chaqueta*: De gamuza o casimir, con lujoso broche, con tres y hasta seis mancuernas del mismo metal en cada manga. La camisa blanca o de color, de cuello pegado y volteado. *Pantalón*: De gamuza o casimir cachiruleado, con lujosa botonadura haciendo juego con las chapetas del sombrero y botonadura de la chaqueta. *Botines*: Estilo charro, lisos de una pieza, cafés o bayos. *Corbata y faja*: De colores serios. *Cinturón*: De cuero sin carrillera y funda de revólver.

ATUENDO DE ETIQUETA: Se usa de noche, en ceremonias, bodas y funerales, y no deberá usarse a caballo, sólo en desfiles de bodas o funerales. *Sombrero*: Fino o de fieltro blanco, negro o gris, con galones de oro o plata, con chapetas de plata. *Chaqueta y pantalón*: a) De paño negro con botonadura de oro o plata, con tres y hasta

seis mancuernas en cada manga, haciendo juego con las chapetas del sombrero. La camisa de vestir blanca, de cuello pegado y volteado. *b)* El traje bordado en paño negro con hilos de oro y/o plata, botonadura completa del mismo metal. *Botines:* Estilo charro, lisos de una pieza, en charol o ante negros, lisos o bordados en oro y/o plata. *Cinturón:* Del mismo material de los botines, sin carrillera y funda de revólver, liso o bordado en oro y/o plata. *Revólver:* Con cachas de oro, plata o nácar y con dragona.

ATUENDO DE CHINA POBLANA: Se usa para todo tipo de eventos y desfiles a caballo. *Blusa:* Escotada discretamente, con mangas cortas, bordada con seda, chaquira o lentejuela de colores sólo en la parte del cuello y mangas. *Castor o zagalejo (falda):* En raso, paño o franela, bordado con lentejuelas y chaquira al gusto. *Calzado:* A pie y a caballo se usa la zapatilla de seda, con hebilla en color de acuerdo al color de la última franja del castor (nunca debe usarse con botas de ningún tipo). *Rebozo:* Debe hacer juego con el color del castor. Se coloca en la cintura pasando las puntas hacia atrás, subiéndolas por la espalda formando una cruz; después hacia enfrente sobre los hombros bajando hacia la cintura donde las puntas se meten bajo el mismo en la cintura. *Fondo:* Blanco, con encajes en la orilla y en forma de picos, los cuales deberán salir discretamente por debajo del castor. Accesorios: *Collares:* De oro, papelillo, cuentas y oro antiguo. *Aretes:* Zarcillos o grandes arracadas de oro estilo antiguo. *Pulseras:* Llamativas pulseras tradicionales. *Peinado:* Chongo bajo o dos trenzas, una de cada lado, sujetadas con listones largos haciendo juego con el color del rebozo. *Sombrero:* Fino, de fieltro, con galones o finos bordados de oro y/o plata. *Chapetas:* Lujosas y haciendo juego con el bordado del sombrero.

VESTIDO DE ADELITA (FAENA): *Tela:* Debe de ser de algodón, popelina, manta, etc., siempre opacas. *Holán:* Necesita llevar cuando menos un holán en la parte baja del vestido o falda. *Cuello:* Tiene que llevar cuello alto. *Mangas:* Largas o cortas, pero siempre con ellas. *Banda:* Banda completa en la cintura o pegada a los costados hacia atrás y con moño de mariposa y colas. *Moño de la cabeza:* De tela, listón y/o encaje, haciendo juego con el vestido. *Crinolina:* Indispensable, en materiales como popelina, algodón, cabeza de indio, etcétera, en colores blanco o crudo. Debe usarse almidonada. *Calzonera:* Obligatoria. Del mismo material y color de la crinolina. *Rebozo:* A caballo se porta anudado en la cintura del lado izquierdo, a pie, trenzado en hombros

o brazos. *Botas*: A caballo bota estilo «Jalisco», a pie, bota «Porfiriana» o «Adelita» de botones o agujetas. *Sombrero*: Pueden ser de fieltro, palma, raíz o vara, con chapetas de plata, cuero, hueso o gamuza.

Un conocido charro tapatío, Juan Francisco Zermeño, dice en entrevista con C. Murillo:

[sus padres] inculcaron a sus hijos y posteriormente a sus nietos el respeto por el atuendo y el verdadero significado del charro: ser un caballero antes que nada... El charro es el principal baluarte y símbolo de México, es la imagen que nos representa y nos da identidad en todo el mundo, aunque el fin de las charreadas ha cambiado: antes no se trataba de obtener logros deportivos sino de fomentar la amistad y la convivencia familiar. Las familias se invitaban unas a otras para pasar un buen rato y atenderse bien; pero ahora las charreadas se han vuelto profesionales y en ellas participan equipos que constan de pocas personas que ejecutan suertes de forma cada vez más efectiva y vistosa, pero sin el sabor familiar de antes... Portar el traje charro y el nombre de charro es el compromiso más grande ante la sociedad porque es uno la imagen viva de México (*Mural*, 17/IX/1999: 28-32).

De esta manera se observa que el traje charro es una amalgama de signos condensados que operan para producir la ficción de una homogeneidad imaginaria en la comunidad charra —y que también pretende unificar a toda la nación, en tanto que es considerado el «traje nacional»— convirtiéndose en el elemento común y en una cuestión de debate. Sin embargo, al mismo tiempo, el traje charro expresa las diferencias en el amplio conjunto de contrastes posibles entre naciones, grupos, localidades, facciones, familias, etcétera, y concentra la atención en tipos particulares de diferencia, como las de género, las de clase o las étnicas. De este modo, se realiza una selección cuyos motivos se oscurecen, y se estandariza un vocabulario para describir y expresar las diferencias, produciendo un marco común de distinciones organizadas. Además, por esta vía se esencializan algunos tipos de diferencias étnicas, biológicas e inmutables y las plantean como rasgos medibles y capaces de ponerse en escalas, cubriéndolas todas con la legitimidad de la objetividad (Wilk, 1996).

El traje de los charros puede tener diferencias regionales que se relacionan con los contextos ecológicos; por ejemplo, en la costa se usan más sogas y sombreros de palma, y en otras regiones más frías, sombreros de pelo de conejo y sogas de otros materiales. En Jalisco se usa más la soguilla de cuero para pialar y para todas las suertes; esto se relaciona también con el tipo de suertes charras que se hacen más en cada región, ya que, por ejemplo, en nuestro estado, donde se practican mucho *los piales*, la silla de la montura con *cabeza de bola* es muy útil, porque en ésta se enreda la soga para jalar y tirar al animal. Hay otra silla que tiene una cabeza mixta, es decir, con cabeza de bola y con *cuchara* de arriba, que es más bien de la región de la costa. En la región de Los Altos se usa más una que se llama *saldívar*, que es plana y un poco levantada, muy práctica (entrevista con Hugo Barragán, 24/1/2002), según dicen los charros.

La pistola del charro merece mención aparte. Este elemento, resabio de las funciones de los charros como Guardias Rurales durante el Porfiriato, también tiene la carga simbólica de representar la tradición: es algo que —según el relato de la historia de la charrería—, como nació con el traje charro, hay que conservar para no alterar la imagen que representa dicha tradición. En el siguiente poema encontramos elementos románticos ligados a la pistola, pero también elementos que remiten a una simbología de género:

No hay nada en el mundo
tan cerca del charro,
como su pistola
su fiel compañera:
la que lo acompaña
pa' todo en su vida,
ya por el potrero,
en el jaripeo,
o cuando cansado,
baja la montaña.
Cuando tempranito
sale en su caballo,

bajo la enramada
besa a su mujer;
al cinto fajada
lleva su pistola,
la fiel compañera
que nunca le miente,
que siempre callada
está cerca de'l.
La buena pistola
le cuida la espalda,
defiende la patria,
la honra, el hogar;

el charro no piensa
 jamás que su vida
 pudiera perderla,
 mientras su pistola
 de cachas de cuerno
 esté junto de'l.
 Es tal la costumbre
 de llevarla al cinto,
 que si por descuido
 la deja olvidada,
 al punto lo nota
 porque el equilibrio
 al andar parece
 que el charro faltara;
 y su gallardía
 truncada quedara.
 Cuando por la noche
 se acuesta el rancharo,

bajo su almohada
 guarda su pistola,
 y duerme tranquilo,
 hasta que la aurora
 viene a despertarlo,
 junto de su amada;
 que a veces reclama
 un poco encelada.
 Y cuando la hacienda
 ha estado en peligro,
 ha sido el rancharo
 quien a la vanguardia
 siempre alegre ha ido;
 y en las aventuras,
 las más atrevidas,
 su fiel compañera
 en todos los trances
 le salva la vida. (Cuéllar, 1928: 21-23)

La pistola y la mujer aparecen en este poema comparadas y, en esa comparación, se puede obtener la lista de virtudes que este charro-poeta quisiera encontrar en las mujeres y no obtiene, pero que, en cambio, sí ve en la pistola: fiel, que no miente, callada, valiente y patriótica. Por otra parte, notemos que es el elemento que le asegura «la gallardía» al charro, de alguna manera «completándolo»: es, por lo tanto, también, el símbolo que garantiza una sexualidad fálica.

Algunos charros insisten en que la pistola es parte sustantiva del atuendo charro y que no debe, de ninguna manera, suprimirse. Otros, por el contrario, piensan que:

La pistola no es, ni para nada, atuendo del charro, es atuendo del charro de las películas, atuendo del charro que sale en los desfiles; pero para charrear, estorba de todas, todas. Es más bien como el símbolo que queda de esa historia, de la historia de que el charro tenía que andar armado porque andaba en el campo y lo mismo le salía una

fiera que una gente que le quisiera quitar el caballo o que un enemigo político, es decir, en la Revolución. Y en las haciendas, tenía que defenderse. Y traían a veces rifles, también. Así andábamos, de rifle y pistola. Pero en realidad, para charrear, estorba de todas formas... (Entrevista con Hugo Barragán, 24/1/2002)

Probablemente la diferencia entre quienes sostienen un argumento u otro es el grado de tradicionalismo de cada asociación charra. Quienes reivindican más la tradición (uno de cuyos hitos se encuentran en las haciendas porfirianas y en la función de Guardias Rurales de los charros en esa época), que suelen coincidir con quienes hablan de la mexicanidad auténtica y la esencia nacionalista de los charros, son quienes más defienden la conservación de la pistola como parte inseparable del atuendo charro.

De esta manera, el uso de la pistola como parte del traje puede ser un indicador del respeto a la tradición, pero también parece representar otra cosa: el grado de sometimiento a la autoridad. Observamos, por ejemplo, que mientras para la Asociación Nacional de Charros la pistola es el primer elemento que se señala como parte del atuendo charro («el charro debe portar pistola»), el presidente de la Federación Mexicana de Charrería ya no la utiliza, desde que se hizo extensiva a los charros la prohibición general a portar armas de fuego. Éste último lo plantea así:

Yo no uso pistola. Usé pistola, pero lo que sé es que tiene que ver con los momentos, con la época. Yo tuve la oportunidad como charro, teniendo 16 años de edad, de asistir a Palacio Nacional, entrar con mi pistola fajada, cargado con mi pistola en presencia de la Reina Isabel, en un momento; en presencia del presidente de la república en otro momento; en presencia del ex *sha* del Irán, en otro momento; en presencia del Secretario General de las Naciones Unidas. Tuve la insólita posibilidad de entrar a Palacio Nacional con mi pistola fajada y cargada sin que nadie del Estado Mayor Presidencial me dijera absolutamente nada, sin que nadie de los miembros del ejército que estaban ahí me dijeran absolutamente nada. En este momento no me atrevo a ir a un rancho con la pistola porque, lamentablemente en un momento dado, cada retén hace sus propias reglas. Una vez que fui detenido en un retén, para una revisión porque viajábamos a una competencia sin ir vestidos de charros, pero llevábamos todos nuestros arreos y nuestros atuendos; estaban haciendo la revisión normal y mientras que ha-

cían la revisión yo me puse a platicar con uno de los militares que estaban a cargo, yo les preguntaba que finalmente dónde estaba el meollo de la reglamentación de las armas en nuestro caso, para la charrería; entonces, él me decía que sí podíamos usar el arma vestidos de charros en la competencia, pero que no estaba nada descrito respecto del traslado de las armas. Entonces, «sí te doy permiso, pero no te lo doy». Permiso de tenerla, pero no de transportarla. Y entonces me di cuenta en ese momento que lo que pasa es que cada responsable hacía una interpretación de la ley. En ese momento me vino a la mente la idea de que a cada charro debería de otorgársele una ley para que la trajera consigo y cada vez que saliera y se topara con una revisión, le pudiese enseñar «mira, dice esto y aparte, aquí están mis documentos de transportación y de mi licencia para el uso de armas», porque sí está reglamentado en la Ley General de Armas de Fuego el uso del arma en la charrería, hay un artículo especial para la charrería. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/vi/2002)

Que el mismo presidente de la Federación no use más la pistola cuando se viste de charro es muy significativo y es una indicación para la comunidad charra: hay que «deponer las armas», es decir, mostrar su alianza con el Estado *deportivizando* su identidad. Es, finalmente, el triunfo del poder en la lucha por obtener la disciplina de los charros.

El traje y los arreos charros remiten tanto a un impulso a uniformar, pero también sirven para marcar las diferencias. Y más precisamente, *a hacer* las diferencias de región, de clase, étnicas y de género. En relación con esta última diferencia hay que señalar que el vestuario de las mujeres en la charrería no tiene ni los mismos elementos ni el mismo estatuto que el traje charro de los varones. Tampoco es considerado en el Reglamento General de Competencias Charras, sino en un reglamento especial aparte, el Reglamento para las Escaramuzas.

La única consideración a la presencia femenina en los Estatutos de la Federación de Charros, es la relativa a las Reinas Charras de la Federación, donde no se hacen especificaciones sobre su vestuario, sino que solamente se dice que la reina debe «disponer de cabalgadura con todos los arreos a la usanza charra» y «estar debidamente montada para representar adecuadamente a la Federación». El «debidamente montada» tiene que ver con la regla implícita de que las mujeres *deben* usar la montura especialmente dise-

ñada para uso femenino —la albarda Lepe¹³— en la charrería mexicana, que las obliga a cabalgar con ambas piernas de un solo lado o a mujeriegas, a diferencia de los varones que cabalgan siempre a horcajadas. En el reglamento para calificar escaramuzas de la Federación Nacional de Charrería en los años ochenta, se señalaba explícitamente que las escaramuzas debían montar siempre en albarda y nunca «como hombre», y en posteriores reglamentaciones se han agregado algunas especificaciones. Debe decirse que los constantes cambios en los reglamentos para escaramuzas y su complejidad son dos indicadores del conflicto que despierta, aún en nuestros días, la participación de las mujeres en la charrería. La mencionada complejidad es abrumadora en lo que hace referencia al vestuario de las escaramuzas —que suele ser el de Adelita, aunque hay algunas que lo hacen con traje de charra. Es frecuente la queja, tanto del público como de las mismas escaramuzas, de que en las competencias de escaramuzas se invierte más tiempo en la revisión escrupulosa que las juezas realizan del vestuario y los arreos de las competidoras, que en la misma competencia.¹⁴ En estas revisiones, por otra parte, es fácil que se cuelen juicios muy subjetivos, ya que además de la presencia u omisión de los distintos elementos reglamentados, se juzga estéticamente el conjunto.

Ya ha sido señalado (Ramírez, 2001: 6 y ss.) que el diseño mismo del vestuario de las escaramuzas, tiene más que ver con esta dimensión estética que con un sentido pragmático, ya que es sumamente incómodo para las jinetes y hasta peligroso. Por otra parte, el vestuario de las escaramuzas, que las presenta como rancheras y como adelitas y no como hacendadas catrinas, es una manera de situar en un estatus inferior a las mujeres frente a los varones dentro de la charrería, al igual que la obligación de montar a mujeriegas, ya que este tipo de monta es en sí menospreciada respecto a la de a horcajadas, al limitar a una pierna el contacto con el caballo. Rincón Gallardo se refiere a la diferencia de género como una diferencia de posición económica:

¹³ Se trata de una adaptación de la silla charra para la monta a mujeriegas, que lleva el nombre de su diseñador, Filemón Lepe.

¹⁴ Este comentario fue hecho, entre otras personas, por Ana María *La Prieta* Zermeño, en entrevista (29/v/2002).

Y no olvidemos a la humilde rancherita que no se viste de *china* por falta de dinero, y no tener dónde lucir tan costosas prendas, pero que es la verdadera charra. La hija del caporal, la del mayordomo del rancho, Guadalupe la chinaca, que bulle el penco de digo y hago como el mejor ranchero, y que monta remudas de esas que se dicen que son como para pedir limosna. Esa vaquerita que camina los domingos y días festivos, del rancho o de la estancia a la hacienda, a oír la misa mayor, y que viste enaguas de percal, calza botas que le llegan hasta media pierna, y en una de ellas, la del subir, calza espuela de seis espigas, que la sabe correr; que luce chaqueta de gamuza y se encasqueta el jarano, se cala el barboquejo como el más bragado, y se «arrisca» la lorenzana cuando le hace lado a su Pantaleón; es una hembra interesantísima a la que los charros le huyen como los puercos al maíz, y que es lástima que no se vea con más frecuencia entre nosotros (Rincón citado por Ramírez, 2001).

A.C. Ramírez Barreto señala que ese modelo de rancherita tampoco resultó la versión más legitimadora del traje de charra:

El traje de charra fue otra de las aportaciones a la cultura y tradición charra por nuestro homenajeado [don Filemón Lepe]; atuendo de inmediata aceptación que vino a sustituir el de *China Poblana* que era el uso común, impropio para montar, antes considerado el adecuado como respuesta al del varón charro, más por estar apegado a una leyenda, que a la comodidad requerida en la práctica charra. Hacia el año 1937 lo diseñó para su hija Rosa María (Rosita Lepe), que siendo la primera reina de los charros [de la Federación Nacional] lo portó por primera vez en la capital de la república. Confeccionado de forma similar al del hombre, pero de falda acampanada, se bordó con un cordón (soutache), hoy en desuso, adornado con ricas filigranas, mismo que dió la pauta a la variedad de estilos hoy reglamentados. (Prado, citado por Ramírez, 2001)

El traje de charra vino a sustituir el de china poblana que solían usar las mujeres en el contexto charro. Comenzó a ser usado durante los años treinta por las reinas de la Asociación Nacional de Charros. Se trataba de una adaptación escueta del traje que usaban los varones, que en lugar del pantalón incluía una falda larga en línea A, bajo la cual se debe usar, supuestamente, un pantalón de la misma tela. Pero resultó que el invento del traje de charra es

poco práctico para andar en el caballo; quedó entonces restringido a ocasiones de gala y no para jinetear, por lo que el traje de ranchera fue adoptado para esta práctica, a pesar de no ser, ni de lejos, tampoco lo más adecuado para realizar esta actividad.

Hay que observar que en la indumentaria que las mujeres utilizan en el mundo charro tiene distintas interpretaciones, dentro de las cuales resalta una lectura que refleja una hibridación de elementos indígenas, rancheros y propiamente charros, entendidos como resultados de un proceso histórico nacionalista:

Hoy nos adentramos al alma femenina que fue transformando su manera de vestir de acuerdo a los materiales de su época, la región donde vivían, pero sobre todo al orgullo de sentirse portadoras de prendas que las identificarían a lo largo de los siglos como la típica mujer mexicana. Este es el caso de uno de los trajes utilizados dentro de la charrería conocido como vestido de ranchera o adelita. De esta forma el traje de ranchera es la mezcla del vestir indígena con sus tejidos, bordados y coloridos característicos con las telas y diseño llegados del viejo mundo. Ya en tiempo de las haciendas se veía a las damas de «la casa grande» y a las sirvientas portando faldas a media pierna con holanes, vuelos y listones, así como blusas de mangas anchas adornadas con encaje y pudiendo diferenciarse por los materiales y las joyas utilizadas por unas y otras. Es en la lucha revolucionaria cuando este traje identifica más a las mujeres mexicanas, quienes con esta indumentaria pasaron a la historia, legando a las damas charras la responsabilidad de salvaguardar esta tradición, hasta el día de hoy el traje de ranchera o adelita es portado, principalmente por los grupos de escaramuzas, estando rigurosamente reglamentado para apearse lo más posible al original. Se confecciona en telas sin brillo ni transparencias no importando el color (excepto dorado o plateado), tiene cuello alto, manga amplia al codo o larga, falda a media pierna y banda a la cintura que remata en un moño atrás, el diseño y los encajes, bolillos, tiras bordadas y listones varían, como antaño, según la zona y el gusto personal, el pelo va recogido en la nuca, adornado con un moño de la misma tela evitando flores y exageraciones, sólo se utilizan aretes y un broche al cuello de plata, filigrana o tradicionales, la calzonera debe ser de algodón al igual que las faldillas adornadas con tira bordada y listón. Cuando se va a montar se usa bota estilo «Jalisco» a media pierna, con tacón bajo y espuela del lado izquierdo, así como sombrero charro y el rebozo amarrado a la cintura con el nudo del lado de

montar (izquierdo), si está a pie se utiliza bota porfiriana de tacón medio con botones y cintas y el rebozo terciado al pecho o en los brazos. Queda en la imaginación aquella mujer mestiza que sin saberlo comenzó una tradición que hoy la dama charra perpetúa al seguir portando con orgullo «el traje de ranchera».¹⁵

Si se analiza con cuidado la manera en que, a través de la construcción de tan complicadas fronteras en los dominios de los hombres y las mujeres charras, podemos concluir que son dos características las que definen la participación de las mujeres en la charrería: su calidad básicamente ornamental y su permanencia fuera del terreno de competencia con los varones, en cualquier sentido. Ambas se reflejan en la imagen tan sofisticadamente construida de estas mujeres, en sus adornos, vestuarios y arreos, postura, lugares y normas.

¹⁵ Díaz, Rocío. Servicios Informativos y Diseño: Grupo del Bosque, www.delbosque.com.mx



LA PRODUCCIÓN IMAGINARIA DEL CHARRO

*Del charro riqueza es, a mi ver,
una reata, un jorongo de Saltillo;
una silla piteada y su potrillo,
y un hogar donde reine la mujer.
Un hogar que es el templo del querer;
del querer puro, santo y sencillo,
cuyo símbolo lleva en el anillo
que siempre le recuerda su deber.
Es del charro también una riqueza
el amor a su patria venerada,
por la que da la vida con presteza,
del Tepeyac la Virgen a quien reza
es joya para él inapreciada,
es su amor, es su madre y su riqueza.*

José Ramón Ballesteros (1972)

LA CHARRERÍA EN EL IMAGINARIO NACIONAL

La charrería es un elemento sociológico y cultural significativo por la proyección nacional e internacional que se le ha dado, siendo el charro en sí mismo un estereotipo que pretende ser representativo de *lo mexicano* en un sentido amplio, aunque —como se ha señalado ya— es al mismo tiempo, y paradójicamente, una figura asociada a regiones y sectores sociales específicos. Para algunos de los charros, la charrería es una forma de vida, una manera de en-

tender el mundo, una tradición enraizada en sus antiguos orígenes cuyo sentido está vivo todavía y es lo que produce una serie de emociones intensas, entre las cuales destaca la pasión con la que viven la fiesta charra. Desde una perspectiva histórica (Sánchez, 1993), hemos visto que la charrería está asociada al desarrollo de la ganadería desde la llegada de los españoles en el siglo XVI. Se ha producido una abundante narrativa que ubica el origen de esta práctica en la época de la conquista y muestra su desarrollo a través de las diversas etapas de la historia de la formación de la nación mexicana.

Como deporte, la charrería tiene una historia de menos de un siglo (Chávez, 1993): se inicia con la llegada de los charros a las ciudades como consecuencia del nuevo orden en la distribución de las tierras, producto de la Revolución Mexicana, que termina con los grandes latifundios y las haciendas, y genera el reparto agrario. Así, en la década de los años veinte, comenzaron a construirse en las ciudades los lienzos charros, espacios especiales para las actividades charras y campiranas, y se inició el proceso de institucionalización de los charros en asociaciones y la elaboración de reglamentos y estatutos para formalizar sus prácticas. Como en todos los terrenos en los que se juega una herencia simbólica, encontramos en el terreno de la charrería varias disputas. Una tiene que ver con cuál es *la cuna de origen* de la charrería. Algunos hablan de que fue en los llanos del actual estado de Hidalgo donde nació esta práctica; otros dicen que fue en las grandes haciendas del actual Estado de México; otros más, que definitivamente la charrería nació, en la forma en que se conoce, en Los Altos de Jalisco.

La otra disputa tiene que ver con cuál fue la primera asociación; los charros del centro de la república señalan que fue la Asociación Nacional, formada el 4 de junio de 1921, con Ramón Cosío González, Crisóforo B. Peralta y Alfredo B. Cuéllar. Pero también se dice que la asociación más antigua es la de Guadalajara, la de los Charros de Jalisco, que se inició desde 1920 con personalidades como Silvano Barba, Inés Ramírez y Andrés Z. Barba, aunque no como asociación formal, sino como *agrupación*. Estas disputas tienen que ver tanto con los sentimientos regionalistas de las diferentes asociaciones, como con la dinámica de las identidades regionales puestas en juego en la figura del charro.

La charrería como deporte es vista como hija de una larga tradición, ya que las suertes que se ejecutan en la fiesta se consideran expresiones *meta-*

mente originarias, practicadas desde tiempos muy remotos por un sector de la sociedad rural que logró consolidarse en el largo proceso de formación de la nación mexicana y que tuvo en sus manos la actividad agrícola-ganadera. Este sector social, ante la afectación de sus tierras por la Revolución Mexicana iniciada en 1910, convirtió sus actividades productivas tradicionales en un deporte y una fiesta, reproduciendo así sus gustos y diversiones, al trasladarse al ámbito urbano.

Octavio Chávez cuenta que el interés de los charros por constituirse en asociaciones tiene que ver con un menosprecio que sufrió uno de los suyos, don Enrique Munguía, al asistir a una fiesta oficial en el ex hipódromo de Peralvillo de la Ciudad de México. Según la misma anécdota, este desaire condujo a que Munguía convocara, en los periódicos, a los charros de la capital a una junta para integrar una asociación de charros y construir un lienzo. El fruto de esta reunión fue la fundación de la Asociación Nacional de Charros en 1921 (Chávez, 1993: 52). Más allá de la veracidad de este hecho, la anécdota sirve para observar e ilustrar el espíritu reivindicativo de los charros y habla de su tendencia a proteger y conservar una tradición en contra del paso del tiempo, de los cambios en los contextos y de las modificaciones en su significado para otros sectores de la población. También habla de la importancia del honor charro, que hay que proteger y defender. Así pues, se puede decir que la institucionalización de la charrería como deporte también tiene que ver con la necesidad de un grupo socioeconómico específico por asegurar su sobrevivencia como tal.

Esta institucionalización de la charrería tuvo como elementos centrales la participación de algunos presidentes de la república (*Ibid.*: 53-54). Abelardo L. Rodríguez promulgó la Ley Deportiva, en cuyo marco la charrería quedó considerada como deporte nacional, y fue así incorporada a la Confederación Deportiva Mexicana, nacida en 1933. Pascual Ortiz Rubio decretó que el traje charro sería el símbolo de la mexicanidad, acto que significó la consagración de un emblema que investía a los charros de una especie de obligación a portarlo con dignidad y con honor. Manuel Ávila Camacho, y otros presidentes posteriores, participaron en la consolidación de las instituciones charras, tejieron nexos políticos con sus asociaciones y dieron importante impulso a la charrería como deporte, al apoyar la construcción de lienzos, al donar terre-

nos con estos fines o al incorporar a los directivos de las asociaciones charras en actos protocolarios o de representación oficial.

Otro elemento que tiene cierto peso en la consolidación de las instituciones charras es la referencia —confusa pero insistente— de que los charros son la tercera (o cuarta) fuerza de reserva del Ejército Nacional, lo cual nos revela al charro no solamente como vaquero, sino con otra función cuyos resabios quedan en la pistola que aún forma parte del traje charro aunque —y esto es significativo—, se lleva descargada. El reglamento de la Federación indica que el revólver deberá ser portado por el charro, ya que es considerado un elemento sustancial. También el machete y la navaja forman parte del atuendo, aunque sin la fuerza simbólica que tiene el arma de fuego.

Sabemos que en el siglo XIX la importancia de los jinetes en el contexto bélico fue fundamental (Sánchez, 1993: 82 y ss.); en la lucha por la independencia, en la intervención francesa y en otras luchas civiles, ya que los ejércitos estaban formados sobre todo por contingentes de caballería. Entre los caudillos de la independencia emergidos del ámbito rural están Ignacio Allende, Valerio Trujano, Nicolás Bravo, Pedro Moreno, José Antonio Torres («El Amo») y Andrés Delgado. De este último se dice que era hábil para lazar y que la mayoría de su gente eran charros, que componían el Cuerpo de Dragones de Santiago, muy temido por los realistas. Otra figura importante fue Pedro Nava; se dice que cuando los ejércitos se encontraron cerca del Fuerte del Sombrero, en la región de Los Altos de Jalisco, éste último vestía el traje de charro al igual que su gente, lo que impresionó a los soldados, al igual que su destreza en el manejo del caballo.

De esta manera vemos que los jinetes no eran solamente vaqueros, sino que también fueron elementos clave en los episodios bélicos; por otra parte, tuvieron cierto papel en la seguridad pública en la etapa de crisis político-social anterior al Porfiriato, cuando proliferó el bandolerismo. Ante esto, el gobierno reorganizó y profesionalizó el ejército, y la policía montada rural —dependiente del Ministerio de Gobernación y creada en 1861— cobró fuerza. En este lapso se organizaron nueve cuerpos de rurales constituidos por 218 hombres, quienes también daban protección a los hacendados. Su uniforme era el traje del jinete del campo, ya que esa era su área de acción, combatían el bandillaje de los caminos y el abigeato, y vigilaban las ferias

pueblerinas. También auxiliaban al ejército federal en el sofocamiento de asonadas contra el gobierno. Fueron fuerzas muy temidas y se hicieron muy populares (Sánchez, 1993: 83).

Por otro lado la charrería, en los primeros tiempos de su organización como deporte, estuvo muy cercana a los cuerpos de caballería del ejército. Hubo importantes personalidades del mundo militar que tenían estrechas relaciones con los charros. Actualmente, muchos de los charros provienen de familias de militares.

Hay también en la mitología de la formación de la figura del charro una importante dimensión estética; por una parte, hay una vertiente literaria que lo construye románticamente como el representante de una hermandad llena de cualidades, de valores morales y con buenos sentimientos, como suelen ser los verdaderos hombres del campo, grupo que incluía también a los criados y los arrieros, todos ellos hombres de a caballo, practicantes de las suertes y de los oficios propios del campo, que los presentaban como charros mexicanos.

Luis G. Inclán, en su novela *Astucia*, maneja la idea de que es el hombre del campo el que expresa de manera más representativa el carácter del mexicano. En este relato, el charro protagoniza lo bueno y caballeroso, es franco, desinteresado y respetuoso, además de fiel a su terruño aunque siempre esté lejos de él. Flota la idea de que sólo el ranchero valora la naturaleza.

Por su parte, Ignacio Altamirano, en su novela *El Zarco*, utiliza también la figura del charro para su protagonista. En ambas creaciones literarias se presenta la charrería como una fraternidad y se habla de las costumbres y los valores charros: el orgullo por la vestimenta, la valentía, el profundo sentimiento fraternal y el código de honor.

Otra vertiente en la estetización del charro es la relacionada con su representación pictórica y, más actualmente, con la fotografía, con una producción tan abundante que se puede hablar de una iconografía charra (Islas y García, 1969). Entre los pintores del siglo XIX que participaron en la reproducción pictórica de la charrería, encontramos a Claudio Linati, a quien se considera «el primer artista europeo, descubridor del colorido y vigor de *lo mexicano*». Linati fue originario de Parma y llegó a México en 1825. Otro pintor fue el inglés Daniel Thomas Egerton, que dibujó sus *Vistas de México*, en las que

representa escenas de jinetes que lucen su traje charro. Carlos Nabel, alemán, fue otro pintor que realizó distintas obras costumbristas; y Johan Moritz Rugendas, alemán, pintó también a los charros mexicanos. Otros pintores de charros fueron Manuel J. Serrano, José María Velasco, Juan Cordero, Joaquín Ramírez y Santiago Rebull. Sin embargo, el más famoso fue Ernesto Icaza (1866-1935), conocido como «el charro pintor» (Ortiz, 1995), personaje fundamental, cuyas obras —ubicadas entre los *naïfs* o *ingenuistas* mexicanos— son atesoradas por familias charras de todo el país, y por coleccionistas del extranjero. En las pinturas de Icaza son representados los charros en todas sus actividades campiranas, portando sus trajes y recreando cada detalle de éstos, de los caballos y arreos, minuciosamente. Icaza hizo también diversas pinturas murales. Hubo algunos otros pintores (Tomás Ballesteros, F. Alfaro, José Rincón Gallardo) que participaron en la representación pictórica de los charros y la charrería, pero probablemente ninguno ha sido tan apreciado entre los charros como Icaza.

Esta estetización de la figura del charro cobra dimensiones éticas en la Carta de Pachuca, introductoria a los Estatutos de la Federación de Charros, de 1933:

La charrería no es solamente refugio de añoranzas, de dulces evocaciones, nada de eso, es fibra, empeño y certeza de que, dada nuestra extensión territorial, su vigorosa orografía y nuestra condición del país agrícola en desarrollo, tienen aún mucho que aportar a la nación... Charrería es vigor, es rebeldía y protesta, es solidaridad que no puede constreñirse a los bellos lienzos charros. Nuestro anhelo es que desborde los lienzos, que se descentralice, que se derrame en el ámbito rural y aun en el urbano, como aportación al equilibrio campo-ciudad... Repudiamos los rangos, nada de rangos vulgar y elitista en la charrería nacional. En ella únicamente perdurarán los ingredientes de la charrería de servicio, aquellos de médula cultural y solidaria [...] Somos consecuentes y responsables en la valoración y dimensión de la charrería nacional. Somos activos, solícitos, emprendedores y poseemos el espíritu de servicio que caracteriza al hombre montado. Con la mirada puesta en la realidad, tendida en la serranía, en la planicie y en la cañada, y aun más allá, en el futuro, meditamos sobre nuestra circunstancia histórica. Daremos sin desmayo la gran batalla por la derrota de las adversidades de hoy, la edificación esperanzada del futuro de la Patria. Por supuesto,

ello plantea un ambicioso desafío para la charrería nacional, desafío que es acicate como el que usamos con nuestro aliado el caballo para vencer todo obstáculo. (Estatutos de la Federación Nacional de Charros, 1933: 3 y 4)

Un elemento importante en esta presentación estética y ética del charro es la *caballeridad*, como valor fundamental de los hombres de a caballo, y que se pone en juego en la competencia charra en la que se exige un trato cordial entre competidores y no olvidar nunca que se compite con *hermanos* y que además el público es *familiar*. Se relaciona también con la regla no escrita de la obligación a la reciprocidad y con el lugar prioritario de la cortesía sobre cualquier diferencia. Esto se ilustra claramente con la siguiente anécdota:

La diferencia entre los charros jaliscienses era que eran amistosos, eran casi una familia; y hubo detalles que hacían ver que éramos diferentes que los charros de otros lados... porque, siendo yo presidente de los Charros de Jalisco, la Federación Nacional dio la orden de que cualquier equipo o asociación, que recibiera en su casa o competiera con la Asociación Nacional de Charros quedaba fuera de la Federación. Porque la Nacional de Charros y la Federación nunca se hablaron. Esa ha sido independiente desde que se fundó. Y ahí ya estaba de presidente en la Nacional Everardo Camacho, que es de aquí de Tepatlán, y para el 30 de abril —que son las fiestas en Tepatlán— se hace un coleadero y, en esa ocasión, vinieron los de la Nacional invitados por los Charros de Tepa; y fuimos de aquí de Charros de Jalisco y les ganamos en el coleadero a los de la Nacional. Y estaba ahí Everardo, amigo de toda la vida de la familia, y me dijo: «oye, y a Guadalajara ¿cuándo nos invitan?», estaba Ricardo Zermeño, Ricardo Sánchez, todo el grupo de Charros de Jalisco y le digo «¿cuándo han necesitado invitación para ir a su casa? Guadalajara es la casa de todos los charros y el que llegue ahí es bien recibido. Es lo único que te digo, es su casa»; «¿Así es que si vamos mañana, nos reciben, nos haces ahí una charreada?» «Sí», «Ah, pues ahí nos vemos» «Ahí los espero. Lo único que me pesa es que me van a hacer perder el baile de ahora en la noche, porque necesito irme más pronto pa' conseguir yeguas y ganado y todo para que nos divirtamos mañana». Víctor, Carlos, Ricardo, y todo el grupo me dijeron, «Oye pero que mira, que la Federación y el presidente...» —Era José Valdovinos, que era compadre de Ricardo, íntimo de Carlos, también—. «La Federación, le digo, en la Federación está su compadre; ora, si nos corren, favor nos hacen, nos cuesta pertenecer a la Fede-

ración, no nos dan nada ¿pa' qué la queremos? Vámonos divirtiéndolo como antes, aquí están invitados en su casa, también aquella es su casa». Vinieron, estuvimos ahí, nos divertimos todos; mi compadre Inés Ramírez había mandado a hacer una comida ahí en el rancho, llevaron cazuela de sopa de arroz y otra de mollejas y de frijoles; comimos y, ya en la tarde: «Ándenles, vamos a seguir pialando». «No, dice ¿ya quién? Ya ahorita andamos cansados y hartos, pero si nos invitas pa' mañana». «Ah, pues nos vamos a descansar y mañana la repetimos». «La repetimos». Fuimos un rato ahí al casino, se fueron al hotel y otro día le dimos hasta mediodía; dice: «Ora sí, los caballos tienen que despacharlos y total». Y aquí se me echaron encima todos: «Sí, vamos viendo qué resultado tiene». Esa es la charrería: el charro es un caballero, es un hombre de a caballo y el hombre de a caballo es un caballero; y el caballero tiene muchas obligaciones: ser atento, ser cumplido, ser respetuoso. (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002)

Esta caballerosidad es el producto de un largo proceso de construcción histórica que tiene que ver con la imagen moderna de la masculinidad. George L. Mosse (1996: 17 y ss.) ha mostrado que el estereotipo de masculinidad moderna está construido a partir de piezas heredadas de los tiempos anteriores, dentro de las que se encuentran algunas ideas aristocráticas de la masculinidad, como la caballerosidad y el honor. Sin embargo, en la construcción de dicho estereotipo se encuentran también resabios de aquella casta guerrera que en la Edad Media protagonizaba los torneos, propios de la tradición de la caballería, y más cercanos a juegos de guerra que a rituales caballerescos. Estos torneos mostraban haber logrado enmarcar la violencia en el respeto de unas reglas claramente marcadas. Esta tradición tiene su derivación posterior en el duelo, ese combate entre dos hombres frente a testigos, que se ritualizó en el siglo XVI y cuya finalidad era reestablecer el honor masculino ofendido, con valor y sangre fría. Notemos el importante papel social de estos rituales deportivos en la regulación y contención de la agresión y la violencia.

El honor aristocrático se ligaba al poder de la sangre, al linaje de la nobleza y la descendencia, y en cambio, en la tradición de la caballería, el honor estaba asociado con el individuo mismo, con su reputación, posición y dignidad. Pero el concepto de honor también conlleva un ideal de masculinidad: ser llamado cobarde era el peor insulto. El valor y la audacia eran algu-

nas de las virtudes que un varón debía poseer, al igual que la compasión, la lealtad, y la nobleza derivada del amor puro de una mujer. Este ideal de la caballería, señala Mosse (1996: 18) se produjo en las postrimerías de la sociedad feudal, cuando la aristocracia se aferró a un código de honor como símbolo de su autonomía. Al igual que los oficiales militares, los cortesanos y los sirvientes civiles, la aristocracia entonces cultivó un código de honor ligado por un lado a la dramatización de sus tareas y, por el otro, al intento de preservar el auto respeto y el sentido de casta. El renacimiento romántico del siglo XIX fortaleció el concepto de caballería que, según algunos personajes de la época, llegó a ser más importante que las mismas leyes, ya que dibujaba los contornos de imperativos morales esenciales para la masculinidad moderna y prefiguraba a la caballería como un ideal a ser alcanzado y no uno ya existente en épocas más violentas. Las llamadas *cualidades viriles* del honor aristocrático eran, finalmente, al igual que el ideal de la caballería, no sólo una socorrida metáfora, sino un significado del atemperamiento de la crueldad de la masculinidad.

Según Mosse, el ajuste de tales ideas aristocráticas con la sensibilidad de las clases medias a partir del siglo XVIII, fue un paso importante para la construcción de la masculinidad moderna. Si las características de valor, sangre fría y hasta la compasión permanecieron como ideales, ahora se cambiaban, despojándose de mucha de su violencia remanente y cargándose, en cambio, de imperativos morales. El amor platónico idealizado de una dama noble —que se suponía que espiritualizaba al caballero— devino posteriormente un lugar común gracias al monopolio ejercido por la institución del matrimonio.

Otro factor central en la construcción moderna de la masculinidad fue la importancia que la apariencia física llegaría a tener. Es decir, en la moderna representación masculina ya no solamente importaba el comportamiento, sino también su apariencia. Tal estética de la masculinidad era crucial para la formación de un estereotipo orientado por las percepciones visuales, y determinaría enormemente las actitudes hacia la masculinidad moderna.

El estereotipo masculino consistente y generalizado no emergió sino hasta el fin del siglo XVIII, y tenía que ver con una aparejada concepción de la personalidad como algo unitario, que incorporaba los parámetros masculinos de la apariencia y el comportamiento.

Las ideas aristocráticas sobre la masculinidad tuvieron, entonces, un papel importante, aunque fueron transformadas en el proceso. El duelo fortalecía el sentimiento de autonomía, de la personalidad, pero también el de clase y el de casta. El «código de honor» que implicaba este ritual se prolongó en diversas modalidades y luego se fue transformando y adaptando a la modernidad, tomando forma en distintos rituales que continuaban siendo vías para defender el honor viril. Estos rituales fueron adoptados poco a poco por las clases medias, gracias a la fuerza que tomaron cuestiones morales como la justicia y la virtud, ya que en los tiempos modernos era irrelevante basar el honor en el poder de la sangre y de la descendencia, por lo que el honor fue reemplazado por la virtud.

A partir de entonces, la meta del duelo ya no era la eliminación del adversario, sino desplegar —más que demostrar— virtudes viriles; y en su desempeño, el duelista se mostraba más fuerte e independiente, haciendo suya la causa de la justicia más allá del terreno de la ley, al castigar el desprecio y el insulto que las leyes son incapaces de castigar. Así, el duelo fue cubierto de ideales de justicia y virtud viril, y se convirtió en el ejemplo del orden correcto —básico para la sociedad burguesa—. De esta manera el duelo y la esgrima devinieron una especie de *escuela del carácter*.

El análisis del duelo como ese ritual masculino que conjuga los principales atributos de un estereotipo, permite ver cómo en dicho ritual se ligan los significados morales a los principios físicos, conservando al valor, la sangre fría, el orgullo y el sentido de la justicia como características centrales. El concepto de caballería, también proveniente del pasado, se generalizó significando una cierta actitud y cierto comportamiento ligados a la compasión, la rectitud y el patriotismo.

En la edad moderna, la caballería y el honor viril significaban no solamente la moral, sino también ideas físicas generales. La habilidad física y la destreza siempre se han apreciado como necesarias para defender el propio honor, pero ahora, en la nueva sociedad orientada visualmente, también se comenzaron a apreciar la postura y la apariencia como pruebas de la fuerza y el valor de la virilidad. Aunque la apariencia física siempre ha sido importante, lo que antes estaba presente solamente de manera fragmentada poco a poco se ha sistematizado, resultando en una totalidad en la cual no solamente

el vestuario y los adornos, sino también el mismo cuerpo masculino, llegó a ser un importante foco de atención, y juzgado de acuerdo a un estándar de belleza, dando lugar a la aparición de estereotipos que modelan las percepciones de la masculinidad en la modernidad.

Uno de estos estereotipos es el que se conjuga en la figura del charro, que condensa los ideales modernos del México del siglo XX y los valores y tradiciones heredados de los siglos anteriores. Este estereotipo contiene todos los elementos señalados, tanto de atributos físicos, como de adornos y emblemas, posturas, tipo corporal, movimientos y, también, atributos morales y éticos. Puede decirse que la charrería es la heredera de los valores de la aristocracia criolla, entre los cuales ocupaban los principales lugares el honor de la familia y el espíritu libertario, así como los derivados de la mística caballescaca: el valor, la sangre fría, el orgullo y el sentido de la justicia, así como la compasión, la rectitud y el patriotismo.

Otro aspecto que parece participar en la producción imaginaria del charro como figura que encarna ciertos ideales y significados, es la *dimensión étnica* del nacionalismo mexicano. Más que comprender la figura del charro como «aquello que son todos los mexicanos» o aquello con lo que todos los mexicanos podrían identificarse, hay que notar que esta figura corresponde a un personaje construido a partir de referencias a regiones específicas, a sectores sociales y productivos particulares, y a una idea de masculinidad determinada que se imagina como la *mexicanidad*.

¿Cómo es, pues, que este personaje sigue conservando el estatus del prototipo de la mexicanidad?, ¿qué función simbólica desempeña en el mundo imaginario que legitima su proyección en el plano nacional?, ¿cuál es ese proceso por el que un símbolo particular toma características de lo universal? Probablemente las respuestas tienen que ver con la función que cumplen los mitos en la fabricación de las culturas, y con la necesidad de los pueblos de fabricar imágenes que vuelvan representable su trayectoria histórica. Siguiendo lo que plantea Guillermo de la Peña (1999: 13-27), a partir del siglo pasado el pueblo mexicano pudo ser imaginado mediante el «mito del mestizaje»: quienes representaban el progreso eran los rancheros, artesanos y clases medias ilustradas y ascendentes, mestizos todos ellos. El «progreso» se entendió como la superación de una etapa indígena contra la que se afirmaba la emer-

gencia del mestizo, figura puente entre los criollos y españoles por un lado, y los indígenas por el otro, que permitía elaborar un personaje nuevo que encarnaría la mezcla étnica que daría nombre a lo mexicano.¹

El charro, entonces, en el imaginario mexicano general es también la representación de una cultura mestiza, en la que confluyen los elementos del proceso de mestizaje propio del pueblo mexicano actual consolidado desde el siglo XIX, y cuyo momento mítico de origen se ubica en el punto en que es conquistado el derecho a subirse al caballo por parte de los indígenas, dignidad reservada a los españoles y criollos en las primeras etapas de la historia de la ganadería en la Nueva España. El charro, de esta manera, encarna una mitificada y romántica *personalidad ranchera* característica de un tipo específico de sociedades, con rasgos particulares en la vida y la organización social (Barragán, 1997).

INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA CHARRERÍA

Si bien el proceso de institucionalización de la charrería se inició en 1921, éste ha sido complejo y con sus bemoles, que arranca con la llegada a las ciudades, en las primeras décadas del siglo XX, de los hombres que habían vivido la charrería desde su primera edad y que la practicaron como forma de vida en el campo. Al finalizar la Revolución y al normalizarse las actividades en el país, las mismas autoridades auspiciaban festivales charros, que sólo consistían en exhibiciones o simples emulaciones de lo que habían sido las esplendorosas fiestas que pocos años antes se realizaban en el marco de las grandes haciendas. Impulsados por la nostalgia y por lo que consideraban el desvirtuamiento de sus prácticas, los charros tuvieron entonces la idea de agruparse en una asociación que, aparte de permitirles las prácticas charras, les diera oportunidad de iniciar «una campaña mexicanista». La primera re-

¹ Hay que decir, sin embargo, que hay distintos tipos de rancheros, por ejemplo, el de Los Altos de Jalisco es más criollo que mestizo, como resultado del discurso identitario regional que reivindica la pureza de sangre y el espíritu hispanista. Los rancheros de la Huasteca Potosina o los de la zona llamada el Jalmich (la sierra del Tigre, en los linderos entre Michoacán y el sureste jalisciense), sí se consideran más mestizos.

unión se celebró en la casa de un señor de apellido Raya, y en ella se acordó constituir la Asociación Nacional de Charros, proponiéndose se nombrara una directiva provisional para su organización y el 4 de junio de 1921 quedó constituida como Asociación Deportiva Nacionalista.²

Es necesaria la consideración del contexto en el que todo esto se daba. 1921 fue el «Año del Centenario» de la Independencia política de México. Siendo en esos momentos presidente el general Álvaro Obregón, en el mes de septiembre se realizaron distintas ceremonias, fiestas, bailes, banquetes, cenas y otras festividades para dicha celebración, así como distintas obras públicas conmemorativas, todo lo cual ha sido reseñado por Díaz y Ovando (1999). Estas celebraciones, en los años inmediatamente posteriores al conflicto revolucionario, eran importantes porque representaban la revaloración y refuncionalización de un principio fundamental para el naciente nuevo Estado mexicano, el de la soberanía nacional, que se incorporaba al balbuceante discurso nacionalista que se intentaba forjar para darle consistencia a dicho Estado, junto con otro elemento: el discurso del mestizaje que quería resolver el conflicto étnico que había tenido lugar en la lucha por la Independencia, por una parte, pero por otra, que participaba en la xenofobia que proliferaba en esos años y que tomó tintes violentos contra los inmigrantes chinos o judíos (Gojman de Backal, 2000: 158-159).

Es interesante ubicar el proceso por medio del cual la charrería se institucionaliza al mismo tiempo que el charro deviene figura nacional y comienza a ser utilizado en los discursos nacionalistas. Si bien se considera que el nacionalismo mexicano inicia con los criollos del siglo XVIII, que comenzaron a considerar a México como nuevo y diferente, no es sino hasta después de la Revolución cuando se articula el nacionalismo contemporáneo (*Ibid.*: 154). En las décadas sucesivas a dicho movimiento social, y justamente por las secuelas de éste, se presentó una serie de movimientos nacionalistas que obedecían a la situación de redefinición del Estado nacional mexicano, tanto en términos políticos como administrativos:

² La mayoría de la información que aquí se presenta sobre los detalles de la historia de la Asociación Nacional de Charros, proviene de su sitio de internet: <http://www.nacionaldecharros.com/>

Durante esos años, se dio una serie de contradicciones entre los diferentes grupos de poder y las grandes masas que se sentían insatisfechas con los resultados de la Revolución; la paz del Estado estaba en juego, había conflictos con la Iglesia, y la economía, que también se vio afectada por la Gran Depresión de 1929, estaba en proceso de reestructuración. Es en ese marco y en el seno de la llamada «clase media» donde se desarrolló una serie de organizaciones activas, que bajo la bandera de la «nacionalidad» se enfrentaron a los grupos extranjeros establecidos en el país (*Idem.*).

Sin embargo, aunque este haya sido el contexto en el que emergió la charrería organizada, no se tiene información de que ésta haya participado, como tal, en ninguno de los movimientos nacionalistas formales, ni en las campañas xenófobas que tuvieron lugar en esa época como «respuesta» a la apertura de las fronteras tanto del régimen porfirista como, años después, del de Plutarco Elías Calles, y que duró hasta los años treinta, en los que el incremento del nacionalismo como política estatal y la crisis económica mundial marcaron fuertemente el incremento de posiciones nacionalistas en México.

Si consideramos que fue durante el periodo porfirista (1877-1911) cuando fueron asimiladas las ideas de la modernidad en México (Tenorio, 1998), vemos que en el nacionalismo que brotó en las décadas de los años veinte y treinta se hace una condensación particular tanto de los principios extraídos de un centenario de independencia política, como de los valores de la modernidad que habían ya echado anclas en las élites nacionales. Ambos cuerpos de elementos, sumados a los emanados de la reciente Revolución Mexicana, son el marco del discurso nacionalista del que emana el charro como figura central, y es lo que le da su contenido simbólico: se trata de un personaje que, al mismo tiempo que representa los valores porfirianos, es investido de los valores de la modernidad y al que se le añade, con cierta dificultad, un tinte revolucionario. Desde ese momento, el charro quedó condenado a cabalgar eternamente sobre el lomo de dos caballos: aquel de la tradición sobre el que venía desde hace tiempo, y el brioso y salvaje de la modernidad. Esta contradicción es la que aún mantiene a este personaje en el trance de un *paso de la muerte* que no puede terminar.

Uno de los actos conmemorativos del «Año del Centenario» de la Independencia, fue un desfile que tuvo lugar el 27 de septiembre de 1921 y que

recorrió las principales calles de la Ciudad de México, encabezado por contingentes de las escuelas de la Universidad Nacional y otros colegios (Díaz y Ovando, 1999: 149). En el desfile hubo chinas poblanas, manolas, charros, toreros y tenorios, en una mezcla que muestra la indefinición momentánea del símbolo que representaría al México posrevolucionario.³

Alfredo B. Cuéllar recuerda, sin embargo, el lugar especial que ocuparon los charros, aún en su papel de guardias rurales, en el último desfile durante las fiestas del Centenario y ya resaltando el nacionalismo que terminaría anudándose con su figura:

Recuerdo el último desfile de los cuerpos rurales durante el Centenario. Nuestra vieja avenida se encontraba inundada por una multitud entusiasta y risueña que esperaba con ansia el paso de los gallardos cadetes. A lo lejos, rasgando el aire, se escuchaba un toque de clarín. Los contingentes de marinos que nos visitaban encendían la curiosidad de las muchachas. Seguían nuestros típicos Juanes morenos. Por horas enteras pasaban las fuerzas de las distintas armas. El interés decaía, el público, tras de largas horas de resistir el sol, se sentía cansado, cuando entre el murmullo de la multitud, se escuchaban las primeras notas de la «Marcha Dragona». Envueltos en densa polvareda, venían los Cuerpos Rurales; aquellos soldados del campo, de pantalón ajustado, chaqueta gris, corbata roja y el sombrero ancho. Eran hermanos carnales de los Juanes que acababan de desfilarse ante nosotros, pero el pueblo los saludaba como los verdaderos soldados de la patria, como lo único genuinamente mexicano en el ejército. Aquellos charros, con su viejo y barbudo general a la cabeza, despertaban un entusiasmo contagioso, que corría como reguero de pólvora desde la estatua de Cuauhtémoc al Palacio Nacional. Era indudable que en el corazón de todos los mexicanos estaba latente el amor a lo nuestro, el amor a lo que conserva un sello inequívoco de nacionalismo (Cuellar, 1928: 228-229).

En 1931, cuando tuvo lugar la Campaña Nacionalista (Gojman de Backal, 2000: 173 y ss.), también hubo un desfile en el que se pudo ver a los directivos de dicha campaña vestidos de charro, y desfilando, junto a los miembros de

³ Es interesante que no se menciona la participación de representantes de las etnias indígenas del país en este desfile.

las cámaras de comercio e industria, a los charros y chinas poblanas. Sin embargo, se podían también ver carros alegóricos que ponían en escena la todavía confusa mezcla de símbolos potencialmente nacionalistas: «En uno de ellos aparecía una botella de cerveza gigantesca, que se vertía sobre un vaso derramándose sobre una pirámide cubierta con los colores patrios y dos candorosas chinas poblanas contemplando la escena» (*Ibid.*: 183).

A partir de 1930 el Estado mexicano implementó una serie de mecanismos de negociación política frente a distintos actores sociales, tendientes a producir un consenso nacional que garantizara las condiciones que le permitiera legitimarse y gobernar. Eran los años en los que los esfuerzos del Estado se concentraban en la reconstrucción de la nación después de la Revolución de 1910.

La Revolución destruyó al Estado entre 1913 y 1915. Reconstruirlo a través de un territorio geográficamente vasto, volátil y fragmentado fue un proceso lento y laborioso que requirió acomodo y negociación, además de coerción. El Estado mexicano de los años veinte y los treinta no fue un Leviatán capaz de arrollar a la sociedad en interés de su proyecto singular. Fue una formación nueva, sometida a persistentes desafíos en un contexto de intensa movilización sociopolítica en torno de proyectos en conflicto (Vaughan, 2000: 22).

En este contexto, entendemos que la figura del charro como representante de lo mexicano, forma parte de un imaginario social nacionalista necesario para garantizar la unidad, soberanía y definición de fronteras de la nación, y que permitiría legitimar al Estado mexicano moderno. De alguna manera, desde dentro del Estado se seleccionó a los charros para ocupar una posición especial como actores históricos en la construcción del México moderno.

A partir de 1929 se inició el proceso de institucionalización de la charrería como deporte. Poco después, se decretó su oficialización como «deporte nacional» por parte del presidente Ortiz Rubio a principios de la década de los treinta, y también un poco después, el traje charro fue decretado «traje nacional». Las instituciones del deporte de la charrería fueron el reflejo fiel de los intereses del Estado por disciplinar a un grupo social cuya fuerza se temía: finalmente, se trataba del grupo más golpeado por la Revolución, despojado

de sus haciendas y bienes, un grupo con fuertes lazos internos basados en el sentimiento de comunidad, de lealtad y fraternidad, y extendido por todo el territorio nacional, y además de todo esto, era un grupo armado. Ya en 1923 fue explícita la posición de los charros como potencial fuerza armada:

El día que se logre fundar una Asociación Regional de Charros en cada una de nuestras entidades federativas y cada una cuente siquiera con quinientos charros, tendremos un contingente de más de catorce mil hombres bien montados, bien armados que, con la cara al sol y el corazón bien puesto, ocupen la vanguardia, como lo hicieron en 1862 los charros del general Ignacio Zaragoza (Cuéllar, 1928: 247).

Estos elementos constituían al charro como un actor social que había que tener muy en cuenta para lograr la pacificación del campo mexicano y para tejer consensos regionales que permitieran la paz social necesaria para gobernar.

En 1931, cuando Ortiz Rubio declara al charro como la figura representativa de *lo mexicano*, realizando con esto una opción que eliminaba tanto a las representaciones indígenas, así como a cualquier otra representación regional (el jarocho, el sinaloense, el oaxaqueño) en la pugna por dicha representatividad, se impuso, a pesar de las contradicciones que se planteaban frente a los discursos más fuertemente ligados a la revolución y al discurso mestizante.

Fue así como el charro se convirtió en la imagen de México a los ojos del mundo y su ayuendo devino el traje nacional. Esto tiñó el proceso de institucionalización de la charrería con tonos específicos, que se caracteriza básicamente por la pugna entre dos instituciones «nacionales»: la Asociación Nacional de Charros y la Federación Mexicana de Charrería, que en algunos momentos se unificaban y en otros se distanciaban debido, por una parte, a la lucha por los puestos de liderazgo, pero también por una disputa que tenía que ver con cuestiones más de fondo: los *principios* de la charrería, los cambios que se introducían en esta práctica a partir de su nueva concepción deportiva y, sobre todo, las luchas por el control de la charrería y de su poder simbólico.

Los avances en el proceso de legitimación de los charros como figura nacional ha tenido su contraparte material en la conquista de los espacios físicos, en la cada vez mayor regulación de los miembros de la comunidad

charra y en la cada vez más compleja institucionalización. La apropiación paulatina de terrenos a través de particulares mecanismos de negociación y concesiones, así como la construcción de instalaciones propiamente charras, son importantes ya que hacen referencia a la existente liga entre la arquitectura y el poder, expresión material de las formas de organizar los recursos comunes, de ejercer la autoridad y de manifestarla ante la mirada pública. Cada proyecto social construye un espacio específico para relacionarse con el resto de la sociedad en sus propios términos, y, por lo tanto, las construcciones son expresiones e instrumentos de una cultura particular (Alfaro, 1998).

A continuación se presenta una síntesis de los principales hitos en ese camino que ha transcurrido la charrería desde su primera organización hasta nuestros días, en el que se han creado instituciones, construido espacios físicos y desarrollado actividades que materializan este fenómeno cultural. Esta síntesis es elaborada a partir de los datos históricos de la Asociación Nacional de Charros, no porque se considere a ésta asociación como la más importante o la que marcó la pauta para toda la charrería, sino porque parece haber funcionado como una especie de columna vertebral en la que se articulaban o frente a la que se definían las decisiones que iban haciendo de la charrería el territorio simbólico en disputa por distintas fracciones. Por otro lado, parece haber sido el principal organismo charro que operaba como interlocutor frente al Estado, ya que la posterior Federación, a pesar de ser una «asociación civil», funcionaba como un organismo muy estrechamente ligado al gobierno.

Personajes, asociaciones y lienzos

Los fundadores de la primera organización charra acordaron, en 1921, que el objeto de la Asociación consistiría básicamente en «impulsar los ejercicios físicos que tengan como base la equitación mexicana, traje, costumbres y arte nacionales».⁴ En la primera elección de directiva, resultó electo primer presidente Ramón Cosío González, y el primer lienzo de la Asociación fue construido en el Bosque de Chapultepec justo para las fiestas del Centenario de la Consumación de la Independencia. Dicho lienzo fue desmantelado poco tiem-

⁴ Véase el sitio en internet de la Asociación Nacional de Charros: <http://www.nacionaldecharros.com/>

po después, y posteriormente instalado en un terreno de la actual calle de Puebla.

Conforme a lo establecido en los estatutos de la Asociación, a principios de 1922 se comisionó a Manuel Paredes Arroyo para hacer proselitismo entre los hombres de a caballo de provincia y fundar asociaciones hermanas en diversos estados de la república. Es cuando se advierte que en Jalisco ya había nacido, en 1919, la agrupación Charros de Jalisco —aunque sin acta constitutiva—, disputando así la primogenitura en la familia nacional charra.

Para finales de esta segunda década, y siendo el presidente de la Asociación Roberto E. Cruz, general del Ejército Mexicano, se organizaron festivales a fin de recogerse fondos con los que se compró un terreno en la hoy Ciudad Militar, situada en las Lomas de Sotelo, donde se construyó un lienzo de madera que albergó a la Asociación por algunos años.

En las elecciones para el periodo de 1930, resultó electo Jesús Jaime Quiñones —también general militar—, quien por gestiones ante el entonces presidente de la república, Pascual Ortiz Rubio, consiguió el usufructo de la «Casa de la Hormiga», en la cual se tuvieron las oficinas de la Asociación por algún tiempo.

Durante la gestión de Rafael Gil, el 16 de diciembre de 1933, se constituyó la Federación Nacional de Charros, organismo al que delegó la Asociación Nacional de Charros la dirección de la charrería organizada del país, y de la cual la asociación formó parte durante muchos años, aportando para su formación más de treinta asociaciones regionales. Este fue el inicio de una relación difícil entre dos organismos que nunca han logrado unificar sus visiones en torno a la charrería, y el punto en el que la Asociación Nacional pasó a ser una asociación charra más en el panorama general, cuestión que lleva a algunos charros —y sobre todo a la Federación de charros— a cuestionar el nombre que todavía lleva actualmente:

El nombre de la Asociación Nacional de Charros conduce a que la sociedad en general, los gobiernos, las instituciones tengan una confusión y por eso se le da tanta importancia, pero si le damos su real dimensión, pues no es más que una más de las mil que existimos; pero al llamarse Asociación Nacional de Charros parecería que fuera un grupo igual que la Federación, de carácter nacional. Pero no afilia a nadie más que

a individuos, no afilia asociaciones, ni a otros grupos. Dentro de esa asociación hay otros grupos que están organizados y que son de la Federación, esa asociación está integrada por 100, 200 o 300 personas, no sé, pero que no participan activamente en la charrería, sino más bien pertenecen, digamos, a un club social. Pero esos equipos están en la Federación, no están afiliados a la Nacional, ellos están afiliados como individuos a la Nacional, pero como grupo están afiliados a la Federación. Esto es algo simpático y curioso, que debemos tener la responsabilidad de definirlo claramente para que no se sigan dando esas confusiones. Igual sucedía con la Asociación de Charros del Estado de México, que en un momento dado, parecería que fuera la representación de todo el estado cuando solamente es un grupo, un club; o la Asociación de Charros de Jalisco o la Asociación de Charros de Colima o la Asociación de Charros... Casi en cada uno de los estados hay una asociación de charros que lleva el nombre de la entidad. Entonces, por eso fue la necesidad de ponerle a los nuevos organismos estatales de charrería, a lo mejor un nombre horrendamente feo o impráctico, pero muy descriptivo de lo que representábamos: Unión de Asociaciones de Charros del Estado tal, que deja muy claro para todo mundo que agrupa a todas las asociaciones de charros que existen en ese estado. Tal vez, lo que debimos haber hecho en aquellos tiempos, si los directivos de entonces de la Federación y de cada una de las asociaciones que hubiesen tenido la visión necesaria para decidir lo que en la actualidad sucede, la Asociación de Charros de Jalisco debió haber sido la única en existir en Jalisco, a donde estuviésemos afiliados todos los equipos que identificamos como asociaciones en el estado. Y eso hubiese sido algo muy claro, la Asociación Nacional de Charros debió haber sido lo que es la Federación, la Asociación de Charros de Jalisco debió haber sido lo que es la Unión de Asociaciones de Charros; pero al haberse usado esos nombres y haber tenido otros caminos por seguir, entonces hubo necesidad de crear la Federación Nacional de Charros y la Unión de Asociaciones de Charros. El nombre de la Federación Nacional de Charros tuvo que cambiar de nombre por esas disputas de liderazgo, en el año de 1980 que se dividieron en Federación Nacional de Charros y Federación Mexicana de Charros; al unirse nuevamente en 1984 coincidieron en quitarse los apellidos, ni te llamas Mexicana ni te llamas Nacional y solamente vamos a ser Federación de Charros. Al estar nosotros como directivos, yo acá en el estado y Álvaro Vergara en la Federación de Charros, sentimos que le hacía falta el apellido, ya que Federación de Charros hacía afuera como que no dejaba muy claro que era un concepto de carácter nacional, que abarcaba toda la república, incluso los Estados

Unidos. Por eso la importancia de ponerle Federación Mexicana, porque al haber llamado Federación Nacional de Charros, hubiese podido ser la Federación Nacional de Charros de Colombia, en el supuesto de que se hubieran conformado una o dos o cinco asociaciones en Colombia, hubiera podido ser la Federación Nacional de Charros, no te decía de qué país era. Entonces, por eso la importancia de que fuera Federación Mexicana. Pero por otro lado, al involucrarse como afiliadas las mujeres en la charrería, tampoco es válido decir Federación Mexicana de Charros porque ¿y las charras qué? Esto surge porque andaba la disputa de si cambiarle el nombre, no cambiarle el nombre, se le estaba dando un marco estatutario actual a la Federación; y entonces, un periodista aquí de Guadalajara me hizo una entrevista y entre sus preguntas surgió esto, de qué opinaba acerca del nombre; yo planteé mi teoría; eso llegó a las manos del presidente de la Federación, me habló por teléfono y me dijo «¿Sabes qué? Me gusta mucho lo que tú estás planteando en esa entrevista y sabes qué, coincido con ella y vamos a buscar que ese sea el nombre de la Federación»: Yo proponía — no conocía, por ejemplo la Federación Mexicana de Nadadores, la Federación Mexicana de Futbolistas, de basquetbolistas, conocía a la Federación Mexicana de Fútbol, la Federación Mexicana de Natación—, que para ser congruentes también con el Sistema Nacional del Deporte y la Confederación Deportiva Mexicana, que denotaba en los nombres de las federaciones la disciplina deportiva de la que se trataba y no los deportistas que la practicaban, entonces que por lo tanto la Federación de Charros, debería ser Federación Mexicana de Charrería y no de charros. Y bueno, creo que nada de esto carece de sentido. Y lo que fue repentino fue que, gentes que en su momento defendieron la postura de aquel liderazgo de la Federación Nacional de Charros, quieren regresar al antiguo nombre; es la secuela del liderazgo aquel de la Federación Mexicana. Creo que quienes estamos involucrados en esto debemos de tener la capacidad de superarlo, tenerlo en otro plano porque si caemos en ese tipo de pasiones personales, identificaciones localistas, ese tipo de cosas, no debemos de pensar ni en ciudad ni en estado, debemos de pensar en nuestra nación, debemos de pensar en nuestro movimiento tradicionalista, que el ser tradicionalista no nos hace ciegos a una realidad actual, moderna y todo eso, simplemente queremos preservar la identidad. Pero fue muy importante esa reestructuración y fue muy bien recibida por los charros en general, aunque al principio hubo los puristas o los tradicionalistas dentro de los tradicionalistas que decían que el nombre estaba muy feo, que la Federación estaba perdiendo liderazgo porque le estaba concediendo a los estados, que los estados se

iban a independizar. Pero no, todo es cuestión de forma y de orden. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/VI/2002)

Se puede observar en estos comentarios, por una parte, cómo se ubica en el nivel de la nomenclatura cuestiones que tienen un fondo mayor: lo que está en debate es a quién se privilegia con uno u otro nombre, pero también quién tiene el control y quién pone la «forma y el orden». Por otra parte, se puede ver que con el discurso de que lo principal son «la nación» y «la charrería», se pretenden borrar particularidades regionales, grupales o personales, y esto habla mucho de la ideología de la Federación, que parece fincarse en dos cuestiones: el poder debe estar centralizado y es necesario disciplinar a quienes se resisten a esa lógica del poder.

La creación de la Federación obedeció al hecho de que, una vez que la charrería se institucionalizó como deporte (1933), quedó subordinada a los estatutos de la Confederación Deportiva Mexicana (CODEME), que indicaba que cada rama del deporte debía formar una federación con todas las asociaciones o clubes afines y, a su vez, todas las federaciones constituirían dicha Confederación. De esta manera, el 16 de diciembre de 1933 se fundó la Federación Nacional de Charros, quedando como presidente Silvano Barba González⁵ y Leovigildo Islas como secretario (Chávez, 1993: 54). A partir de entonces comenzaron a producirse distintas normas y reglamentos para regular la charrería como deporte, y la charrería pasó a pertenecer a la CODEME.

En 1935, el señor Pablo W. Martínez, en funciones de presidente, inició las competencias entre asociaciones y, por su iniciativa, se formuló el primer reglamento de coleadores, y luego, sobre esa base, se diseñó el reglamento de lazadores. Posteriormente, a finales de los años treinta, la Asociación dio un festival en honor del entonces presidente Quezón de las Filipinas, ocasión que fue aprovechada para la ceremonia de coronación de Rosita Lepe —hija del charro Filemón Lepe—, como primera reina de la Nacional. En este periodo, por gestiones de Ramón Cosío González, se obtuvo del general Manuel Ávila Camacho, presidente de la república, que la Secretaría de Guerra comprara el

⁵ Secretario de Gobernación, charro del estado de Jalisco originario de Los Altos y figura importante en la política tapatía.

terreno donde estaba edificado el Rancho del Charro y con el producto de esta venta, se compró el terreno en la esquina de Ejército Nacional y Schiller, en donde se construyó el primer lienzo de madera.

Miguel A. Quijano fue electo en 1941, y durante su gestión se inició la construcción del lienzo que serviría de casa a la Asociación hasta 1976. En esta década se llevó a cabo una intensa labor para inculcar sentimientos de cariño e interés por la charrería en los jóvenes y niños, quienes con el tiempo darían cimiento a la Escuela de Charrería. Para la noche del 15 de septiembre de 1941, se organizó el primer baile de gala de la Asociación. A este festejo concurrieron todos los socios portando por primera vez el traje negro con botonadura, indicado por la etiqueta charra. Durante el segundo periodo como presidente de Antonio Gil Ortega, se terminó la construcción del Rancho del Charro que fue inaugurado el 27 de marzo de 1943. En esa misma época se creó y dio gran impulso al sector infantil y se inició la organización de la Escuela de Charrería. A mediados de los años cuarenta y bajo la presidencia de Antonio Gil Ortega, se aplica el «Reglamento para la Escuela Charra».

Chávez narra que en 1940, por diferencias y desacuerdos internos, los miembros de la directiva de la Federación Nacional encabezados por Ricardo Soberón, preocupados por cierta pérdida de los valores charros se propusieron reactivar la charrería con el mismo espíritu que se le había dado en 1921; es decir, constituirla en el eje en torno al cual se mantuviera un sentimiento de hermandad, que llevara a la elaboración de reglamentos y normas de las suertes charras, orientados más por el interés de la conservación de la tradición que por criterios deportivos fríos (Chávez, 1993). Una vez más se observa la preocupación de los charros por la pérdida de sentido de una tradición en el encuentro con la necesidad de refuncionalizar una práctica en un contexto distinto.

Entre los años 50-60 fue notorio el impulso a los sectores infantil y juvenil de la charrería, pues con el fin de promover el declarado deporte netamente mexicano, se dio el mayor número de facilidades a los socios juveniles e infantiles para que pudieran practicarlo y darlo a conocer a los compatriotas y en el extranjero. Luis Ortega enseñó monta a algunos niños, y entre 1953 y 1957 el llamado «carrusel ecuestre», equipo mixto tanto en sexo, edad y experiencia, hizo giras por todo el país y particularmente por el Bajío. En 1955 la Federación Nacional Charra publica los «Reglamentos Generales para Com-

petencias y Jaripeos», y en 1956 se realiza el primer campeonato. El equipo ecuestre formado por los niños se define como territorio exclusivo para niñas y señoritas, formándose en 1957 dos equipos femeniles que se han popularizado como «Las Coronelas de la Nacional», ejecutando las coreografías ecuestres conocidas como escaramuza charra.

En 1958 tiene lugar la primera fractura de la Federación, en la que uno de los grupos conserva el nombre y las instalaciones; esta fue la razón por la que, en ese año, hubo dos campeonatos nacionales. Al siguiente año, se creó la Comisión Depuradora de la Charrería, reconocida por la CODEME (Ramírez, 2000: 162-163).

En 1961 ambos grupos de la Federación vuelven a unirse. Para ocupar la residencia de la Asociación Nacional por el periodo de 1960-1961, resultó electo Antonio Gil Ortega otra vez, nombrando a su vez al primer director de la Escuela de Charrería y Bailes Regionales, a Luis Manuel Herrera. La siguiente elección favoreció a Javier Rojo Lugo, para el periodo 1962-1973. En este lapso se intensificó la labor unificadora de todas las asociaciones de charros del país. Rojo Lugo creó el «Magno Coleadero Nacional» como parte de los festejos de aniversario de la Asociación, acción deportiva que dio pie para que otras muchas asociaciones hicieran actividades similares que hasta la fecha se siguen celebrando.

A mediados de los años sesenta fue electa la directiva presidida por Raúl Basurto, quien se propuso consolidar la fraternidad entre las asociaciones charras del país, para lo que se llevaron a cabo múltiples competencias. Posteriormente siguieron las administraciones de Armando Becerril y Moisés Goñi Reyes. Este último, para el periodo 1970-1972, organizó las fiestas del cincuentenario de la fundación de la Nacional. Durante las competencias que se realizaron se incorporaron el pialadero, el jineteadero y el caladero, y en esta ocasión fue entregado el trofeo principal en el Palacio Nacional a un grupo numeroso de charros por el entonces presidente de la república, Luis Echeverría Álvarez.

A este mismo presidente la Federación le solicitó un inmueble para que fuera su sede, y Echeverría les otorgó en comodato un edificio del siglo XVI ubicado en el primer cuadro de la Ciudad de México que actualmente sigue siendo la sede de la Federación y también es el Museo de la Charrería. Se

ubica en la esquina de Isabel la Católica e Izazaga, y es lo que fue el Convento de Monserrat. Este edificio ha sufrido varias remodelaciones y hasta mutilaciones, y actualmente forma parte del patrimonio cultural e histórico de la Ciudad de México y del país. La gestión de Joselito Huerta —torero y charro—, al frente de la Federación fue importante para lograr los recursos para la remodelación del edificio, que actualmente luce en el patio central la escultura dorada de un charro.

Raúl Basurto, presidente para el periodo 1972-1973, tuvo como objetivo consolidar la fraternidad entre la charrería, impulsar las escuelas charras y los bailes regionales, al igual que estimular las actividades de la extensión técnica y cultural. De 1976 a 1977 estuvo Fernando Rodríguez Guerrero, que se encargó de las obras de construcción del Rancho del Charro en la 3a. Sección de Chapultepec que fue inaugurado para el 55° Aniversario, en junio de 1976. Todas las fuerzas de la agrupación se conjuntaron para llevar a cabo esta empresa, y muchas asociaciones charras del país se reunieron para los festejos del aniversario y la inauguración de las instalaciones.

Ocurre una nueva elección a favor de Moisés Goñi Reyes para el periodo de 1978-1979, y en esta etapa, ya en las nuevas instalaciones del Rancho del Charro, se llevó a cabo la mayor parte de la construcción del casino.

La década de los años setenta fue definitiva para la consolidación de los campeonatos de las escaramuzas, y aparecen las escaramuzas indias Caporalas de Lagos de Moreno en Jalisco, y las Rarámuris en Chihuahua, introduciendo una nueva discusión sobre su legitimidad dentro de la tradición charra, ya no solamente como muestra de la participación de las mujeres en la charrería, sino porque rompían con todos los esquemas charros: montaban a pelo, a horcajadas, con vestidos «indígenas» y algunas incluían antorchas encendidas para hacer sus suertes.

En 1980 tiene lugar una segunda escisión dentro de la Federación de Charros y se funda la Federación Mexicana de Charros, a partir de la ya existente Federación Nacional de Charros. Al igual que en la anterior ruptura, de 80 a 84 se realizan dos campeonatos por año, ya que cada fracción realizó el propio.

Guillermo Pérez Gavilán fue electo presidente de la Asociación Nacional para el periodo 1980-1981. Durante su gestión se llevaron a cabo importan-

tes obras materiales, entre las cuales podemos mencionar la terminación y decoración del casino, el techado de las tribunas del lienzo principal, la construcción de la enfermería para la atención de los socios distinguidos y fundadores de la asociación, alumbrado del lienzo principal y un intenso programa de reforestación en las barrancas previamente rellenadas.

Para ocupar la presidencia de la asociación del periodo 1982-1983 resultó electo Hugo González Liñán, que por primera ocasión presentó un programa de actividades que incluía administración, relaciones públicas, recursos económicos, programa técnico y cultural, instalaciones, actividades sociales y actividades de los sectores juvenil, infantil y femenino. Entre 1984 y 1988 se reunifica una vez más la charrería, desaparecen oficialmente las dos federaciones y se funda la Federación de Charros, A. C., quedando Joselito Huerta como presidente. En 1989 tiene lugar el Primer Campeonato Nacional de Escaramuzas, bajo un reglamento elaborado en Irapuato el año anterior; la disputa en torno a esta práctica ecuestre de las mujeres dentro del contexto de la charrería es fuente —todavía— de intensos conflictos y debates (Ramírez, 2000).

Para el periodo 1990-1991, en que fue presidente Daniel Goñi Díaz, la directiva rindió protesta en la residencia oficial de Los Pinos, ante el presidente Carlos Salinas de Gortari, y se obtuvo para la Asociación la concesión por cien años del predio que actualmente ocupa. En el bienio 1992-1993, la directiva de *la Asociación* estuvo encabezada por el José Ramos Narváez, y se llevó a cabo la asamblea para autorizar la construcción de la obra de techumbre del lienzo que comenzó en esta etapa.

En enero de 1994 tomó posesión la directiva que encabeza Daniel Goñi Díaz, cuyos principales esfuerzos están dirigidos a la construcción del techo del lienzo sede de la Asociación. Durante este año la CODEME pide homologar el nombre oficial de la federación de charros, quedando como Federación Mexicana de Charrería. El 23 de marzo de 1995 se celebró una asamblea en la que se aprobaron los estatutos que actualmente rigen a las asociaciones: se regularizan más de 700 asociaciones estatales y se transforman las Vocalías que funcionaban en cada estado de la república en Presidencias de Unión de Asociaciones, dándoles autonomía para constituirse en asociaciones civiles, con derechos y obligaciones fiscales, manejo libre de presupuestos asignados

y programas de trabajo (Ramírez, 2000: 165), y también introduciendo un principio de equivalencia en todos los estados por encima del número real de asociaciones en cada uno de éstos.

Antonio Camacho Elorriaga fue presidente para el bienio 1996-1997 y fue promotor de las tradiciones inculcadas por los fundadores de la Asociación Nacional de Charros bajo los principios de tradición, orden, dinamismo y progreso. Mantuvo la unidad de la Asociación, aumentó la actividad charra desarrollando y mejorando la calidad deportiva y competitiva, e impulsando la promoción y presentación de charreadas de espectáculo.

Se logró la incorporación a la Comisión Nacional del Deporte, se comenzó a formar parte del Fondo Nacional del Deporte, dejándose sentadas las bases y firmando el convenio para iniciar las operaciones en beneficio de los socios de la Asociación Nacional —que realizó dos viajes internacionales, a Sudamérica y a Canadá, en el evento ecuestre «La Classique Internationale»—. El logotipo y lema «Vive la charrería» quedó en propiedad de la Nacional para los sucesivos aniversarios. Se instaló la Galería de Presidentes en el salón Manuel Mondragón y se construyó el atrio de la capilla de la Asociación Nacional gracias al Comité de Damas. Sin embargo, los conflictos políticos entre las dirigentes del sector femenino de la charrería son cada vez más agudos, algunos de los cuales tienen que ver con el contenido de reglamentos y estatutos, los vínculos entre juezas y entrenadoras y los cargos ocupados por la Coordinación Nacional de Escaramuzas y Damas Charras, y por la Coordinación de Jueces (*sic*, ya que se trata de puras mujeres).

Para el bienio 1998-2000 fue presidente Manuel Basurto García Rojas, y se consolidó una escuela de charrería con cuatro grupos de escaramuzas, y se promovió la cultura y la charrería como sinónimos. Las presentaciones del aniversario de la Asociación Nacional se hicieron, la primera en el Palacio de Bellas Artes, la segunda en el Claustro de Sor Juana, además de diferentes actividades informativas en el Museo de la Ciudad de México y en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Se creó el Primer Torneo Nacional Charro por selecciones estatales, único en su género, en el que compitieron los mejores charros de cada estado.

Se celebraron las fiestas patrias con la Feria del Tequila y un sinnúmero de charreadas altruistas para apoyar a instituciones como el Desarrollo inte-

gral de la familia (DIF). En este bienio, se realizó la exposición «El arte en la charrería» junto con el museo Franz Mayer y la revista *Artes de México*, y se diseñó el sitio oficial de la Asociación Nacional en Internet.⁶ El 5 de febrero del 2000 tomó protesta la nueva mesa directiva con José Ramos Narváez de presidente para el bienio 2000-2002.

Actualmente la Federación Nacional de Charros es parte de la Confederación Deportiva Mexicana, y orienta sus actividades con el objetivo de garantizar la práctica organizada de la charrería. Además de contar con colegio de jueces varonil y femenino, coordinación de locutores, delegada de escaramuzas, así como leyes, estatutos y reglamentos, cuenta con 11,600 charros federados, quienes conforman las más de 800 asociaciones, además de las 1,750 integrantes de 177 escaramuzas hablando de un universo de 14,000 deportistas que hacen charrería en México, sin contar con los estados de California, Texas, Arizona, Nuevo México e Illinois, en donde también se practica la charrería.⁷ La Federación se maneja por ciclos cuatrienales: cada cuatro años, por estatutos de la confederación, debe haber elecciones para el puesto de presidente. Como toda federación deportiva, forma parte del Sistema Nacional del Deporte, y está vinculada con todos los institutos del deporte de todos los estados de la república. Aunque la charrería no sea un deporte olímpico, la Federación Mexicana de Charrería pertenece al Comité Olímpico Mexicano y forma parte de la familia olímpica y del movimiento olímpico. Tiene, además, particular empeño en la difusión internacional de la charrería y en establecer vínculos con manifestaciones deportivas y culturales similares en otros países.

Puede verse entonces que en el proceso de institucionalización de la charrería fueron fundamentales los siguientes elementos: la consolidación de los charros como grupo cultural, económico y político; la obtención, apropiación, construcción y mejoramiento de espacios físicos propios (lienzos, casi-

⁶ <http://www.nacionaldecharros.com/>

⁷ Es muy interesante observar que la geografía política de los charros decimonónica: la frontera nacional se corre bastante más allá del río Bravo. Esto no es ni un error ni un producto del azar, sino que más bien tiene que ver con aquello que, para los charros, ha conformado imaginariamente su patria.

nos, capillas, oficinas); la conquista de un espacio de interlocución con los gobiernos en turno y, con esto, de un espacio político; la pugna entre la Federación y las propuestas autónomas regionales, y la creciente participación de las mujeres dentro del mundo charro, creando un sofisticado y específico dominio para dicha participación.

Hay que notar que varios de los presidentes de los primeros años de la charrería organizada fueron militares, y que varios de los primeros lienzos fueron contruidos en terrenos militares o conseguidos a través de los nexos de los militares involucrados en la charrería. Por otra parte, los pactos que se realizaban entre los charros y los distintos gobiernos se sellaban a través de distintos actos de los presidentes de la república: Abelardo L. Rodríguez promulgó la Ley Deportiva en cuyo marco la charrería quedó considerada como deporte nacional, y fue así incorporada a la Confederación Deportiva Mexicana, nacida en 1933 (Chávez, 1993: 53-54). Pascual Ortiz Rubio (1930-1932) decretó que el traje charro sería el símbolo de la mexicanidad, acto que significó la consagración de un emblema nacionalista que investía a los charros de una especie de obligación a portarlo con dignidad y con honor, y destinó el 14 de septiembre como Día del Charro en honor de la Asociación de Charros de Jalisco. Manuel Ávila Camacho, y otros presidentes posteriores, participaron en la consolidación de las instituciones charras, tejieron nexos políticos con sus asociaciones y dieron importante impulso a la charrería como deporte, al apoyar la construcción de lienzos, donar terrenos con estos fines o al incorporar a los directivos de las asociaciones charras en actos protocolarios o de representación oficial.

Jorge Rivera habla de la dimensión institucional actual de la charrería, de su estatuto como agrupación, de su financiamiento y del juicio que se hace de la charrería como «deporte elitista»:

La Federación es una asociación civil igual que todas las asociaciones civiles, un movimiento de la ciudadanía que inicia con la organización de la primera de las asociaciones de charros, se van proliferando las asociaciones; al haber bastantes, encuentran la necesidad de organizarse y coincidentemente con aquellos tiempos surge también la necesidad del gobierno de la república de organizar al deporte en su totalidad y entonces crea la Confederación Deportiva Mexicana, para ese momento la Federación Nacional de Charros ya estaba organizada o agrupada y se convierte en parte

fundadora de la Confederación Deportiva Mexicana, que también es una asociación civil, lo que sucede es que posiblemente exista la confusión de términos. Hay un organismo oficial, que es la Comisión Nacional del Deporte, que eso es el ente de gobierno responsable de regir al deporte mexicano, de promoverlo, desarrollarlo, de incluso apoyarlo económicamente en la medida de las posibilidades y los medios del gobierno. Es la CONADE, Comisión Nacional del Deporte. Pero por otro lado existe la Confederación Deportiva Mexicana, que es una asociación civil que afilia a todas las federaciones de todos los deportes que se practican en México. Y por otro lado existe el Comité Olímpico Mexicano, que también es una asociación civil y que se dedica a promover el movimiento olímpico en México. El gobierno de la república, a través de la Secretaría de Educación Pública crea la Comisión Nacional del Deporte que tiene un presupuesto federal, que le permite a la vez otorgarle un presupuesto para su operación al Comité Olímpico Mexicano y presupuesto para su operación a la Confederación Deportiva Mexicana, a través de las distintas direcciones y a través del Comité Olímpico Mexicano y a través de la Confederación Deportiva Mexicana a algunas federaciones —no a todas—, se les otorga un apoyo económico para que puedan cumplir con sus objetivos mínimos, pero cada una de las federaciones deberá tener la capacidad y la creatividad necesaria para hacerse de recursos propios. La Federación Mexicana de Charrería se sostiene a través de las cuotas que aportan sus afiliados. Por primera vez, afortunadamente, hemos logrado que la Comisión Nacional del Deporte nos otorgue un primer presupuesto mínimo, muy elemental, pero lo importante es que ya abrimos la puerta. Yo me voy de espaldas de que nunca se hubiese intentado, de que nunca se hubiese convencido, tal vez a las autoridades, de esto. Porque existe, ¿cómo le llamo?, la falacia, el engaño, la teoría, la teoría de que la charrería es una actividad de ricos, que todos los charros somos millonarios. Lo que sucede es que entre los charros existen lo mismo políticos que empresarios, que artistas, que toreros, que gente destacada de los niveles económicos, pero eso no quiere decir que porque Vicente Fernández se haya afiliado a la charrería y tiene un equipo charro, ya todos tengamos el nivel económico de Vicente Fernández. Hay gentes en la charrería que viven al día, hay gentes en la charrería que tienen que ser ayudados para su sostenimiento, pero eso no tiene nada que ver con sus niveles de participación en esto ni tiene que ver con sus niveles de desarrollo competitivo, ni mucho menos tiene que ver con su amor por esta tradición. Yo creo que más bien esto tiene que ver con las vivencias que cada uno haya tenido en sus antepasados, con las vivencias que haya tenido

como experiencias propias y también con su conciencia y su gusto por lo mexicano y lo nacional. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/VI/2002)

Otro elemento sustantivo en la construcción imaginaria de la figura del charro, es el elemento religioso. Los charros son católicos y fervorosos creyentes.

Siendo México un país eminentemente católico, el charro no podía ser de otra manera, y menos con los antecedentes de vida rural que se tiene. Nosotros comprendemos que la ciencia es una contraposición de la religión, da explicaciones totalmente diferentes, pero el charro tiene su origen en aquel medio desarrollado antes del desarrollo de la ciencia en México y por lo tanto eso también tiene que ver con la tradición de padres a hijos, del arraigo de la religión. Y como el tradicionalismo del espíritu de la familia charra tiene que ver con ese tipo de cultura, pero si también existe un espíritu totalmente arraigado en las creencias religiosas, sobre todo en el catolicismo; es más, se me haría muy difícil pensar en un charro que no fuera católico o en un charro que tuviese otra religión. Tal vez los haya, pero no los identificamos o cuando menos no los conozco yo. Y en muchos de nuestros lienzos charros, de nuestras instalaciones deportivas se cuenta con capillas, incluso hasta con templos y se hace misa antes de las charreadas, muy frecuentemente, incluso estas misas se hacen en el centro del ruedo para todo el público aficionado, sobre todo en los eventos más importantes, en los de mayor organización, en los campeonatos nacionales siempre habrá una misa; o frecuentemente el charro se casa vestido de charro, asiste al templo vestido de charro se muere vestido de charro, hace la primera comunión vestido de charro. Yo recuerdo a un compañero de Jalisco, el único que me tocó ver, lamentablemente ya fallecido, el señor Crecencio Alejandro Curi, de la Asociación Alteña de Charros, de aquí de Guadalajara, que antes de realizar su faena en la charreada, se hincaba, recargándose en el ruedo, hacía alguna oración, se persignaba y luego hacía su faena. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/VI/2002)

La hermandad charra nacional centra su devoción en la Virgen de Guadalupe, cuya imagen compone, junto con los charros y la bandera, los tres símbolos identitarios nacionales. Esta devoción por la Guadalupana que se ha entendido como el primer símbolo común que identificó a los diversos sectores so-

ciales que surgieron de la conquista española (Florescano, 2000: 206), es uno de los rasgos de los criollos que, según Florescano, crean con ella un símbolo patriótico dirigido a elevar la situación de inferioridad que sufrían los nacidos en la Nueva España. La Guadalupana es un mito fundador de la legitimidad de la patria criolla. Para los criollos, como apunta David Brading, la aparición de la Virgen de Guadalupe «significa esencialmente, que la Madre de Dios ha escogido al pueblo de México para su protección especial» (*Ibid.*: 207).

En una ceremonia especial la imagen de la Virgen de Guadalupe fue coronada por los charros como su reina. Además, regularmente se realiza el llamado Torneo Guadalupano, donde lo que se disputa es un trofeo que consiste en la imagen de la Virgen de Guadalupe con un charro postrado de hinojos con el sombrero en las manos, recibiendo las rosas de la Virgen del Tepeyac, haciendo una emulación de la escena del indio Juan Diego, canonizado en México por el Papa Juan Pablo II.

El vínculo entre la Virgen de Guadalupe y el nacionalismo ha sido explorado ya por algunos autores. Herón Pérez Martínez (Noriega, 1994: 27-81) ha señalado que en México las categorías de lo político y lo religioso están interrelacionadas. En el caso del nacionalismo, por ejemplo, primero se manifiesta como fenómeno religioso para luego desembocar en proceso político. Por otro lado, lo religioso hay que entenderlo como espacio donde se cultiva el sentimiento, la disciplina y la unidad, ingredientes todos ellos del nacionalismo, ya que parece evidente que los esquemas metafísicos suelen convertirse en paradigmas políticos y que, en todo caso, detrás de cada modelo político hay una concepción metafísica.

En México, luego de la ilustración jesuítica del siglo XVIII, el nacionalismo se desarrolla sobre el liberalismo mexicano. Martínez cree que el nacionalismo religioso es una etapa anterior al nacionalismo político. En general, el nacionalismo religioso protesta también ante las agresiones foráneas y se repliega sobre sí mismo para hacer acopio de afinidades y refugiarse en los mitos o fabricar ideales. Fue en el siglo XVII mexicano cuando surge, en los dominios del mito —forjador por antonomasia de identidades nacionales—, el «guadalupanismo» como elemento central al discurso nacionalista. Fue a fines de ese siglo, narra Martínez, cuando quedó terminado el templo en el Tepeyac y cuando la Virgen de Guadalupe fue reconocida oficialmente por el

papado y la monarquía española como la patrona de la Nueva España, y convertida pronto en el soporte del nacionalismo religioso.

El guadalupanismo mexicano, pues, es el más importante catalizador de los sentimientos y las ideas nacionalistas mexicanas antes de la introducción de los nuevos símbolos y ritos nacionalistas hecha por el liberalismo. Los ingredientes de este guadalupanismo hablan de la historia de la conquista y del sometimiento de los indígenas, pero también del mestizaje.

Señala Meyer (Noriega, 1994: 703-718) que los católicos mexicanos llegaron a afirmar que ellos eran los mejores patriotas, los «nacionalistas de verdad», al identificar religión con nación: «mexicano y guadalupano», al decir que el «pueblo genuinamente mexicano» lo es «por razón de raza, religión y costumbres».

LA CHARRERÍA EN LOS OJOS DEL MUNDO

La consolidación de la figura del charro como la representación de lo mexicano es, como hemos visto, un fenómeno que pertenece al siglo XX, y que se deriva de la influencia que tuvo, en el contexto histórico nacional, la llamada cultura ranchera para la conformación de la identidad mexicana, a partir del siglo XIX. Esta cultura fue importante también en la imagen de México como nación hacia el exterior, y en la construcción de un imaginario nostálgico de un México bucólico y campirano. A propósito, señala Barragán:

Diseminados durante la(s) conquista(s) en los cuatro extremos de un territorio nacional en formación, en el anonimato durante la época colonial debido a su posición social marginal, por su ubicación territorial periférica, por el desparramo y aislamiento en que vivían, los rancheros son repentinamente elevados a «símbolos de la mexicanidad» al consumarse la independencia: la «gente culta» de entonces encuentra en los rancheros el más «auténtico tipo mexicano»; junto a la «china poblana» son plasmados —en las litografías— como los genotipos de la naciente sociedad mexicana (*Ibid.*: 38).

El charro, hijo legítimo de estos rancheros, se convirtió en elemento visual distintivo de la imagen de México tanto al interior como hacia el exterior de sus fronteras. Se trata de una figura que al haber perdido su contexto

socioeconómico «natural» —las haciendas y los grandes ranchos de Jalisco— fue refuncionalizada como símbolo a través del proceso de transformación de la charrería en deporte nacional, cuestión que ha permitido la prolongación del vínculo que liga una tradición mitológica con su nuevo perfil en un horizonte actual.

No es de ninguna manera casual que la imagen del charro tenga su momento fulgurante justo cuando el cine mexicano tiene su gran época, a partir de los años treinta y hasta los cincuenta, etapa de los grandes movimientos nacionalistas. Hay quien afirma que no sólo eso, sino que «la figura del charro como el símbolo por antonomasia de lo mexicano es más una invención del cine y del cancionero popular que de la realidad histórica del país» (Doñán, 2000: 64).

Esta afirmación es exagerada y poco matizada, sobre todo si se conoce el dato de que, desde las primeras épocas del cine mexicano, algunos charros reconocidos —como Alfredo Cuéllar, Carlos Rincón Gallardo, Gustavo Sáinz de Sicilia y Miguel Contreras— participaron directamente en la producción, realización y actuación de algunas de las películas con temas charros, en las que «se pretendía no sólo reivindicar al mexicano frente a las desprestigiantes cintas norteamericanas, sino que se buscaba recuperar en imagen y geografía la tradición y las actividades propias de las haciendas porfirianas y de sus guardianes del orden: los rurales» (Pérez, 1994: 126).

La mirada extranjera recibió a la imagen del charro cinematográfico como la confirmación de la figura esencialmente mexicana, y de esta manera, el charro es consolidado como la muy particular imagen que, de misteriosa manera y aun en el actual contexto de un mundo globalizado, sigue gozando del estatus de ser la más mexicana de todas las representaciones del universo nacional.

La construcción de los estereotipos nacionalistas se da mediante un dinámico juego de miradas. M. de Orellana, en su trabajo sobre el cine norteamericano de la Revolución Mexicana (1999), ha mostrado la fertilidad teórica de un análisis de las representaciones en el marco de lo que se llama la historia de la representación del otro. A través del estudio de la imaginación de una comunidad estimulada por la proximidad de alguien diferente, es posible comprender la multiplicidad de imágenes, juicios, narraciones, sobre ese que está del otro lado de la frontera, y al cual no se le permitirá fácilmente que

porte la imagen de su diferencia. Señala esta autora que ese otro funciona a manera de espejo cuyo cristal, aunque lleno de imperfecciones, permite el reflejo de una imagen de sí mismo tan engrandecida como se necesite, de manera que en esa imagen encontramos la mirada que invariablemente regresa sobre sí misma duplicada como efecto del recorrido sobre el otro. Ese es el juego de miradas que construye las identidades. Dicho de otro modo, al proyectarse el charro como figura representativa de «lo mexicano» en el escenario internacional, esta imagen es reafirmada por la mirada del mundo que la confirma y le da coherencia, y que también permite a los otros construirse como diferentes de dicha figura. Por eso es importante mantener viva esa dinámica retroalimentadora de las imágenes, y la charrería ha tenido una posición muy activa en ese sentido a través de distintos mecanismos.

El trabajo de difusión en el plano internacional de la figura del charro, sin embargo, no se realizó sino hasta después de los años cuarenta. Tenorio Trillo consigna que en las exposiciones universales que se realizaban cíclicamente, el pabellón de México, tanto en Río de Janeiro en 1922, como en Sevilla en 1929, lo que exhibía eran los elementos indígenas y no se menciona la presencia de los charros ni de la charrería en ninguna parte (Tenorio, 1998: 267-320). Esto nos parece un indicio de que esta figura estaba siendo apenas cocinada, probablemente sobre el fuego lento de las negociaciones y maniobras de las distintas fracciones participantes en la elaboración del discurso nacionalista posrevolucionario al interior de México, y no había alcanzado el ámbito internacional.

En los años cuarenta, sin embargo, el cine mexicano tuvo su «Época de Oro», y fue entonces que la imagen del charro llegó a los escenarios internacionales constituyéndose así probablemente en el principal mecanismo para su difusión y consagración como figura nacional mexicana. Sin embargo, según los mismos charros, la imagen que construyó y exportó el cine fue una imagen distorsionadora y trastocada:

hemos arrastrado dos cosas que nos han perjudicado mucho: una, que la gente cree que todos los charros son ricos, que porque traen caballos, que porque traen trajes con plata, piensan que son ricos; otra, el cine; el cine sí nos acabó completamente, que no es nada cierto lo de las famosas películas de Jorge Negrete y toda esa gente.

Era una cosa totalmente distinta de lo que es la realidad. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 18/II/2002)

Otro charro señala:

La imagen del charro que se veía en el cine era la del charro grosero, peleonero y bruto con las mujeres. Además, la imagen que hizo circular el cine nacional era la imagen de los charros broncos y valientes siempre, lo cual ocasionó que muchos nos anduvieran buscando pleito. De todos modos, la utilización de la imagen del charro en el cine y todo eso ocasionó un cambio en la manera en que se percibían a los charros. Cuando yo estaba chico, conocí a don Jesús Rosas, que era uno de los charros más bien vestidos en todo México, los trajes que tenía eran muy elegantes pero sobrios. Pero el día que don Jesús vio al primer mariachero vestido de charro, regaló toda la ropa y nunca volvió a vestirse de charro. Dijo «Yo no soy mariachi». Pues sí, todos salían de charro y él nunca más se vistió de charro. (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002)

En estos comentarios podemos ver cómo los mismos charros veían distorsionada la imagen que, a partir de ellos, era producida por el cine nacional, cargando las tintas en una virilidad bruta y grosera, un machismo ramplón y una estética ajena a su mundo más sencillo y austero. Sin embargo, el cine mexicano fue muy eficaz en la difusión de una imagen construida con elementos particulares y ese fue el charro que llegó a ser conocido internacionalmente como el estereotipo de lo mexicano.

Hay también quien, sin embargo, considera que esta difusión cinematográfica del charro ha sido «positiva»:

Creo que en Jalisco es muy importante el papel que jugó el cine mexicano, la música mexicana. Muy importante y no hay que verla ni con recelo ni mucho menos, lejos de criticarla hay que agradecerla porque nos permitió proyectarnos, aunque, de alguna manera por necesidades propias de la comercialización cinematográfica y de la música, se tuvo que recurrir a alguna distorsión bien intencionada de la imagen del charro o de la vida campirana. O tal vez la distorsión de la imagen del charro fue por asociación de ideas, no necesariamente porque se pretendiera hacer una distorsión, pero yo creo que lo que Manuel Esperón y Ernesto Cortázar, siendo jaliscienses de Los Altos

de Jalisco, hablaron de la vida campirana y del charro jalisciense a través de las interpretaciones de Jorge Negrete que cantó «El charro mexicano», «Esos Altos de Jalisco», «Ay, Jalisco, no te rajes», «Yo soy mexicano», ese tipo de situaciones donde decía, por ejemplo esa letra que dice «traigo corbata de seda que en el cuello se me enreda y al calor de mi zarape yo cobijo una ilusión», está describiendo «soy el charro mexicano, noble, valiente y leal, de su pueblo siempre hermano», algo así; creo que habla de valores muy puros de lo que era nuestra identidad ¿no? Incluso creo que la charrería les debe un reconocimiento y un homenaje a Manuel Esperón, a Ernesto Cortázar y a Jorge Negrete, no hay que verlos como ajenos a la charrería. Incluso, se lo debemos a otras gentes del arte y de la cultura jalisciense que también mucho han hecho por difundir esta tradición y esta identidad ¿no? (Entrevista con Jorge Rivera, 25/VI/2002)

A continuación exponemos un relato que, si bien se trata de una experiencia subjetiva, habla de esta dimensión de la difusión internacional de una imagen ya consagrada como representación nacionalista, que en su puesta en escena en los escenarios mundiales la fortalece y engrandece. Es interesante observar el correlato emocional que acompaña a la puesta en escena:

A partir de los diez años de edad tuve la oportunidad de ser invitado por el entonces presidente municipal de Guadalajara a participar en los eventos de hermanamiento de las ciudades de Tucson, Arizona, representando a Guadalajara, y a partir de ese momento me fui proyectando, tal vez, o relacionando, y he sido convocado a asistir aproximadamente en veinticinco países, a distintos eventos, pero siempre portando el traje de charro, siempre representando a la charrería. Creo que ha sido muy interesante, por ejemplo, llevar una partecita de lo que es nuestra identidad nacional a Egipto o a Grecia o a Bélgica; resulta muy, muy importante, aunque parecería efímero y sin razón, pero resulta muy importante porque cuando uno está haciendo su participación, su actuación, uno debe tener conciencia de que esos breves instantes uno se convierte en la imagen de todo México, y entonces tiene uno que hacerlo con toda confianza, con toda responsabilidad y tratar de hacer las cosas lo mejor posible, identificando que la idea que la gente que lo está observando a uno se forme en ese momento va a ser el estímulo que tenga hacia nuestra patria. Una ocasión especial fue la invitación que me hicieron a la Feria Europalia, que es un evento que se organiza para los países que participan en la Comunidad Económica Europea. Evidentemente México no per-

tenece a ésta; sin embargo, por gestiones gubernamentales, por única vez se le dedicó ese evento Europalia a nuestro país, en el año de 1993. Entre otros, hubo muestras de cine mexicano, se trasladó gran parte del acervo del Museo de Antropología e Historia, infinidad de eventos de carácter político, económico y cultural se desarrollaron en Bruselas, que es la sede de la Comunidad Económica Europea; y entre toda esta serie de actividades, se desarrollaron exhibiciones de charrería. Las tuvimos que hacer usando ganado de lidia, usando caballos que se transportaron desde Estados Unidos —por asunto de cuarentena—, todo ese tipo de situaciones, no logramos posibilitarlo de otra manera. Llevar caballos y ganado mexicano era más complicado, porque teníamos que trasladarlo a Estados Unidos, luego de Estados Unidos trasladarlos a Europa. En un estadio donde se construyó un lienzo charro móvil, en el estadio Eiseld, en Bruselas; bajo techo se construyó un lienzo para 7 mil personas. Tuvimos varias actuaciones, todas con un lleno impresionante, los boletos se agotaron, el evento fue en septiembre y los boletos estaban agotados desde julio. Íbamos un grupo que hacíamos una exhibición, no era una competencia, pero sí realizamos todas las suertes, e incluso escaramuzas charras, exhibiciones de floreo, se bailaba el Jarabe Tapatío; iba un cantante que vestía de charro, cantaba la música mexicana. Pero en medio de toda esa dinámica fuimos invitados a participar en un desfile, en una concentración en la plaza mayor de Bruselas (que ahí habrán sido todos los acontecimientos que usted se pueda imaginar porque fue fundada en el siglo XI, entonces estamos hablando de tantos siglos de existencia de esa plaza ¿cuántos acontecimientos importantes de la historia mundial no habrán sucedido ahí? De tal manera que tiene una magia muy especial, el simple hecho de pararse ahí como que se transporta a otras épocas y empieza uno a fantasear). Ahí acudieron entre el público asistente, todos los mexicanos que usted se pueda imaginar que vivieran en Holanda, en Francia, en España, en todos los países europeos aledaños a Bélgica; pero además, todos los europeos que hayan tenido la curiosidad o el gusto por asistir. Ahí nos encontramos, coincidentemente —no estaba preparado—, al grupo folclórico de la Universidad de Guadalajara que iban a tener una presentación, a los Voladores de Papantla —que lamentablemente no pudieron presentarse por el riesgo que implicaba, había llovido y el piso del lugar, era un piso de piedra que con la lluvia se tornaba totalmente resbaloso— se suponía que íbamos a desfilamos montados a caballo, pero no pudimos porque era muy fácil que los caballos se hubieran caído, se hubieran resbalado aunque hubiéramos caminado, de tal manera que lo único que pudimos hacer es que me hicieron el favor de invitarme a dar una

exhibición de floreo; me solicitaron que me subiera a un escenario, en donde yo me sentía muy alejado de la gente porque había un espacio cercado con valla para que pudiese hacerse todo lo que estaba previsto y que dejó de hacerse. De tal manera, al sentirme yo tan distante del público empecé a florear, pero sentía esa distancia y me brinqué, sentí el estímulo, la necesidad de salirme del escenario y acercarme a donde estaba el público, haciendo las suertes de floreo. Vi gente llorando porque ambientar la plaza mayor de Bruselas con un rayo láser, haciendo un zarape multicolor en su cielo era impactante, era una visión increíble, pues, con toda esa historia, con todo ese marco de quién sabe cuántos siglos y un zarape mexicano de cielo; y luego escuchar un son de mariachi, acompañado por un mariachi en vivo y un charro haciendo una exhibición de floreo... En ese momento es donde le digo que debe tener una conciencia de que lo que está viendo la gente es la imagen que se van a formar de México, y entonces como que se transforma uno, se transforma uno emocionalmente y pretende uno hacer infinitamente más de lo humanamente posible, se sublima la actitud y el sentimiento y la emoción y entonces se crece uno y es capaz de contactar de otra forma con la gente; y es una vivencia única. Esos cinco minutos que yo tuve oportunidad de estar ahí, no los cambio por ninguna otra cosa, es una experiencia única que me hace entonces identificar la importancia que tienen esas breves circunstancias en relación a lo que hemos venido hablando del orgullo de ser mexicanos; no porque seamos más o menos, sino porque identifica uno el cariño que la gente puede sentir por nosotros cuando se contacta adecuadamente, identificar la valía que tenemos como país, como individuos también. Y lo triste es que tenemos que ir a otros países para darnos cuenta de lo que somos, de lo que tenemos en casa. (Entrevista con Jorge Rivera 25/vi/2002)

Este charro parece tener claro que la identidad no solamente se construye desde adentro, sino también por los ojos externos que miran y que con la mirada producen una imagen cohesionada de la serie de signos percibida en una representación. Por otra parte, pero participando del mismo fenómeno de difusión del charro como emblema nacionalista, tenemos las anécdotas de la presencia de los charros en actos protocolarios del gobierno mexicano:

Ser charro es ser mexicano; ser charro es tener mucha conciencia de representar a México, y ahora resulta que vemos que los demás mexicanos te voltean a ver como

bicho raro. Aquí hubo una comida que le hicieron a un representante del papa cuando el gobierno no tenía relación con el Vaticano. Y vino ese señor cuando yo estaba recién casada (en los años cincuenta), hicieron una cena que fue toda la flor y nata de Jalisco, de Guadalajara, y los charros fueron; no sabes cómo iban vestidos, como príncipes, como Maximiliano, mis cuñados de gala, su traje negro de plata, sus zarapes blancos, chulísimos. Y, no te voy a decir nombres, pero la hija de un banquero, al verlos entrar dijo «¿que va a haber variedad, va a haber mariachi?», y a su papá casi le dio el ataque, porque Carlos Sánchez Llaguno [un charro de Guadalajara] era presidente del banco de comercio, entonces le dijo «discúlpate con los señores, es don Carlos Sánchez, es don Ricardo Zermeño, es don Antonio». Pero, te digo, entre uno mismo hay una ignorancia grandísima, creen que el charro es el tirado de borracho, tirando de balazos. ¿Sabes qué?, ahora con los encuentros internacionales del mariachi, han enseñado sobre todo a los mariachis a vestir de charros porque, alguien que sabe, a leguas conoce quién es mariachi, quién es charro. Nada más de verlos. Una anécdota preciosa es aquella de cuando, hace algunos años, vinieron el rey Juan Carlos y la reina Sofía de España, que les hicieron una comida en el Hospicio Cabañas. Entonces entre los invitados estuvo mi hermana Juanis con su esposo, Carlos Sánchez Llaguno. Todo el mundo iba elegante, pero él iba de charro, se vestía como un príncipe, además de que él vestía de charro diario, nunca vistió de otro modo. Entonces Carlos estaba ahí, y ya salió alguna persona —quién sabe quién sería— para decirles que a los reyes no se les saludaba de mano, que cuando el rey llegara, le iban a presentar a cada persona y que todos inclinaran la cabeza y era suficiente, no fueran a meter la pata. Y así fue. Y fue el rey caminando, pues era mucha gente, y fue caminando mesa por mesa, todos de pie y le decían «Don fulano de tal con su señora», y sin saludar; y así recorrió a todos los invitados. Y cuando llegó con mi hermana y con Carlos, le dicen: «don Carlos Sánchez Llaguno, de los Charros de Jalisco», y entonces el rey y la reina estiraban su mano, y él estaba quieto, y mi hermana, «Carlos, Carlos, te están saludando», y ya estiró su mano también y los dos los saludaron de mano. ¿Tú cenaste alguna vez con Tito de Yugoslavia? Yo sí, yo sí. Estrenamos el jardín del parque Alcalde. Ese lo estrenamos con la cena a la señora esposa del generalísimo, de Tito de Yugoslavia. Y también fue muy bonito porque para despedirse se hizo una valla grandísima de todos los invitados; él quiso una noche mexicana y donde terminaba fuimos los charros, los que cerrábamos hasta la puerta, de un lado y de otro, los charros; las esposas con rebozo y los señores de charros, mi esposo y todos. Y ellos venían también salu-

dando y saludando, haciendo caravanas para un lado y para otro y donde toparon con los charros, el señor comenzó a saludar de mano y la señora del otro lado. Pensamos que no nos íbamos a lavar la mano ya nunca más. Era el gobernador el señor Limón, y no sé por qué era gobernador sustituto, yo creo que porque se fue, ha de haber sido don Juan Gil Preciado que se fue al gobierno, a México, y quedó de interino. Así pues, te digo. Somos los rancheros y por otro lado los que tuvieron el honor de estar presentes en esas ocasiones. El generalísimo, don Francisco Franco, recibió a los charros de México; fue en una ocasión que fueron invitados a ir a Europa y dicen que sus guardias —no sé cómo se llaman allá, pero como guardias presidenciales—, se les pararon los pelos así cuando vieron que entraron todos los invitados con su elegante traje charro y fajada la pistola; fijate, es que lo cuidaban, ya ve que eran tiempos en que... Y se hizo el alboroto y ya él preguntó que qué pasaba y ya le dijeron que venían los de México todos armados, y que todos estaban armados, porque la pistola era parte de ellos. (Entrevista con Blanca Barba, 4/XI/1999)

Otras anécdotas similares son las siguientes:

La primera vez que fui invitado a Palacio Nacional por la señora Echeverría (esposa de Luis Echeverría, presidente de México de 1970 a 1976), fue con la visita de la reina Isabel de Inglaterra; entonces hicieron una gran cena en el patio central de Palacio Nacional y yo acudí vestido de charro, con mi pistola fajada y cargada; yo tenía 16 años y actué como en mi casa, como en el lienzo, con cámaras de televisión, la mesa de honor enfrente, donde estaba el presidente de la república, el secretario de Relaciones Exteriores, la reina Isabel, el príncipe Felipe, su esposo. Terminando yo de hacer mi exhibición, yo me equivoqué porque tuve el infortunio de que las suelas de mis zapatos por ser de vaqueta, se tornaron resbalosísimas porque ponían una alfombra de barbitas de pino en todo el patio, entonces para cruzar de donde yo estaba al centro de donde estaba el escenario se me hicieron muy resbalosas y en un descuido me resbalé y se me enredó la sogá al estar haciendo las suerte. Al término, estaba yo recogiendo mi sogá, se me acerca un guardia del Estado Mayor Presidencial y me dice: «dice la señora Echeverría que si pasas a la mesa, quiere hablar contigo», conociendo el carácter fuerte de la señora Echeverría, y yo teniendo 16 años, pensé que me iba a llamar la atención. Y la verdad es que fui con cierto temor; llego con ella y me da un beso en la mano y me dice: «te mandé llamar porque el presidente quiere hablar conti-

go». Paso, saludo al presidente y el presidente me dice que me mandó llamar porque quería que saludara a la reina Isabel. En ese momento y a mi edad y con un desconocimiento del protocolo, de repente no supe qué hacer, pero tomé una decisión y yo sabía que tenía que existir un protocolo, pero sin embargo decidí que no era mi reina, que si bien era la reina de Inglaterra, no era la reina de México. Y por lo tanto, decidí solamente darle la mano, quitarme el sombrero y saludarla, igual al príncipe Felipe, esposo de la reina. Pasaron los años y luego se viene la crónica mundial de la boda del príncipe Carlos con Lady Di. Y en la crónica describen que el consuegro de la reina Isabel, al bajarse del carruaje no podía darle la mano para auxiliarla a bajar del carruaje porque solamente la pueden tocar sus consanguíneos directos, es decir, sus hijos y su esposo. Queda para comentárselo a mis nietos que yo pude saludar a la reina. Pero luego, hablando de la señora Echeverría, pasan los meses, pasa un año casi y me vuelven a invitar a Palacio Nacional a dar otra exhibición con la presencia del *sha* de Irán. Para entonces, sabiendo ya cómo era el manejo del evento, me preparé con suelas de plástico en mis botines, envolví mi toga para que la temperatura de la humedad y todo eso no modificara el temple, estuve muy listo para el momento de la exhibición e hice una gran exhibición. Y entonces, nuevamente llega un guardia del Estado Mayor, me dice: «dice la señora Echeverría que pases a la mesa de honor»; esa vez ya no sentí temor, me acomodé la corbata y fui a saludarla, me saludó con mucho cariño, como siempre, me preguntó por mi mamá y me dijo: «te mandé hablar porque el presidente quiere hablar contigo». Saludo al presidente y casi me desmayo de la impresión que me causó al decirme «te felicito, hoy lo hiciste muy bien, no te equivocaste». Un año después, que un presidente de la república, con todos esos problemas que le ofrece el cargo, haber tenido la retentiva de darse cuenta que un año antes yo me había equivocado; yo a la mejor ya ni me acordaba y me dice: «te mandé llamar porque te quiero presentar al *sha* y quiero que me hagas favor de traer tu toga para que te vea aquí de cerca, cómo haces las suertes». Y volví a hacer otra exhibición ahí junto a la mesa. El shá de Irán, en ese momento, a través de un intérprete, me invitó a Irán; lamentablemente se atravesó el Ayatola y no se dieron las cosas. Pero son cosas que no le queda a uno más que entender que esto uno lo debe de hacer con toda la responsabilidad que implica, con todo lo que represente tal y cuál situación. A ver, cómo es posible que un presidente diga: «a ver, yo necesito que venga esa persona para enseñárselo a mi invitado de primer nivel que es el *sha* de Irán». O que hayan tenido la necesidad de invitarme cuando vino Kurt Waldheim, que después fue presidente de Austria y en ese mo-

mento era secretario de las Naciones Unidas. No sé, yo creo que son situaciones que afortunadamente yo sí he podido aprovechar para promover la charrería. (Entrevista con Jorge Rivera, 26/vi/2002)

Hemos visto, pues, cómo los caminos por los que se ha producido la dimensión imaginaria del charro como figura nacional han sido diversos y largos, pero sobre todo, efectivos. El charro ha dado la vuelta al mundo representando a México y es identificado con éste en todas partes.

Sin embargo, ¿de dónde surge ese personaje, ese charro que representa a México? Se ha señalado ya que los patrones que describen a la sociedad jalisciense (machismo, charros, y otros) fueron convertidos, por un simplista proceso lógico de tornar universal lo singular, en paradigmas de la «mexicanidad nacional» (Meyer citado por Serrera, 1991: 185); es decir, es claro que el símbolo nacionalista mexicano es un símbolo de una de sus regiones: de Jalisco y su región. Sin embargo, ese proceso lógico al que hacemos referencia conlleva elementos bastante más complejos de lo aparente, ligados a las necesidades históricas de consolidar la unidad nacional, a las negociaciones centro-región políticamente necesarias y a otros elementos que intentaremos explorar más adelante.

El proceso por el cual el charro representa a Jalisco y no a cualquier otra región del país, está relacionado con la importancia que, en la configuración regional, tuvo ese importante sector de la población dedicado a las actividades agroganaderas durante largo tiempo y que fue capaz de generar en torno a éstas una serie de manifestaciones culturales y folclóricas de gran riqueza. Estas manifestaciones culturales fueron haciéndose extensivas, en el imaginario nacional, a toda la sociedad occidental de México. A partir de estos datos es que se puede explicar que la charrería, en esta parte de México, haya tenido en la misma historia de la configuración regional y en la formación de su imaginario cultural un papel importante, y que tenga aún ahora un significado especial que a continuación exploraremos.



«PATRIA, MUJER Y CABALLO»: JALISCO Y SUS CHARROS

«¡Jalisco!... ¡Jalisco!...Edén de América, flor de seducción y encantamiento, paradigma de arrogancia y rebeldía. No se puede decir México sin pensar en ti, como no se puede invocar tu nombre sin que irradie Guadalajara; ni Guadalajara sin que una como corriente eléctrica sacuda la espina dorsal y estruje el corazón en arrebatado de regocijo y entusiasmo: tus hijos son escudo y blasón, guardianes audaces y fieros de tu honor y tu hermosura, de tus tradiciones y costumbres.»

Don José Zamora Valdez
(Barba Franco, 1989: 63-64)

La lejanía del occidente de México respecto a la capital virreinal y la necesidad de enfrentar los retos que la sobrevivencia les planteaba, son los dos factores que se cree que forjaron a los pobladores de esta región como seres autárquicos y capaces de enfrentarse a la vida con destreza e iniciativa, dice Serrera, y agrega:

Aquí, precisamente aquí, es donde hay que buscar las más hondas raíces de la personalidad histórica de Guadalajara y su región, y no en otros elementos más o menos superficiales aireados por viajeros y folcloristas. Aquí es donde hay que encontrar la esencia de la filosofía «charra» que tanto define a un sector concreto de la sociedad rural del territorio. Y es aquí igualmente donde se encuentran los más firmes cimientos de la conciencia regionalista de Jalisco (Serrera, 1991: 184).

El charro encarna, de esta manera, la llamada *personalidad ranchera* que define al elemento humano del occidente mexicano, y que es característica de un tipo específico de sociedades, con rasgos particulares en la vida y la organización social. El ranchero, en tanto hombre de a caballo que desarrolló la charrería como eje fundamental en la integración de su cultura, es el habitante de esta región, arraigado en sus propiedades, portador de una cultura e identidad más española y criolla que indígena, y que vive de una economía agroganadera basada en la explotación privada de la tierra. Estos rasgos se acentuaron y consolidaron en el marco de la relación respecto del Estado, de cultivador libertario, que puede disponer de su tierra duramente ganada. El aislamiento, el individualismo y la autonomía son tres características que son constantemente referidas a la identidad que se atribuye a los miembros de las llamadas sociedades rancheras: esas sociedades que tuvieron como antecedentes a los individuos, familias y grupos que, ante la necesidad de instalarse en el campo, lo hicieron en lugares despoblados y difíciles, de los que fueron apropiándose paulatinamente (Barragán, 1997: 37-38), y sobre los que tejieron particulares estructuras de parentesco y herencia que luego se tornaron elementos característicos de estos grupos.

Diversos autores han estudiado y caracterizado estas comunidades, entre los que se encuentran Luis González y González (1968 y en Barragán *et. al.*, 1994: 23-32), Esteban Barragán (1997 y 1994) José Lameiras (en Barragán *et. al.*, 1994: 81 y ss.) y Martha Chávez (1998; en Barragán, 1994: 109 y ss. y Barragán, 1997). Hay que decir, sin embargo, que dentro de lo que podría llamarse el *universo ranchero*, existen diferencias y particularidades. Existen diferencias sustanciales, por ejemplo, entre las comunidades rancheras de la Huasteca Potosina (Lomnitz, 1995), las comunidades rancheras de la zona llamada el Jalmich (Chávez, 1998 y Barragán, 1997) y las comunidades rancheras de Los Altos de Jalisco (Palomar, 2002). Estas diferencias que implican distintas ubicaciones políticas, referencias étnicas, religiosidad, costumbres y otras, se explican por el tipo de elementos identitarios que se juegan en la dinámica de la construcción de las regiones en el marco nacional.

Dos elementos centrales limitan y caracterizan, en lo más general, las comunidades rancheras: la dimensión étnica y la tradición. La tradición implica conservadurismo y un cuerpo de valores y símbolos que han sido transmi-

tidos por generaciones en la misma forma (Peterson, 1982). Sin embargo, entendemos este elemento como algo producido y sostenido por las mismas comunidades, y no como alguna especie de esencia inmutable solamente transmitida a lo largo del tiempo; en este sentido, podríamos hablar de una *tradición inventada*:

Conjunto de prácticas normalmente conducidas por reglas tácitamente aceptadas, y de un ritual o una naturaleza simbólica, que busca inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por repetición, que automáticamente implica continuidad con el pasado. De hecho, en la medida de lo posible, normalmente se busca establecer continuidad con un pasado histórico deseable (Hobsbawm, 1984: 1).

La tradición, vista de esta manera, es lo que permite engarzar el relato de los orígenes históricos de la gestación de la región del occidente de México con las comunidades rancheras y con la charrería de esta parte del país. Obtenemos así una visión coherente que explica la importancia de ésta última para la cultura regional y sus características. La charrería jalisciense refleja tanto los rasgos atribuidos a esos primeros hombres de a caballo de la Colonia, como los de los rancheros de la región: personajes autárquicos, orgullosos, valientes, retadores, hábiles, individualistas, trabajadores, que tienen como prioritarios los valores familiares, la tradición, el honor y la caballería. Todos estos rasgos han impreso sus huellas en la charrería del estado de Jalisco, que encarna entonces lo que se ha imaginado como la esencia de la región, y que produce en su seno los elementos que se le atribuyen a dicha esencia. Todo esto contribuye a diferenciarla de la charrería de otras regiones del país.

La primera diferencia está en la idea de que Jalisco es la verdadera cuna de la charrería, lo cual está vinculado a que fue también en Jalisco donde se originó la primera agrupación de charros de todo el país: Charros de Jalisco, en 1921. Estos dos elementos son suficientemente significativos para darle un lugar especial a los charros de este estado. Sin embargo, no es nada más eso: al parecer las diferentes generaciones de charros del estado de Jalisco han luchado activamente por seguir mereciendo y conservando dicho lugar, lo cual se ha reflejado tanto en el particular proceso de institucionalización de la charrería como deporte, como en los debates internos del mundo charro jalisci-

ciense, en las disputas con los organismos reguladores de la charrería desde el centro de la república, en las dificultades para integrar la participación de las mujeres en el mundo charro, en los múltiples vínculos familiares que ligan las diferentes agrupaciones y en otros detalles.

ASOCIACIONES Y LIENZOS

En cuanto al particular proceso de institucionalización de la charrería jalisciense, tenemos como anécdota inicial el forzado registro de la «asociación madre» de todas las posteriores en el estado: Charros de Jalisco. Es O. Chávez (1993) quien narra que, en 1940, Silvano Barba, siendo gobernador del estado de Jalisco, donó un terreno para la construcción del lienzo Miguel Aceves Galindo con una condición: que Charros de Jalisco se constituyera oficial y formalmente en una asociación —«se federara»—, con lo que rompió el espíritu rebelde de esta agrupación y creó vínculos políticos con los charros, quienes comenzaron a ser un emblema nacional en disputa entre las diferentes tendencias políticas en el panorama nacional.

Esta versión es detallada por don Pablo Barba, quien relata que en 1939, siendo gobernador de Jalisco Silvano Barba González, y el presidente de Charros de Jalisco don Andrés Z. Barba (ambos primos segundos, lo cual explicaba una relación cercana con buena comunicación y confianza), se construyó el primer lienzo charro en Guadalajara, en un terreno que donó el Congreso del Estado de Jalisco a Charros de Jalisco, donde habían estado anteriormente unas ladrilleras. «El terreno era muy abrupto y hubo que rellenarlo». Don Pablo recuerda todavía que cargó ladrillos en la cabeza para hacer las bóvedas, la terraza y las primeras graderías. Fue el año 39: «yo tenía 16 años». Desde entonces su vida quedó ligada al lienzo charro tan emblemático de la charrería local, y fue el encargado del lugar hasta el año de 1968, más o menos.

Cuenta don Pablo que Charros de Jalisco fue formalizada como asociación charra por su padre con el nombre «Charros de Jalisco, asociación civil» en 1939, a pesar de haberse resistido a la invitación de la Asociación Nacional de Charros para hacerlo en los años anteriores y haber permanecido solamente como agrupación. Esta resistencia, muy al estilo Jalisco, muestra la posición de los charros locales, acordes con el regionalismo autonomista y confrontador del poder central que todavía ahora se siente entre los charros.

Sin embargo, las circunstancias de 1939 condujeron a registrar oficialmente a Charros de Jalisco, porque esa fue la condición para poder recibir en donación el terreno en el que se construiría el primer lienzo charro del estado que fue bautizado con el nombre de Miguel Aceves Galindo.¹ Algunos han entendido este hecho como una cuestión «de conveniencia», pero también puede verse como el fruto de una negociación entre dos posiciones en conflicto. Es decir, como un acontecimiento político conectado con un contexto nacional que exigía el acatamiento de un orden que fortaleciera el poder central, para lo cual era fundamental el disciplinamiento de las regiones. Los charros de Jalisco tenían una posición simbólicamente estratégica: tenían un enorme potencial de resistencia a los mandatos del gobierno, y más aún del gobierno central, fundado en un proceso histórico cuyos avatares (la revolución y el reparto agrario) los habían golpeado seriamente. La fuerza que en la región había tomado el movimiento cristero tornaba impostergable una estrategia de negociación con los principales actores sociales y políticos locales que pudieran poner en riesgo, una vez más, la paz social. Por eso el acto en el que se intercambia un espacio físico por una formalización de la agrupación charra tiene una fuerte significación: se le da un lugar a la charrería a cambio de su disciplina. Por otra parte, es interesante notar que en este hecho se hace presente la importancia de las redes de parentesco tejidas en las élites locales, elemento que ha caracterizado siempre a Jalisco y que le ha dado un tono particular a su historia aún en la actualidad.

Hay que observar que las concesiones de tierras por parte del gobierno a los charros, tanto para aplacarlos como para compensarlos, no fueron solamente terrenos para construir lienzos, sino que también se les otorgó otras tierras para que continuaran con sus labores ganaderas —aunque desterrándolos, lo cual tenía también un efecto político por la desarticulación de los grupos—. Andrés Z. Barba y otros cinco ex hacendados de Jalisco recibieron de manos de Manuel Ávila Camacho 66,000 hectáreas en el estado de Coahuila, por lo que tuvieron que ir a instalarse allá, con consecuencias en la charrería de Jalisco:

¹ Miguel Aceves Galindo nació en 1878 en Cerro Gordo, municipio de Tepatlán, en Los Altos de Jalisco; fue ampliamente reconocido como un charro de grandes habilidades en todo el país. Cfr. Gallegos Franco, 1996: 73-74.

Mi papá se fue a Coahuila a atender su rancho «El Caballo». Ese rancho don Manuel Ávila Camacho se los ofreció a cinco ex hacendados de aquí y, dice la resolución de la Cámara de Diputados, que autorizan que esos terrenos (eran de unos americanos), sean un criadero de ganado precioso; un rancho de 66,000 hectáreas, cuarenta kilómetros de norte a sur por veinte de oriente a poniente, todo circulado de alambre, y yo sin una bicicleta en qué andar tenía que revisarlo todo. Para dar vuelta en caballo a todo alrededor duraba tres o cuatro días, cambiando dos o tres caballos. Al fin de cuentas les dieron el terreno en abono de lo que valían, de lo que le expropiaron aquí en Jalisco. Y esto, la caja de préstamos, la Nacional Financiera, prestó 2'800,000 pesos de aquellos tiempos, con el aval personal de don Manuel Ávila Camacho por la amistad e intimidación que tenía con mi papá. Todo salió bien, pero se viene la aftosa, cierran la frontera, el mercado de ese ganado era al otro lado y reventaron. Todo el mundo empezó a querer correr y mi papá a querer sostener y llegó el momento en que les compramos a todos, en partes. Se vendió todo lo que había aquí para hacer esa operación. Yo tenía aquí en Potrerillos 1,500 reses de lidia y 1,500 reses cebú y todas tuvieron que venderse para pagarles y toda la familia quedamos sin centavos, pero con un rancho muy grande allá en el destierro. Lo pagamos hasta el último centavo, hasta más allá de los 2'800,000; era a siete años... (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002)

Entonces que él [don Andrés] se fue, pues ya el grupo de charros... ahí ya no hubo charreada, se paró todo, ya no estaba él; y entonces empezaron a organizar, empezaron a nombrar a otros charros presidentes y luego empezaron también a tener que cobrar la entrada; era una vergüenza que cobraran cinco pesos la entrada, no queríamos casi ni ir porque el charro nunca había cobrado. Y entonces se empezó a tener que cobrar, y él venía y seguía al pendiente de todos. (Entrevista con Blanca Braba, 4/XI/1999)

En relación con el terreno que se otorgó para la construcción del lienzo charro en Guadalajara, cuenta don Pablo Barba que:

El gobernador pidió autorización al Congreso del Estado para donar ese terreno para la charrería; el Congreso lo autorizó y nombró a mi papá y al secretario de Gobierno, licenciado Guzmán, para que firmaran escrituras ante notario; nomás nos exigieron formar la Asociación de Charros legalmente porque era un grupo de charros y era Charros de Jalisco pero no estaba registrado oficialmente. Aquí es donde se finca la

discordia nacional en la que por una parte se afirma que la Asociación Nacional es más vieja que la de Charros de Jalisco. Era más vieja porque se formalizó antes, pero Charros de Jalisco se había formado ya antes que ellos. La Asociación Nacional sí es más antigua que Charros de Jalisco porque se fundó legalmente, me parece que el año del 22 o el 23; y Charros de Jalisco se hizo formal hasta el año de 39 para que el gobierno no pudiera ceder el terreno. (Entrevista con Pablo Barba, 18/11/2002)

Después de la primera generación de Charros de Jalisco —compuesta por Andrés Z. Barba, Everardo Camacho, Antonio Vargas González, Chon González, Panchito González Castañeda, Ricardo Orozco, Ismael Fernández, Eliseo Rosas, Inés Ramírez, Juventino Aceves y otros—, hubo otra generación cuyos miembros llegarían a ser conocidos como Los Bigotones —Pablo Barba, Ricardo Zermeño, Guillermo Montero, Ramiro Fernández, Salvador Sánchez «El Barrancas», Manuel Cervantes, Carlos Sánchez Llaguno, Covarrubias y el coronel Mercado. Otros miembros de esta generación fueron Ricardo Sánchez, José de la Torre «El Coyote», Raúl Manjarrez y Nacho Vega. Y después de éstos hubo todavía una tercera generación compuesta por Salvador y Javier Sánchez, Miguel Franco, Roberto Pérez Verdía, Ignacio y Rafael de la Torre, Carlos y Daniel Sánchez Barba, Ignacio Zermeño Barba, Chuyín Aceves y otros (mencionados en entrevista con Pablo Barba, 18/11/2002), cuyos descendientes han seguido nutriendo las filas de Charros de Jalisco, pero que también fueron luego formando parte de otras asociaciones nuevas. Hay que decir que estas generaciones se sobreponen unas a otras, ya que en todas había algunos miembros jóvenes y otros de mayor edad; además, los vínculos familiares entre estas distintas generaciones eran múltiples e iban tejiéndose cada vez más intrincadamente, ya que los matrimonios eran, frecuentemente, entre miembros cuya relación se daba dentro del círculo de la charrería: hermanas, hijas, sobrinas, de unos charros y de otros.

Relata don Pablo Barba:

Cuando tiene uno tantita vergüenza, y sabe lo que es el compromiso de ser charro, se tiene el compromiso de devolver lo que a uno le han dado. En 1955 empecé un grupo del equipo infantil juvenil de Charros de Jalisco, eran alrededor de 20 o 25 muchachos, tuve que responderles... De esos muchachos de entonces, ahora son los principales

charros, tales como Javier Sánchez, Salvador Sánchez, Daniel, Carlos, el hermano, Miguelito Franco, Roberto Pérez Verdía, el doctor Nacho de la Torre, Rafael, su hermano, Pablo, mi hijo, mi hijo mayor, era de los tres más grandes de ahí, Chuyín Aceves, mi sobrino, ya murió. Creo yo que no los hice charros, sino que los inicié en la charrería; y le digo que no los hice porque muchos de ellos hacen ahora lo que yo nunca hice. Por ejemplo, con la sogá, manganear y todo eso, yo lo hacía, pero sencillo; y ahora es una cosa de muchos adornos. (Entrevista con Pablo Braba, 18/II/2002).

Vemos en estas palabras que los charros mayores tomaban bajo su cargo la transmisión de la charrería a las nuevas generaciones, construyendo de esta manera vínculos generacionales muy fuertes, así como lazos de fraternidad, camaradería, respeto y lealtad entre los miembros de Charros de Jalisco, que fueron fundamentales para dar a esta agrupación una solidez particular. Hay que decir, sin embargo, que estos lazos con el tiempo se han ido desgastando y —probablemente debido a su crecimiento excesivo—, ha ido desapareciendo el tejido de vínculos personales y estrechos, dando paso a una serie de conflictos y fracciones internas que también han minado la solidez y la imagen de la asociación. Estos conflictos, que antagonizan a ramas distintas de una misma familia, tienen que ver también con las distintas posiciones que en el transcurso del tiempo se han ido tomando en relación con el manejo del lienzo, pero también con la manera de comprender y vivir la charrería.

La mayoría de las gentes que están ahí ya no son socios ni accionistas, y muchos de los que tienen acciones creo que han tenido problemas, por ahí hasta han ido al juzgado; conmigo vinieron unos señores y les dije: yo no tengo nada que decirles a ustedes, para cinco o seis acciones que yo tengo, no vale la pena; además ese lienzo lo hicimos para el fomento de la charrería y mientras no estés trabajando en eso, hagan de cuenta que yo no oigo. Ahora, a mí que le quieran dar otro uso, pues no me parece. El lienzo se hizo para la charrería y en eso tiene que usarse. (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002)

No obstante, el lienzo sigue siendo hasta ahora propiedad de Charros de Jalisco, a pesar de esa serie de conflictos internos que enfrentan a diferentes fracciones de la asociación y que han llegado a disputar, cada una para sí, la

legitimidad de la propiedad del lienzo. Esto ha ocasionado que los charros que aún viven de la generación de «Los Bigotones» prefieran dejar la charrería:

Llegó el día en que Tito Sánchez —el papá de Javier—, y yo, diario chocábamos en todo lo que tenía que ver con el manejo de la asociación; pero no de pleito, sino de manera de pensar. Y salía yo de presidente y entraba él, y salía él y entraba yo. El manejo de centavos siempre fue entendido de maneras distinta, desde entonces él se buscó la forma de arrimarse alguna ayuda para poder subsistir. Era muy diferente en su manera de pensar que yo, era muy liberal, le gustaba mucho amistar y le dio mucha vida a la asociación, pero a un costo grande y lo pagamos entre todos. Yo no estaba de acuerdo. Y todo iba bien hasta que un día empezó a haber dificultades con algunos de mis muchachos. Entonces llegué a la conclusión de que si yo ya había gozado el deporte durante cuarenta años, ya lo había aprendido, lo había logrado y ya había hecho un grupo que iba a seguir haciéndolo ¿qué iba a seguir?, y si en lugar de comprar diversión, estoy comprando pleitos, así es que lo mejor, por cariño a la asociación y al deporte, es no estorbar, yo ya estoy viejo, en ese tiempo estaba perfectamente y ahorita sí estoy viejo. Opté por retirarme. Desde el año del 69 no he ido más a un lienzo, más que en tres ocasiones: a inaugurar el de Tonalá, de don Camerino González, que me invitó el ingeniero que lo hizo; otro día que me invitó Alejandro Arenas a su lienzo que tiene el Triángulo, a entregar un reconocimiento; y un día fui al Zermeño, una fiesta escolar de mis hijos, entraron e hicieron el equipo y se metieron a charrear.

La segunda asociación que se formó en Jalisco fue en el municipio de Zapopan y se llamaba El Vigía, con Chon González al frente. Sin embargo, parece que tuvo una vida muy corta como asociación. En esas circunstancias nació luego La Tapatía de Charros (1951), y posteriormente La Alteña de Charros (1967).

La historia de la formación de La Tapatía tiene que ver con el hecho de que el grupo original creció de tal manera que los jóvenes que habían ingresado no tenían oportunidad ni de usar el lienzo ni de charrear. Por eso decidieron formar otra asociación, asesorados por «Los Bigotones» de los Charros de Jalisco. Cuentan esta historia algunos de sus miembros:

Algunos de los socios jóvenes de Charros de Jalisco empezaron con la iniciativa de formar una nueva asociación porque eran tan jóvenes y había charros tan buenos en los Charros de Jalisco que ellos no tenían oportunidad de charrear en forma permanente; entonces, la inquietud grande que les nacía a ellos de charrear les obligó a formar un equipo que les permitiera practicar y ejercer la charrería ante los equipos fuertes de aquella época; estamos hablando de hace 55 años aproximadamente. Lo intentaron, pero no recibieron el apoyo adecuado, hasta que un buen día Carlos Sánchez Llaguno les dice: «muchachos, yo los voy a apoyar para que hagan una nueva asociación y decidan cómo la quieren hacer, quiénes son los socios y pónganle un nombre»; y así se juntaron algunas gentes, como Hugo Barragán, como Carlos Guzmán, como Sergio Guzmán, todos ellos gente de polo, y se congregaron Adalberto Ortega Solís, hijo del capitán Ortega, también charro de abolengo, también miembro en aquella época de Charros de Jalisco. Se juntaron y fundaron la Asociación Tapatía de Charros en 1951, o sea, hace exactamente 51 años, el 10 de noviembre de 1951. Ellos sin tener instalaciones todavía, tenían diferentes oportunidades de practicar en ciudades cercanas a Jalisco, tales como Colotlán, donde el capitán Ortega, padre de Adalberto, se los llevaba para enseñarles las suertes de las colas y en algunos casos entrenaron aquí los piales, en Charros de Jalisco, y se empezaron a familiarizar en los ranchos de los amigos con las suertes, hasta que Tapatía de Charros estuvo de alguna manera allegada a la asociación de charros que ahora se llama Santa Cruz del Valle, con la familia Zermeño, porque se hicieron instalaciones conjuntas en lo que ahora es el Lienzo Charro Zermeño, ahí cerca de la Avenida López Mateos y Circunvalación, ahí está el Lienzo Charro Zermeño. En este lienzo tuvo oportunidad la Tapatía de iniciar también sus primeros años de prácticas, pero por algunas circunstancias de índole personal, Tapatía de Charros se separó y decidió formar su propio lienzo, para lo cual en 1966 se le solicita al licenciado Francisco Medina Ascencio que nos facilite una tierra, que nos done una tierra para poder construir un lienzo charro; en 1967 el Gobierno del Estado de Jalisco, por medio de una aprobación del Congreso del Estado, decretado en el diario oficial del estado de Jalisco, se deja —bajo decreto— la donación bajo usufructo vitalicio de una tierra, que es una propiedad del Bosque de los Colomos. Es una propiedad que en aproximadamente 10,000 metros establecemos ahí, entre todos se empieza a cooperar para construir un lienzo charro; esas instalaciones, estábamos obligados por el decreto que el Congreso del Estado nos había aprobado a terminarlas en un plazo no mayor de 12 meses, y a iniciar nuestras obras

en un plazo no mayor de 30 días después de recibido la aprobación del Congreso; esta aprobación nos la dieron en 1967 y antes de la fecha límite, en 1968, arrancamos las instalaciones de nuestro lienzo, que hasta esta fecha todavía tenemos. Y poco a poco, con el paso de los años fuimos dándole forma a todas las instalaciones, tales como el lienzo charro, las caballerizas, los corrales, la bodega de granos y, además, un casino familiar donde teníamos un área de jardín y un lugar de fiestas para nuestra asociación, porque la Tapatía de Charros está basada en dos factores: en la patria y en la familia y, obviamente, el amor por el caballo. Nuestro lema «Tradición y patriotismo», viene desde nuestros orígenes y lo que buscamos es que sea una asociación conformada exclusivamente por gente que ama las actividades ecuestres. Y, efectivamente, muchos de nuestros socios vienen de los orígenes del polo. En esta acta, que data del 15 de junio de 1953, se establece que «en 1951 se reunió y se formó la asociación de charros y que se le da ahora ya la conformación ya de Asociación Civil y entre ellos estaban Óscar Jiménez Sedano, Jesús González Gortázar, José Guadalupe Covarrubias Ibarra, Sergio Guzmán y Rincón Gallardo, Carlos Guzmán y Rincón Gallardo, Luis Jiménez Serrano, Hugo Barragán, Armando Navarro, Rafael Ochoa, Álvaro Aldrete, Adalberto Ortega». Hay algunos que no están mencionados dentro de la lista de la mesa directiva, ahorita le di lectura a la primera mesa directiva. Efraín Orozco, Sergio Ontiveros, Alfonso Rodríguez Martín del Campo, Ignacio Barba, Juan Bautista y, obviamente, don Carlos Sánchez Llaguno, que fue primer presidente, presidente honorario y vitalicio de Tapatía de Charros. Ahora ya hay otra asociación que lleva su nombre, la asociación que formaron sus hijos, también ellos desprendidos de Charros de Jalisco, en donde Germán Barba y Daniel Sánchez Barba son quienes actualmente manejan esa asociación, es una asociación que salió de Charros de Jalisco y salió posteriormente a que nosotros ya estábamos constituidos como Tapatía de Charros; incluso usted ve cómo está el documento original, éste para nosotros es el acta constitutiva y los estatutos de la Asociación Tapatía de Charros, que fueron levantadas ante el notario público número 42, licenciado Miguel Rábago Cornejo, y donde, posteriormente, se nos incluye el hecho de que nos dieron las instalaciones el Gobierno del Estado para poder hacer nuestro lienzo, pero eso fue en 1967. Hugo Barragán junto con Chacho González Gortázar fueron quienes le pidieron al licenciado Francisco Medina Ascencio que nos diera el donativo de la tierra y ese donativo, como le decía, fue hecho bajo usufructo vitalicio por aprobación de un decreto, el decreto número 8212 del Congreso del Estado, donde se decreta la autorización para que el ejecutivo

estatal pueda conceder a la Asociación Tapatía de Charros el usufructo de la fracción de una inmueble de propiedad estatal para construir sobre la misma su lienzo charro. Hay todavía gente que está viva de nuestra fundación, todos los fundadores, de los que están vivos, están teniendo una actividad muy importante en la asociación. (Entrevista con Alejandro Palacio, 10/VI/2002)

Fundamos La Alteña Jesús González Gortázar, yo, Luis Ortiz, Álvaro Aldrete, los Guzmán, los Ontiveros, los Navarro... en fin, una palomilla, ya no tengo fotos, y tenía algunas fotos, pero ya no las tengo, no las tengo aquí, las tengo en la casa. Espuela de Oro, Espuela de Plata de la federación y presidente honorario de los Charros de la Tapatía y de los de Pegueros; anduve en Pegueros. En fin, anduve mucho tiempo en eso. Entonces, cuando se pudo formar la asociación, pues, o cuando llegaron los González Gallo aquí (éramos ya amigos porque tenemos primos comunes), entonces pues éramos muy amigos e íbamos a Huerta Vieja, pero a jinetear y a montar a caballo y todo eso; y de ahí nació la cosa de formar una asociación, Carlos Sánchez, que en paz descanse, Pablo Barba, que todavía vive, nos ayudaron a formarla. «Los Bigotones» nos ayudaron a formar la asociación y luego, como en todas estas cosas, sobre todo de a caballo, la gente es egoísta, si no entra en el equipo en una charreada, entonces él se junta con cuatro y forma otra asociación, por eso hay tantas asociaciones. Son 116 en el puro estado de Jalisco, y son las registradas, pero hay muchas que son, sobre todo en los pueblos, hay en todos los pueblos. Te voy a decir, en Lagos de Moreno hay, creo, tres o cuatro asociaciones; en Arandas hay tres asociaciones de charros. Aunque difícilmente se juntaría una bien buena ¿verdad? Pero en fin. Ahora ya no, ahora ya se hizo profesional todo esto, ya se me quitó la idea también. Por eso te decía que a mí me nació eso porque mi abuelo fue ranchero y a mí me gustaba mucho el rancho, iba a Huerta Vieja y andábamos ahí en la charrería. Pero nunca pude ejercerla hasta que fui mayor de edad, entonces sí ya, dije, yo me voy a hacer charro. (Entrevista con Hugo Barragán, 24/I/2002)

Dice otro charro de La Tapatía:

Cuando estábamos estudiando en el Cervantes, Jesús González Gortázar, los Guzmán, todos estudiábamos en el Cervantes y todos íbamos todos los domingos a ver las charreadas de Charros de Jalisco, entonces pensamos hacer una nueva asociación, no

había más que Charros de Jalisco. Todos muy jovencitos, empezamos a platicar y creímos que, pues los grandes no nos daban chanza de realizar las suertes, nos tenían como jinetes, como ayudantes, entonces no nos parecía; empezamos a que vamos a hacer una asociación, formamos La Tapatía de Charros, que fue la segunda asociación de aquí del estado, Tapatía de Charros; de aquí en Guadalajara. Es que en los pueblos ya había: en Lagos de Moreno, ya había, en Tepatlán, en varias partes ya había asociaciones; pero aquí fue la segunda que se formó. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 11/VI/2002)

El tiempo pasó y en 1967 se fundó La Alteña de Charros por varias personas, entre ellas algunos de Los Altos de Jalisco, pero otros que también habían formado parte de Charros de Jalisco. Estos charros, al principio realizaron sus prácticas en el lienzo Miguel Aceves Galindo, pero en 1963 se instalaron en un solar de Ignacio Zermeño. Fue a principios de enero de 1982 cuando esta asociación contó con su propio lienzo, llamado La Generala, en terrenos del municipio de Zapopan.

La Alteña nació de nosotros, de una escisión de La Tapatía porque uno de los charros, Armando Navarro, para ser más exacto, quería ser presidente y juntó por ahí a unos miembros de la asociación; metió uno, dos nuevos y juntó un grupo, y con los más jóvenes nuestros iba a ganar la votación. Resulta que los muchachos hablaron con los viejos de nosotros: «nombre, no les crean, lo que pasa es que así y así y asá»; y era un poquito, una manera un poquito diferente de ver la charrería de ese grupo. Pues no ganó, se salieron y formaron La Alteña; luego de La Alteña, Regionales de Occidente (que son charros por accidente, los de occidente). Así es esto de la charrería, muchos conflictos y, como resultado, asociaciones nuevas. Por ejemplo, los Charros de Jalisco, se escindieron; los Sánchez Llaguno —los hijos de Carlos—, formaron la Carlos Sánchez Llaguno; los Aguilera han estado formando dos o tres asociaciones... La gente de a caballo es conflictiva; si es en el salto hay conflictos, y se forman clubes y clubes y clubes; si es en la charrería, hay conflictos, y se forman asociaciones por todos lados. En lo único que no ha habido mucho conflicto es en el polo porque si hay, entonces el polo se acaba, ahí apenas si ajustan, si se retira uno entonces se acabó el polo. Luego, todo lo de a caballo siempre, siempre hay lío, es que la gente es problemática, es que es gente de mucho carácter y de centavos, en lo general. Se

pelean y muy en serio, pero yo no diría que son violentos; yo el único pleito violento que he sabido o que me ha tocado vivir es el de Guillermo Becerra y Miguel Navarro, que por una tontería de la exclusión en un coleadero que organizaba Becerra, que no había invitado al otro y que estuvo echándose sapos y culebras, que él le pagaba, que él lo mantenía y no sé cuanta cosa; el caso es que se hicieron de palabras y los dos eran bravos, Miguel era campeón mexicano de tiro, Guillermo Becerra era cabo; se dieron de balazos, se mataron los dos ahí en el lienzo Zermeño. (Entrevista con Hugo Barragán, 24/i/2002)

Los de La Alteña empezaron charreando con La Tapatía. En un pleito de elecciones... siempre los charros son muy mitotereros. Se pelearon los dos candidatos; un candidato era el doctor Carlos Guzmán, «El Huichol» que le decimos, y el otro era Armando Navarro, de La Alteña, él era de Tepatitlán. Pierde Armando Navarro, se pelean, no quedan a gusto, se salen y forman La Alteña de Charros. El pleito era entre alteños porque de La Tapatía muchos éramos alteños; digo, sacando a Hugo Barragán, que es de aquí de Guadalajara, y a Jesús González Gortázar que también era de aquí —aunque sus gentes eran de Yahualica—, los demás éramos alteños. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 11/vi/2002)

En el interior del estado la charrería se comienza a practicar como deporte también en las primeras décadas del siglo xx. En Tepatitlán de Morelos se fundó oficialmente la asociación Charros de Tapa en 1948, y poco después La Alteña, de igual nombre que la asociación fundada en Guadalajara. Posteriormente se creó Rancho Nuevo de Tepatitlán. Estas son las tres asociaciones de charros que todavía hay en Tapa actualmente, en donde hay tres lienzos charros grandes y varios chicos.

En Lagos de Moreno la primera asociación charra se oficializó en 1950 con el nombre de Pedro Moreno, y se construyó el primer lienzo en el antiguo barrio de Santa Elena, por el viejo camino real a México y Michoacán, que luego devino la sede del coleadero nacional. En 1989 se construyó otro lienzo techado, el más grande del país, en un predio que fue parte de la antigua ex hacienda ganadera de La Esmeralda y que fue inaugurado por los reyes de España con el nombre de Lienzo Santa María en presencia del entonces presidente Salinas de Gortari. Este lienzo se realizó con recursos públicos, por lo

que el uso comercial por particulares es seriamente cuestionado y el conflicto generado condujo a la renuncia del encargado de organizar los actos charros, Pedro Wirz (Gómez, 2002: 12-B).

A partir de 1970 se da una explosión de asociaciones de charros en el estado de Jalisco. En el año 2002 se reportan más de 116 asociaciones registradas en la Unión de Asociaciones Charras del Estado de Jalisco, pero se dice que el número es muy superior si se consideran las que no están registradas, sobre todo en los pueblos (entrevista con Cecilio Rameño). El papel de Charros de Jalisco en la diseminación de la charrería es reconocido por muchos, y han llamado a esta asociación como «el semillero» de la charrería no solamente de Jalisco, sino de todo el país. Se ha llegado a afirmar que hay un charro de Jalisco en casi todas las asociaciones importantes del país.

Dentro de las asociaciones más arraigadas en el estado de Jalisco, se pueden nombrar, de la zona centro del estado, además de Charros de Jalisco, a la Alteña de Charros y la Tapatía de Charros, a la Carlos Sánchez Llaguno, a Hacienda Santa Cruz del Valle, Rancho Santa María, Mario Orendáin, el Triángulo de los Arenas, Santa Anita, Rancho El Estribo, Charros de Zapopan y Charros de Occidente. De la región de Los Altos de Jalisco, están, entre otras: Rancho Nuevo de Tepa, Rancho La Sauceda, Carlos Franco Arana, Capilla de Guadalupe y Amigos de Taretan. De la zona sur, Regionales del Sur y Miguelito Cobián; de la zona costa, los Charros de Vallarta, y del sureste del estado, los Charros de Tenamaxtlán. Estas son solamente algunas de las que actualmente compiten con puntuaciones más altas en los torneos regionales.

Actualmente se habla de alrededor de 900 asociaciones registradas en la Federación Mexicana de Charrería y de la existencia de éstas en todos los estados de la república, así como en algunas entidades de Estados Unidos. Se habla también de alrededor de 30 lienzos en la zona metropolitana de Guadalajara, y de un número indeterminado en el estado de Jalisco, ya que además de que por lo menos hay uno en prácticamente todos los pueblos o ciudades del interior, hay muchísimos más de tamaño menor.

El proceso de la construcción de los lienzos en Guadalajara comenzó con la utilización de los terrenos que tenían los ganaderos, que poco a poco se convertían en espacios en los que se practicaban algunas suertes charras. Junto

con la apropiación de terrenos y la construcción de los lienzos por parte de los charros, se fue dando paralelamente un proceso de transformación de las prácticas charras:

En donde había exposiciones ganaderas, ahí se hacía algo para charrear, pero de troncos, de palos, de lo que se podía, nada más, y ahí se charreaba. Pero entonces ya luego fue cuando se empezó a construir el lienzo para Charros de Jalisco; todas las tardes nos íbamos la familia ahí, él [don Andrés Z. Barba] trabajaba desde muy temprano y después de comer, al lienzo, a ir viendo como iba creciendo cada piedra, cada ladrillo. Éramos familias de charros. Familias como los Ramírez. Era una familia grande; el mayor de ellos era Ramírez Ramírez, un hombre como pocos de sencillo; y él enseñó a muchos de los muchachos a muchas cosas, conocía muchísimo de ganado, y era parte fundamental de esa familia; y seguían muchos hermanos. Era un poco curioso porque se juntaban todos a charrear, pero también se juntaban para ir al Teatro Degollado. A los charros les gustaba la ópera y les gustaban, sobre todo, las operetas y la zarzuela. Siendo rancheros tenían gusto por todas esas cosas; en esos primeros grupos que conocí estaban los Sánchez Llaguno, los Zermeño, Ramírez. De todos esos muchachos se formó el equipo que luego tuvo mucha fama, y que se componía de los hijos de los señores —como mi papá—; con ese equipo nació la fama de Charros de Jalisco. Les llamaron «Los Bigotones», y eran mi hermano Pablo, Ricardo Zermeño, «El Gallo» Zermeño y luego los Ramírez, todos ellos, había un charro que se llamaba «Barranca», Salvador Sánchez, «Barranca»; ya no volví a saber de él. Y todos eran las familias y los acompañábamos todo el tiempo. Así era, pues, al principio la charrería; ellos pobremente, sencillamente, porque muchos se habían quedado sin nada, pero la charrería ahí estaba, a como se pudiera. Era muy curioso porque no se cobraba la entrada, y el charro —como mi papá— que era el viejo, el que todo quería dar, ponía lo necesario; en mi casa se mataban venados para que hubiera birria y mi mamá los cocinaba en la casa; para la charreada, él llevaba todo el ganado, todas las yeguas, todo el tequila porque tenía fábrica de tequila, y toda la comida. Y es que era fiesta todo el santo día que había charreada y todo era por él. (Entrevista con Blanca Barba, 4/xi/1999)

Fue entonces cuando don Andrés tuvo que irse a Coahuila y que las charreadas comenzaron a transformarse: se comenzó a cobrar la entrada y a

buscarse mecanismos para hacerlas económicamente posibles, lo cual introdujo cambios en la vivencia de la charrería. Estos cambios son sintentizados por uno de los charros entrevistados de la siguiente manera:

Esto, primero fue una tradición, se la iban inculcando a uno desde chico, entonces una tradición, ¿de qué se originó? De los trabajos que se realizaban en el campo, todas las suertes vienen del trabajo que se realizaba en el campo, en los ranchos, en las haciendas, etcétera, etcétera, de ahí vienen. Después empezaron a competir un rancho contra otro, una hacienda contra otra, carreras de caballos, sus mejores vaqueros contra los de la otra; en fin, se fueron haciendo competencias y ahí empezaron a hacer esto. Después del reparto agrario se concentraron en la ciudad, por lo mismo, ellos iban a los mesones; entonces no había rastro, cada quién mataba su ganado, pero había mesones donde llegaba el ganado de los ranchos, de los pueblos y se juntaban ahí a comprar, a vender, a traficar con ganado, y se empezaban a juntar ahí los charros; y habiendo ganado y habiendo todo, pues de vez en cuando se ponían a pialar, se ponían a jinetear, se ponían a hacer, fue cuando empezaron a nacer las asociaciones de charros, se empezaron a hacer. Después nació la Federación, se empezaron a reglamentar las suertes, a ponerles calificación a las suertes hasta que llegó un momento en que ya todo se normalizó, se compite a base de puntuación, etcétera, etcétera. Las suertes son las mismas, son diez suertes y son las mismas, de toda la vida, pero lo que ha cambiado son los reglamentos, las calificaciones. Ahora es complicadísimo, yo siempre les he dicho a los locutores que expliquen de qué se está tratando, la gente no sabe. Yo lo sé, ¿por qué? Porque toda mi vida he estado aquí, pero la gente que está arriba en la gradería, mucha gente que viene a una charreada a media charreada se va porque no está entendiendo qué es lo que está pasando; está viendo que es una cosa bonita, en que están jugando los charros con los animales, pero hasta ahí, pero no sabe ni de qué se trata, no sabe cuál es el fin de esto, por qué lo están haciendo, cómo lo están haciendo, por qué valen más unas cosas que otras, etcétera, etcétera. Pero hay veces que los mismos locutores no lo saben explicar, sino se dedican a narrar lo que está pasando ahí, que eso lo entendemos los que sabemos y los que vamos regularmente, pero no las personas que por primera vez van a una charreada. Yo he visto, tenemos que hacer dos cosas: una, explicarle a la gente; dos, tener escuelas de charrería en las asociaciones y, tercero, el tiempo, porque teníamos la idea de que se divierte el que anda abajo sin importarle la gente de arriba; ahora no, la gente de arriba es la que está manteniendo nuestro deporte. Entonces, si usted está en

una charreada y esa charreada dura más de dos horas, se levanta y se va, es más, yo lo hago, a las dos horas de estar sentado en una grada; si hacemos una charreada en hora y media, que es un espectáculo muy superior al rodeo, la charreada, mucho muy superior por la calidad, inclusive pues podría llamarse lo artístico de lo que están haciendo. Entonces, caray, no estamos ahí una hora y media y verán que siempre tendremos gente. Pero no ha cambiado mucho esto. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 11/VI/2002)

Poco a poco fueron construyéndose más lienzos en Guadalajara. Esto podría interpretarse como el crecimiento de la charrería, sin embargo, este proceso parece responder más a los conflictos y las divisiones entre los mismos charros que a un crecimiento en el número de éstos. Uno de los charros dice:

Cuando se empezó a meter la política entre los charros, todo cambió. Por ahí dicen que «pleito de asociación, lienzo nuevo»; se pelean y entonces se separan y hacen otro lienzo y otro, y otro, y otro. Ahorita hay treinta lienzos aquí en Guadalajara, trabajando la mayor parte de ellos todos los domingos. O sea que la cantidad de lienzos habla más de los pleitos entre los charros que del crecimiento de la charrería. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 11/VI/2002)

También sucede que los lienzos ya establecidos entran en disputa por distintas fracciones de una misma asociación. Esto ha sucedido tanto con el Miguel Aceves Galindo como con el de La Tapatía. En estos dos lienzos, de los más antiguos de la ciudad, además de disputarse el espacio físico, se disputa también el lugar simbólico de las distintas partes en pugna. Otro charro agrega:

Los charros son conflictivos, si no entra alguno en el equipo en una charreada, entonces él se junta con cuatro y forma otra asociación, por eso hay tantas asociaciones (entrevista con Hugo Barragán, 24/I/2002).

Se dice que lo que hace a los charros tan conflictivos es la envidia, aunque no son considerados como particularmente violentos.

Actualmente, para hacer los lienzos ya no se espera a que haya donaciones de terreno por parte del gobierno, sino que depende de la capaci-

dad económica de las asociaciones o, concretamente, de los particulares que integran la asociación.

Muchos lienzos son propiedad privada, son de alguno de los miembros. Ya casi todas las asociaciones son propiedad de familias que se dedican a la charrería y que ellos juntan agremiados para poder hacer la actividad deportiva, pero el liderazgo lo sigue ejerciendo la familia, la familia que en sus instalaciones hace el lienzo charro. (Entrevista con Alejandro Palacio, 10/VI/2002)

No todas las asociaciones tienen, pues, su lienzo. Quienes no disponen de uno en propiedad, pueden pedir prestado o rentado su espacio a alguna asociación de charros. Y aquellas asociaciones que sí tienen un lienzo de su propiedad han enfrentado, en su mayoría, serios conflictos —que han llegado, en algunos casos, hasta los tribunales— cuando sus miembros han crecido tanto, que se hacen distintos grupos que disputan el control del espacio físico. Estos conflictos por el control de los lienzos se ven enredados con otros temas en disputa entre los charros: lo que se considera la tradición charra, la política interna al mundo charro y las diferencias respecto a los valores charros.

VALORES Y CREENCIAS DE LOS CHARROS

Hemos dicho que el charro es el personaje que encarna la llamada *personalidad ranchera* que es definida con base en algunos rasgos específicos, entre los cuales resaltan aquellos que se derivan de un estilo de vida determinado y una específica organización social. El aislamiento en el que los rancheros viven y trabajan, y la dificultad de acceso a sus asentamientos son dos factores que se relacionan con la importancia que para estos personajes tiene el núcleo familiar —tanto en términos económicos como emocionales y culturales—, así como la estructura familiar endogámica (hago referencia a la estructura familiar basada en la realización de matrimonios entre los miembros del mismo grupo) y el sistema de herencia de bienes y propiedades. También en estas condiciones de vida se ubican las raíces de rasgos de personalidad (el individualismo, el tradicionalismo, la autonomía) que caracterizan a los rancheros, así como la conducción de su vida sobre una recia ética basada en el trabajo y en los valores católicos. También señalamos que las comunidades rancheras,

en general, se desenvuelven dentro de las marcadas fronteras simbólicas que levantan tanto la dimensión étnica como la tradición. Éste último elemento torna a estas comunidades en esencialmente conservadoras en relación con el conjunto de símbolos y valores que se transmiten de generación en generación.

El charro se mira a sí mismo como descendiente de una estirpe ranchera —de la que ya ha hablado Alfonso Alfaro (1994: 10-16) — de *hidalgos campiranos*, que sería el punto de partida para la formación de un consistente estereotipo: el del *paterfamilias* libre, señor de sí mismo, de su progenie y de sus bienes. Un hombre de campo, independiente, emprendedor y acomodado, «varón de una sola pieza», amo irrestricto de sus fincas y potreros, enérgico con sus hijos y paternal con sus servidores, pragmático, firme hasta la obstinación, valeroso hasta la temeridad y creyente fiel y sincero. Este hidalgo se distingue también por su apego al terruño, su sólido instinto familiar y sus referencias hispánicas, su carácter empresarial, su gallardía y su pundonor, orgulloso de ser patrón de su propia tierra. Es además ágil, empeñoso, libre, bravo, sensible, franco y seductor, representante de una masculinidad derivada de esta mezcla compleja de normas y valores, representaciones y prácticas que tienen expresión en todas las áreas de su universo simbólico, de las relaciones entre los sexos, del poder, de la vida cotidiana, en el cuerpo y sus movimientos, en la vestimenta, en el habla, en el parentesco y la familia; es decir, en todos y cada uno de los aspectos de la vida del charro, y que son descritos y cantados en el folclor charro.

La charrería del estado de Jalisco puede verse como una comunidad que ha condensado fielmente —aunque haciendo su propia síntesis con base en sus valores locales— ese conjunto de símbolos y valores propios del mundo ranchero. Como tradición enraizada en dicho mundo —pero con el cual tiene, inevitablemente, una distancia real en muchos sentidos—, la visión del ámbito ranchero ha sido romantizada y mitificada, estilizando sus representaciones y magnificando sus características, elevándolas a la categoría de virtudes que la modernidad no cesa de poner a prueba.

Pero, ¿cuáles son, específicamente, los valores y tradiciones que en Jalisco se articulan en la charrería? Sabemos que en el complejo proceso social de construcción de comunidades es fundamental el proceso de la producción de *lo local*, en contraposición a *lo global*. Este proceso, analizado por Appadurai

(1996), conlleva en su seno la necesidad de producir *sujetos locales*, es decir, los actores que pertenezcan a una comunidad determinada, formada por lazos cercanos entre parientes, vecinos, amigos y enemigos. Esta producción es reforzada por las diversas ceremonias rituales que inscriben los valores locales en los cuerpos, incorporando así lo local en lo subjetivo, y produciendo así a los «nativos», capaces de experimentar afectivamente lo local. En Jalisco, este proceso es muy activo y está relacionado con la vieja rivalidad con el poder central derivado del hondo sentimiento regionalista. La charrería es uno de los vehículos más importantes en este proceso de incorporación subjetiva de valores locales; su complejidad como práctica cultural que incluye tal cantidad de elementos, le da una gran potencialidad en la formación de los sujetos locales: el traje, los emblemas, el lenguaje, los espacios físicos, los rituales, la disciplina corporal requerida por la práctica deportiva, etc.

La charrería, en este sentido, opera como un espacio cultural que tiene un papel fundamental tanto en la producción de sujetos locales y de la región, como en la definición y el fortalecimiento de sus fronteras simbólicas; por esto puede entonces verse a la charrería como esa arena social en la que se ponen en escena los significados de la cultura local, y los significados elaborados regionalmente en torno a distintos temas de relevancia nacional. En esa puesta en escena se despliega toda una discursividad propia relativa a las identidades regionales y nacionales, que se articula con un circuito más amplio implicando los significados correspondientes al género, a la etnicidad y a otros ejes de diferenciación social.

En el presente trabajo de campo los valores a los que más fuerte y frecuentemente se hacía alusión por parte de los charros y charras jaliscienses, y que más aparecen en los distintos documentos analizados, están los siguientes: el espíritu familiar, el patriotismo, la tradición y el amor al caballo. Estos cuatro quedan sintentizados en el más conocido de los lemas charros, el de Charros de Jalisco: «Patria, mujer y caballo, y en cada charro, un hermano».

Gallegos Franco apunta:

el buen charro... tiene como lema «patria, mujer y caballo» en ese preciso ordenamiento que enumera sus amores. La patria, con su Dios, con sus tradiciones, sus hé-

roes y su gente. Sus mujeres, descendientes por igual de las damas altivas de Iberia que aquí sentaron sus reales, y de las princesas moras cuyos ojos soñadores copiaron las alteñas. Y sus caballos, herederos de la sangre y de la estampa de aquellos corceles de Arabia que trajeron los conquistadores, y que atravesaron los territorios de América... (Gallegos, 1996: 73-74).

A propósito del lema de Charros de Jalisco, se cuenta la siguiente anécdota: don Andrés Z. Barba tuvo una discusión periodística y en verso con Lola Vidrio, quien había cuestionado en un artículo del periódico *El Día* la equivalencia que parecían tener los tres elementos del mencionado lema:

Creo que respeto mayor
a la Patria y la Mujer, hay que guardar
no sus nombres con las bestias revolver.
De una agrupación por lema, calificativo no hallo
Patria, mujer y caballo.
Cada quien da su opinión
y no hay más cosas qué hacer
que el árbol se deja siempre
por sus frutos conocer.

Don Andrés zanjó la discusión contestando con el siguiente poema:

Asociación Charros de Jalisco
contesta a la nota de *El Día*
publicada por las noticias
en su edición de ayer .
Eso de juntar los nombres
patria, mujer y caballo
no es para causar desmayo
a los mexicanos hombres:
ya que, a mi humilde entender,
os debierais de fijar
que juntar no es revolver

cuidándonos de poner
cada nombre en su lugar.
Sabido que es peculiar
en el charro el patriotismo
sabido es así mismo
que es galante hasta saciar
por qué venirlo a tildar
de árbol que da mal fruto
las neuras de un haragán
cuyo escrúpulo discuto.
Busco el charro y no lo hallo
que cumpliendo sus deberes
con su patria y las mujeres
se olvide de su caballo.
Nuestro emblema mexicano
sostenemos sin desmayo
«Patria, mujer y caballo
y en cada charro un hermano» (Barba, 1989: 54).

No obstante esta salida caballerosa de don Andrés, no se puede dejar de observar que sí hay, efectivamente, en el mundo charro, una tendencia a ubicar en un mismo lugar a las mujeres y al ganado; un conocido refrán charro señala: «Gallo, caballo y mujer, por raza has de escoger», o este otro: «El que quiera ser mi cuate, tres cosas ha de tener: buen caballo, buena silla y una bonita mujer», o «El caballo y la mujer al ojo se han de tener», o «Caballo, mujer y escopeta, a nadie se prestan», que es muy parecido a este otro: «Caballo, pistola y mujer, sólo el dueño debe saber». Esta equivalencia tiene distintos ángulos: la misoginia que puede estar detrás de la consideración de las mujeres como ganado; el valor fundamental que el caballo tiene para la identidad de los charros, pero también la frecuente *antropomorfización* de este animal en el mundo charro; y también la ilusión que el charro alimenta de lograr algún día domar y someter las fuerzas rebeldes y extrañas que habitan a esos otros seres que están más allá de las fronteras masculinas del control y la razón.

Por otra parte, vemos que en Jalisco los charros reconocen tener un código propio que involucra valores específicos:

Hay un cierto código no escrito que observamos nosotros los charros, no está escrito, pero sí lo seguimos conservando y lo vamos inculcando a los hijos, a las hijas, etcétera. Este código [está hecho de] muchas cosas un poquito difíciles de explicar y a la vez medias sangroncitas, y [otras] cosas muy buenas, como el respeto a los padres, el respeto a la mujer, el amor definitivamente por el caballo —que son más agradecidos que las mujeres— y muchas cosas [como] la religión, muy inculcada. Y el nacionalismo, definitivamente. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 11/vi/2002).

Veamos pues, ahora, qué contenido encierra cada uno de estos valores que con insistencia los charros invocan como parte sustantiva de su manera de entender el mundo.

Espíritu familiar

Este valor cobija a otros elementos vinculados, tales como la fraternidad, la importancia de los patriarcas y charros viejos, así como una específica distribución de los papeles de género dentro del ámbito familiar que gira en torno a una particular manera de significar a las mujeres y una manera específica de vivir la paternidad. Intentaremos analizar ahora estos elementos. Dice uno de los charros entrevistados:

Hemos buscado lograr la imagen del charro familiar, del charro amoroso de su esposa y de sus hijos, del charro unido a la mujer como parte de su principio. Se busca que la mujer se integre al cien por ciento a las actividades de la asociación, porque si nosotros dependemos de nuestras familias, la única forma sana de que la charrería crezca es basada en que la familia participe; si yo tengo al lado de mí lo que a mí me gusta: divertirme, que es la charrería, que es mi afición, si yo tengo a mi lado a mi mujer y a mis hijos, obviamente voy a estar integrado como persona a mis actividades porque le voy a dedicar el tiempo suficiente a mi familia y a mi afición; cuando éstos se dividen, el lienzo charro se convierte en un lugar donde uno vive alejado de la familia o de la mujer y esto trae como consecuencia que se generan ciertos vicios y ciertas actitudes de parte del charro, donde hay lugares donde solamente él puede verse con sus amigos. Tene-

mos establecido, desde hace 30 años aproximadamente, que los miércoles los charros tienen una comida en nuestra asociación en la que solamente hay hombres; pero sábados y domingos, que tenemos charreada, está toda la familia: niños, hijos mayores y señoras, abuelitos, nietos; tenemos ahí a las familias. Algunas esposas de los charros se quejan de que ellos le están metiendo demasiado tiempo a la charrería, porque además de la parte deportiva tenemos la parte administrativa y operativa, porque la asociación tiene que llevar trabajo y todo lo hacemos por afición, no cobramos un centavo por ello; y el tiempo que se le dedica es muy grande, entre lo administrativo, operativo y deportivo. Entonces, las señoras se quejan de que el marido se la vive en el lienzo, porque ahí tenemos nuestras reuniones y ahí tenemos las actividades de organización y además las deportivas, obviamente; entonces yo les digo: «señoras, es que esto es tan fácil como que ustedes son parte de esta casa; hagan de cuenta que esta es su casa y ustedes tienen que vivir aquí, vengan a su casa y ustedes van a sentirse integradas; que cuando venga el charro, venga también la familia, no solamente el charro, no solamente el hombre solo, que venga la familia y eso le va a dar una felicidad al charro, tener a su familia a su lado le va a dar más tranquilidad». (Entrevista con Alejandro Palacio, 10/vi/2002)

Según se desprende de las entrevistas realizadas, el valor reconocido a la familia fue fabricado para proteger a la charrería. Al parecer se desconfía de una charrería en la que la masculinidad puede desbordarse y atentar contra el orden de género que garantiza su sobrevivencia. Como si el ambiente familiar desmontara la amenaza de que una excesiva concentración de masculinidad pudiera traer para los necesarios valores morales familiares como la heterosexualidad, la monogamia, la institucionalidad, la paternidad, y conducir, en cambio, a vicios, agresiones e intranquilidad.

Antes a las señoras no las llevaban los charros a las charreadas, ni a la familia tampoco, iban ellos, se emborrachaban y hacían sus cosas. Bueno, esto de darle espíritu familiar empezó prácticamente a raíz de que nosotros fundamos la Tapatía porque a la primer charreada, que la hicimos precisamente en el lienzo de Charros de Jalisco, pues asistió Cristina González Gallo, doña Paz, sus hermanas, todo mundo, fue una cosa muy chica, entonces nosotros tuvimos que llevar en esos tiempos a las novias, ya los que estaban casados a las esposas; y ya se le empezó a dar otro cariz a la charrería, más familiar. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 11/vi/2002)

No obstante el implícito reconocimiento de una potencial amenaza en una comunidad estrictamente de varones, la comunidad charra se entiende a sí misma como una *fraternidad*, basada en sentimientos amistosos que es regida por una ética de la generosidad recíproca, lo cual introduce el elemento de lazo fraterno para evitar toda sospecha de un tinte erótico entre varones:

La fraternidad charra, ¿cómo se lo explico? Usted va a cualquier parte de la república y no sé, se le poncha su llanta o se le quema el carro o algo, y si usted le pide a alguien ayuda a la mejor no se la dan, pero si le ve por ahí que dice, por ejemplo, Charros de la Tapatía «ah, oiga usted es charro», «sí, como no»; «ah, pues yo tengo un tío que es charro y aquí estamos cerquita, véngase, vamos para allá, allá lo ayudamos». O sea, siempre es algo como que te atrae, es una familiaridad que se tiene con las personas que son charros o se identifican entre sí de que son charros o que practican el mismo deporte; y es algo muy especial, muy chistoso. (Entrevista con Adán Leyva, 4/V/1999)

Esta ética fraternal aparentemente está por encima de regionalismos y de otras diferencias:

Toño se fue a Ensenada a hacer su servicio de los estudios de medicina y escribía unas cartas tan tristes... Imagínate: solo; nunca se había separado de la familia, nosotros somos muy apoyados. Y se fue a Ensenada y escribía, bueno; era un hospital militar y les daban de comer caldo de huesos de gallina —decía—, agarraba pata, pescuezo. Ya el día que salía, y estaba a ocho kilómetros de la ciudad, entonces no había chanza de salir a comer más que el día que salían, y comían caldo de tortuga, de caguama. Y un día, la felicidad, así en la carta: «¡hay charros!»; y luego la maravilla: el señor viejo de los charros ahí tenía un caballo muy bueno y un *relinguito*, ahí un caballito; pues dónde que le dijo Toño que era de los charros acá de Jalisco —porque él lo primero que echó a la valija de médico era la soga y los zapatos charros, las espuelas—. No hombre, hubieras visto qué fiesta; y decía: «no has de creer que el señor se monta en el relingo y me dejan el caballo a mí», ya todo mundo, cada que había salida del hospital había charreadas y pues él era el chicho de la película... (Entrevista con Blanca Barba, 4/XI/1999)

Este sentimiento de fraternidad es lo que ha dado su origen al lema al que nos hemos referido y que enuncia que, además de la patria, la mujer y el caballo, se considera a cada charro un hermano. Este tipo de vínculos pretende deserotizar la relación entre los charros, y asegura la solidaridad y la reciprocidad entre ellos, más allá de su pertenencia a las distintas asociaciones o regiones. Se trata de una fraternidad estrictamente masculina que uniría a todos los charros en una «gran familia charra» unida por los valores y las tradiciones, y que hace referencia a un modelo determinado de masculinidad en el que tiene un lugar fundamental la cuestión de ser «hombres de palabra», con lo que se hace referencia a un código de honor en el que lo central es que lo dicho sea sostenido sin tambalearse. Incurrir en faltar a la palabra es criticado severamente y quienes caen en esta falta son acusados de *rajones*, lo cual es vivido como una gran vergüenza y puede acarrear el desdén de los compañeros. Frecuentemente se habla de que los charros nunca firman contratos al vender su ganado, porque su fe en la palabra es ciega. Esto ilustra el poder que tiene este código de honor dentro del mundo charro.

El modelo de masculinidad implicado en la idea de fraternidad charra no es construido solamente para distinguir a los hombres de las mujeres, sino también a los charros de los no-charros, y entre los charros, a unos de otros. En este nivel tienen gran relevancia los elementos emblemáticos externos tales como la importancia de los distintos trajes charros cuidados en cada uno de sus detalles, los arreos, las posturas, las conductas, lenguaje y actitudes. Varios de los charros entrevistados señalan que un charro se distingue aunque no esté vestido de charro, por «su manera de ser». Con esto se hace alusión al hecho de que «lo charro» se inscribe en el cuerpo produciendo gestos, posturas, movimientos, maneras, tonalidades, olores y otras sensaciones, y convirtiéndose en algo medular que trasciende —o debería trascender, según algunos— el hecho de la práctica misma de la charrería, y que tiene sus fundamentos en un conjunto esencial de valores.

Si los charros son hermanos, quiere decir que todos ellos ocupan el lugar de hijos, lo cual produce un lugar para un padre y otro para una madre. En la imaginaria «gran familia charra», el lugar del padre lo ocupan los patriarcas charros, y el lugar de la madre lo ocupa la idea de la mujer venerada por su

maternidad. Evidentemente, se trata de una idea de familia en el sentido más tradicional: aquella formada por el padre, la madre y los hijos.

En relación con el significado del padre entre los charros, puede decirse que no se trata solamente de reconocer un papel biológico, sino sobre todo, de reconocer una capacidad creadora y una autoridad: se trata claramente de un patriarcado.

El charro viejo es muy respetado, yo creo que es un símbolo, primero que nada por su edad, segundo, porque es de quien heredamos la tradición, y tercero, por lo que precisamente simbolizan: el ejemplo de ese hombre bueno, de ese hombre sano que se dedicó al deporte, que sigue conservando y preservando las costumbres mexicanas, al grado tal que seguimos usando la misma indumentaria que era la indumentaria que en aquella época se vestía; ...el charro viejo es el símbolo de nuestras tradiciones, el que nos enseñó a vestarnos, el que nos enseñó a charrear, el que simboliza la continuidad de nuestra herencia, de que nosotros hayamos podido recibir ese legado. Realmente es un orgullo ser charro porque somos esa minoría que está conservando la mexicanidad, a costa de lo que venga, y lo vamos a seguir haciendo, la charrería no va a morir, al contrario; ni la tradición mexicana, la vamos a seguir llevando para adelante. (Entrevista con Alejandro Palacio, 10/vi/2002)

La manera de comprender la paternidad entre los charros parte del valor que en el mundo charro tienen los charros viejos, que disfrutaban de un estatus de patriarcas:

Siempre se considera al charro mayor, al más grande de la casa como una institución, como alguien que te va aconsejar qué hacer, qué decir, qué no hacer, qué no decir y si te puede ayudar en tu competencia, pues mucho mejor. Al padre siempre se le considera un lugar aparte. Se reconoce mucho la autoridad pues es todo, es tu padre, es el que te dio la vida y el que te ayudó a todo. (Entrevista con Adán Leyva, 4/v/1999)

La charrería es, pues, una institución esencialmente patriarcal, en el que son centrales las figuras de los individuos y sus vidas, a quienes se da reconocimiento de distintas maneras, como dando su nombre a lienzos y asociaciones. Pero también porque se pretende sostener a toda costa la posesión del poder

en las manos masculinas, y su transmisión por esa vía. Sin embargo, es muy interesante el juego ambiguo que se expresa en los dichos tales como «En el lienzo manda el caporal, y en su casa, su mujer». Las bromas y los chistes sobre el tema de las mujeres que dominan a sus maridos son recurrentes y contienen significados importantes para el mundo del género en la charrería.

Debe decirse que en el ambiente familiar, el desempeño de los charros con sus hijos no tiene que ver con el de otros modelos masculinos desapegados y ausentes: los charros saben que el niño se hará charro si ellos los introducen en ese universo y si con ellos aprenden a serlo. Es frecuente ver en las fiestas charras, antes o después de éstas, a los jinetes paseando en la silla a sus hijos pequeños, y destinan mucho de su tiempo y atención a los hijos. También a las hijas, cuando éstas ingresan al mundo charro por la vía de las escaramuzas, ya que el cuidado y arreglo de los animales para sus entrenamientos y competencias, por ejemplo, es también un asunto de varones. La paternidad charra conlleva estos presupuestos que hacen referencia a la incuestionable autoridad masculina, aunque la mayor parte del cuidado, crianza, salud y educación de los hijos es responsabilidad de las madres.

Por otra parte, la madre es, en el imaginario charro, una idea sublimada y romántica de la mujer investida por la beatitud de la maternidad y de su papel de reposo del guerrero, de quien depende la reproducción y el sostenimiento del universo cotidiano y simbólico de las familias charras. Toda mujer es entonces una madre: La madre, estereotipo de género que condensa sentimientos, representaciones y prácticas que tienen que ver con la crianza, el cuidado, el consuelo, y otros atributos que corresponden a ese estereotipo llevado a niveles de veneración:

Por más que yo tu frente haya besado
mucho más me besaste cuando niño
por más que te profesé un gran cariño
siempre, oh, madre, perdóname el pecado
que entristece mi alma: ¿cuántas veces
subí a tu altar para glorificarte
el incienso gastado en adorarte,
fue siempre menos que el que tú mereces? (Barba, 1989: 21)

Vemos entonces que la familia es una institución fundamental para los charros no solamente por ser el imaginado territorio de lo íntimo y lo afectivo, sino porque de ella depende la preservación de la tradición charra, por lo que para los charros ésta es construida como una *institución total* que organiza la percepción del mundo y toda la vida cotidiana más allá de la charreada misma. En entrevista, Sara Piña de Aguilera, mujer joven casada con un charro y ella misma escaramuza siendo más joven, dice respecto a su infancia:

Era mucha gente, muchos amigos, y te digo, ahí vivíamos, en el lienzo Ignacio Zermeño. Los lunes y los viernes en la tarde eran los entrenamientos, en la mañana iba a la Escuela Normal, y luego nos conseguían una maestra de baile regional y después de los entrenamientos nos daban clases de baile con los niños charros. Las mamás se quedaban ahí y tomaban clases de repujado o piteado, o jugaban barajas o algo. Los papás también estaban y se ponían a jugar dominó o algo. Nomás cuando entrenaban los grandes no íbamos. Pero los demás días, ahí nos la pasábamos. Y luego, los domingos a las charreadas.

En otra parte de la entrevista, al hablar de la educación infantil, dice:

Entonces los niños no ven más. O sea: el domingo amanece su papá vistiéndose de charro, y báñense y pronto a misa de 8 de la mañana porque hay que ir a bañar caballos y a arreglar, ensillar y todo porque las charreadas empiezan a las doce en punto, así esté lloviendo o lo que sea. [...] Así es como educas un niño charro. Para que le guste la charrería, es estando allí. En el caso de mis hijos, ellos no ven más, entonces a ellos se les inculca. Desde que tienen un año, su sogá, cualquier lacito les hace uno por la sogá, están allí, a la hora que acaba la charreada les dan su vueltita en el caballo, los visten de charro desde enanos, mira ahí está mi hijo, el más chiquito. O sea, desde así... Y mis hijas también se visten de rancheras. Ahorita te voy a enseñar una cosa que estoy haciendo...[una falda de china poblana bordada con lentejuelas] Y entonces, o sea, es con la vida misma. O sea, como ellos no ven más, ellos lo viven desde chiquitos, más que enseñarles son parte de, en el desfile de las charreadas, es un segundito en lo que los charros presentan el equipo, vienen acá, saludan y vámonos para afuera, y ya, el niño desfiló, se vistió de charro, todo, o de ranchera, desde que tiene meses, nomás, para desfilan, y ya la mamá trae su niño, y ya, si se cansa mucho

porque las botas son cansadas, al ratito los cambias y ya andan como si nada, los chiquillos corriendo. Y ellos se sienten que participaron porque es lo que pueden hacer. Conforme van creciendo, como ahorita Andrés [hijo de 13 años], todavía no está en un equipo, estuvo en uno infantil, pero ahorita ya estaría por su edad más bien en un equipo juvenil. (Entrevista con Sara Piña, x/1999)

De este modo vemos que la familia asegura la reproducción del *ethos charro*, compuesto por una serie de mecanismos específicos de transmisión de valores y normas, emanados de algo que podría llamarse el *espíritu charro*, y que permite el resguardo de lo que es vivido como nuclear en términos identitarios, así como la reivindicación de dicha identidad, y en donde la idea de honor tiene un lugar central.²

Patriotismo y nacionalismo

Todos los mexicanos llevamos dentro de nosotros mismos oculta el alma de un charro. Todos nos hemos sentido, en un momento de nuestra vida, atraídos por una fuerza irresistible que nos ha hecho por momentos poetas, místicos, guerrilleros o charros. Se necesita no ser mexicano para no haber sentido, en el curso de nuestra vida, uno de estos capítulos que son la característica clásica de nuestra raza.

Alfredo B. Cuéllar (1928: 109)

En el prólogo de su trabajo sobre *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (1982: 9), David Brading hace una diferenciación entre el patriotismo y el nacionalismo: el primer término hace referencia al orgullo que se siente por el

²El término *ethos* combina una idea de «refugio», de recurso defensivo o pasivo, con la de «arma», o recurso ofensivo o activo, ya que conjunta el concepto de «uso, costumbre o comportamiento automático» con el concepto de «carácter, personalidad individual o modo de ser». Ubicado lo mismo en el objeto que en el sujeto, el comportamiento social estructural al que podemos llamar *ethos* ...>

propio pueblo, o a la devoción que se experimenta por el propio país; el nacionalismo, por su parte, se define como un tipo específico de teoría política, que frecuentemente da pie a una reacción frente a un desafío de un *otro* cultural, económico o político, experimentado como amenaza para la integridad o la identidad nativas. También Herón Pérez Martínez hace una distinción terminológica entre «patriotismo», al que define como el nacionalismo popular en cuanto sentimiento gestado en las entrañas del pueblo, y «nacionalismo» que define como la utilización, tanto doctrinal como práctica, en la planificación y administración políticas del sentimiento patriótico; según su perspectiva, el discurso político mexicano ha vaciado de conceptos su vocabulario nacionalista y lo ha dejado como pura apelación al sentimiento (Pérez en Noriega, 1994: 27-81). De esta manera, vemos que el patriotismo podría considerarse la dimensión emocional relacionada con la pertenencia a una nación, y el nacionalismo como el conjunto de ideas que sostienen la propia identidad frente a otras identidades y que, frecuentemente, recurren a la exaltación de lo propio y la denigración de lo ajeno. Ambas dimensiones se ponen en juego en la charrería, arena cultural que tiene implicada una serie de emociones ligadas al sentimiento patriótico, y que son nutridas y recreadas tanto en las fiestas charras como en los desfiles, las exhibiciones y otros espectáculos charros; pero también la charrería evoca cierto nacionalismo que corresponde, sobre todo, al discurso político que sostiene a la figura del charro como emblema de la mexicanidad.

Sabemos que el charro fue *el ganador* en una especie de contienda nacional para ser la figura representativa de «lo mexicano» (Pérez, 1994: 120-121). Gracias a un proceso peculiar de selección, se convirtió en el símbolo nacional por excelencia y fue, como todos los símbolos, resultado de un proceso de condensación de diversos elementos y atributos que estableció una distancia respecto a aquellos que fueron su inspiración: los charros reales. De hecho, el traje del charro, según algunos, se compone de elementos de diferentes regiones de México: un jorongo de Saltillo, la *pachuqueña*

...> *histórico* puede ser visto como todo un principio de construcción del mundo de la vida. Cfr. Bolívar, Echeverría. «El *ethos* barroco», en *Debate feminista* núm. 13, Año 7, México, D.F., abril de 1996, p 71.

(o camisa charra), y otros, que vendrían a representar, sintetizados en la figura propia del occidente mexicano, su igual pertenencia al cuerpo de la nación.

Algo que es importante señalar es el hecho de que, aunque hay una tendencia a promover la creencia en un discurso nacionalista hegemónico, lo cierto es que —al igual que la nación es una imaginaria unidad— existen diversos nacionalismos, en la medida en que es cierta también la coexistencia de multiplicidad de grupos que producen identidades distintas, vinculadas y sobrepuestas, además de estar en constante movimiento. Estas identidades están ligadas no nada más a los procesos históricos regionales y comunitarios, a la geografía y condiciones físicas y climáticas, sino también a la construcción de los relatos específicos de su conformación, a sus mitos y los significados específicos que trazan sus fronteras simbólicas.

La *patria* es un valor importante presente siempre en el discurso de los charros, y aunque este concepto por lo general se refiere al mencionado «cuerpo de la nación» concretizado en el territorio mexicano, en el caso de los charros este término parece hacer más bien referencia a lo que don Luis González describió como *matría*, es decir, el terruño que es vivido y percibido en lo particular y lo cotidiano, y cuya historia es más contada oralmente que de forma escrita, desconfiando de los discursos de unidad (González, 1973: 12-14). La patria del charro sería aquella que le da sentido e identidad en tanto tal, como rancharo arraigado a su propia tierra. Agreguemos que para los charros de la región occidente, el sentimiento regionalista matizaba todavía más la idea de una patria única y amplia: las fronteras imaginarias de la nación charra se delimitan, por una parte, regionalmente y, por otra, políticamente. Otra manera de definir la patria de los charros es la que hace Pérez Montfort (1994: 127): «Para ellos la nación-región era la hacienda y sus nacionales-regionales eran el charro y la china poblana». Tenemos entonces que el charro, además de ser un representante de una región específica, también es representante de un grupo socioeconómico particular: el grupo de los hacendados que floreció en el porfiriato.

Pero, ¿cuál es la relación entre estos dos personajes, el símbolo nacionalista, y los charros actuales de carne y hueso?, ¿qué significa, en ambos casos, ese nacionalismo invocado a través del charro?

El nacionalismo que los charros invocan es el originado en el movimiento criollo del siglo XIX, correlativo al proceso de la formación de las naciones en la geografía política del mundo moderno, y en el que se gestaba el afán de que México fuera reconocido como un país nuevo y diferente a los demás. Se trataba de un movimiento reivindicativo de lo propio, con fuertes necesidades de exhibir ante los demás lo que era distintivo, y que tenía como objetivo presentar al país como una entidad moderna y prometedora en términos económicos ante la comunidad internacional. Como todo nacionalismo, albergaba ideas de que el país era cultural y racialmente original y, presuntamente, superior a los demás, lo cual entraba en contradicción con una simultánea necesidad, determinada por el momento histórico, de participar en «el concierto de las naciones», es decir, con la necesidad de adquirir un aire de cosmopolitismo (Tenorio, 1998).

Los charros reconocen que en la charrería han sido determinantes los factores étnicos y sociales (Álvarez, 1968: 9). La ideología criolla, propia de un grupo unificado a partir de la etnicidad, tuvo una importancia central en la cohesión de los charros como comunidad cultural. El mismo relato del elemento que étnicamente determinaba las posibilidades del uso del caballo desde la conquista del nuevo mundo, marcó la identidad de esos «hombres de a caballo»:

A los indios se les prohibía tener armas y caballos, así como montarlos, se penaba con la muerte a quien se los vendiera, de acuerdo con las órdenes e instrucciones que el rey dio a la segunda audiencia, para que los naturales no se hicieran diestros en el andar a caballo (*Ibid.*, 1968: 17).

Aunque obviamente esta prohibición fue trasgredida innumerables veces, y posteriormente abolida, en el mito del origen de la charrería este elemento quedó como un referente importante en la identidad de los charros y en el discurso nacionalista que representan. Otro elemento de éste es la reproducción romántica de la imagen de un México ranchero,³ campirano y bucóli-

³ En este punto coincidimos con Roger Bartra (1987) cuando habla de un «edén subvertido».

co como el «verdadero» México, en el que la hacienda, principal institución de la economía porfiriana, tuvo un papel central. Fue en las haciendas donde se produjo un fenómeno particular: las necesidades propias de las actividades agroganaderas que requerían del sistemático uso del caballo, hicieron de este animal el elemento bisagra que, de alguna manera, introducía cierta equivalencia entre todos aquellos que lo montaban: los dueños de las haciendas y sus trabajadores, que pasaron a convertirse en un grupo unificado por la mística del amor al caballo y las posibilidades lúdicas que esta actividad permitía, más allá de lo estrictamente laboral. A partir de dicha mística y en el mismo tenor romántico y bucólico, las expresiones literarias, poéticas y musicales que exaltaban la vida campirana y las virtudes de los equinos formaron parte fundamental de la construcción imaginaria de ese México ranchero y sentimental.

El charro, cerca de su heredad, junto a la mujer que es compañera y copartícipe de penas y alegrías, de proyectos y de esperanzas; fecundando el campo y perpetuando su estirpe en los vástagos que heredarán sus aficiones y virtudes, es la mejor confirmación de la firmeza de la patria, de seguridad y de confianza en el presente y en el mañana (Ballesteros, 1972: 24-25).

En las entrevistas realizadas fue interesante advertir otro elemento que se relaciona con el nacionalismo. En el discurso de los charros se dibuja una peculiar geografía imaginaria con la que se representa frecuentemente la patria y que es muy elocuente de los valores y de las visiones políticas involucradas: se trata de una idea de patria decimonónica, prerpublicana y, por supuesto, prerrevolucionaria que se relaciona con el hecho de que la Federación Mexicana de Charrería incluya en su seno a asociaciones de California, Nuevo México, Texas y otros estados norteamericanos del sur considerados, para fines charros, igualmente *mexicanos* que los demás al estar incluidos en la institución de la charrería mexicana. Hay que señalar también que para algunos de los charros entrevistados es más importante para «la mexicanidad» la fecha del 12 de octubre —que se celebra siempre con charreadas— que el mismo 16 de septiembre. El 12 de octubre es el Día de la Raza; la segunda, la celebración de la Independencia nacional. «Para la Independencia ya éramos una revoltura de españoles y mexicanos; el 12 de octubre fue el descubrimien-

to de América», dice uno de los charros entrevistados. (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002). Es decir, más allá del discurso nacionalista hegemónico que pretende instaurar límites territoriales, fechas y símbolos unificados con el fin de crear un patriotismo único para todos los mexicanos, los charros muestran la encarnación de un nacionalismo marcado por sus propios intereses grupales, y que se compone de una dimensión étnica, una dimensión política y una religiosa.

Hemos visto que la devoción guadalupana ha sido una pieza importante en la dimensión emocional de la producción de la mexicanidad como ideología, que es la más efectiva y fuerte entre los charros —ya que no se ha encontrado un discurso nacionalista muy articulado, en un plano teórico o intelectual—. Esto es lo que explica la intensidad de las emociones que acompañan todas las actividades charras: los desfiles, las fiestas, las canciones, bailes, poemas, pinturas y otras expresiones artísticas, así como los alegatos defensivos de la comunidad charra en las situaciones que viven como amenazantes, los conflictos que se suscitan entre las asociaciones y sus miembros y en la manera en que incorporan, en su vida cotidiana y en su subjetividad, toda la mística charra.

Para los charros, hombres y mujeres, la identidad mexicana se confunde con la identidad charra, y es muy explícita su emotividad patriótica:

Ser charro es ser mexicano, ser charro es tener mucha conciencia de representar a México. Nosotros aprendimos a amar a México. La charrería nos enseñó a amar a México y México era la charrería. Mira, el desfile del 14 de septiembre lleva adelante la bandera nacional; al empezar una charreada, hasta la fecha, se empieza con los honores a la bandera; entonces viene la bandera y es el himno nacional, la escolta a caballo... Muy emotivo; y todos los niños están saludando y cantando el himno nacional, hasta el más enano. Entonces, cuando yo era la enana, volteaba y veía los ojos de mi papá, semejante señor, semejante señor en fuerza —no que fuera la divina garza, era un hombre que atraía a la gente por su carácter—, sino por su alegría, por su optimismo, por su amor a México y a los charros. Entonces, a ese señor, volteaba a verlo y tenía los ojos llenos de lágrimas a la hora del himno nacional y de llevar su bandera; y ya era un viejo y ya lo de los desfiles... por ejemplo, un día se dio por ofendidísimo porque, él estaba enfermo del corazón, y llegó al desfile y le tenían una

yegua muy buena pero mansa y subió su silla y todo: «papá, para que usted desfile, ahora en la yegua, porque mire su garañón, la mera verdad no le vaya a hacer daño»; se enojó muchísimo... «¡desensilla la yegua!», y ahí va con el caballo baile y baile, su mejor caballo. Yo pienso que eso lo hizo por sentir ese amor a México. Y ahorita es el miedo, que la globalización, la fregada; en la globalización dónde quedan los valores de cada país, ¿tú crees? Recorre el mundo y donde vayas te van a dar un hotdog y una coca cola... y el gaucho está vestido de texano y el charro de texano y a todos nos uniforman, dejamos de ser lo que somos. (Entrevista con Blanca Barba, 4/xi/1999)

Sin embargo, el patriotismo del charro es regionalista (lo cual confirma lo anteriormente planteado de que la patria del charro es más bien una *matria*), como se puede leer en el siguiente comentario de otro charro:

Vestirse de charro es vestirse de mexicano. Y es muy cierto, ¿cómo identifican a México?, por medio de un charro; y al ver charros, es Jalisco. No dicen «es la Ciudad de México, es Aguascalientes, es Guanajuato», no: es Jalisco... Los charros es México, pero es Jalisco, y es un símbolo nacional. Tú puedes llevar una tehuana, o puedes llevarte una chiapaneca o los vestidos tradicionales, nada, pero si ven un charro, o ven una mujer vestida de charra dicen «es de México». Entonces, ya es una identificación de México el traje de charro. Los charros son patriotas, te inculcan que la patria es por delante. (Entrevista con Gabriel Sánchez, 2/xi/1999)

Un charro más formula de la siguiente manera la aspiración de la representación nacionalista de la figura del charro:

Que cada charro fuera un buen mexicano, que cada charro asumiera su mexicanidad con responsabilidad social y que, además en el contexto de las tradiciones, fuera un acérrimo luchador por la pervivencia de los valores de la mexicanidad; y que además, tuviésemos la claridad de ser actores como charros y también como individuos, en la promoción turística, en la promoción económica, en la promoción deportiva —en la política, incluso— y en la promoción cultural. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/vi/2002)

Vemos entonces que el nacionalismo charro está estrechamente vinculado con la creencia en una *esencia* del mexicano y con una tradición encar-

gada de preservar dicha esencia. No es, pues, gratuito que el lema de la Federación Mexicana de Charrería sea, justamente, «Patria y tradición». Veamos ahora qué significado tiene la idea de «tradición» entre los charros.

La tradición

*No hay nostalgia peor
que añorar lo que nunca jamás sucedió.*

Joaquín Sabina

México tiene el orgullo de ser el país americano de mayor tradición. La tradición es el alma de los pueblos; es la fuerza oculta que los une a través de los periodos más agudos de su vida. Un pueblo sin tradiciones no tiene cohesión —le falta esa cadena de eslabones fantásticos, forjados en el yunque de la historia, por el herrero caprichoso de los siglos... La parte más poética y más bella de nuestro México está en sus tradiciones, en sus leyendas, en sus trajes regionales, de tehuanas, mestizas, chinas y charros, en sus cantos vernáculos que abarcan toda la gama de una música múltiple; en su pintura llena de color y de sol; en nuestra arquitectura clásica que ha formado escuela, y en nuestras danzas rítmicas que parecen arrancadas de las páginas más brillantes de Grecia. No es un atentado contra la civilización aferrarnos y defender nuestras tradiciones. El mundo entero verá nuestro esfuerzo como una de las más grandes manifestaciones de la firmeza de nuestro carácter.

Alfredo B. Cuéllar (1928: 85 y 112)

La tradición es definida por K. Sanders como «una adhesión a ideas, opiniones, prácticas e instituciones del pasado, haciéndolas presentes en la actualidad». Las tradiciones «son *medios* de comunicación a través del tiempo que dotan de

estructura y significado a los grupos humanos» (Sanders, 1997: 88). Agrega esta misma autora que hay que distinguir la *tradicción* del *tradicionalismo*: éste último término hace referencia a la doctrina política y filosófica de los contrarrevolucionarios franceses de los siglos XVIII y XIX (sobre todo de De Maistre y De Bonald), basada sobre la idea de una verdad originaria traicionada por un «acto de libertad» humano que supone el advenimiento del mal. Esa verdad originaria de la que dicho acto de libertad aparta al ser humano es la tradición que hay que proteger. De esta manera, la tradición funciona como el criterio de verdad que sostiene «la transmisión de padres a hijos, de generación en generación, de aquellos conocimientos y normas que Dios entregó al hombre con el lenguaje» (*Ibid.*, 1997: 89). Aunque el tradicionalismo condensa diversas tendencias y enfoques filosóficos y políticos, por lo general, coinciden en una actitud de veneración hacia la tradición por el hecho de serlo (*Ibid.*, 1997: 90).

El historiador inglés E. Hobsbawm, no obstante, ha señalado que existen algunas «tradiciones» que aparecen o que aseguran ser viejas, pero que en realidad son bastante recientes y, algunas veces, son inventadas. Utiliza el término «tradiciones inventadas» para referirse tanto a las «tradiciones» construidas y formalmente instituidas en la actualidad, como a aquellas que emergen de una manera menos fácil de identificar, pero que en un periodo relativamente corto han adquirido rápidamente el estatuto de tradiciones (Hobsbawm, 1984). Ambos tipos de tradiciones inventadas podrían generar distintos tradicionalismos, como ese conjunto de valores e ideas filosóficas y políticas que participa en la construcción de los límites simbólicos de los grupos humanos, y que se entrelaza con otras producciones imaginarias colectivas.

La charrería podría pensarse como una tradición inventada sobre la base de estos elementos señalados: se trata de una tradición que se instituye, como tal, a principios del siglo XX, una vez que las prácticas de los trabajadores agroganaderos emigrados a la ciudad son ritualizadas de manera festiva y transformadas en una práctica deportiva moderna que llega a ser el «deporte nacional». Hemos señalado ya que este proceso ha implicado la producción narrativa de un origen y un mito que explican y dan sentido a las actividades y los contenidos simbólicos del mundo charro, construyendo e instituyendo la tradición charra.

Pero, ¿cuál es la base de esa tradición charra que funciona como el criterio de verdad que sostiene la transmisión de padres a hijos, de generación

en generación, de los conocimientos, códigos y normas propias de la charrería y que parecen atribuirse a un don divino otorgado a un grupo social específico?, ¿qué es lo que hace que esa tradición se invoque incesantemente por los distintos tipos de charros, como si se refirieran a una sola y misma cosa, a pesar de sus diferencias internas?, ¿por qué es utilizada como ese criterio último que hay que respetar y acatar para seguir siendo lo que son? Esto parece algo obvio para los charros: quien se aparte de la tradición deja de ser un buen charro. Y esto incluye todos los planos: de moralidad, de comportamiento, de uso y porte de la compleja serie de emblemas charros, de lenguaje, etcétera. La tradición, en la charrería, está anudada a otra idea frecuentemente verbalizada: la del «amor a lo nuestro», el respeto a los valores «más acendrados», que se relacionan con una supuesta «esencia mexicana» que los charros encarnan, pero además preservan y reivindican.

En la literatura charra encontramos que la tradición charra se remonta a la Conquista y está ligada a los «momentos agudos» de la historia de gestación de la nación mexicana, y a veces, se establece un nexo con ciertos antecedentes españoles —los charros salmantinos— que van siendo poco a poco transformados en la Nueva España, primero en la figura del chinaco, luego en la de los guardias rurales y, finalmente, en una mezcla del ranchero de ciertas regiones (como Los Altos de Jalisco o el Bajío) y del charro deportivo (Cuéllar, 1928). Por otra parte, un análisis discursivo de las entrevistas a los charros permite ver que, cuando ellos hablan en la actualidad de la tradición, hacen implícitamente referencia a los valores más convencionales, tanto políticos, de moralidad y de formas de convivencia, como de comportamiento: el conservadurismo, la familia nuclear, la monogamia, el patriarcado, la subordinación femenina, la maternidad exaltada, la permisividad sexual masculina relativa, la religiosidad católica institucional, la disciplina ante las normas y reglas grupales, el honor familiar y charro, etcétera. Pero también reivindican un espíritu autónomo y libertario.

Por otra parte, vemos que la tradición es invocada como algo que está siempre amenazado, en riesgo de desaparecer, como algo que hay que proteger del paso del tiempo y del embate de la pérdida de valores propia de los tiempos actuales —lo que convierte a los charros en una suerte de «cruzados»—, algo que aglutina a la comunidad charra en el afán de hacerla sobrevivir. Pero se teme tanto su desaparición como su distorsión: las hibridaciones,

las heterodoxias, las mezclas, lo cual habla de que en la charrería «lo auténtico» tiene una importancia fundamental. Esto se hace palpable en ciertos detalles: el rigor con el que se revisa y reconoce el traje reglamentario, tanto en los varones como en las mujeres; el uso irrestricto de materiales «naturales»; de los colores y formas indicadas y del conocimiento de las situaciones y los lugares adecuados para portarlos. Es más visible en las exhaustivas revisiones previas a las competencias y en las penalizaciones por usar traje charro y llevar cachucha, y no el sombrero de palma; o de calzar zapatos deportivos y no los botines charros; o por utilizar el pelo largo o un arete, con el traje charro; o por usar sogas de plástico o la corbata simulada.⁴ Parecería que el mandato es: «eres charro si cumples con todos los emblemas charros y alterar su imagen auténtica pone en riesgo a la misma charrería». Los materiales «naturales» que se exigen, tanto en el traje como en los arreos, hacen referencia al criterio de «autenticidad» de los valores charros, entendido como «lo tradicional», por oposición a transformaciones distorsionadoras y ficticias de los materiales sintéticos.

La tradición, en la charrería, es entonces aquello que guarda fidelidad con ese mundo evocado en la mitología charra: el paraíso campirano perdido por el drama revolucionario, que hace desaparecer el escenario que dio origen a las prácticas que luego se tornaron ciudadinas y que fueron transformadas en las suertes de la fiesta charra, fundando retrospectivamente una tradición que construye el vínculo con el pasado, proyectándolo hacia delante como permanente fuente de nostalgia y de ideal a sostener en el paso del tiempo. No se trata de alguna esencia amenazada; se trata de la producción permanente de un anhelo inalcanzable, y el motivo para un eterno lamento por algo irremediablemente perdido.

Conocer y encarnar la tradición charra es algo que se pone en juego en la dinámica entre las distintas instituciones oficiales charras. Es la Asociación Nacional de Charros la que ha ocupado el lugar principal en la conserva-

⁴ Sin embargo, cada vez es más frecuente ver a los charros en el ruedo llevando un teléfono celular. Se ha llegado a decir que los charros han cambiado la pistola por el teléfono celular, y esto ha sido motivo de discusiones internas: si se permite o no llevar celulares con el traje charro.

ción de dicha tradición, «la auténtica». El domingo 21 de junio de 1925, apareció la siguiente nota en el periódico *Excélsior*:

La «Asociación Nacional de Charros», vigilante vestal que conserva vivo el fuego de la tradición suntuaria Mexicana, celebra su aniversario con un festival eminentemente nacionalista. Coreografía, música y declamación, ostentaron, como las «chinas poblanas» de guardarropía que tanto abundan ahora, el imprescindible listón tricolor.

Quien conoce y conserva más y mejor la tradición esencialmente mexicana es, de esta manera, un elemento que distingue a unas instituciones charras de otras. Es reconocido, en la comunidad charra, que la Asociación Nacional es la «más tradicional», y que la Federación Mexicana de Charrería «no lo es tanto». Y esto, al parecer, se mide por la disposición a alterar o no lo que se considera como «lo auténticamente charro», sin que sea posible precisar el criterio que permite reconocer esto fácilmente. Sin embargo, para eso sirven los estatutos y reglas que son tomados como elementos ahistóricos, que describen, pero también norman, lo que un charro es y lo que debe ser, tanto en su apariencia como en su conducta, su moral y su significado como figura representativa de la mexicanidad.

Jalisco es considerado, dentro del mundo charro, un estado muy inclinado a sostener una posición tradicional. Con un sentido menos aristocratizante que la Asociación Nacional, Charros de Jalisco ha tenido con esta última una relación bastante estrecha. Importantes miembros de la Asociación Nacional eran jaliscienses afincados en la Ciudad de México. De alguna manera se considera que ambas agrupaciones comparten una misma perspectiva y el mismo cuadro de valores. También comparten la resistencia a los cambios que trae la modernización que ha representado transformar la charrería en un deporte competitivo, particularmente en relación con convertir a la charrería en una profesión, es decir, en una actividad que se haga por dinero.

Esta posición tradicionalista de la charrería en Jalisco se relaciona con dos cuestiones: por una parte, con la insistencia de que Jalisco es el estado donde nació la primera agrupación de charros —de donde parece derivarse una idea de que «es natural» que los charros de Jalisco sean «los meros charros»— y con la creencia de que no hay mejores charros que los charros de

Jalisco; y, por otra parte, con la idea de que Jalisco es un «estado conservador»⁵ que intenta preservar las tradiciones a toda costa, y como la charrería es la tradición más auténtica —según la lógica aristotélica—, entonces Jalisco es el estado charro por excelencia:

Consideramos a Jalisco como el estado más charro, por el número de asociaciones, por la calidad de las asociaciones, porque Jalisco es quien ha controlado, desde que está organizada, la charrería; ha controlado la mayor parte de los campeonatos y el nivel competitivo del charro de Jalisco es muy alto. Ese orgullo y esa satisfacción que tienen las gentes de Jalisco, a los charros del estado de Jalisco, les viene de sangre, por una sencilla razón: porque Jalisco siempre ha sido un estado muy conservador y la conservación de esas costumbres nos llena de orgullo y de satisfacción, o sea, no podemos dejar pasar que hay otros estados que adoptaron algunas actividades deportivas de otros países, más los que estaban cercanos a la frontera con Estados Unidos; pero, sin embargo, Jalisco permaneció conservador, no se alejó de sus bases ni de sus fundamentos de cómo concebía esta actividad deportiva. Entonces, el charro de abolengo lo trae de sangre, lo trae de estirpe, lo trae de que desde niño empezó a lazar ganado en las haciendas, desde chiquillo su vida era el caballo, desde las primeras edades, las edades mozas tuvieron como escuela un granero y tuvieron como diversión montarse a caballo. Entonces, eso es traerlo de abolengo, no nos referimos al estatus económico de las familias —que es independientemente de que pueda haber sido bueno o regular o bajo—, la charrería es el estatus de la tradición, el estatus de la sangre. El charro de abolengo es el que lo trae en la sangre, no el que heredó la gran hacienda ni el que heredó el capital o el que con ese dinero pagó para que se hiciera el deporte, ese es hacer el gusto de la charrería. La charrería en Jalisco no es solamente una tradición, se convierte en parte integral de la vida del charro, se convierte en una de las partes primordiales, sin olvidar, obviamente, nuestra religión y nuestra patria; pero, sin embargo, la charrería en Jalisco está muy arraigada, hay mucha competencia y la charrería actualmente está fundamentada en varias cosas. La primera, la amistad; la segunda, la tradición, la conservación de la tradición —porque es un deporte que nos cuesta mucho dinero mantenerlo; aunque hay charros profesionales, nosotros lo

⁵ Esta cuestión es parte del imaginario social sobre el occidente mexicano, y obviamente se deriva de una filosofía esencialista.

que pugnamos es porque el deporte no muera—. Jalisco se caracterizaba por no ser un estado donde había mucho *profesionalismo*, pero, sin embargo, ya actualmente los principales equipos son netamente equipos profesionales. Se salvan de esto Charros de Jalisco, o Capilla de Guadalupe; pero hay equipos —como Rancho Santa María, como Tres Potrillos—, que son muy buenos equipos, que están compuestos principalmente, no únicamente, por elementos profesionales. (Entrevista con Aljendo Palacio, 10/VI/2002)

Hay otros elementos que tienen que ver con la posición tradicionalista de los charros del estado de Jalisco, y uno de éstos es el relacionado con otra tradición jalisciense: la autonomía o la resistencia a las determinaciones del poder central. He aquí cómo se formula este aspecto, por parte de un charro jalisciense:

Jalisco sabe de su prosapia, esa es la realidad y es muy difícil que gente de escritorio quiera manejar los destinos de la charrería de Jalisco desde un punto lejano, donde ni siquiera conoce lo que Jalisco necesita. Es bueno que exista la Unión de Asociaciones del Estado de Jalisco, que es una estructura que los charros respetamos y a la cual nos adherimos; obviamente sabemos que todos nosotros, como Unión y como asociaciones, pertenecemos a una Federación [Mexicana de Charrería] a la cual nos afiliamos voluntariamente, por el bien de la charrería, pero muchas veces sí hay actitudes donde se manejan ciertos intereses en beneficio de que Jalisco no siempre lleve el papel protagónico. Yo lo entiendo deportivamente, dentro del juego de escritorio no lo entiendo porque no debería de existir. Pero no es nuevo esto, ya es de tiempo atrás, y siempre hay una pugna entre Jalisco y las demás agrupaciones o la Federación, pero pugna sana, porque Jalisco es muy respetuoso y siempre se ha adherido a los reglamentos y los estatutos de la Federación. Jalisco ha sido disciplinado. Jalisco tendría tela de donde cortar para no ser tan disciplinado y sería un poco más independiente porque tiene todo para serlo pero, sin embargo, ahorita fomentarlo, sería destruir a la charrería y eso causaría más daños que el espíritu independentista de Jalisco. Entonces, Jalisco se supedita en beneficio de la mayoría a las condiciones que se establezcan por la mayoría, vía la Federación, respetamos las reglas deportivas, respetamos los estatutos deportivos, respetamos las decisiones de la Federación, pero nunca sin poner sobre la mesa nuestro punto de vista,

nuestra opinión y muchas veces nuestra inconformidad. (Entrevista con Aljejandro Palacio, 10/vi/2002)

Otro charro de Jalisco señala lo siguiente:

En Jalisco la charrería es una cosa que le viene de herencia, entonces toda la república está en contra de Jalisco porque nunca nos han podido ganar ni nos van a ganar. Es pleito de toda la vida, todo mundo contra Jalisco, pero Jalisco les pega y les vuelve a pegar, y les vuelve a ganar y les vuelve a pegar, y los campeones son de aquí y los mejores charros son de aquí. La Federación ha buscado mecanismos para amansar a los de Jalisco, pero no ha podido. Ha recurrido a distintas estrategias para neutralizar el peso de Jalisco, pero no puede, lo cual ha hecho que se retiren muchas asociaciones porque no tienen nada [que ver] con la Federación. Yo fui, aquí en Jalisco, 18 años vocal; durante todo ese tiempo las asociaciones se agrupaban en una vocalía y nombraban su presidente, de México primero. Yo logré que se nombraran aquí porque esos los nombraba el presidente de la Federación, decía: «tú vas a ser el vocal de Jalisco, ¿cuántas asociaciones hay en Jalisco?», 50, por decir algo, «tú vas a ser el vocal». Y yo las representaba a las 50. Cuando llegué yo, les dije: «oye, no, espérame, no tienes tú por qué decir quién, que digan los presidentes en una junta, que digan los presidentes quién quieren que sea». Así duré yo 18 años aquí de vocal. La gente me estimaba mucho, yo peleaba mucho con México, yo me peleé con todos los presidentes habidos y por haber, hasta que me recibían. Ahora las relaciones con la Federación no son buenas... En las últimas elecciones había dos candidatos que eran jaliscienses y que estaban en pugna para llegar a la presidencia: Rivera, y el otro era un arquitecto Diéguez —que es de la Chona (se refiere a Encarnación de Díaz, población de los Altos de Jalisco), pero reside en México—. A raíz de eso se forman dos grupos aquí en Jalisco, que es lo que nos está haciendo daño, a raíz de esta situación. Se separaron. Y pues ha habido bastantes problemas, que ojalá y con buena voluntad se pudieran arreglar, porque lo que interesa es Jalisco, no lo demás, ¿verdad? Es lo que a veces no entienden muy bien; deberíamos de pelearnos, pero no es pelearnos con nuestro estado, si es contra la Federación, contra la Federación vamos a pelear, si la Federación está bien con nosotros, adelante y si no... Siempre los viejos, nosotros los viejos, por decirle, Ricardo Zermeño, Carlos Sánchez, Pablo Barba, «El Gallo» Zermeño, toda esa gente grande siempre fuimos antifederación, que es una característica muy de Jalisco,

que no permitimos que nos estén diciendo qué vamos a hacer, como si fuéramos tontos ¿verdad? No, no, pues también nosotros lo podemos hacer y tan lo podemos hacer que lo hemos demostrado, la gran mayoría de presidentes de la Federación han sido de aquí de Jalisco, desde el primero. En cambio, con la Asociación Nacional las relaciones siempre han sido buenas, y siempre han sido amigos nuestros. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 11/vi/2002)

Sin embargo, hay otros puntos de vista:

La charrería en el estado de Jalisco se distingue de las demás porque tiene una gran afición, tiene una gran vinculación con el «ser jalisciense», tiene un gran desarrollo en la práctica, tal vez es el estado que tiene más lienzos charros, es el estado que tiene más asociaciones de charros. Evidentemente, al ser más los charros que la practican, tienen también las posibilidades deportivas de, frecuentemente, ser los mejores; varios de sus equipos están ubicados en el primer nivel de competitividad, pero eso no quiere decir que todos, por el hecho de ser de Jalisco, seamos los mejores charros; eso sería estarnos colgando del desarrollo deportivo de algunos cuantos. Pero sí, es muy importante identificar la presencia y el desarrollo y la importancia que tiene la charrería en Jalisco, eso en general, yo soy de Jalisco. Es más, por primera vez, desde el 33 a ahora, prácticamente en 70 años, 69 años de charrería organizada, es la primera vez que un presidente representando a una asociación de charros del estado de Jalisco es presidente de la Federación Mexicana de Charrería. Si bien ha habido gentes nacidas en Jalisco que han sido presidentes, no representaban a ninguna asociación del estado de Jalisco. Silvano Barba González fue el primer presidente de la Federación, pero era de la Asociación Nacional de Charros; don Jorge Delgadillo Guerrero es de Guadalajara, pero representaba y representa y siempre ha pertenecido a la Asociación de Charros Regionales de la Villa del Distrito Federal; igual don José Valdovinos, también era jalisciense, pero igual de la Asociación de Charros Regionales de la Villa. Lo que es una realidad es que es la primera ocasión —y me parece algo insólito, algo increíble—, y yo me hago la misma pregunta, ¿por qué nunca un charro representando al estado de Jalisco se había tomado el atrevimiento de buscar dirigir a nivel nacional la Federación? La razón por la que yo me lanzo es una rebeldía contra el centralismo, esa es la verdadera razón, quise romper los esquemas porque las reglas estaban construidas para que la dirección de la charrería siempre recayera en manos de los habitantes del

centro. Es tal vez el motivo principal. A Jalisco se le respeta a nivel nacional, eso es claro, eso es claro. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/vi/2002)

En las entrevistas a los charros de distintas asociaciones de Jalisco, al igual que a miembros de las instituciones charras oficiales, fue obvio que a Jalisco «se le tiene cuidado». Nos comenta Cecilio Rameño:

Para el campeonato nacional, es decir, para acumular puntos para asistir al campeonato nacional se hace primero el regional. Los estados que componen la región son Jalisco, Zacatecas y Colima. Entre el 20 y el 25 por ciento, de los equipos que van son de Jalisco; o sea, en todos los campeonatos nacionales, Jalisco es el estado que lleva más equipos. Definitivamente sí son especiales los charros del estado de Jalisco: es el estado que tiene más asociaciones, acumula más puntos y son mejores para todas las suertes. Es el estado en el que nació la primera agrupación charra —aunque no sea probablemente la primera de existencia «oficial»—. Además, como es el estado que tiene más asociaciones charras, tiene también más capacidad económica y es el que tiene más peso en la toma de las decisiones en el ámbito de la charrería a nivel nacional, en cuestiones como hacer innovaciones en las suertes, etcétera. Además, Jalisco exporta gran cantidad de charros para asociaciones de toda la república. También en el campeonato «La excelencia en la charrería» en el 2002 participan doce equipos de primer nivel de la charrería nacional, de los cuales seis son de Jalisco. Los otros son del DF, Hidalgo, Nuevo León, Michoacán y Nayarit. (Entrevista con Cecilio Rameño, 23/v/2002)

Otro charro agrega:

En todo México los charros son importantes, no hay un lugar en donde a los charros no se les considere, no se le dé su respeto y su consideración, su lugar; ahora, de que quiénes son los favoritos, pues los charros de aquí, de Jalisco. Es siempre el equipo a vencer, siempre; todos los equipos de Jalisco, en un torneo, son el equipo a vencer, hablando deportivamente. (Entrevista con Adán Leyva, 4/v/1999)

De esta manera vemos que Jalisco, en cuanto a charrería, no solamente es un estado que es considerado deportivamente como «el mejor», sino que

es, sobre todo, el mayor, numéricamente hablando, lo cual se refleja también en que Jalisco tiene un peso relativamente mayor en el momento de tomar decisiones.⁶ Esto ha llegado a ser un problema en la Federación, que pretende disciplinar a los charros jaliscienses con el argumento de querer «democratizar» las decisiones en el mundo charro, introduciendo un principio de equivalencia entre los diferentes estados. No hay que perder de vista que mientras en Jalisco había alrededor de 116 asociaciones en el 2002, en un estado como Sonora había solamente siete asociaciones, en Michoacán 28 y en Colima nueve.⁷ Las consecuencias de estos desniveles son expuestas de la siguiente manera por el presidente de la Federación:

Quienes votan no son los estados, votan las asociaciones, por lo tanto, dependiendo del número de asociaciones que tengan es la fuerza que representan dentro de las decisiones de la Federación. Aunque eso nos ofrece un riesgo, una manipulación, que yo no comparto y yo sí quisiera poner en la mesa de análisis la necesidad de que si fuera equitativa la toma de decisiones. Yo considero que no es válido que se nos muestre la charrería de un estado porque, en un momento dado, es manipulada por la fuerza de otro estado. Yo creo que la razón que nos mueve a ser charros es el practicar la charrería, el modo de ser, el estilo de vida, el deporte, la tradición; no nos importa, no queremos ser políticos, el que quiera ser político que se afilie al partido de su preferencia... Entonces, necesitamos liderazgos, pero en términos charreriles, porque hay una organización y hay que ser capaces de visualizar muchas cosas y de trabajar y de ponerle la voluntad y todo ese tipo de situaciones. Yo fui el presidente en el estado de Jalisco y nunca estuve pensando en decisiones que beneficiaran exclusivamente a Jalisco por encima del resto de los estados; como representante de Jalisco yo cumplía tal vez una doble, triple o cuádruple responsabilidad, de que las decisiones fueran tomadas para el equilibrio nacional y para fortalecer la charrería, completa, y que en función del fortalecimiento de toda la charrería se fortaleciera Jalisco. Porque si no

⁶ Entre los charros se sabe bien que, como dice el dicho, «Jalisco nunca pierde, y cuando pierde, arrebatá».

⁷ No fue posible lograr que la Federación Mexicana de Charrería facilitara información acerca del número exacto de asociaciones charras en los diferentes estados de la república.

entonces mi posición hubiese sido llamarme Federación Jalisciense de Charros porque aquí está el mayor número de asociaciones y hubiese sido un egoísmo regionalista, ¿no? La charrería no es de Jalisco, la charrería no le pertenece a los campeones nacionales, la charrería es de todos y tiene la misma valía el que hace 500 puntos en una competencia —que hasta ahorita no los conocemos, esa cantidad de puntos—, pero tiene igual valía eso que el que hace 30 puntos y hace su competencia en la sierra más incomunicada del país; tal vez tenga más valía eso porque creo que le ofrece más dificultades organizar esta presencia de la tradición que otro tipo de eventos. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/VI/2002)

Es bastante obvio que hay una lucha política al interior del mundo de los charros, en la que la cuestión del liderazgo simbólico está en disputa. En esta cuestión, Jalisco ocupa una posición muy especial, debido tanto a su primogenitura como a su peso numérico, pero también debido a que es el único estado que puede hacer oposición real a las decisiones centralistas de los organismos charros oficiales. Todos estos elementos juntos hacen un contexto en el que se refuerza, cada vez más, el peso simbólico de la charrería jalisciense, reforzando al mismo tiempo, tanto el orgullo de sus charros, como el deseo de todas las demás asociaciones de poder vencerlos. Es posible pensar que se basa la insistencia de Jalisco por mantener una tradición: lo que se quiere preservar es un sentido intacto de aquello que compone la esencia de su identidad.

Esta insistencia se manifiesta de distintas maneras, algunas explícitas y otras no, pero todas parecen obedecer a la necesidad de mantener unidas la tradición charra y la identidad regional en Jalisco. En este sentido es interesante observar lo que sucedió cuando en este estado se pretendió, en los años setenta, «despistolizar» a los charros. En esa época, el gobernador del estado, Flavio Romero de Velasco, emprendió una campaña para controlar el uso y el transporte de armas por la población, campaña que extendieron a la comunidad charra. Esta situación acarreó una fuerte reacción entre los charros, que tomaron esto como un serio agravio que fue seriamente discutido en las diferentes asociaciones de charros, y que desembocó en que un grupo de ellos pidieran audiencia con el gobernador para solicitar que se reconsiderara la disposición en su caso, dado que la pistola se considera parte inseparable del traje charro. Un charro de Jalisco lo cuenta de la siguiente manera:

La pistola es una parte muy importante del traje, pero le digo, cuando el gobierno dice que ya no, pues ya no. Una vez nos peleamos con el licenciado Flavio Romero, él era gobernador y él fue el primero que en Jalisco, que mandó una iniciativa al Congreso para que todo mundo anduviera desarmado, desarmaron a todo mundo; nos enojamos, fuimos una comisión con él, llegamos «señor gobernador, cómo es posible, que es parte del traje y las vamos a traer descargadas»; no, no y no. A como último ya para despedir me dijo «saben qué, vayan a Tlaquepaque, compren unas de barro, pues son iguales». Salimos muertos de coraje, muy enojados. Lo que pasa es que como el charro es muy independiente y cuando le llegan a lo suyo es muy agresivo, y tiene un poquito, a lo mejor no, pero sí tiene un poquito más de valor que otros, seguro nos tienen algo de miedo. (Entrevista con Alfonso Rodríguez, 22/vi/2002)

Uno de los charros que participó en esas discusiones fue Jesús González Gortázar, que era diputado en ese tiempo y que convirtió en un asunto público este tema al someterlo a discusión en la misma Cámara de Diputados y también en otros ámbitos. González Gortázar era conocido como charro tradicional y también como político importante en el estado de Jalisco. Relata el presidente de la Federación:

Jesús González Gortázar, como diputado federal, incluso tal vez como senador, defendía la autenticidad del traje de charro; pero además él, con la formación política que tenía, también manejaba la filosofía de que los individuos deben tener la mayoría de edad, reconocerse la mayoría de edad para defenderse; él no estaba poniéndose del lado o pensando en el delincuente, sino en la gente de bien que finalmente, como la realidad nos lo presenta, somos víctimas de los maleantes. Él separaba, tal vez —no quiero caer en comentarios planteados como verdades sin conocer el texto de sus palabras—, los principios y valores del charro a diferencia de los que no son charros. Y él identificaba en el charro a un personaje formado en una familia tradicional, en gente de campo, gente de trabajo y por lo tanto con valores humanos distintos a lo que en un momento dado la cultura citadina te puede provocar por la competencia, por la degeneración que puede haber en términos sociales y personales, por las concentraciones de personas en una ciudad. Y hablaba de que quitarle la pistola al charro era como mutilar su identidad y por lo tanto él se planteaba como un promotor de que el charro tuviese el permiso o licencia para usar pistola andando vestido de charro. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/vi/2002)

Fue así como González Gortázar fue portavoz de lo que se pensaba en Jalisco de la pistola de los charros: un elemento fundamental para su identidad que no podía ser fácilmente suprimido sin que esto produjera reacciones violentas en la comunidad charra. Dicha identidad tiene que ver con ser charro y con ser tradicional, pero también con un regionalismo muy arraigado y beligerante frente a la imposición de decisiones ajenas.

El amor al caballo

Siendo toda la América española un continente que rinde culto a los caballos, milagro es que no hayamos tomado como símbolo de nuestras banderas la figura de un potro que, como Pegaso, abriera sus alas para ganar las cimas de la gloria... El más noble compañero del hombre: el caballo. A ese compañero que salva las distancias y cruza los Andes; a ese solío que ocuparan como pontífices el César en las Galias, Aníbal en los Alpes y el «caballero de la triste figura» en la Sierra Morena. El caballo de San Jorge y el del apóstol Santiago

Alfredo B. Cuéllar, (1928: 261-266)

La historia ecuestre mexicana comienza, en el relato charro, con la llegada de los primeros caballos que trajo Cortés en sus barcos para la conquista del Nuevo Mundo, y que parte de la reseña de Bernal Díaz del Castillo, que describe detalladamente dichos caballos (*Ibid*). El desconocimiento de las bestias recién llegadas y montadas por personajes extraños produjo una imagen que unificaba al caballero con el animal y que fue determinante en la manera en que los nativos percibieron a los conquistadores.

El caballo fue, a partir de este punto, un elemento definitivo en el avance de la conquista en los nuevos territorios, en su colonización y en el sometimiento de su gente, considerándose indispensable para recorrer las fronteras del territorio conquistado y como símbolo del poder y la fuerza, hasta tal punto, que su uso fue reservado a los españoles y criollos: «El mulato montaba el mulo y el indio, el burro. Sólo por real cédula se permitía el uso del caballo al

mestizo» (Cuéllar, 1928). De esta manera, el uso del caballo quedó como una dignidad reservada a españoles y criollos, lo cual construyó una liga entre el caballo, la etnicidad y el poder.

Hay que decir, sin embargo, que desde su llegada, el caballo tuvo, en el Nuevo Continente, usos diversos: bélicos, en primer lugar; luego, de transporte; después, de importante apoyo en los trabajos del campo; pero también, un importante uso lúdico. La charrería es la condensación de varias destrezas derivadas de estos distintos usos del caballo.

Ya hemos señalado que el auge de las zonas mineras en la Nueva España durante el siglo XVII, junto con el aceleramiento del proceso de población que tuvo lugar en esa época, fueron los elementos que condujeron a que en la vida mexicana se produjera la gran hacienda como la típica unidad mixta de producción orientada al abastecimiento de las ciudades nacientes y de los centros mineros, conformando el contexto donde aparece y cobra importancia el personaje llamado «el hombre de a caballo», que llegó a definir todo un tipo de vida hondamente arraigado en la tradición, en la historia y en el folclor del pueblo mexicano y, de forma específica de la región occidental: el charro, personaje asociado no solamente a un contexto específico, sino también a un carácter y una forma de vida.

En la conquista de toda América el caballo tuvo un papel protagónico, participando en la creación de personajes cuya personalidad estaba íntimamente asociada al hecho de ser jinetes. Se ha dicho que el gaucho argentino, el llanero venezolano y el charro mexicano comparten una serie de rasgos comunes que se derivan, básicamente, de su vínculo con los caballos.

Son los caballos mexicanos conquistadores, centauros de leyenda, pobladores con la espada y la cruz a cuestas, nobles y galanes, varias veces libertadores. Han sido factor determinante para forjar el personaje mexicano por excelencia; sin caballos no hay caballeros, y a esta clase de hombres pertenece nuestro charro (Álvarez, 1968: 68).

En la charrería, el valor que tiene el amor al caballo hace referencia a un vínculo de naturaleza muy íntima entre el charro y su caballo, que es altamente significativo y cargado de afectos y referencias simbólicas, y que es largamente ilustrado en las canciones, corridos, poemas y otras expresiones artís-

ticas como las pinturas, fotografías y esculturas, muy importantes en el mundo de los charros. Veamos un trozo de uno de los poemas más conocidos de Luis G. Inclán («El Charro Poeta»), titulado «Recuerdos del Chamberín» (1860):

Siempre el caballo ha logrado
un lugar muy distinguido,
y entre los brutos ha sido
el más noble que se ha hallado.
Los reyes no han desdeñado
hasta el establo bajar,
y allí las crines trenzar
al corcel en que montaban,
porque en él tal vez confiaban,
gloria y honor alcanzar.

Varios hechos memorables
de agilidad y destreza,
de heroicidad y nobleza
de caballos apreciables,
se han hecho recomendables
en los campos y ciudades;
en todos tiempos y edades;
y esto me anima por fin,
a hablar de mi Chamberín
recordando sus bondades
(Inclán en Cuéllar,1928: 139 ss.).

En el mundo charro encontramos que el amor al caballo conlleva una implícita dimensión ética que tiene algunos nexos con la tradición de la caballería, ya que el charro es también ese romántico «hombre de a caballo» que se ha estetizado a través de distintas expresiones artísticas y que porta las características y virtudes del caballero andante. He aquí un ejemplo de las expresiones folclóricas en la que encontramos esta evocación:

Esta patria feliz a quien los hijos
reverencian y aman
y en transporte de sus regocijos
por ella cantan, su belleza aclaman,
distinguiéndose ardientes y prolijos.
Los que en las fiestas y en los jaripeos,
lucen el brillo de sus alamares
y despliegan la reata en mil floreos;
los que echan con donaire una mangana
y a la luz de la luna, sus cantares
llevan cual medioevales trovadores

de la novia a la erótica ventana;
los nobles paladines del derecho,
los que, ante los odiosos invasores,
como fuerte muralla han puesto el pecho
y han sabido morir sin ser traidores;
los que personifican la hidalguía;
los valerosos y gallardos charros
que son corteses, como son bizarros,
y a raudales derraman simpatía (Sánchez en Cuéllar, 1928: 59)

El eslabón que liga a la charrería con la tradición caballerescas está en la Orden de los Caballeros de Guadalupe, al parecer refuncionalizada por el emperador Maximiliano y compuesta por caballeros charros que llevaban el estandarte de la Virgen de Guadalupe.⁸ La charrería llegó a llamarse a sí misma «la Legión de la Andante Charrería», en un poema de 1925 (Cuéllar, 1928: 55). La construcción de este lazo simbólico entre ambas tradiciones produce la mística caballerescas del charro.

De aquí hay que partir para comprender la importancia de la relación de los charros con los animales (caballos, yeguas, novillos, etc.), que tiene una dimensión histórica, otra mítica y otra simbólica.

Se ha señalado más arriba que, ya en la actualidad, en la tradición charra se establece un nexo muy fuerte que vincula a la charrería con otros ámbitos que componen una más amplia tradición ecuestre: la escuela de equitación inglesa, el salto, los jugadores de polo, las carreras de caballos, los criadores de estos animales y el cuerpo militar de caballería. El vínculo se deriva de lo que todos ellos nombran como «el amor al caballo», con el cual hablan de compartir la identidad de ser «hombres de a caballo», un concepto complejo que implica, además de una práctica ecuestre, una idea del carácter del jinete, como ya lo hemos dicho. Por lo tanto, se supone que se comparten valores

⁸ Esta cuestión fue comentada por Guillermo de la Peña en una ponencia sobre la charrería mexicana en El Colegio de Jalisco el 9 de noviembre de 1999, al parecer a partir de la biografía de don Carlos Rincón Gallardo y Romero de Terreros, Marqués de Guadalupe y charro legendario.

profundos de una tradición cuyos orígenes se pierden en el tiempo, pero que conforman unas raíces compartidas y que parecen relacionarse con el significado simbólico que el caballo y su dominio tienen, así como de la mística del caballero como personaje dotado de ciertos hábitos y valores.

El charro es un caballero, es un hombre de a caballo y el hombre de a caballo es un caballero; y el caballero tiene muchas obligaciones como ser atento, ser cumplido, ser respetuoso. (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002)

Sin embargo, ya se ha dicho, en las nuevas generaciones este vínculo se ha ido difuminando a la misma velocidad en que va cobrando importancia el espíritu deportivo, abriendo brechas a veces irreconciliables entre los distintos deportes ecuestres, que terminan produciendo su propio y peculiar significado del caballo.

En la charrería, se ha caracterizado el caballo charro con una serie de cualidades entendidas como tales por su funcionalidad para las actividades de sus jinetes:

El penco característico de nuestro deporte nacional ha de ser de mediana alzada; un metro cuarenta y cinco centímetros de la cruz al suelo. Que sea doblado, ancho, charrón, musculoso, despatarrado, ligero y de mucho hueso (Álvarez, 1968: 46).

Estas «virtudes» del caballo charro fueron formulándose a partir de la utilidad del caballo en el contexto de las grandes haciendas, en donde las diversas y rudas actividades —como los recorridos de enormes extensiones de terreno para reunir y arrear el ganado— fueron haciendo necesarias nuevas habilidades en los jinetes y también nuevos enseres para los caballos. Conforme los terratenientes fueron criando su ganado fue surgiendo la necesidad de lazar, jinetear, amansar, arrendar, etcétera. Para atrapar a las bestias, los charros hicieron uso de la sogá, en cuyo manejo se volvieron diestros. Los vaqueros y caporales, y los hombres de campo en general, realizaban toda clase de maniobras con las que se demostraban su valor y destreza para los herraderos, tuzaderos o por simple diversión. La primera suerte de la fiesta charra, la cala de caballos —que realizan con frecuencia los dueños del gana-

do, a diferencia del resto de las suertes que son realizadas por otros— pone de entrada el valor principal que está en juego en esta relación: el dominio del jinete sobre el animal, sobre el que se basa cualquier otra virtud del charro. Esta suerte tiene como fin mostrar al público, entre otras cosas, la buena rienda y la educación del animal, lo que incluye el brío, andadura, galope, carrera y mansedumbre. Inevitablemente se observa en esto el control que el charro lucha por obtener y mantener sobre la naturaleza bruta e impulsiva del caballo. Esto también es lo que está presente en el jineteo de yeguas y novillos, en donde se representa este esfuerzo, casi siempre triunfante, de amansar las fuerzas rebeldes de lo indómito.

Sin embargo, no hay que simplificar la relación de los charros con los animales, particularmente la que tienen con lo que se llaman «caballos de estima» que involucran sentimientos hondos hacia éstos y que llegan a constituir una entidad inseparable del jinete, hasta el punto en que se experimenta que su desempeño o hasta su sobrevivencia dependen de la obediencia y capacidad de respuesta del animal.

Se conocen tan bien que si lo monta otra persona ya no jala el caballo igual; el charro hace las suerte en su caballo, aunque sí puede montar otros caballos. Casi cualquiera; pero ya ahí el charro sabe bien su caballo cómo es, o sea, si le responde cuando él lo mande, detalles. Un caballo de colas, ya que practica mucho en su caballo, ya saben cómo sale el caballo, si es tranquilo, si es nervioso, lo mismo en la cala y todo. Cada quien conoce su propio caballo, sabe cómo es él. (Entrevista con Salvador González, 9/xi/1999)

Esto supone un nivel de identificación del charro con su caballo que los vuelve un solo ser imaginario parecido al mitológico centauro, con el que el hombre siente apropiarse de la fuerza y habilidades de su montura, y con el que el animal casi adquiere capacidad racional. Dentro del folclor charro hay muchos corridos y poemas dirigidos a estos caballos antropomorfizados, que son muy elocuentes al respecto: El caballo prieto azabache, El Alazán, El cuarto de milla, y otros. El vínculo que se establece con estos caballos adquiere tintes de relaciones entre personas, y los afectos involucrados son muy profundos.

Por último, me gustaría mencionar un detalle relacionado con el significado del caballo en el mundo charro que tiene implicaciones para las relaciones de género: la participación del caballo, como pieza central en la charrería, parece abolir las diferencias entre varones y mujeres, ya que arriba de un caballo, no importa si se es hombre o mujer, ya que la fuerza la pone la bestia y lo que cuenta es el dominio del animal y la audacia personal. Las diferencias de fuerza física y otros rasgos supuestamente inherentes al sexo biológico se esfuman. Este elemento es probablemente el que produce la angustia particular que conduce a introducir marcadores de género tales como la albarda y demás arreos «femeninos», los vestuarios y los reglamentos de todo tipo que *hagan* la diferencia, es decir: que construyan el género dentro de la charrería. Esto está directamente relacionado con el hecho de evitar sistemática y tajantemente una competencia deportiva entre los sexos, ya que para competir con alguien hay que partir de una igualdad de condiciones, cuestión que es impensable en la charrería. Por eso, de lo que se trata es de marcar de la manera más clara y nítida la separación en los dominios masculinos y femeninos, y al pretender separar imaginariamente los mundos masculino y femenino, se desplaza esta bipolaridad a cada uno de los campos, haciendo que ambas categorías se jueguen simbólicamente en cada lado. Este mismo esfuerzo es el que está detrás de los juegos discursivos que describen los ejercicios ecuestres de las escaramuzas como actividades ornamentales, es decir, como aditamentos estéticos de la charreada, y tratan de ocultar esta misma e importante dimensión estética en la competencia masculina.



LA CHARRERÍA: ESPACIO DE PRODUCCIÓN Y DE ACTUACIÓN DE GÉNERO

Los charros, esos centauros de carne y hueso que pueblan los rincones más pintorescos de nuestro país, han hecho honor a la fábula que nos describe Zamacois y como los Hijos del Gigante Ixion y de la Nube Nefela, han sido apasionados de la mujer y del vino y su figura ha llegado a convertirse en símbolo del amor, de un amor masculino, apasionado y vehemente como hijo de la tierra de América. El charro es enamorado, jugador, pendenciero, atrevido, alegre y decidor. El charro repite con frecuencia aquel adagio árabe que dice: «cuando voy sobre mi caballo, sólo Dios está más alto que yo.»

Alfredo B. Cuéllar (1928: 110)

Hemos afirmado que el símbolo de la mexicanidad es el charro. Sin embargo, también se ha planteado (Pérez, 1994) que el símbolo de la identificación nacional no es solamente el charro, sino la pareja formada por el charro y la china poblana, bailando el Jarabe Tapatío. Intentaremos ahora un análisis de esta pareja, con el propósito de desentrañar su significado. Partiremos de esa figura femenina que acompaña al charro que, además de dar algunas pistas sobre la manera en que se construye a las mujeres dentro de la charrería, nos permite entrever lo que representa como pareja simbólica. Lo primero que encontramos es que dicha pareja no ha sido siempre la misma; quienes evocan «la tradición» charra, señalan siempre a la china poblana como la pareja «natural» del charro.

El charro y la china poblana bailando un Jarabe Tapatío se irían convirtiendo en el cuadro mexicano por excelencia. Dicho cuadro parecía ser una síntesis de la «mexicanidad». Lo nacional no podía dispersarse demasiado, ni hacer caso a tanta diversidad... a la hora de definir «lo mexicano» propiamente dicho, quedaron bajo el yugo del charro, la china y la música del mariachi (Pérez, 1994: 119).

Pérez Montfort apunta que este cuadro estereotípico fue impuesto como resultado de una combinación de factores que la hicieron aparecer como una «tradición inventada» durante la década de los años veinte: el charro identificaba al occidente mexicano; la china poblana al oriente, y ambos se unían por el son del Jarabe Tapatío. De esta manera se representaba el proceso de la necesaria unificación del centro con las regiones en un símbolo mixto y marcado por el género. Este último elemento es muy interesante porque el hecho de que la pareja del charro en la figura estereotípica sea una china poblana remite a un registro simbólico que atribuye al oriente connotaciones femeninas (Ueno, 1996: 165-186) en el imaginario esquema que contrapone lo masculino a lo femenino. En este mismo esquema, el charro —y por lo tanto, occidente— vendría a ser el polo masculino de la nación.

La historia de la china poblana es un texto pleno de simbolismos y con todos los elementos que componen un relato mítico, que ha resumido Alfredo B. Cuéllar en un poema titulado «La leyenda de la china poblana»:

En una tarde serena,
una princesita china,
sobre el dorso palpitante
de las aguas de la mar
paseaba en una galera
de oro y marfil oriental.
Recostada en almohadones,
de gasas, sedas y tul,
con sus armas y dragones
de altivos viejos pendones,
sobre su campo de azul.
Miraba, sin ver siquiera,

cómo lejos se fundían,
las espumas de la mar
con las olas que reían,
de su galera al pasar.
Soñaba, quién sabe en qué;
sueño tenue e indeciso,
como el humo que despiende,
agitado por la brisa,
de un pebetero de incienso.
De este sueño despertó
cuando su nave encantada,
con bandera enarbolada,

y toda su gente armada,
 un pirata la abordó.
 Soltando velas al viento,
 pronto a la mar se lanzó,
 y sin oír el lamento
 de aquel frágil cargamento
 como esclava la vendió.
 adquiriéndola un comerciante,
 hombre opulento y gentil,
 que a la joven princesita
 como una flor exquisita
 de un exótico jardín,
 en la antigua diligencia,
 que su padre heredó,
 como hidalgo que sabía,
 el valor que poseía,
 hasta Puebla la llevó.
 Abjuró de sus creencias
 y sus ritos olvidó;
 la graciosa princesita,
 con su bondad infinita
 el cristianismo abrazó.
 De su patria, ya lejana,
 como ensueño conservó,
 el amor por ricas sedas,
 que en sus palacios de hadas,
 desde su infancia vistió.

A los raros ornamentos,
 complicados y fastuosos;
 a la profusión del oro,
 las perlas y los corales
 y los metales preciosos.
 Ornaba con amplitud
 maravillosos vestidos,
 con que al templo solía ir,
 y por los pobres pedir
 o recorrer los asilos.
 La princesita del cuento,
 un buen día se murió;
 y en olor de santidad,
 de su cuerpo, hecho bondad,
 su alma hasta el cielo voló.
 Y de aquellas vestiduras,
 llenas de brillo y color,
 nació el traje de la china,
 que a todo el mundo fascina
 que la poblana llevó.
 Y es así como en la tierra,
 sañuda, árida y fría
 de nuestra Mesa Central,
 desplegó su lujo un día,
 de milagro y alegría,
 una princesa oriental
 (Cuéllar, 1928: 26-29)

Otro charro, J. R. Ballesteros, habla de este personaje femenino negando esta historia de la princesa oriental robada por piratas y traída a Puebla. Señala que,

Si hubiera sido una princesa —china o no— la que creó ese traje, todas las damas linajudas de aquella época hubieran usado esas prendas, con satisfacción y orgullo;

pero es el caso que, por el contrario, lo repudiaban... En las litografías antiguas [...] no encontramos una china codeándose con una linajuda dama de crinolina y mantón, ni tampoco del brazo de un señor de chistera o de algún rico hacendado. La encontramos siempre en el puesto de aguas frescas, de fruta, o como sirvienta. La vemos también en los mesones atendiendo al chinaco o al arriero. El traje pues, no puede haber sido creado por una cortesana o dama de alta alcurnia (Ballesteros, 1972: 122).

Ballesteros se inclina más por otra versión sobre el origen de la china:

Todos sabemos que consumada la conquista, hubo muchas mezclas de razas que, sobre todo en aquella época, tenían diferenciaciones muy marcadas. Entre esas mezclas tenemos a los criollos, mestizos, zambos, saltapatrás, *chinos* y otros más. Los chinos y chinas eran hijos de zambo y negra o de negro e india. Los chinos y chinas eran de la clase social más baja y ellas se ocupaban como sirvientas, lavanderas, o como antes dijimos, atendían los puestos de fruta, aguas frescas (entre éstas había la famosa *chiera* que siempre la representan portando el traje motivo de este artículo [el traje femenino]) o eran sirvientas de las ventas o mesones y muchas de ellas vendían sus favores a los pasajeros, compuestos en su mayoría, de arrieros, soldados y rancheros pobres (*Ibid.*: 123).

Ballesteros se basa en la idea de que tanto el charro como la china «son extracción del pueblo, de la clase sufrida que soportaba las más duras faenas» (*Ibid.*: 121). Desde esta perspectiva, el mito muestra mayor complejidad en el significado de esa pareja representativa de la mexicanidad: no nada más lo compone una dimensión de género, sino también la etnicidad y la clase social. Esta versión —posrevolucionaria y elocuente de un discurso sobre la problemática social— además, niega que el adjetivo «poblana» se refiera al gentilicio de los habitantes de la ciudad de Puebla, sino «a la mujer nacida de la mezcla de dos razas o castas que formaban la clase más baja del pueblo o de la sociedad» (Ballesteros, 1972: 124). La conclusión es que, sea su origen el que sea, la china «es la compañera del charro y representa la abnegada mujer del chinaco, llegando a ser, junto con el charro, el símbolo vivo de México» (*Ibid.*: 125).

Hay todavía otra versión de la leyenda de la china poblana: una princesa mongola, nacida en 1609, llegó a México como esclava y vivió en Puebla bajo

el nombre cristiano de Catarina de San Juan y cuya vida fue tan virtuosa que hasta se le han llegado a atribuir milagros. Sin embargo, esta versión se ha contradicho afirmando que la mujer vivió casi doscientos años antes de la creación del vestido y, además, llevaba hábito de monja, según un óleo en el que ella aparece y que aún se conserva. En esta misma línea, se afirma que el traje de china poblana es un atuendo que refleja el mestizaje colonial: la maja andaluza o la lagarterana española, con el colorido y el diseño de las blusas indígenas y los destellos de chaquira y lentejuela atribuidos al mundo oriental (Celi, 2002: 36-37). Según esta versión tenemos entonces a una figura ultrafeminizada: no solamente es una mujer, sino indígena y oriental, ligada con lo tradicional y premoderno.

La cuestión es que, como símbolo, la pareja del charro y de la china parecen condensar los múltiples rasgos del pueblo que el naciente Estado mexicano pretendía unificar en un discurso hegemónico sobre la identidad nacional: la unión de etnias, clases sociales, sexos, creencias, regiones y otros. A pesar de los orígenes legendarios de ambas figuras, en su unión simbólica se representa la mezcla necesaria de los elementos expresivos de las desigualdades que se pretenden borrar para lograr el discurso nacionalista hegemónico. También representa el encuentro del pasado y la tradición —la china poblana—, con la nueva figura de la modernidad, que representa el charro.

Es interesante, sin embargo, que si bien el traje de charro se conserva como algo prácticamente inalterable —lo cual se entiende en sí mismo como la prueba de la voluntad de preservar la tradición—, el traje femenino presenta variaciones que no parecen considerarse de la misma manera: el traje de china, el de charra y el de ranchera. El primero es el que muestra una confección más barroca, reuniendo texturas, colores y accesorios particulares y muy característicos. Se supone que no se debe llevar a caballo, incorpora el rebozo y no se usa con sombrero.¹ El segundo, el traje de charra, es el que más semejanza tiene con el traje masculino; de hecho, es un traje masculino con una falda

¹ Evidentemente esto es sistemáticamente contradicho en la práctica, ya que en los desfiles charros y otros de los espectáculos de la charrería vemos a chinas poblanas a caballo y con sombrero.

larga que oculta los pantalones que se llevan debajo «para proteger el pudor cuando se levanta la falda», ya que este traje es el que se considera adecuado para montar a caballo. Esta versión femenina del traje charro, además, tiene adaptaciones para facilitar la postura de lado en la albarda. Finalmente, el traje de ranchera es más versátil (su uso es tanto para montar como para ocasiones sociales) y tiene evocaciones más claras de las mujeres del campo.

Aunque se reconocen estos tres trajes femeninos en la charrería, cada vez más la imagen de la china poblana va perdiendo terreno como figura que acompaña al charro, y cada vez más se ve, en este lugar, a la charra y, más frecuentemente aún, a la ranchera. La figura de la china poblana parece haberse ido, poco a poco, desdibujando de la estampa actual de la charrería, aunque permanecen algunas chinas poblanas en los desfiles charros —al menos en los que se realizan en Guadalajara el 14 de septiembre. Actualmente tenemos dos diferentes versiones de la pareja del charro: una es la mujer charra vestida de gala en situaciones elegantes; la otra es la adelita, ranchera o escaramucera. La actual pareja del Jarabe Tapatío que se baila en las fiestas charras, va más frecuentemente vestida de ranchera que de china poblana.

Veamos ahora que la charrería, como práctica cultural simbólica significativa para la construcción de la identidad nacional, es también, al mismo tiempo, un espacio para la producción y la actuación de género. Es decir, la fenomenología que presenta el género en el contexto charro tiene una función pedagógica y un valor de evidencia de las elaboraciones culturales en torno a la diferencia sexual. En la charrería, y particularmente en sus diversas exhibiciones públicas, se ponen en escena los significados atribuidos a cada sexo, sus papeles y funciones, de manera que no solamente se actúa una supuesta esencia, sino que, al encarnarla, se muestra como la evidencia empírica de dicha esencia.

El género se presenta entre los charros como un principio ordenador de las relaciones entre sus miembros basado en el sexo de las personas, y su producción tiene diferentes dimensiones, como la lingüística, la visual y la espacial. El orden que se desprende de dicho principio se basa en una rígida separación de los mundos masculino y femenino, y en una exacta distribución por sexo de los lugares, espacios, vestuario y actividades específicas para hombres y mujeres.

Es sabido que la separación de género de los campos de la práctica social conlleva profundos sentimientos de identidad y de autoafirmación. No hay entre los charros, aparentemente, el menor equívoco respecto a esto: la identidad de género se juega en el hecho de mantenerse dentro de los ordenamientos sociales construidos con estos fines. No se trata de una limpia separación de las categorías femenino y masculino —situando la primera del lado de las mujeres y la segunda del de los hombres—, sino más bien de un intento por fijar dichas categorías al interior de cada uno de los dominios establecidos. Estos dominios son puestos en escena en la fiesta charra de una manera particularmente elocuente, convirtiendo este espectáculo en un acto *performativo* que, al mismo tiempo que produce el espacio para la actuación del género, va constituyéndolo en su realización.

La charreada es considerada, en la ejecución de las suertes, territorio masculino: es un deporte de hombres, coto cerrado a la participación de las mujeres en tanto competidoras. Como resultado tenemos que las mujeres, en la fiesta charra, participan en espacios y papeles específicamente creados para ellas, colaterales a la fiesta charra, como el de Reinas Charras, o el de los Comités de Damas, o también como acompañantes y espectadoras —sentadas en las gradas, en calidad de esposas y madres de familia, apoyando con su presencia el desempeño de sus hombres y también mostrando el reconocimiento que hacen de su valor y hombría— y, finalmente, como escaramuzas.

Para analizar la charrería desde una perspectiva de género, hay que partir de que abarca tres tipos distintos de relacionalidad: entre hombres y mujeres, únicamente entre hombres, y entre hombres y animales.² Exploraremos ahora cada uno de estos tipos, comenzando por la relación entre hombres y mujeres.

LA CHARRERÍA Y LAS MUJERES

Partamos de la afirmación de que una mujer es charra por sus vínculos con los charros, no por su desempeño en la práctica de la charrería, a diferencia de los varones, que se constituyen como charros a través de la práctica de la charrería. Este territorio está totalmente vedado para las mujeres, ya que es

² Agradezco enormemente a Eduardo Archetti el señalamiento de esta articulación de los datos en diferentes tipos de relaciones.

impensable una competencia que implique la diferencia sexual y que ponga en riesgo el triunfo de los varones. En la siguiente entrevista con una mujer charra se puede observar tanto el plano discursivo que marca qué es masculino y qué es femenino, qué se permite a cada quien en la charrería, pero también muestra las ambigüedades que la fuerza de la práctica conlleva y las contradicciones que implica la visión rígida que separa a hombres y mujeres:

La charrería es un deporte de hombres el 90 por ciento; la escaramuza es un mínimo, aunque ahora ha tenido mucha fuerza por la competencia y todo, pero, definitivamente, es un deporte de hombres. No hay mujeres que calen, que pialen, que lacen... Bueno, hay algunas, pero no compiten [...] Estamos hablando de un deporte que empezó hace mucho tiempo, cuando la gente era distinta a la de hoy, la vida era distinta a la de hoy. La mujer estaba en su casa y nada más en su casa, y en segundo lugar, la charrería es un deporte rudo: subirse a un toro y muchas cosas que no puede hacer una mujer; no, no creo. Algunas mujeres sí podrían, creo, hay unas más valientes que otras, pero no creo que la generalidad de las mujeres. No es igual que decir «cualquier mujer puede jugar fútbol»; pues sí, a mí el fútbol femenino no se me hace mal, qué tiene de malo, pero eso, no tanto de mal, o sea, no es femenino. Pero la charrería, además de que no es femenina en primer lugar, es rudo y es difícil, porque además, la sogueta quema y, o sea, se necesita fuerza para muchas cosas y entonces es difícil [...] No hay, pues, mujeres charras que compitan... [y que hagan las suertes charras] yo nomás conozco a una. Es una muchachita de los Charros de Jalisco, la conoce todo mundo porque ahorita tendrá unos 18 años, pero desde que tenía tres cuatro años la veías en los lienzos con su sogueta. [Pero a los charros] no les gusta. A [mi marido] no le gustaría que sus hijas estuvieran en eso y vaya que ella hasta cala los caballos —su papá es calador de caballos—; eso no tiene nada de malo, eso es demostrar la rienda del caballo, y también florea... Este... pero, o sea, yo no lo veo mal, o sea, de hecho, yo de niña yo siempre fui como niño, a mí me veías de botas, pantalones y a caballo diario, [hasta] sabía florear... (Entrevista con Sara Piña, 28/X/1999)

Otro entrevistado, Gabriel Sánchez Sánchez, de la Asociación de Charros de Jalisco, dice:

La mujer tiene su lugar muy especial dentro de la charrería, es la que le da sabor, es la que lo florea, es la que viste un evento charro; entonces, ya ahora participan, antes nada más se vestían de... montaban a caballo y de Adelitas y todo, desfilaban, participaban, pero ahora ya compiten, la mujer ya participa ya muy directamente dentro de los festejos. Y es un complemento muy bonito de un festejo charro la exhibición charra con una escaramuza. (Entrevista con Gabriel Sánchez, 2/XI/1999)

A pesar del discurso de género tan convencional que caracteriza a la charrería, poco a poco ha tenido que irse incorporando el lenguaje «políticamente correcto» de la equidad de género, derivado del avance de las mujeres en la conquista de derechos civiles y sociales.³ Sin embargo, esta incorporación ha tenido caminos peculiares que han derivado en que dicha equidad se limite, cuando mucho, al plano discursivo, ya que, en la práctica, lo que se da es una exclusión de las mujeres que aparece «justificada» por la lógica de la tradición, de los reglamentos y normas «neutralmente deportivos» que, en realidad, revelan ser los mecanismos para la construcción de un barroco espacio femenino entendido como espectáculo y adorno.

Hemos visto que, en el mundo charro, el significado que las mujeres tienen se deriva de su papel en el medio familiar, entendido éste como una suerte de institución total⁴ en el que la socialización de los charros se da por las vías de los lazos afectivos que prevalecen en su interior, de los hábitos cotidianos y de las identificaciones logradas de los hijos con los padres, a

³ El voto femenino fue reconocido en México en 1954, fecha en la que comienza la emergencia de las primeras escaramuzas charras. En Jalisco se inicia esta práctica en la década de los setenta, cuando se realizó en México la primera cumbre mundial de la mujer convocada por la Organización de las Naciones Unidas.

⁴ El concepto de «institución total» ha sido definido por E. Goffman (1970) para referirse a aquellas instituciones cuyas tendencias absorbentes del tiempo y el interés de sus miembros son tales, que se hace evidente la discontinuidad entre éstas y el resto de las instituciones, simbolizada por una serie de obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior y al éxodo de los miembros, y que suelen adquirir forma material.

través del cuidado de las tradiciones en las que se insertan las familias charras. La transmisión de un complejo *ethos* charro es la médula de esta socialización cuya base son las mujeres, vistas a través de un estereotipo maternal: toda mujer es una madre; y la madre es un estereotipo de género que condensa sentimientos, representaciones y prácticas que tienen que ver con la crianza, el cuidado, el consuelo, y otros atributos que corresponden a ese estereotipo llevado a niveles de veneración y plasmado en algunas manifestaciones folclóricas.

El sentimiento que liga entonces al charro con las mujeres es, principalmente, el respeto. El charro habla de la mujer siempre respetuosamente y, a pesar del estereotipo difundido por algunas de las películas del cine mexicano y por otros medios (véase D'Egremy, 1975) que dibujan al charro como un *macho* (categoría vaga y general que hace referencia a cierto comportamiento masculino brusco y violento), la conducta del charro con las mujeres es, por lo general, caballerosa y protectora. En su imaginario la mujer aparece casi siempre despojada de toda referencia erótica y más bien se ve como una figura investida por la beatitud de la maternidad y de su papel de «reposo del guerrero», de quien depende la reproducción y el sostenimiento del universo cotidiano y simbólico de las familias charras.

Sin embargo, hemos señalado que las mujeres, además de ser los pilares que sostienen las familias, también tienen otros papeles en el mundo charro, si bien que sin abandonar el mundo de «lo doméstico», es decir, el de las necesidades de atención, cuidado, alimentación, ornamentación y acompañamiento. En este contexto, las mujeres participan formalmente en la charrería mediante las figuras mencionadas de reinas de la Federación Mexicana de Charrería, de los Comités de Damas de esta agrupación y de las escaramuzas, actividad cada vez más extendida, pero que sigue teniendo una valoración ambigua por parte de los charros. El papel de las Reinas Charras es tanto representativo como ornamental: ellas aparecen elegantemente vestidas en los desfiles y en la parte inicial de las charreadas, y su puesto no acarrea capacidad de decisión ni ningún tipo de participación en el mundo de los varones. Su elección es determinada por su liga con los charros (padre, hermanos, etcétera). Por otra parte, el Comité de Damas está formado por las esposas de los charros y sus tareas son protocolarias.

No obstante, estos papeles no se han desarrollado siempre igual. Dos mujeres charras de Jalisco relatan que:

Antes [en los años cincuenta] las reinas no eran por bonitas, a veces sí, la gente que invitaban, pero las más de las veces éramos nomás las hermanas de los charros, o las hijas de algún charro. Yo recuerdo cuando fueron reinas Carmelita Sánchez y luego fui yo y «La Güera» Zermeño —hermana del «El Gallo» Zermeño. Eramos las mismas familias y de ahí iban resultando las reinas. Lo que hacían era encabezar el desfile y todo, pero sobre todo animar e invitar a todas las amigas a que fueran a las charreadas vestidas de chinas. Tú las invitabas, les prestabas, bueno, tenías que hacer colección de ropa porque nadie la tenía, más que uno. Ya todas venían y escogían y acabábamos con el guardarropa ya todo trespeleque, pero todo mundo se vestía de china y de charra. Eso era, pero no es como lo que se entiende ahora por una reina, así las de gala; antes era la reina, sí, pero con un sentido mucho de familia: ahora es Blanca, ahora es Chero, ahora es Carmelita y así siguió. Ahorita la reina de federación hace muchas cosas. Ahora organizan eventos y todo para ayudar y promover, ella anda, da cursos... Y luego, el Comité de Damas somos las esposas de los organizadores, de los anfitriones, y sirve atender a las mujeres de los charros. Porque a los charros les hacen comidas, les echan las yeguas para que pialen; a los charros los atienden los hombres dentro del lienzo, pero hay veces que no a todas las señoras les gusta estar metidas en el lienzo siempre, entonces se les organizan cosas. Nosotras ahora no porque fuimos puras charras, charras, pero en los congresos casi siempre hay *tours* a Tlaquepaque o que las llevan a ver las artesanías o a conocer el centro histórico, a los centros comerciales. Y mientras es la charreada y acá las que somos picadas y estamos casi aventándonos al ruedo, otras señoras que van, ven su charro y ya mejor se van a conocer la ciudad. Y el Comité de Damas es lo que hace. Es nada más atender, arreglar el lienzo, los regalos y eso. (Entrevista con Blanca Barba y Sara Piña, 4/XI/1999)

Estos tipos de participación de las mujeres fueron contemplados y normados en los estatutos de la Federación de Charros. Para ser reina de la Federación de Charros, se requiere ser hija de socio activo en la agrupación, tener dieciocho años como mínimo y tener cabalgadura y arreos a la usanza charra. Además, se le asignan facultades y deberes, todos relacionados con las necesidades «domésticas» de la Federación; y sobre los Comités de Da-

mas, se señala que se integran «con las señoras esposas de los miembros del Consejo Directivo Nacional» de la Federación de Charros. Este comité es presidido por la esposa del presidente del consejo directivo nacional en funciones⁵ y se le asignan también facultades y deberes igualmente relacionados con las necesidades «domésticas» de la Federación (Estatutos... 1933: 30-31 y 45), es decir, los trabajos de ornamentación, atención a los invitados, cuidado de los detalles de las fiestas, y otros.

Las primeras muestras de participación de la mujer en la charrería fueron en la Ciudad de México a principios de la década de los años cuarenta, cuando la Asociación Nacional de Charros nombra a Rosita Lepe (hija del reconocido charro Filemón Lepe) como la primera reina de la charrería. Luego siguió Guadalupe Fernández de Castro. Ambas montaban y abrían las columnas de sus asociaciones en los desfiles. Después de eso, algunas mujeres comenzaron a mover los caballos cambiando la postura original «a mujeriegas» por la de «a horcajadas» tan bien o mejor que como lo hacían muchos hombres; incluso llegaron a presentarse en las charreadas calando un caballo. La primera que hizo esto fue Malena Lucio a finales de la década de los cuarenta; ella montaba en un club hípico y cambió la monta por el estilo charro teniendo como rival en San Ángel a Edith Calcáneo. Sin embargo, los charros siempre mostraron su oposición a que las mujeres compitieran (Bello, 1993). Hay que decir, no obstante, que la resistencia a la competencia es a que se dé entre los sexos y a través de las mismas suertes ya que, finalmente terminaron aceptándose y formalizándose las competencias de escaramuzas, pero se llevan a cabo en un mundo totalmente separado de la charreada, y diferente a éste tanto en su contenido como en su forma.

⁵ Esto está en consonancia con una implícita y extendida práctica cultural en México: la de presuponer que la esposa de los funcionarios, por el hecho de serlo, deben —y pueden— desempeñar cargos públicos (directora del DIF, coordinadora de labores voluntarias, de eventos asistenciales y otros). No nada más no se les consulta, sino que se sobreentiende que ellas harán esas labores, al margen de sus intereses, capacidades, etcétera. En cambio, en los casos en que sea ella quien ocupe el cargo, nunca se obliga a su marido a hacer lo mismo. Es claro que es el género lo que determina esta práctica.

Otra función importante que en la charrería asumen las mujeres, que rara vez se menciona y que ha sido básica para su sostenimiento, es la función de la difusión de la cultura charra a través de distintos medios. Mencionaremos como ejemplos a Pilar Barba, que dirigió todos los años que duró la primera revista especializada del mundo charro: *Charrería. El Deporte Nacional* en el estado de Jalisco. La directora general de otra revista especializada en charrería editada en el Estado de México, *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, es Karem Villaseñor Trabado (aunque es interesante que tienen por encima de ella a un presidente que es un varón); igualmente, la directora general de la revista editada en Ciudad Victoria, Tamaulipas y llamada *Escaramuza*, es la Lic. Aracely Solano Ortiz. Se invita a Minerva Coutiño como directora del Museo Nacional de Charrería. En la exposición *Art of the Charrería. A Mexican Tradition* montada en el año de 2002 en el Autry Museum of Western Heritage, en la ciudad de Los Ángeles, California, las curadoras invitadas de la Ciudad de México fueron Andrea Cabello, Montserrat Mata y Rocío Martínez.

Veamos lo que opina actualmente el presidente de la Federación Mexicana de Charrería sobre la participación de las mujeres:

La función de una reina es nada más representativa, en todos los niveles, incluso en las monarquías, como la inglesa —que se supone que es la más fuerte—, la reina no gobierna Inglaterra, la reina solamente representa lo que es la estirpe inglesa, ¿no? Igual acá, la reina debe cumplir con una función de representación. Ha habido algunos intentos de que la reina cumpla con algunas funciones más allá de la representación, pero yo creo que no debería ser el papel adecuado; yo estoy convencido de que la mujer, sin diferencia de sexo, en la actualidad debe de penetrar en todos los espacios y debe de, sin perder su feminidad, participar en las competencias como están definidos los roles, hay competencias femeninas, hay competencias masculinas. Pero en la administración y en la organización debería de jugar un papel más importante. Todavía no se ha planteado que pueda haber una presidenta de la federación, pero yo creo que eso dependerá solamente de que una mujer se plantee y se atreva a conquistar la confianza y demuestre tener una idea clara del significado que representa todo esto, debería de exigir la posibilidad de que hubiera. En este momento veo muy remoto que suceda, cuando suceda será porque los charros hayamos asimilado que esta mujer, en ese momento, representa la opción más adecuada, pero que no nos fijemos en que sea

mujer o hombre, sino en que las ideas y las propuestas que se están manejando sean las mejores para el desarrollo de la organización. No debemos ver esto en términos de género, pero sí reconozco que persiste esa diferenciación de género dentro de la charrería. Además de la reina, existe en la federación un Comité de Damas, igual que existe en todos los estados, pero equivocadamente se le ha dado un rol estatutario. Y digo que equivocadamente porque ellas nada más son nuestras esposas, no son afiliadas a la federación; entonces, me parece, perdone usted la expresión, una estupidez jurídica que se les den reglas cuando no pertenecen a la institución, sino que solamente tienen funciones nada más de coadyuvancia, de colaboración, de imagen, de estar ahí, de presencia solamente. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/vi/2002)

Es notorio, en esta cita, el uso del lenguaje políticamente correcto que señalamos anteriormente en relación con la apertura a la equidad de género; sin embargo, la clave para comprender por qué este lenguaje no trasciende el plano discursivo la encontramos en la frase «sin perder su feminidad», lo cual equivale a: «sin salirse del lugar social y culturalmente fabricado para ellas», lugar que asegura el orden necesario para la sobrevivencia de la tradición charra. Este orden es el que separa lo masculino y lo femenino radicalmente.

La separación rigurosa de los mundos de hombres y mujeres en lo relativo a la fiesta charra puede entenderse como la continuación de lo que ocurre en el ámbito cotidiano de la vida de los charros: una división tajante de los mundos público y privado, del trabajo y lo doméstico, que se pone en escena en la fiesta charra, mediante el esquema público-charreada-masculino vs. privado-doméstico-femenino. El primero corresponde a los varones y el segundo a las mujeres, donde reinan y mandan como parte de este esquema de género: dentro de la casa las mujeres pueden ejercer autoridad, disponer de y distribuir bienes y medios, regañar y exigir a los maridos y a los hijos. Esta autoridad parece estar conferida por el poder de madres, que al mismo tiempo que produce una especie de santa adoración, genera, por otra parte, cierta agresividad en sus varones que «es cobrada» y negada públicamente en los desplantes de machismo exacerbado que se da dentro de los grupos de varones. Esto puede ilustrarse con los refranes y dichos que tienen un lugar importante en la manera de hablar de los charros, y en las mismas fiestas, donde son usados por los locutores. Como ejemplos tenemos: «En el lienzo manda el caporal, y en su casa, su mujer»; o

«La mujer y el caballo más quieren freno que espuelas»; o «el que presta la mujer para bailar o el caballo para torear, no tiene derecho a reclamar».

Los despliegues de romanticismo charro que, por otro lado, se dirigen a las mujeres, permiten ver que se dividen en dos categorías: las madres, en la que caben las esposas, y las muchachas jóvenes casaderas que son vistas como difíciles, desdeñosas e ingratas:

Cuando las estrellas brillan
 retratándose en los mares,
 a mi pecho lo acuchillan
 los filos de mis pesares.
 Cuando brillan las estrellas
 y en los mares se reflejan
 de un gran amor las querellas
 a mi corazón aquejan.
 Por lo ingratas que son ellas
 cuando brillan las estrellas
 si con su desdén me dejan
 hondas de amargura huellas
 les perdono si me ultrajan,
 nomás porque son ¡tan bellas!
 y en Jalisco no se rajan (Barba, 1989: 34).

Al pasar las segundas a la primera categoría, estos arrebatos pasionales desaparecen para dar paso a muestras de respeto y veneración. Pero la mayor cantidad de poemas, corridos y canciones no son, en el caso de los charros, para las mujeres, sino más bien para su tierra y sus animales; la abundancia y la intensidad de los arrebatos líricos con estos temas ilustran floridamente este punto, lo cual habla de la intensidad de la relación afectiva de los charros con ambos elementos: la tierra y los animales.

En este esquema charro de significación de las mujeres es fácil ubicar la dificultad para comprender y asimilar el desarrollo de nuevas aspiraciones de las mujeres al interior de la charrería, entre las que sobresale, como una de las más importantes y visibles, la formación y reconocimiento formal de la prác-

tica deportiva femenina llamada escaramuzas charras, que amerita un apartado especial.

LAS ESCARAMUZAS CHARRAS

Las escaramuzas⁶ son grupos de mujeres que participan deportivamente en el lienzo charro con un espectáculo específico, producto de entrenamientos y destrezas particulares, y que es rígido y duramente reglamentado, como una esfera específicamente femenina y estrictamente separada de lo que compone propiamente el deporte de los charros. Es justamente el análisis de las escaramuzas lo que nos ha permitido concluir que las identidades de género en el mundo charro dependen de esta separación tajante de los universos de cada uno de los sexos, y que es principalmente la estética lo que forma discursivamente el dominio de restricción de lo femenino. La belleza y el valor ornamental que se asigna a las escaramuzas son los elementos que justifican la presencia de las mujeres, no la habilidad que muestran ni, mucho menos, el espíritu de competencia que es considerado como un valor «masculino». Es decir, el dispositivo creado para la participación de las mujeres en la charrería, a través de las escaramuzas, opera con un principio de exclusión/inclusión que compone un dominio cerrado por códigos estéticos que neutralizan la percepción de cualquier otro atributo de las mujeres que pueda contradecir el ideal de género que pretende sostenerse a niveles discursivos.

Las escaramuzas son un conjunto de ejercicios ecuestres que, a manera de carrusel, realiza al galope un grupo de niñas y muchachas vestidas de rancheras y montadas al estilo mujeril. El número, similar a un ballet ecuestre, es muy llamativo por el ritmo, el valor, la precisión y la habilidad que las jinetas despliegan, y tiene lugar, por lo general, a la mitad de la charreada, interrumpiendo la competencia e introduciendo un elemento festivo realmente espectacular. Es decir, la escaramuza entra al espacio de la charreada no para competir, sino para adornar y distraer al público del ritmo tedioso que conllevan las

⁶ Se dice que la palabra «escaramuza» fue sustituida por la expresión «carrusel charro», por Santiago Ruiz Gómez, que eligió dicha palabra para evocar las peleas entre jinetes que se llevaban a cabo en Italia, y para recordar las tropas que en 1580 se disponían a entrar en Portugal dirigidas por el Duque de Alba.

competencias largas entre los charros. Sin embargo, la proliferación de equipos de escaramuceras y el perfeccionamiento de sus destrezas las llevó a demandar a la charrería organizada la posibilidad de competir entre sí. Esto derivó en la creación de campeonatos de escaramuzas, en los que, bajo estrictos reglamentos, y con sus propias autoridades calificadoras, compiten entre sí.

Actualmente, para formar una escaramuza se requiere contar con, al menos, ocho participantes que recurren a un entrenador para que coordine y ponga la rutina, y que debe conocer perfectamente el reglamento de clasificación. Por otra parte, se requiere disponer de tiempo para practicar dos o tres veces por semana, un promedio de una o dos horas por sesión. Por lo general, el inicio de una escaramuza con novatas parte de ejercicios simples que van aumentando paulatinamente la dificultad. Las principales habilidades que se estimulan en las aprendices son: el manejo del espacio, la velocidad y el ritmo, la coordinación, la agilidad y el perfeccionamiento.

Cuando ya se han reunido todos los requisitos, debe designarse a una capitana que sea el enlace entre la escuadra y las autoridades de la Federación. La presentación, en las competencias, suele contar con cuatro fases: entrada, puntas, rutina y salida; y la realización de doce movimientos en seis conceptos: giros, coladera, cruce, escalera, abanico y combinado. La actuación dura entre cinco y once minutos, y se realiza con el acompañamiento musical de piezas típicas. Una de las más usuales es «Las coronelas».

En un principio las escaramuzas fueron diseñadas, en la década de los años cuarenta, por el maestro Luis Ortega Ramos para los jinetes infantiles de la Asociación Nacional de Charros. Estos grupos de niños eran mixtos y, entre 1953 y 1956, hicieron varias exhibiciones. Sin embargo, con el tiempo fueron ingresando a estos ejercicios ecuestres cada vez más mujeres, los niños se retiraron y fue entonces cuando nació lo que antes llamaron «carrusel charro». Ya en el año de 1956 actuaban solamente mujeres, y se conformó en La Nacional una primera escaramuza que se llamó Las Coronelas, de corta vida. En 1959 se formó otro equipo que duró hasta 1977 y que fue el que, en sus exhibiciones por toda la república, fue inoculando en las mujeres charras de provincia las ganas de participar en la charrería como escaramuzas (Ramírez, 2001).

La existencia de las escaramuzas se considera como una invención, lo cual parece tener una connotación negativa cercana a la idea de algo no au-

téntico, en contraposición de como se entiende la charrería, como lo tradicional y auténtico. Veamos la manera en que el presidente de la Federación formula esta idea:

Ciertamente, introducir la presencia de las mujeres en la charrería ha sido difícil. Lo que pasa es que tenemos que ser honestos y tenemos que ser realistas: la charrería no es un deporte inventado, es más, antes que deporte tiene otras connotaciones; pero al —llamémosle así—, «inventarse» como deporte, toma su perfil de una actividad de trabajo, entonces esa actividad de trabajo evidentemente no era realizada por la mujer, era realizada por el varón, de tal manera que así se dio de forma natural la integración de la competencia charra. Pero al tratarse esto de un ambiente que se sigue inclinando hacia la convivencia familiar, entonces evidentemente, tarde o temprano, la mujer tenía que reclamar su espacio. Pero la escaramuza no tiene nada que ver con el origen de la charrería. Espero que esto no me sea mal interpretado por nuestras escaramuzas. La escaramuza es inventada como un espectáculo dentro de la competencia charra. Primero era para los niños, hombres y mujeres, y luego las mujeres tuvieron mayor disciplina, mayor gusto por esto porque se requiere de demasiada coordinación, de demasiado entrenamiento. Es prácticamente un galope a caballo. Entonces, finalmente derivó en que fuera exclusivo de las mujeres. Esto prevaleció de una manera un tanto lenta durante muchos años, hasta que en el periodo del arquitecto Carlos Pascual, como presidente de la Federación de Charros reglamentó la competencia de las escaramuzas y entonces la problemática que pueda haber surgido en esta organización es también producto de varios antecedentes, es producto de una asimilación de parte de quienes integramos lo que es la charrería organizada, pero creo que va por muy buen camino. Y finalmente tenemos que llegar a reconocer varias cosas, como que si somos una asociación civil no tenemos la posibilidad de discriminar a alguien por sexo, por religión, por raza, por afinidades políticas; vivimos en un México libre y eso nos permite la libre asociación. Entonces, lo que sucede es que esto dependerá, esta participación de las escaramuzas, dependerá del entusiasmo que tenga la mujer por formar parte protagónica en esta organización. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/vi/2002)

Las escaramuzas tienen también sus rigurosos reglamentos para el uso de ropa en función de los distintos eventos sociales, tales como el concurso

de presentaciones de damas charras y las calificaciones en competencias oficiales de escaramuzas para las damas charras federadas. En 1953, en el Rancho del Charro de la Asociación Nacional de Charros, presidida entonces por don Everardo Camacho Mora, fue la primera vez que se presentó la escaramuza charra, y a partir de entonces su existencia fue incorporada formalmente a la Federación.

Las abigarradas y complicadas reglas que se han fabricado para normar la participación de las mujeres en la charrería son un elemento fundamental con el que se construye el género y se marcan claramente sus límites. Tanto el vestuario como los arreos y las posturas reglamentarias para las mujeres, así como los requisitos de formación y ejecución de las escuadras de escaramuzas remiten a una discursividad de género que tiene diversas expresiones, como el hecho de que las mujeres, dentro del mundo charro, no son tomadas como «hermanas», como en el caso de los charros que se consideran hermanos entre sí, es decir, están fuera de la fraternidad charra. Además,

Ellas no son charras —como ellos—, sino «damas charras»; no son metafóricamente evocadas como hijas y esposas, aunque muchas lo sean efectivamente. Su presencia se enuncia indirectamente, con la fórmula ya también tradicional: la Familia Charra (Ramírez, 2000: 8).

Esto confirma lo anteriormente señalado respecto al significado de las mujeres en el mundo charro como *damas*, a quienes se les debe respeto en tanto piezas fundamentales del sostenimiento de la familia charra como aparato de reproducción de la tradición de la charrería. Esa denominación (*damas*) encierra mucho más que una consideración de sexo: implica una moralidad, un comportamiento y una disciplina.

Por otra parte, los bordes discursivos del espacio construido para las mujeres en la charrería se componen de diversos elementos —entre los cuales resalta su papel estético— y es en su interior donde se encierra a las mujeres. El espectáculo de las escaramuzas es insistentemente valorado por su belleza y su valor ornamental, y no por las habilidades de las jinetes. En este contexto, es obvio que la competencia es despreciada como un valor «femenino». No quiere decir que las mujeres no compitan sino que, discursivamente,

al resaltar el valor ornamental de su práctica, se oscurece el plano de la competencia, realizando así la equivalencia entre belleza/femenino y competencia/masculino. Otros elementos que definen el ámbito femenino en la charrería son: lo advenedizo o inventado, lo artístico o estético, lo subjetivo, lo conflictivo y tendencioso, lo marginal, autolimitado y suplementario. En cambio —y siguiendo una lógica de oposición—, lo masculino aparece como lo original, tradicional y auténtico, lo central, lo objetivo y deportivo, lo sencillo, lo institucional, lo autoritario y lo oficial. Otra vez veamos lo que dice el presidente de la Federación:

Hasta el momento las mujeres se han concretado a participar en el ámbito deportivo. No compiten contra los charros, ahí sí está definido y asimilado por ambos géneros que ni las mujeres pretenden jinetear un toro ni los charros pretenden hacer un ballet a caballo. Son roles de género y ahí quedan las cosas, por eso se hizo una competencia específica para la rama femenil y una competencia específica para la rama varonil, con sus propias reglamentaciones. Las complicaciones más serias son tal vez las disputas por ganar, entonces, quienes en un momento dado han tenido oportunidad de participar en la elaboración de reglamentos, en las modificaciones de los reglamentos, a veces los traiciona su interés por ganar y entonces, pretenden a veces inducir una cierta ventaja reglamentada para que su equipo o su escuela gane. Y ahí es donde se presentan en un momento dado las dificultades, por eso la Federación como institución deberá tener la capacidad de conservar ese equilibrio entre las distintas escuelas, las distintas teorías, porque la calificación de las escaramuzas tiene mucho que ver con la apreciación, por lo que hablábamos de que es más que todo una situación artística, más que objetiva como pudiera ser, perdón por el ejemplo, pero meter un gol o tumbar un toro; en la escaramuza se califica lo artístico más que lo objetivo, y en el charro se califica más lo objetivo que lo artístico; es más, lo artístico a veces parecería no tomarse en cuenta para efectos de puntuación. Se califica la forma en que cae el toro y no el estilo con el que se le derriba. Hay que decir que ninguna mujer forma parte de la mesa directiva de la Federación. Absurdamente ha estado reglamentado que la mujer no puede votar ni ser votada. Y afortunadamente se modificó el estatuto y desapareció eso ahora que entramos nosotros. Porque eso es ir en contra de la Constitución, eso es ir en contra de cualquier cosa. Pero, bueno, yo también no culpo a nadie en especial, pero yo creo que en eso la culpa la tiene la mujer de no rescatar sus

derechos, ¿no? Y también de los varones de negárselos, evidentemente no somos todos, tal vez quienes en su momento han tenido el acceso a tomar decisiones si lo habían planteado. Pero espero que no volvamos a caer en la irresponsabilidad de manejarnos en ese sentido. (Entrevista con Jorge Rivera, 25/VI/2002)

Hay que decir, además, que hay mucha ambivalencia en los juicios que se hacen sobre las escaramuzas: algunos charros entrevistados dicen que no son necesarias, que «estorban» en las competencias, que «distraen» de lo que es lo sustancial de la fiesta charra:

[Con las escaramuzas] se vienen otro tipo de conflictos deportivos y ya no es la parte bonita, ya es el estorbo. Muchos charros así lo consideran, no les gusta que haya competencias de escaramuzas dentro de lo que es la competencia charra. En alguna parte de los reglamentos se estableció que la escaramuza debe de entrar a media charreada, pasando el coleadero, cuando ya van a cerrar las puertas para nada más hacer los trabajos dentro del ruedo, es cuando debe de entrar la escaramuza y presentarse a la competencia, que a muchos charros no les gusta, dicen: «no, es que nos enfrían, nos bajan las pilas». (Entrevista con Adán Leyva, 4/V/1999)

La infinidad de obstáculos que las mujeres charras tienen para realizar su práctica deportiva ha generado una serie de discusiones importantes al interior de las instituciones oficiales de la charrería. Algunas de las mujeres que participan en estas discusiones denuncian no solamente un machismo muy activo entre los charros, sino también una franca misoginia (Peña en *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, 2002: 23), y han iniciado una intensa lucha contra lo que llaman «la discriminación de la mujer charra» y por la conquista de sus plenos derechos como deportistas dentro de la Federación. Inclusive han llegado a plantear la posibilidad de separarse de la Federación Mexicana de Charrería y formar una federación «aparte», pero esta idea no ha prosperado.

Hay algunos elementos que tornan casi imposible una lucha por la equidad de género al interior de la charrería, y es que es muy fácil acusar a las mujeres que luchan por ésta de ir en contra de «la tradición» y de pretender romper con el «espíritu auténtico» de la charrería. Como parece inseparable la visión patriarcal de lo que denominan «la tradición», es esto lo que se con-

sidera «lo auténtico»: que las mujeres permanezcan, obedientes, dentro de los límites del territorio femenino que los mismos varones han creado para ellas, sobre la base de lo que se considera la esencia de cada sexo, y sobre la autoridad de quienes tienen privilegios por ser quienes son los auténticos depositarios de la tradición, los varones. Una cosa es que quieran participar como escaramuzas (eso se toma como la prueba de que los charros son de avanzada y toleran «la liberación de la mujer», además de que con eso muestran su apego a la Constitución que reconoce la igualdad de derechos), pero otra muy distinta es permitir que dicha participación se realice de cualquier manera. Por eso se producen esos reglamentos tan apretados que obligan a las mujeres a que, finalmente, no vayan más allá de lo permitido. Y no solamente eso, también bloquean activamente el desempeño de las mujeres de distintas maneras. Veamos el siguiente ejemplo:

El reglamento nos concede algunos minutos antes de nuestra presentación para reconocer el lienzo; la sede puede darnos de quince minutos a media hora para tal efecto. En esa ocasión [el Congreso Nacional, en Morelia], los organizadores dijeron: no tenemos tiempo para las escaramuzas porque los charros deben correr ganado a las ocho de la mañana; si ustedes quieren ocupar otra hora lo pueden hacer». Ante esta situación, hubo escuadras que a las tres de la mañana ya estaban montadas, y eso no está bien. Hay que ser parejos. Lamentablemente eso pasa en muchos lienzos (Peña en *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, 2002: 25).

Por otra parte, el hecho de que una mujer sea una escaramuza no quiere decir necesariamente que cuestione o abandone las demás partes de su papel de género dentro de la charrería, así como su principal función de sostén de la familia, que los varones no se cansan de resaltar sin escuchar cuál es el planteamiento de las escaramuzas y sin comprender el fondo de la discusión:

Creo que están equivocadas. Han malinterpretado las cosas. Las mujeres son muy importantes. Uno de los valores fundamentales de la charrería es que integra a la familia y eso, sin ustedes, no sería posible. Cuántas mamás llevan a sus hijos a las prácticas y son las primeras en las tribunas para echar porras. ¡Participan más que cualquier charro... (Villegas en *¡Charras al ruedo!*, 2022: 24).

Sin embargo, debemos afirmar que la dificultad mayor a vencer es que la mayoría de las mujeres han hecho suyos los límites que se les han impuesto y no están dispuestas a trasgredirlos, ya que inmediatamente serían rechazadas por el mundo charro. Al parecer, ellas quieren ser reconocidas dentro de la charrería, y el precio que pagan es el sometimiento a una desigualdad entre los sexos disfrazada de tradición. Esto se puede leer cuando se les pregunta: «Bueno, si se quejan de que las limitan y no les dan su lugar, ¿por qué no hacen su propia Federación?... va a ser muy difícil que solucionen algo si siguen bajo Federación» (*Ibid*). En la respuesta a la pregunta está la explicación del fracaso de una práctica independiente de la charrería para las mujeres: en la charrería oficial no hay espacio para las mujeres que no respeten y asuman las reglas no escritas de las obligaciones de género. Si quieren modificar algo, tendrán que hacerlo en otro lugar, es decir, tendrán que dejar de ser charras, lo cual atenta contra su identidad cultural más amplia y esto es intolerable.

Sin embargo, no es solamente por estas posiciones oficiales que se mantiene la desigualdad en la charrería; la mayor dificultad está en que las mismas mujeres charras se sienten halagadas por el papel que ellas han desempeñado en la tarea de llevar a los varones a ser quienes ocupen el lugar central del mundo charro:

Claro, aunque los hijos estén grandes, una siempre escucha: «Mamá, la reata, las chaparreras»... y ahí vamos cargando todo y todavía el marido nos lanza aquello de: «¡Vieja!, ¡se te olvidó mi corbata!». Bueno, la mujer y madre charra es caballerango, entrenador, juez, chofer, valet, porrista... Todo eso demuestra que el papel de la mujer debe ser más importante. (Rojo en *¡Charras al ruedo!*, 2002: 24)

No se plantea terminar con esa carga excesiva, sino cómo obtener un mayor reconocimiento. Y, a pesar de estas quejas, todas las asociaciones charras «que se respeten» han tenido alguna vez una escaramuza, normalmente formada por las hijas y hermanas de los charros que conforman la asociación,

...que, al igual que ellos, sienten la pasión profunda por nuestras tradiciones nacionalistas, por el amor al caballo y por el culto a nuestro deporte nacido en el campo mexicano (Bello, 1993).

Las escaramuzas tienen su propio espacio, su propio tiempo, su propio reglamento y hasta su propio himno, que es muy interesante por la complejidad de elementos que conjunta: muestra la dimensión sentimental desbordada asociada usualmente al mundo femenino; se describen las piezas del traje reglamentario y los componentes del ejercicio, también se describen las emociones derivadas de esta práctica y se resaltan las virtudes de quienes la ejecutan, al mismo tiempo que se realiza una comparación con la competencia charra. Al final, se hace una mención de las escaramuzas indias, fenómeno híbrido y particular que ha provocado muchos debates entre los charros, ya que introduce elementos muy difíciles de asimilar, tanto en relación con la etnicidad, como con el género y con los valores tradicionales. A continuación transcribimos este «Himno de las escaramuzas»:

Un moño azul en el pelo
 remate de endrina trenza
 coro de voces y risas,
 de aplausos y de protestas,
 llantos que arrancan los nervios,
 risas sin causas concretas,
 sombreros bordados de oro,
 vestidos que al viento vuelan,
 arabesco de colores,
 de encajes, cintas y sedas.
 Parece coro de niñas
 que apenas se ven en tierra
 una vez en el caballo
 crecen, se yerguen, se elevan.
 La niña se hace mujer,
 al conjuro de la fiesta
 con el rumor del gentío
 y el son de «Las Coronelas».
 Al paso, al galope corto,
 galopando a rienda suelta,
 siempre sin perder su ritmo

siempre con sabia cadencia,
 sin perder su señorío,
 ante un peligro que acecha,
 avanza la escaramuza,
 como un ramo de violetas.
 Violetas por lo sencillas,
 porque su risa es discreta
 porque la suerte ejecutan
 sin desplantes que molestan
 sin desdén en la mirada,
 sin vanidad ni soberbia.
 Sin embargo, son artistas,
 artistas a su manera,
 relámpagos de domingo
 que en veinte minutos cesa;
 pero que pide semanas,
 años enteros de brega
 sin más premio que un aplauso,
 una flor, una preseña
 o un diploma amarillento
 que algún viejo charro entrega

cuando se anuncia el casorio
 y se retira la reina
 honra de la charrería
 sin vuestra gracia y belleza
 los lienzos serían tristes
 sin más color que la jerga
 la bien sobada gamuza
 de trajes y chaparreras
 y los tres colores charros
 que por serios, nunca alegran.
 Las tradiciones del charro
 son las mismas, son eternas,
 por más que cambie el caballo,
 por más que el jinete quiera;
 la cola es siempre la cola,
 la terna siempre es la terna,
 el pial será siempre pial,
 y la mangana certera,

será a pie o será a caballo
 la misma sobre la arena.
 Tan sólo la escaramuza
 en cada jornada es nueva,
 en su inspiración es libre,
 en su juventud es fresca.
 Rarámuris tarahumaras
 con su cinta en la cabeza,
 con sus túnicas de manta
 montando en pelo su bestia.
 Con antorchas en las manos,
 de noche encienden estrellas,
 brillan menos que sus ojos
 pero encandilan al verlas.
 Polícromas adelitas
 que reviven nuestras gestas
 con marichis en Jalisco
 y con campanas en Puebla.

Dentro del panorama nacional, son los Charros de Jalisco la única asociación que nunca, desde su formación en 1919, ha tenido equipos de escaramuzas, cuestión que narran con cierto orgullo y que sostienen sobre la base de una supuesta naturaleza conflictiva de las mujeres y de una necesidad de protegerlas, dada su fragilidad. Dice Gabriel Sánchez, miembro de dicha asociación:

Bueno, es una tradición [no tener escaramuzas]; tratar con la mujer es muy difícil ahorita en estos tiempos. Si la asociación tiene un compromiso [...] con la escaramuza y ya ahorita en estos tiempos, la mujer se enoja con el novio o que el papá la castigó y ya no va, ya el compromiso quién lo va a cumplir. Nos ha tocado que nosotros invitamos a una asociación con una escaramuza y a última hora cancelan la escaramuza que porque hubo problemas dentro las mismas mujeres y todo. Entonces, por esa razón no hemos tenido, y aparte sí es peligroso; ahí con nosotros montan a caballo muy bien, les gusta hacer sus movimientos, pero no en plan de competencia; entonces, por tradi-

ción, inclusive a las mamás no les gusta, pues, como ellas no fueron escaramuzas, entonces eso te van transmitiendo, entonces... (Entrevista con Gabriel Sánchez Sánchez, 2/xi/1999)

Otros charros utilizan otros argumentos para rechazar a las escaramuzas. A continuación un argumento que tiene que ver con el manejo del caballo:

No me parece nada, nada, nada de apropiado [eso de las escaramuzas]. Y menos en la forma que lo hacen, me parece que las escaramuzas, si es por el montar a caballo, eso está bien porque sí hacen ejercicio, pero que se vayan en las mañanas, aparte. Las escaramuzas tratan mal al caballo; al caballo no hay que tratarlo mal; el caballo es un animal que debe ser uña y mugre con el jinete. Y estas niñas a cuerazo y a cuerazo, jalones y le pegan y le jalan, le sacan sangre con las espuelas, tratan mal al caballo que no se lo merece, el caballo debe tratarse con cariño, con cuidado para que sea el amigo del hombre que le ayude a trabajar y hacer las suertes. Eso por un lado, por otro lado, sirven exclusivamente para que a los papás, y sobre todo a los abuelos, se les abra la boca, se les caiga la baba por presumir a sus hijas y a sus nietas y pagan lo que sea para llevar los caballos; ahí les compran caballos, unos los contratan a un verdadero precio para las escaramuzas. Se amarran el vestido, montan engarruñadas, eso no está bien. (Entrevista con Hugo Barragán, 24/i/2002)

El mundo charro de Jalisco tiene un proceso de incorporación de las mujeres a la práctica deportiva, muy marcado también —al igual que todo lo demás— por sus valores más importantes. Lo más interesante es que encontramos en el relato de las mujeres sobre la creación de los primeros grupos de escaramuzas en el estado, ese mismo espíritu difícil de domar que hemos reconocido en los habitantes de occidente, y, de manera especial, entre los charros. Las mujeres también presentan esos rasgos y son visibles en sus prácticas, aunque muy pocas veces trasgreden los límites del género que sostienen a hombres y a mujeres en sus claros y separados ámbitos de acción. Esto nos hace concluir que, aunque aparecen como respetuosas del orden charro de género, las mujeres charras están lejos del estereotipo de la mujer pasiva, sumisa y obediente. Su práctica las revela como personajes activos, valientes, determinados y de gran fortaleza.

En Guadalajara, la primera escaramuza fue fundada en 1972 por Ana María «La Prieta» Zermeño, nieta de dos reconocidos charros: Andrés Z. Barba e Ignacio Zermeño Padilla. Su padre, sus hermanos, sus primos, su marido e hijos han sido charros y ella misma reconoce «traer la charrería en la sangre». Desde niña vivió en el mundo charro, cerca de los caballos y dentro del lienzo. Montar a caballo fue una actividad que practicó siempre y uno de sus pasatiempos favoritos eran los paseos a caballo por los alrededores de Guadalajara. No solamente aprendió el amor a la charrería con todo lo que implica, sino que también participó de distintas maneras en apoyar todas sus actividades, y además, experimenta el orgullo de pertenecer a su familia y de ser quien es. Se trata de una mujer fuerte, decidida y directa, que está casada desde hace mucho con un charro que ha participado en distintas asociaciones y que fue de los fundadores de la Asociación de Charros del Vergel, ya desaparecida. «La Prieta» tiene cuatro hijos ya crecidos, dos varones y dos mujeres. Las dos hijas son escaramuzas de Las Alteñitas y los dos hijos han sido charros, aunque ahora no están en ningún equipo. Sin embargo, el mayor (que tiene alrededor de 25 años), José Eduardo, es ahora el sucesor de su madre al frente de la escaramuza Las Alteñitas, ya que es su entrenador. También charrea a veces y es muy buen charro, pero no pertenece a ninguna asociación ni participa en los campeonatos. Ha preferido dedicarse al atletismo, pero el mundo charro es el suyo: conoce perfectamente su funcionamiento, sus códigos y valores, y los reglamentos y estatutos para las competencias. Coinciden en él la dimensión tradicional de la charrería jalisciense y el más decidido impulso deportivo.

Mientras no hubo escaramuzas en Jalisco, la participación de las mujeres en la charrería era solamente como público que apoyaba y aplaudía a los papás y a los hermanos, o atendiendo a los charros de casa y a los que venían de fuera a competir a Jalisco. Su papel era importante en el convivio familiar que se hacía por sistema después de las charreadas: se cocinaba, se servía la comida, se atendía a los comensales. En esa época llegaron a venir a Guadalajara las escaramuzas de otras asociaciones. Una mujer charra recuerda esas primeras ocasiones:

La primera escaramuza que vino fue de La Nacional y, cuando la vi, lloré de emoción. Luego hubo otra escaramuza que formó una muchacha que se había casado con un

muchacho de Tepa, charro. Cuando la vi por primera vez, ella entraba a las charreadas calando el caballo. Era una novedad, porque las mujeres no teníamos nada que ver ahí. ¿verdad? Luego, ya las escaramuzas fueron proliferando. Los charros se molestaban mucho, que cómo estaban ellos en su charreada y entraban todas las viejas y andaban a vuelta y vuelta para todos lados: «Caramba, tan emocionados que estábamos en la charreada.» Pero en ese entonces ellas no tenían orden, donde entraban a un lienzo a ver quién las sacaba porque andaban nomás para allá y para acá... Imagínate la situación, a media charreada, todos los charros a los cajones y entra la escaramuza, ay Dios mío. Pero con el tiempo esto fue cambiando, y ahorita una escaramuza dura ocho minutos, a lo más. Entonces llegan pero si matadas, tienen su programa y hacen de volada en ocho minutos todo y salen. Y ya ahora es algo aceptado. (Entrevista con Blanca Barba, 4/XI/1999)

Los charros del estado de Jalisco de mayor edad no ven en las escaramuzas ningún logro para las mujeres, lo cual parece tener que ver con que tampoco veían ninguna ventaja en pertenecer a la Federación. De hecho, el rechazo a la Federación se basa mucho en la transformación que la charrería sufrió al pasar de ser «una práctica amistosa» a una competencia deportiva, lo mismo que sucedió con las mujeres en la charrería.

La escaramuza es una diversión de cuando empezó la liberación de la mujer. Había muy buenas jinetes en esas escaramuzas, pero no igualan a las que había cuando yo fui charro. Antes eran gentes de a caballo, que en el campo hacían todo lo que hacen las escaramuzas, montadas a horcajadas, como uno. Mis hermanas, todas, sabían montar, y bien.. Cada 14, cada desfile del 14 o del 16 de septiembre a mí me tocaba tenerles todo listo. Mi padre, el presidente de la asociación, me aventaba la chamba de invitar a las muchachas, conseguirles la ropa y tener listos los caballos. (Entrevista con Pablo Barba, 18/II/2002)

La escaramuza que formó «La Prieta» Zermeño, llamada Las Alteñitas de Guadalajara, si bien no es la más antigua de Jalisco (al parecer, para entonces ya existía otro grupo de escaramuzas en Poncitlán), sí es la que ha permanecido más tiempo: treinta años ininterrumpidos. Este grupo de mujeres a caballo nació en la asociación de charros La Alteña, que entrenaba entonces

en el Lienzo Zermeño. Después La Alteña se fue a un lienzo en Zapopan, pero la escaramuza permaneció en el Zermeño, ya que las integrantes tenían más nexos familiares con este territorio; la gran mayoría de las muchachas se quedó ahí, pero hubo quienes también se fueron con La Alteña y entonces formaron otra escaramuza: Las Alteñitas de Zapopan. Aunque el nombre de la escaramuza original se debía a la asociación La Alteña, el nombre no se le cambió a la escaramuza original cuando hubo esta primera ruptura.

El proceso de formación de equipos de escaramuzas en Jalisco fue un proceso difícil. No solamente había que remontar una tradición —que se vivía como honrosa por parte de los charros— de machismo y exclusión de las mujeres de la charrería, sino que había que desarrollar mucha creatividad para formar los equipos, hacer las coreografías, contar con espacios para entrenar y luego con las oportunidades para mostrar el espectáculo. En este proceso, el elemento facilitador fueron los lazos familiares. A propósito, nos narra Ana María Zermeño:

Yo soy de familia de charros de siempre, por mis dos abuelos: Ignacio Zermeño Padilla y Andrés Z. Barba, que se considera el patriarca de la charrería. Me acuerdo que mi papá cuando todavía era del equipo de «Los Bigotones» en Jalisco —porque mi papá fue del equipo de «Los Bigotones» —, yo ya traía desde entonces la inquietud de montar y empezamos a juntarnos allá en el lienzo y entrenábamos en el estacionamiento de los coches porque los charros no nos dejaban entrar al lienzo. Discurrían que estaban ellos entrenando. Y buscábamos las horas en que no había entrenamiento e íbamos de última hora, y ellos entrenaban y no nos dejaban a nosotras; decían que las mujeres tenían que estar en su casa. Y todavía hay asociaciones que así lo piensan, como Charros de Jalisco; ahí lo siguen pensando por eso nunca han hecho una escaramuza. Decían que las mujeres no tenían por qué estar metidas en esto, que eso era cosa de hombres y que, aparte, los caballos se les descomponían si los montaban las hijas; pero en mi familia era al revés, decían que nosotras les trabajábamos los caballos y ellos los tenían trabajados para cuando los ocupaban. Las mujeres no tenían su propio caballo. De por sí con una familia charra a cada quien tenerle su caballo para cada cosa, pues es pesado. Digo, hay quien lo hace, pero lo ideal es que tengas un caballo que te sirva para varias cosas. Entonces, yo ya traía el gusanito desde entonces y cuando tuve la oportunidad acá en el lienzo charro, en el Zermeño, me dijo mi

papá, «pues ahora sí que, mijita, aquí está el lienzo, haz lo que quieras porque estás en mi casa». Y fíjate que yo nunca pensé en formar una escaramuza, invitaba amigas y nos juntábamos a montar a caballo, organizábamos muchas cabalgatas acá para Zapopan que todavía estaba muy despoblado, y era padrísimo, ¿no? Y de ahí empezamos: «oigan ¿por qué un día no le calamos a hacer los movimientos como escaramuza?», y así lo fuimos calando y lo fuimos calando y, cuando menos pensamos, debutamos en el 72, en diciembre del 72. (Entrevista con Ana María Zermeño, 29/v/2002)

Cuando comenzaron a proliferar los equipos de escaramuzas en Jalisco, su trabajo se presentaba en las charreadas y, aunque algunas asociaciones rechazaban su participación o se negaban a invitarlas, otras apoyaron la formación de equipos y la presentación de su espectáculo. Estas presentaciones se hacían, en la primera época de su formación por el gusto de participar y por apoyar a las asociaciones de charros, y no había todavía competencias de escaramuzas y su existencia era, en cierto modo, informal.

En esta época fue interesante encontrar que el énfasis se ponía no en producir un espacio especial para las mujeres, sino en incorporarlas mediante el dominio de la técnica correcta para manejar el caballo. De hecho, podríamos afirmar que la *deportivización* de la charrería fue el elemento que consagró la separación de los mundos de hombres y mujeres dentro de la charrería. No es que antes no se diera esa separación, pero en tanto que se privilegiaba el ambiente amistoso y familiar, estos nexos aseguraban unas relaciones de género también inequitativas, pero también más flexibles y fluidas:

Me pidieron que enseñara a unas niñas y empecé en «La Tapatía» con un grupo de amigas de mi hija, las hijas de Carlos Guzmán, Leonor Cuevas, las hijas de Marcelino Gómez, las hijas del ingeniero Álvarez Tostado, un grupo grande de niñas que querían aprender a montar y querían ser escaramuzas. «Primero vamos aprendiendo a montar, luego hagan todas las payasadas que quieran, yo a escaramuzas no las enseño; yo les enseño a montar». Tengo yo 35, 40 años montando a caballo, hice equitación inglesa, salto, polo. Entonces les enseñé a montar, pero sin amarrarse al estribo; luego, por ejemplo, que en un momento dado las hacía yo que anclan el otro pie, les dije: «Se les rompe el estribo, se les zafa el pie, en vez de caerse brincan el pie y se quedan a horcajadas, que se sienten más seguras que con el otro pie por un lado y sin estribo y

hacer galopar largo, galopar corto, sin tener que pegarle al caballo y simplemente con el impulso, un poquito con la pierna, es decir, a manejar el caballo bien. Montaban de lado, de lado, pero si en un momento dado, decir a ver, ahora brinquen el pie derecho; luego trotaban, luego lo volvían a hacer, para que tuvieran elasticidad arriba del caballo y no dependieran del esfuerzo ni del estribo, que dependieran de su equilibrio, que es una cosa interesante, no que en el salto de un de repente se les zafan a uno los estribos y tiene uno que seguir; en el polo, lo mismo, si no depende uno del estribo, es decir, el estribo es una ayuda, pero no es indispensable; el que depende de eso, pues por cualquier cosa se le zafa y se cae. Y me dio mucho gusto porque en realidad las muchachas, muy bien todas esas muchachas. Después unas formaron escaramuzas, hasta mi hija formó una escaramuza, pero se acabó porque se cayó una vez en Tecomán o en algún lugar equis. Yo me quedé, mi señora corrió por la orilla porque se cayó, se dio un porrazo y se quedó en el barandal y sabes qué, no más... (Entrevista con Ana María Zarmeño, 29/v/2002)

Poco a poco el proceso de institucionalización de la charrería y la implantación de regulaciones por parte de los organismos oficiales fueron jalando a su lógica también a las escaramuzas, que debieron comenzar «a federarse», a regirse por estatutos y reglamentos, y a competir entre sí.

Fue a partir de 1993 o 1992 que ya se establecieron las escaramuzas como una parte competitiva de la charrería, porque antes no competían, antes iban, eran parte nada más, era la parte bonita de la charreada. Usted se reunía con sus compañeras, sus amigas, hermanas y se iba al congreso acompañando al equipo del papá o de la familia, y ya, terminando la charreada se daba la escaramuza; ya era la parte bonita de la competencia. Sí, eran muy admiradas, muy aplaudidas y todo, ahorita también... pero entraron a una..., ya entraron a los conflictos deportivos, que si yo te voy a ganar... Ya hay un juez especial, una mujer juez que va a calificar desde cómo se visten, ahí si mucho cuidado con cómo se visten, hasta los aretes deben estar bien, bien especificados, el moño, la trenza, el sombrero, las botas, la espuela, el vestido, todo, todo, la faldilla y los calzones también debe de estar, o sea calzones largos, no el interior; entonces, todo debe estar bajo estricto reglamento, si no lo trae apropiadamente ya son puntos malos que le va quitando; entonces, ya se vienen otro tipo de conflictos, deportivos, y ya no es la parte bonita, ya es el estorbo. Muchos charros así lo consideran, no les gusta que haya com-

petencias de escaramuzas dentro de lo que es la competencia charra. En alguna parte de los reglamentos se estableció que la escaramuza debe de entrar a media charreada, pasando el coleadero, cuando ya van a cerrar las puertas para nada más hacer los trabajos dentro del ruedo, es cuando debe de entrar la escaramuza y presentarse a la competencia, que a muchos charros no les gusta, dicen: «No, es que nos enfrían, nos bajan las pilas»; es lo que dicen, pue. (Entrevista con Adán Leyva, 4/V/1999)

Esta situación fue bien recibida por algunos grupos de charros, quienes manifestaron que,

Es muy satisfactorio el apego y respeto a la tradición del atuendo de escaramuza y de charra, pues, como recordamos, no existía ningún orden y si se trata de seguir una tradición, y si las damas deseaban seguir participando dentro de la charrería, era imperativo tener un parámetro para que todas las mujeres charras se mantuvieran estrictamente apegadas a lo auténtico, basados en el origen de la primera escaramuza charra y en la idea de la Adelita revolucionaria, en otras palabras, montar a mujeriegas y de ningún otro modo y utilizar el vestido de ranchera o bien el de charra y con sombrero ancho que brinda identidad y protección (Pliego, 1998: 23).

Es muy interesante observar que el origen y la severidad de reglamentos para escaramuzas, tanto del atuendo como de los arreos, así como de la competencia, son tomados como un indicador de «la disciplina de las damas deportistas» (*Ibid.*). Pero también hay que observar que la rigidez en la aplicación de dichos reglamentos parece conllevar una intención de sometimiento de las mujeres para que no pretendan salirse de aquello que marca su lugar de género: su atuendo y su postura sobre el caballo.

Las escaramuzas, además de preparar sus rutinas y cabalgaduras, han de tener listos y completos sus atuendos para una exhibición o, más aún, para competir, pero qué orgullo para las damas que montan en alguna escaramuza presentarse como mandan los cánones, ha sido una labor intensa que no puede tener descanso y a la vez garantía para todos nosotros saber que nuestras charras llevan a cuestas la tradición vigente del atuendo auténtico y la monta a mujeriegas (*Ibid.*).

Entre las escaramuzas de Jalisco, como señalábamos más arriba, este proceso de institucionalización no fue sencillo, ya que se interpretó como la ruptura del espíritu auténtico de la actividad que las escaramuzas desarrollaban —al igual que los Charros de Jalisco interpretaron la presión que se ejerció sobre ellos para que se federaran en los años treinta. La transformación que las escaramuzas sufrían al pasar a formar parte de la Federación, al competir y someterse a reglamentos y demás normas institucionales, fue vivido como la pérdida —y hasta la traición— de los valores que le dieron origen: el espíritu familiar, la amistad, la solidaridad, el dominio de la disciplina ecuestre, pero también la permanencia de las mujeres dentro de su papel de género, dentro de los límites que éste marca para ellas y lejos de pisar las fronteras del mundo masculino. Dice «La Prieta» Zermeño:

Mi escaramuza, después de treinta años, tiene tres meses apenas que se federó, cosa que yo nunca había querido. Porque eso no era lo que buscaba en una escaramuza. Yo, al formar una escaramuza, lo que pensé fue en que la familia pudiera participar, en que fuéramos las mujeres con gusto a la charreada, no con aquel agobio que van ahora por la competencia; pues sí íbamos por ver a los charros, porque les íbamos a dar de comer y eso; pero, digo, qué diferente es que tú participes ¿no? Más si te gusta el caballo y demás. De hecho, ese fue el motivo por el cual yo quise formar una escaramuza, y aparte, vi que a mi papá le llenó de satisfacción y que mi abuelo, bueno, se sentía orgulloso de mí. Pues todo te hace decir «¡ay, qué padre!». Entonces, ese fue el motivo por el que yo formé la escaramuza. Y las escaramuzas que se federaban, dejaban de ser lo que yo pensaba, porque has de cuenta que las escaramuzas tenían competencias en un lado, los papás en otro lado, los hermanos en otro lado, se peleaban entre sí porque ocupaban el caballo, porque ocupaban el remolque, porque... ¡todo! Y ya no era lo que yo buscaba; aparte que la escaramuza siempre era un grupo muy padre de amigas y convivíamos tanto y compartíamos tanto, éramos muy amigas y ya cuando competías se perdía aquel encanto porque haz de cuenta que fulanita que se cayó, y en vez de ir a ver qué te pasó, «¿no estás lastimada?», casi, casi le echaban la viga porque por su culpa iban a perder. Hay muchas cosas que no me gustaban, muchas. A mí me tocó ver muchachas que se caían del caballo, que se quebraban las clavículas y que lloraban, pero lloraban más de la mortificación, de la regañada que le iban a poner sus compañeras que de lo que le dolía; por eso dije ¿qué es esto? Mis niñas están acostumbradas a que,

¿se cayó fulanita? «oye, hija, ¿qué te pasó, te lastimaste? Da tres pasitos, ¿puedes? Si puedes subirte, súbete y si no, pues sacamos el compromiso como sea». Me tocó ver que se apedrearan escaramuzas, que se ponchaban las llantas en las estatales, que se desgreñaban casi. ¿Qué onda? ¿Voy a entrar yo a eso? Yo no tengo ninguna necesidad de nada. Muchas escaramuzas lo hacen porque es la forma que tenían de ir a un Congreso Nacional Charro porque antes iban las escaramuzas que acompañaban a su equipo de charros; si el equipo no pasaba al congreso, la escaramuza ya no iba. Y ahora con esto, la escaramuza va por su parte y los charros por su parte, cosa que tampoco yo estaba de acuerdo porque nosotros íbamos a los congresos charros a apoyar a nuestro equipo, si nuestro equipo nos decía «oigan, muchachas, traemos un caballo que se pone muy nervioso ¿qué tal si ustedes en vez de entrar a media charreada entran al final?» «Por supuesto», si íbamos a apoyar a nuestro equipo, nuestro equipo era el que iba a hacer los puntos; nosotros íbamos a hacer el lucimiento de la charreada. Y ahora no, ahora la escaramuza a pelear el lugar en la charreada, como lo pelean los charros. Pero bueno, las hijas crecieron y ahora a ellas les gustó y ya les dije: «pues ustedes saben que yo nunca he estado de acuerdo con esto, pero si ustedes lo quieren, qué se va a hacer». Y ahora tienen tres meses que se federaron, acaban de entrar a la estatal hace tres semanas, quedaron en segundo lugar, cosa que fue increíble porque, pues nunca lo habían hecho. Nosotras éramos totalmente independientes, hacíamos lo que nos daba nuestra soberana gana; ahora ya esto te implica muchos cambios, desde el tipo de albardas, o el moño del pelo, dijeron que hay que cambiarlo que porque en el reglamento dice que no hay que llevar moño, sino flores o no sé que, lo cambiaron. Yo, la mera verdad, se me hace un reglamento tan nefasto, lo poco que sé del reglamento porque no me he puesto a leerlo así, conscientemente, que no, se me hace como que se fijan en muchas cosas muy secundarias y no en cosas importantes, tales como, por supuesto, que sepas montar bien, que sepas mover bien el caballo, que domines tu cuerpo arriba del caballo, y no estarse fijando en saber qué moño te pones, por ejemplo. (Entrevista con Ana María Zermeño, 29/v/2002)

De esta manera vemos que la fortaleza que se muestra para defender esos valores de la tradición charra, la determinación para defender las propias convicciones y el principio de autonomía no significan, de ninguna manera, «querer brincarse las trancas» que el género marca para las mujeres en la charrería. Es muy interesante cómo, sin embargo, dentro de ese dominio

restringido y cerrado, se logra articular estrategias y vías para la acción de las mujeres.

«La Prieta» Zermeño es una figura central en el mundo charro de Jalisco, particularmente entre las mujeres charras. No solamente fue pionera en impulsar su participación en las escaramuzas, sino que ha sido muy activa en poner límites a las disposiciones del centro. Relata lo siguiente:

Muchas de las escaramuzas del estado se formaron conmigo y, todavía ahora, a nivel nacional, me hablan y me piden cosas, como por ejemplo que fuera yo la vocal de las escaramuzas de Jalisco en la Federación, que porque si yo apoyaba a Jalisco, pues ya estaban aseguradísimo; pero yo les insistí en que no estoy de acuerdo con eso. Primeramente a mí me pidieron que me federara y me querían nombrar la cabeza aquí del estado y demás y yo les dije que no. «Es que si tú te federas y tú apoyas, las demás escaramuzas más fácilmente lo harán» «Si, pero como no estoy de acuerdo, no lo voy a hacer». La cosa surgió cuando fue el Campeonato Nacional Charro, aquí en Guadalajara, que quince días antes de que empezara el campeonato nos citaron para una junta; fuimos a la junta, con el vocal de la Federación que era un hermano de Gabriel Sánchez, Javier, y ahí nos dijo que había «unas cosas nuevas» en cuanto a escaramuzas; que ahora nos teníamos que federar, que teníamos que pagar una cuota a la Federación y que teníamos que aprendernos el reglamento; yo le dije: «Ah, okey, Javier, ¿y esto para cuándo o qué?» «Ya para dentro de quince días». Le dije: «Cálmate, ¿es para quince días? —digo— las escaramuzas quedamos de participar en el congreso charro dentro de quince días, ya tenemos nuestras rutinas y nuestras cosas que vamos a hacer ¿cómo a estas alturas nos dices que tenemos que ver un reglamento?». O sea, de qué se trata, ¿no? «Es un requisito, meramente es un requisito. Nada más hay que hacerlo para que los de la Federación estén conformes y que no se qué.» «Oye, no, Javier, esto no es una jugarrera. ¿Y qué?, ¿no nos merecemos una atención de que nos diga 'oigan qué les parece esto, va a haber un seminario para explicarles cómo va a ser el reglamento?» Yo no sé si fue cosa de que lo dejaron a última hora o cosa de la Federación que lo dejó a última hora; pero a mí se me hizo una cosa muy poco formal, muy poco seria, y le dije: «Yo creo que nosotros nos merecemos otro trato, digo, como cualquier persona, esto no está bien hecho y, como mujeres, yo creo que una atención es lo que debían haber tenido» —cosa que es bien difícil, que te la tengan—. Entonces yo le dije: «¿Sabes qué?, no» «Pero es que no me puedes hacer eso, yo soy el vocal y

necesito apoyar, necesito que tú me ayudes» «Discúlpame, Javier, pero no, no estoy de acuerdo y yo no voy a bailar al son que me toquen». Y no me federé. Y a los quince días teníamos la presentación y no estamos porque era requisito estar federado. Con el dolor en el alma, no fuimos. Otras sí fueron, la gran mayoría, pero nosotras no. (Entrevista con Ana María Zermeño, 29/v/2002)

Esta postura de «La Prieta» acarreó diferentes reacciones, tanto entre los charros como entre las mismas escaramuzas, que la acusaban de que no quería renovarse, desarrollarse más, aprenderse los reglamentos y competir:

Mira, a lo mejor fue cómodo de mi parte porque también, digo, federarse implicaba estar más en la pelea, estar más preparadas, estar más avispada, más al día; y yo con mi escaramuza lo que yo quería era dar un buen espectáculo al público, pero sin exponer a mis niñas; en ese momento, todos estos años, mis muchachas eran las que están ahorita, pero estaban chiquitas, yo las estaba cuidando; la gran mayoría son mis sobrinas y casi siempre traemos a una chiquita, hay de todas las edades. Ahorita la más chiquita tiene seis años, apenas la empezamos, en los entrenamientos ella monta acá solita. Ahí se van fogueando, se van fogueando en lo que alcanzan a las demás. Pero te digo, yo siempre trato de cuidar a mis niña. Bendito sea Dios, nunca hemos tenido accidentes, siempre viajamos con la familia, estamos con la familia y ese era nuestro motivo. Ahora, aquí en el lienzo charro tenemos muchísimas actuaciones, hay muchísimos congresos, muchísimas exhibiciones, muchísimas charreadas que nos invitan a participar y tenemos mucha participación; hay otras escaramuzas que ni lienzo charro tienen, ni asociación de charros tienen, son independientes. Y acá lo nuestro era familiar, cien por ciento familiar y sigue siendo aunque se hayan federado. Y te decía, que lo único que yo les pedí ahora —nos quedamos solas— que se federaron es que, Alteñitas nunca ha dado de qué hablar, más que para bien, nunca para mal; y que quería que no se diera, que no quería que nadie vestida de escaramuza fuera a hacer algo indebido o fueran a hablar mal de zutana, ni fuera ni dentro de un lienzo charro. Y principalmente, que no hay que ir a pelear un punto porque nosotras, les digo, somos las que somos, campeonas o no campeonas, nosotras valemos como personas y como escaramuzas y lo que ya somos en treinta años. No vamos a ir a pelearnos con una jueza porque nos vio feo y nos bajó tantos puntos, porque la calificación de las juezas es mucho de criterio. A mí hasta eso me decían «¿por qué no te federas? Todas las juezas son tus amigas», muchas veces venían aquí a las competencias estatales y las juezas llegaban

aquí a mi casa, aquí dormían y todo, y yo no competía. «Hasta eso tienes a tu favor», me decía todo mundo; es que, no voy con esto. Pero te digo, pues ahora a las niñas les gusta porque si no lo hacen ya no van a un nacional. (Entrevista con Ana María Zermeño, 29/V/2002)

Es obvio que la práctica de las escaramuzas tiene un efecto importante en las muchachas, que resulta en la adquisición de más habilidades y destrezas que las que se relacionan directamente con la escaramuza, y que, curiosamente, no coinciden con las que, de manera explícita, suelen estimularse en la educación de las niñas. Nos referimos a la disciplina, la fuerza de carácter, el autocontrol, la capacidad de trabajar en equipo, de tomar decisiones, el valor, etc.

Dos días a la semana a entrenar, durante hora y media o dos horas. Es pesado, pero, mira, eso te temple muchísimo, o sea, yo siento que es una de las cosas que te ayudan más a fortalecer tu carácter porque, por ejemplo, a la hora que vas a jalar el caballo, que estás tú sola allá, contra el viento y que el caballo está nervioso y tú más, y la adrenalina se la contagias al caballo; pero es un controlar tu persona y controlar el animal, entonces eso te llena de fuerza, te hace formar tu carácter, en pocas palabras. Yo así lo siento. Creo que ahorita ya no es el tiempo de —digo, sí, todo tiene su momento, como mamá, como esposa—, de pura dulzura y de ser tierna y de ser cariñosa en su casa y todo ¿Pero en la vida?, en la vida no puede uno estar así, en la vida te comen. Tiene uno que tener un carácter fuerte, tienes que saber salir adelante, ya no son los tiempos de ser sumisas. Yo así lo siento. Y eso les enseñé a mis hijas. Y te digo, yo siento que montar a caballo te ayuda mucho a formar tu carácter, mucho. Y esa era otra de las cualidades que yo le veía a la escaramuza. Primeramente, el unir la familia; segundo, el que te ayudaba mucho como persona a tomar decisiones. Yo era muy de las de «¿tú qué me aconsejas, tú cómo le harías?», yo era muy así y con esto, caramba, digo, tiene uno que saber hasta donde y eso a mí me ha ayudado mucho. Aquí en el Lienzo Zermeño siempre hay muchas exhibiciones para colegios, para orfanatorios, para templos que están en construcción y también eso les hago ver a las niñas, que es una forma de ellas, con lo que saben hacer, es cooperar para una obra social. Hay muchas escaramuzas, la gran mayoría, que ya cobran por actuar o las invitan a competir a algún lado fuera y cobran todos sus gastos, así. Y nosotras, hasta ahorita, hasta estas fechas, actuamos para eventos de beneficencia, pero se los hago ver a ellas para que vean que ellas también, al

hacer lo que les gusta, pueden cooperar en algo. Entonces te digo, he matado varios pájaros con la escaramuza, siento que de esta forma también están, te digo, cooperando para obras sociales, les ayuda a ellas en su persona. Y el vivir en un grupo también te implica muchas responsabilidades porque tienes que pensar, por ejemplo, en que yo tengo una fiesta hoy, pero las demás van a ir a entrenar y si no voy a entrenar las voy a perjudicar, o sea, tienes la responsabilidad y la tienes que hacer. Es decir, la responsabilidad de estar en un equipo. (Entrevista con Ana María Zermeño, 29/v/2002)

¿Cómo es que todas estas habilidades y destrezas aprendidas en una práctica ecuestre tan sofisticada y arriesgada, pueden ser contenidas y limitadas para impedir una lucha abierta por la equidad de género y que no se desborden en una reivindicación de un principio de autonomía que cancele la subordinación y el sometimiento de las mujeres, tanto a los varones como a las instituciones de éstos y sus reglas? La respuesta implica gran complejidad, ya que se involucran distintos planos de análisis. Sin embargo, podemos afirmar que si hay algo que la charrería produce, como grupo cultural, de manera innegable y sólida, es la identidad charra compuesta principalmente de los valores que hemos mencionado. Quebrar el orden de género consustancial a la tradición charra significa socavar la propia identidad y traicionar el mundo de dichos valores, lo cual es algo sumamente problemático.

Al parecer, las únicas que se arriesgaron a apartarse del marco de la charrería para su práctica ecuestre, fueron las escaramuzas indias, que nacieron en Ciudad Juárez en 1962 y que fueron, a lo menos, desconcertantes para todo el mundo:

Las escaramuzas indias, pues fue una tradición bonita, pero era demasiado riesgoso, yo siempre pensé y dije «jamás dejaría a una de mis hijas hacer eso». Montan a pelo y a mí me tocó ver a unas en mis tiempos, unas de Lagos y has de cuenta que paraban el caballo y quedaban colgadas del pescuezo y no, no, no, que yo decía, no se me hacía muy femenino, porque digo la monta de nosotras es muy femenina, es muy bonita. La escaramuza es femenina porque pues, van sentadas de lado, en albarda y es muy estética la forma en que montamos nosotras; digo, como que a pelo y de india siempre se me hacía así como que pues muy riesgosa y muy aventada, yo las admiraba por aventadas, pero yo dije, yo jamás en mi vida me animaría ni lo haría. Las primeras que hubo fueron

unas de Chihuahua, las Rarámuris, muy bonita escaramuza y era un espectáculo en los congresos charros porque las metían en la noche y con mechones así prendidos, era bonito como espectáculo; creo que ya ahorita no podrían competir ellas porque no cumplían ningún reglamento ni nada, pero yo creo que como espectáculo es bonito. En aquel tiempo se nos hacía así como que era locura, ay, estas bárbaras; o sea, ni al caso, pero yo creo que también eso era, yo decía es que ese grupo cómo se anima. Pero también al mismo tiempo decíamos es que los charros no deberían permitir estas cosas, hasta nos indignábamos, pero era envidia, yo creo, hasta en cierta forma, porque, digo, la verdad eran muy aventadas. Decíamos que eran unas cirqueras, que las lleven al circo, decíamos, yo me acuerdo; ellas también eran de familias charras nada más, pues no sé de dónde nació eso o de dónde empezaron, pero a mí me tocó ver a las de Lagos también, hijole, eran buenisimas y luego las invitaban mucho para acá porque eran un espectáculo. Pero bueno, fueron diferentes épocas y como quiera, pues la escaramuza va a seguir siendo la escaramuza y va a seguir siendo y ojalá y dure muchos años, porque la verdad que ahora que veo a mis hijas montando y que no dejo de ver que es un peligro, es un riesgo, pero es como todo. Hace tres semanas se me cayó mi hija la más chiquita, horriblemente, espantosamente, me asusté muchísimo al grado de que llegué a pensar que a esas edades ya no montes, pero no las voy a meter a una cajita de cristal para que no les pase nada. (Entrevista con Ana María Zermeño, 29/v/2002)

Al parecer, lo que las escaramuzas indias transmitían era una idea de autonomía y de libertad que las escaramuzas charras no podían tener. Es interesante pensar que la escaramuza india era vista como una práctica «poco femenina», probablemente porque en ésta lo que se apreciaba era el riesgo y la audacia, y no la dimensión estética reglamentada como femenina en las escaramuzas charras.

Sin embargo, la existencia marginal de las escaramuzas indias fue probablemente el elemento que las llevó a su extinción, ya que ahora han prácticamente desaparecido, al contrario de las escaramuzas charras que cada vez proliferan más. En el estado de Jalisco, han sobresalido en distintos momentos los siguientes grupos: Las Alteñitas de Guadalajara, Las Margaritas, La Nueva Galicia, Las Arenitas, La Perla de Occidente, Las Arrieras, Las Florecitas del Herradero, Los Luceros de Jalisco, Las Rebeldes, Las Centinelas, Las Potranquillas y Las Adelitas.

LA MASCULINIDAD Y LA CHARRERÍA

Faenas, duras faenas reclaman al charro, pues su vida es de constante trabajo y de esfuerzo poderoso; ha de dominar lo mismo las reses bravas, que gobernar los aperos de labranza. Y todavía, después de las obligadas tareas, podrá entregarse a las suertes de la charrería, buscando esparcimiento, dureza para su cuerpo, fortaleza para su espíritu. Desea llegar pronto al hogar para disfrutar su merecido descanso, después de las fatigas diarias, que, al parecer, dan cansancio doloroso, cuando sólo es el reclamo natural de la quietud del hogar y el reposo; reclamo que se expande por el cuerpo jugando a que es cansancio, siendo fuerza; fingiendo que es dolor; cuando es calma; aparenta ser debilidad, y sólo es fortaleza.

José Ramón Ballesteros (1972: 24-25)

En el mundo charro puede observarse la construcción y el sostenimiento de un cierto modelo de masculinidad que, además de marcar relaciones de género, marca diferencias de clase, étnicas, religiosas, políticas y ocupacionales, con *los otros* que no son charros. Sin embargo, hay un esfuerzo notorio entre los charros por evitar hablar de las diferencias entre ellos, sean del tipo que sean. Con el recurso discursivo de la fraternidad, parece quererse limar la evidencia de que también al interior de esta fraternidad hay diferencias: se habla de charros de abolengo, charros profesionales, charros *amateur*, caballerangos, caporales, y otros, que corresponden tanto a jerarquías socioeconómicas, de pertenencia familiar, de estatus y de prestigio dentro del grupo.

Compartimos la idea de que las masculinidades particulares no son fórmulas fijas, sino más bien combinaciones de acciones y signos, en parte poderosas y en parte arbitrarias, formadas en reacción al y en relación con el complejo de relaciones materiales y demandas emocionales. *Esto* es lo que significa que *eso* es un hombre. Las masculinidades son entonces signos ideológicos de hombres particulares de la clase de género *hombres*, particularmente en relación con la reproducción (Hearn, 1994: 104). Las acciones y signos que en la charrería se ponen en juego son medios para probar la hombría y para reasegurar a quienes los realizan en su identidad masculina. Quienes no son

«buenos charros» son asemejados a las mujeres. Una anécdota contada por Blanca Barba, ilustra este punto:

...el charro que coleaba y que *tumbaba redonda* [es decir, hacía bien la suerte de la coleada], se acercaba y las muchachas le ponían su banda [las jóvenes hacían para las charreadas sus bandas de colores, claro los colores de la patria, rojas, blancas, verdes] y cuando no tumbaban, los esperaba una falda amarilla con holanes rojos. Si, al que no tumbaba, se le dejaban ir, lo agarraban, le ponían su falda, su rebozo y a bailar un jarabe. Era simpático, imagínate a Pablo mi hermano, con unos bigototes acá, con rebozo y a bailar zapateado. (Entrevista con Blanca Barba, 4/XI/1999)

Hay, además, una serie de expresiones lingüísticas que tienen este sentido de que lo malhecho o hecho sin suficiente vigor, está hecho por una mujer y no por un hombre, tal como «lazar *a la vieja*» [aventando la sogá al suelo para que el animal meta las patas y no lazándolo el movimiento] o el mismo «montar *a mujeriegas*».

Éste énfasis ideológico y *significatorio* puede ser complementado por la acción y la estrategia de lo que los hombres hacen para reproducir el *nosotros/ellos* como hombres o el *nuestros/sus* sentidos de sí mismos como hombres. Es decir, este modelo de masculinidad no es construido solamente para distinguir a los hombres de las mujeres, sino también a los charros de los no charros. En este nivel pueden incluirse elementos externos tales como la importancia de los distintos trajes charros cuidados en cada uno de sus detalles, los arreos, las posturas, las conductas, lenguaje y actitudes. Varios de los charros entrevistados señalan que un charro se distingue aunque no esté vestido de charro, por «su manera de ser».

En el proceso de producción de un ideal específico de masculinidad, la dimensión visual es central, por lo que una pieza fundamental en dicho proceso es la construcción de un específico tipo de cuerpo masculino,⁷ mediante la

⁷ Es interesante observar en este punto que no ocurre lo mismo con las mujeres, y esta diferencia se evidencia en el tipo de trajes. El masculino es ajustado al cuerpo, permitiendo así notar su conformación, mientras que el de las mujeres es suelto y cubre el cuerpo en su mayor parte, evitando que su forma sea evidente.

disciplina, el autocontrol, la exposición permanente al riesgo, al peligro, al daño y a la deprivación. A este cuerpo se le viste con un traje que, al mismo tiempo que permita identificar al charro como tal, realza los atributos de rudeza, disciplina y arrojo tan preciados a los charros. La siguiente cita ilustra elocuentemente este punto:

Me di cuenta que la corbata que llevaba [otro] era de esas de moño «prefabricado», costurados a un elástico y que no se deberían permitir. Aquí, con el debido respeto, me permito insistir para que la Federación tome cartas en el asunto y de una vez por todas recuperemos el atuendo como debe de ser, a riesgo de que se desvirtúe de tal manera, que vaya a suceder lo que en algunos casos se da. Es muy triste observar que hay charros que pareciera que están vestidos de chinas poblanas y eso no es justo (...) ¿No se dan cuenta de que el atuendo nacional mexicano es una tradición que ha motivado incluso la emisión de un decreto presidencial para conservarlo auténtico? ¿No se dan cuenta de que por definición la tradición no tiene nada que ver con la moda? ¡Vamos a vestirnos de charros, no de chinas poblanas! (Alberto Ángel «El Cuervo» en Ramírez, 1997: 41).

El charro, como representación, se ofrece como el símbolo de una serie de valores e ideales. Sabemos que los ideales pueden tomar formas humanas más fácilmente mediante la objetivación de la belleza (Mosse, 1996). El estereotipo del charro como *la verdadera masculinidad* tiene su poder precisamente en que, al contrario de las ideas o los ideales abstractos, puede ser tocado, visto y hasta se puede hablar con él, de manera que se convierte en un recordatorio viviente de la belleza humana, de la moral apropiada y de una muy amplia utopía. Recordemos que la percepción de la apariencia externa es básica para hacer juicios sobre el valor de la persona; la imagen visual internalizada, es decir, la imagen mental que obtenemos de lo que observamos facilita una comprensión que luego se convierte en juicio, por lo que el cuerpo que se construye y representa en un estereotipo condensa los ideales de moralidad y conducta, al mismo tiempo que una serie de valores relativos al género, el nacionalismo y la modernidad, de manera que dicho cuerpo tenga un efecto normativo. Ese proceso entraña el principio según el cual cuerpo y alma, apariencia externa y virtud interna forman un todo armonioso, un

constructo perfecto donde cada parte tiene su lugar. El cuerpo humano mismo toma así un significado simbólico.

El ideal de masculinidad que invoca el charro como estereotipo nacionalista construido en el contexto del surgimiento del Estado moderno mexicano se relaciona con las necesidades de regeneración subjetiva y nacional, y es un elemento básico para la definición de la identidad de los habitantes de la modernidad mexicana. Así, el charro fue el resultado de un proceso de búsqueda general de símbolos que hicieran lo abstracto concreto en el contexto de los inquietantes cambios de la era moderna. El charro, como estereotipo masculino llegó a ser integral en una era centrada en lo visual y marcada por búsquedas de símbolos para crear un «nuevo hombre». En tanto que el cuerpo humano tomó su forma simbólica, sus construcciones y su belleza tomaron cada vez más importancia. La masculinidad moderna se fue definiendo a sí misma a través de un ideal de belleza masculina que simboliza virtud. De esto parecen estar muy conscientes los charros más tradicionales.

Recordemos, además, que este símbolo masculino se fue depurando paulatinamente, y para este proceso de depuración fue central la oposición simbólica establecida con el elemento femenino que se ubicaba como pareja del charro: primero la china poblana, y luego la charra y la ranchera. Al mismo tiempo que en el proceso poco a poco se radicalizan más esas oposiciones (masculino-moderno-mestizo-poderoso-occidental *vs* femenino-tradicional-indígena-subordinado-oriental), el charro aparece cada vez más sin pareja, hasta el punto en que comienza a aparecer él solo en el estereotipo que representa lo mexicano. ¿Se querrá simbolizar así que, por fin, México alcanzó la ansiada modernidad y la unidad como nación?

Aunque los hombres siempre han tenido normas que marcan, por ejemplo, cómo deben caminar y pararse de una manera propia, la modernidad trajo nuevas piezas que construyeron la masculinidad de otra manera cuyo principal rasgo es la importancia de la estructura del cuerpo humano, para la cual la importancia de los vestuarios y adornos es fundamental, ya que cada elemento parece hablar de lo que ese hombre es. Y también es fundamental la disciplina corporal que construye el cuerpo buscado. En la charrería ambos elementos tienen un lugar definitivo en la construcción del cuerpo del charro: el atuendo y el deporte, ambos rigurosamente normados. El objetivo es

obtener una imagen hipermasculina que represente fielmente los ideales del México moderno.

E. Dunning ha trabajado al deporte como coto masculino, como un lugar donde se juegan la identidad masculina y sus transformaciones (1995: 323 y ss.). Algunas de las ideas que concluye pueden ser útiles para pensar a la charrería en su vertiente deportiva. Señala este sociólogo que todos los deportes son inherentemente competitivos y tendentes, por tanto, a despertar la agresión. Agrega que rastrear los orígenes de algunos «deportes de combate» modernos en una serie de juegos tradicionales populares cuya violencia trasluce su arraigo en una sociedad, que era más violenta y por consiguiente más patriarcal que las actuales; los cambios «civilizadores» ocurridos fueron sintomáticos de un conjunto más amplio de mutaciones que, entre otros efectos, aumentaron el poder de las mujeres en relación con el de los hombres. Algunos de éstos respondieron a la nueva situación de cambio en la balanza de poder haciendo de los clubes deportivos cotos exclusivamente masculinos en los que los varones podían simbólicamente escarnecer, cosificar y vilipendiar a las mujeres, las cuales en la actualidad representaban una amenaza para su posición y su autoimagen.

Las acciones y signos que en la charrería se ponen en juego son medios para probar la hombría y para reasegurar a quienes los realizan en su identidad masculina. La fiesta charra entonces, es la representación de todo un mundo de valores y normas en que el esquema de género es fundamental y en que *lo femenino* es tomado como algo negativo y temible. Como se teme tanto cualquier vestigio femenino en el interior del territorio masculino y de cada uno de los varones que lo componen, entonces *lo femenino* se coloca imaginariamente en un *afuera*, creando una distancia y buscando así tener control sobre ello. En otras palabras, si lo femenino existe solamente en las mujeres, basta con cerrarles las puertas a cierto tipo de espacios sociales, o con construirles un dominio cerrado y así fortalecer las fronteras de género, para que el modelo de masculinidad que se pretende sostener no tenga fisuras ni grietas por donde pueda colarse la sospecha sobre la integridad de dicho modelo. De aquí parte la explicación de la rudeza que se encuentra en estos contextos, que niega el mundo de las emociones por ser atribuido a las mujeres, así como de la frecuente homofobia discursiva que se encuentra general-

mente en este tipo de mundos cerrados para varones, con la que se pretende conjurar el peligro de infiltración de elementos que puedan volver equívoca la imagen de masculinidad buscada.

Esta actitud está en la base de la separación radical de los mundos de los sexos, y el interjuego que se produce entre las categorías de lo masculino y lo femenino y la valoración de cada una de éstas, determinan las relaciones entre ambos, cuestión que parece darse también en las relaciones simbólicas entre los charros y los animales.

La separación radical del mundo asignado a cada sexo tiene que ver con evitar, a toda costa, la competencia entre hombres y mujeres. ¿Qué pasaría si una mujer ganara a un varón en una competencia? A la mejor podría entonces tenerse dudas del tamaño de cada quién, o verlo con toda claridad, que es el temor que parece externarse en la siguiente cita:

Si los charros mexicanos —y sus hermanos los gauchos argentinos— desapareciesen, ¿qué restaría de la América genuinamente española?, ¿de esa América legendaria que sabe embozarse cuando va de ronda y pelea al arma blanca, y cuyas mujeres no se asoman al balcón de un vigésimo piso para ver a su amante —le hallarían demasiado pequeño— sino que le aguardan tras la reja voluptuosamente obscura y florida? (Zamacois en Cuéllar, 1928: 10)

Podría decirse que el proceso de la institucionalización de la charrería como deporte expresa, además de los elementos históricos ligados al contexto histórico ya mencionados, un elemento de género. Es decir, la llegada de los charros al mundo urbano significó la pérdida de un espacio importante compuesto por muchos vínculos afectivos con otros hombres, con animales y actividades, de tal manera intenso, que el ámbito doméstico tenía una importancia solamente relativa. Al perder sus tierras y emigrar a las ciudades, necesariamente se invirtió el peso proporcional del mundo de la charreada y del mundo doméstico, lo cual probablemente, fue experimentado como un riesgo de *feminización* de los charros, separados de la actividad que determinaba, entre otras cosas, su identidad de género. Estamos otra vez ante el esquema público-charreada-masculino vs privado-doméstico-femenino. Con esto, la fiesta charra es reforzada como medio para inculcar y expresar la «hombría», valor aso-

ciado con una ética guerrera como la que menciona N. Elias (Elias en Dunning, 1995: 329), la cual decreta que esquivar o retroceder ante los golpes del contrario es una cobardía, o lo que es lo mismo, una sombra de duda sobre la identidad de género. Así, el ideal masculino de los charros se basa en el valor, la fuerza, la rudeza, la competencia, la serenidad, la confiabilidad y la fraternidad. A la mujer charra ideal, entonces, le corresponde el retrato de temerosa, débil, frágil, incapacitada para la competencia, nerviosa, desconfiable y conflictiva.

Lo interesante es que estos valores de género ingenuamente atribuidos en el discurso a la pertenencia a uno u otro sexo aparecen en la práctica de manera móvil y flexible, de manera que las fronteras que los mismos charros levantan entre lo masculino y lo femenino se tornan confusas, ya que las mujeres que forman las escaramuzas muestran valores «masculinos» para realizar sus suertes; y los varones exhiben inevitablemente valores considerados como «femeninos», como el cuidado del atuendo. Igualmente, en el ámbito de lo doméstico, las mujeres pueden asumir valores «masculinos» —como el mando, el control, la autoridad, la fuerza— y los hombres, entonces, son situados necesariamente en una posición «femenina» se sumisión y obediencia.

Hay que decir que, así como ser «feminizado» es algo temido y vivido como negativo por los hombres, lo inverso no tiene tan grave connotación para las mujeres, quienes parecen poder mezclar atributos o comportamientos considerados «masculinos» con los considerados apropiados para ellas.

LOS CHARROS Y LOS ANIMALES

Ya hemos visto el enorme valor que representa para los charros el amor al caballo. Más allá de lo ya señalado, habría que considerar que además de éste, el ganado en general tiene significados diversos para los charros. Por una parte, son el medio a través del cual los charros pueden mostrar diferentes cosas: al establecer una lucha con la fuerza animal, pueden mostrar su dominio, su control y su fuerza, así como la capacidad de someter a una bestia superior en tamaño y fuerza. Por otra parte, brindan al charro la posibilidad de actuar la doma de fuerzas rebeldes y sin control, entre las cuales parece ocupar un lugar importante la lucha entre valores masculinos y femeninos. ¿Qué tanto podría pensarse que el animal simboliza las fuerzas femeninas que el charro tiene que llegar a dominar, vencer, amansar y hasta inmovilizar? ¿o quizá, sim-

bolizarán la masculinidad deseada y que se intenta atrapar, lazar y, finalmente, hacerla propia? El ganado podría, por lo tanto, feminizarse o masculinizarse en distintos momentos del encuentro entre el charro y la bestia.

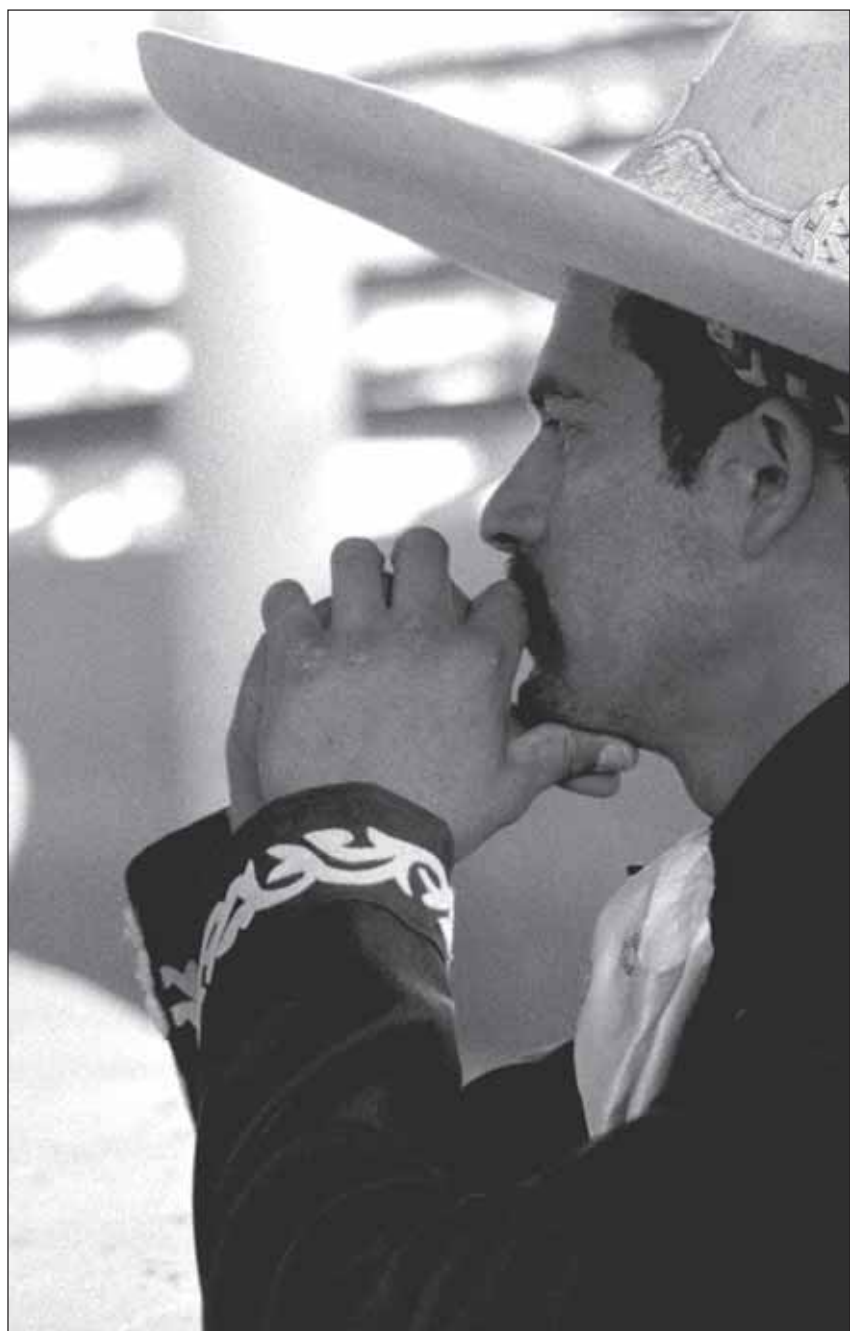
En tanto que el ganado sería visto como algo femenino, se pueden lanzar dos hipótesis: una, que el charro es retado por los animales a mostrar su capacidad de controlar lo femenino, y así reafirmarse en su identidad de género; la otra, más arriesgada, es que con los animales el charro actúa lo que en su relación con las mujeres no es posible por el respeto a que los obliga su importancia fundamental derivada de su condición de madres, pero que sí se pregona a niveles discursivos en los desplantes bravucones de los charros eufóricos. Con esto volvemos al alegato reseñado de don Andrés Z. Barba con Lola Vidrio, quien no estaba nada equivocada al suponer una equivalencia entre el caballo y las mujeres, en el mundo simbólico de los charros. La misma respuesta de Barba indica que ambos elementos son indistintamente necesarios para la identidad del charro. Este punto se ilustra en algunos de los dichos: «El caballo y la mujer, a nadie has de ofrecer», «Gallo, caballo y mujer, por su raza hay que escoger».

Si el ganado simboliza la masculinidad deseada, imaginada como fuerza bruta y como impulso indómito, lo que en la charreada se pone en juego entonces es una lucha masculina en la que se representa el drama del proceso de civilización de los impulsos básicos.

Queda por saber cómo se juega, en este contexto, el elemento del sexo de los animales, ya que no es lo mismo utilizar caballos que yeguas, novillos que terneras, en las diferentes suertes.⁸

Finalmente, además de la competencia en la realización de las suertes entre los equipos de charros, hay un juego de fuerza entre el charro y el animal, que parece remitirse, a diversos registros simbólicos. Por una parte hay una dimensión étnica que ya hemos mencionado y que se remite a la posibilidad de apropiarse y someter ese factor de diferenciación social que representaba el uso del caballo; por otra parte, encontramos también una dimensión de género ya que, por lo menos en cierto nivel, se puede observar una lucha entre valores entendidos como masculinos y femeninos.

⁸ Agradezco a Eduardo Archetti haberme hecho notar este detalle.



COMENTARIOS FINALES

Es obvio, y al mismo tiempo paradójico, el porqué de que la charrería, como deporte, haya nacido en el contexto de las ciudades y sólo posteriormente se haya extendido a las ciudades medias y a los pueblos donde, de hecho, hay una mayor práctica de la charrería como algo inseparable del trabajo del campo. Esto habla de cómo una *tradición* que encuentra sus *orígenes auténticos* en el medio rural, es de alguna manera devuelta al campo después de un complicado proceso que la ha transformado en una práctica necesariamente distinta en su definición y realización, lo que permite suponer que los significados y contenidos de la charrería actual son más complejos de lo que aparentemente se observa. Del mismo modo, en este encuentro es donde puede apreciarse más claramente que hay algo en la charrería de nuestros días que ya no corresponde con esos orígenes que se le atribuyen y que la tradición parece empeñarse en preservar. En el campo, los charros son cotidianamente charros y, por lo mismo, su atención al atuendo es menor y está más basado en criterios de tipo más pragmático que estético o emblemático; también su actitud reivindicativa es menos beligerante, ya que no necesitan estar protegiendo una identidad frente a otras; vemos entonces que es en las ciudades —territorio del exilio y, contradictoriamente, el espacio de su consagración— en donde los charros se ven forzados a producir artificial e intensivamente un mundo cuyo significado se vive como permanentemente amenazado por un contexto contra el cual se afirma y con el que tiene que establecer constantes negociaciones.

Al definirse la charrería como deporte, ésta pasa de ser algo «tradicional» a un ritual de la modernidad, de manera que al establecerse la charrería en el marco de la competencia, es ésta la que establece las pautas para las

diferencias internas, desplazando a otras diferencias de clase, de procedencia, de edad, etcétera, convirtiendo la charrería en un ritual deportivo caracterizado por producir vencedores y vencidos a través de un sistema que proporciona poder a sus practicantes, no sólo simbólico sino real y material. El deporte charro se encuentra sumergido en los códigos de la significación y de la competencia, de manera que el charro que compete incorpora un mensaje y lo comunica a los participantes y al público espectador, en una dinámica que vincula al actor como individuo representante de una comunidad específica, y a la nación como un todo. Esta combinación entre ritual moderno y tradición revelan la voluntad del Estado para construir *lo charro* como un símbolo nacional, de manera que puede decirse que las esencias charras son también producidas políticamente.¹

Hemos señalado que la creación de estereotipos nacionalistas ligados a figuras masculinas es propia de la era moderna en la que las necesidades de definición del individuo se vinculan, por una parte, con los procesos del nacionalismo y de la búsqueda de identidades apropiadas, y por otra, con la relevancia que adquiere en la modernidad la dimensión visual que otorga al cuerpo humano un significado simbólico (Mosse, 1996). Estos estereotipos tienen su base en los patrones normativos de moralidad y conducta que provienen del pasado y que se proyectan hacia el futuro incorporando los nuevos imperativos culturales, políticos y sociales. Los estereotipos tienen la función de objetivar la naturaleza humana, a partir de imágenes visuales internalizadas, formadas sobre la base de la percepción de una apariencia externa con la cual se juzga el valor de las personas. El estereotipo masculino llegó a ser integral en una era visualmente centrada, marcada por búsquedas de símbolos que pudieran crear un nuevo hombre. En tanto que el cuerpo humano tomó su forma simbólica, sus construcciones y su belleza tomaron cada vez más importancia, la masculinidad moderna se iba a definir a sí misma a través de un ideal de belleza masculina que simbolizaba virtud.

El charro reúne en su figura todos estos elementos: un discurso nacionalista moderno; una identidad afincada en un pasado mítico que se proyecta

¹ Este último señalamiento se lo debo —y agradezco— también a Eduardo Archetti.

al futuro sobre la necesidad de producir una identidad social, cultural y política nueva y acorde con el nuevo contexto; una serie de atributos morales y de conducta concretizados en un cuerpo que simboliza ideales específicos y traducidos en una dimensión visual que al mismo tiempo que le da sustancia a todos los elementos, se constituye en la prueba viviente de su vigencia como símbolo. Es aquí en donde hemos reconocido la importancia fundamental del espectáculo charro, que tiene distintos escenarios y momentos.

La charrería actual es víctima de una fuerte tensión entre las dos posiciones básicas: la primera la plantea como una tradición, y la segunda, como el deporte nacional. En relación con la primera, hemos dicho que esta tradición se construye, en cuanto tal, una vez que ha perdido su *contexto natural* y que va tomando un carácter deportivo, de manera que lo que venía siendo una práctica cotidiana de quienes se dedicaban a las labores del ganado en el campo mexicano va produciendo un relato de la charrería como un universo simbólico condensado y articulado a manera de *una tradición*. Paradójicamente, el momento en el que es más seria la amenaza de la desaparición de la charrería (al finalizar el sistema de haciendas) es el momento que la consagra como tradición (segunda y tercera décadas del siglo XX). Para constituirse como tradición, la charrería construyó un origen y un mito, que articula un relato de gran viveza imaginaria al que se fue agregando el discurso de *lo mexicano*, atravesado tanto por el registro del nacionalismo como por el del género, y que da un trasfondo místico a la charrería en su dimensión de deporte nacional.

El pasaje de la charrería de tradición a deporte fue un proceso complejo en el que se juegan distintas cuestiones relacionadas con los grandes temas en debate en ese momento histórico, en el que comenzó el proceso de transformación de la charrería, que fue la década de los treinta: la unidad nacional, la legitimidad y fuerza del Estado, los símbolos del nuevo nacionalismo, y otros. En esa época el Estado mexicano se afanaba por echar a andar una serie de mecanismos de negociación política frente a distintos actores sociales tendentes a producir un consenso nacional que garantizara las condiciones que le permitiera legitimarse y gobernar, ya que le urgía la reconstrucción y la unificación de la nación después de la Revolución de 1910. De alguna manera, desde adentro del Estado se seleccionó a los charros para ocupar

una posición especial como actores históricos en la construcción del México moderno, y así la figura del charro quedó como representante de lo mexicano, y como tal, pasó a formar parte de un imaginario social nacionalista necesario para garantizar la unidad, soberanía y definición de fronteras de la nación, capaz de legitimar al Estado mexicano moderno. Sin embargo, al mismo tiempo, dicho Estado tuvo que emprender una labor de disciplinamiento de los charros que principió con la formalización de la charrería como deporte. Poco después, se decretó su oficialización como «deporte nacional» y todavía un poco más tarde, el traje charro fue decretado «traje nacional». Las instituciones oficiales del deporte de la charrería fungieron como fieles vehículos de los intereses del Estado por disciplinar a un grupo social cuya fuerza se temía. Esto constituyó a los charros como un actor social que había que tener muy en cuenta para lograr la pacificación del campo mexicano y para tejer consensos regionales que permitieran la paz social necesaria para gobernar.

Que la charrería deviniera un deporte trajo otras consecuencias para los charros; significó, entre otras cosas, introducir en el seno de una práctica entendida como tradición la idea de la modernidad por la vía de los principios deportivos de la competencia y del éxito, así como por la producción cada vez más sofisticada de reglamentos y normas en general. La lógica deportiva, de alguna manera, *despersonaliza* las relaciones entre los charros. Rompe con la lógica familiar, el lazo sanguíneo o afectivo que deja de determinar la pertenencia a una asociación o a un equipo, y es mutada por la actual y determinante lógica del éxito o del dinero. Por otra parte, el discurso deportivo de la charrería introduce una pretendida objetividad o impersonalidad en el mundo charro en donde, se dice, lo importante es el «espíritu deportivo», que permite afirmar «todos somos iguales» ignorando las diferencias realmente existentes.

En el caso de las escaramuzas esto es muy evidente, ya que en los reglamentos hechos para ellas, el espíritu deportivo pone a la competencia por encima de los lazos humanos. Sin embargo, cuando se trata de evaluarlas, no son los criterios deportivos los que pesan más, sino los estéticos: los reglamentos de escaramuzas ponen el acento en lo femenino de la práctica y no en lo técnico; lo que se califica entonces es qué tanto se apegan a la exigencia de que las mujeres se mantengan dentro de los límites marcados como dominio

«femenino». La destreza, el valor, el dominio del caballo, se vuelven secundarios frente a los detalles ornamentales.

Estos cambios en la charrería dinamitaron sus cimientos, compuestos hasta entonces por valores totalmente distintos. No obstante, y gracias a diversos mecanismos y estrategias de negociación —el ofrecimiento de convertirse en la representación nacional, la seducción del juego de poder, la oficialización de su lugar simbólico, el otorgamiento de tierras y espacios, etcétera—, la charrería ha soportado esta tensión entre los tradicionales y los deportivos, y aún muestra su doble cara, lo que puede leerse también como la lucha entre el poder y las fuerzas de resistencia presentes entre los charros. De una manera paradójica, y hablando en lo general, las fuerzas más tradicionales dentro de la charrería son las que muestran mayor oposición al sometimiento institucional; y, por el otro lado, los que promueven el espíritu deportivo —y que también suelen ser los más jóvenes— son los que, en su práctica, parecen actuar como defensores y sustitutos del poder.

En 1993 se contaban 650 asociaciones agrupadas en la Federación Mexicana de Charrería. En 2002 se habla de cerca de 900, y hay asociaciones charras en todos los estados de la república; tan sólo en el estado de Jalisco hay 116 asociaciones (entrevista con Adán Leyva). Esto parece hablar de una proliferación de la charrería, pero en realidad se trata del resultado de su atomización, lo que puede comprenderse al pensar en el modo de reproducción del que depende la tradición charra, pero también del desgaste que ha sufrido la charrería como grupo significativo en la cultura nacional. Es innegable que el charro, aunque se sigue considerando el símbolo de lo mexicano, compete ahora con otras figuras que han entrado en el escenario mundial de los estereotipos culturales mexicanos, tales como los norteños de las bandas musicales, figuras más coherentes con la lógica de la globalización, y en las que se manifiestan las nuevas identidades que se producen bajo su influencia: identidades más flexibles, híbridas, más móviles.

La pérdida paulatina de terreno simbólico de la charrería en el panorama cultural nacional se puede observar de distintas maneras: cada vez hay menos público en las charreadas semanales; es cada vez más raro encontrar en la prensa cotidiana notas relativas a las actividades charras; se extinguen las secciones que alguna vez hubo en dicha prensa para comentar los sucesos

charros al igual que algunos órganos de difusión de la charrería; los jóvenes de las nuevas generaciones de charros entran en conflicto con las distintas ofertas identitarias que el momento actual ofrece y, con frecuencia, la charrería deja de ser la elegida, etcétera. Parecería que la charrería va perdiendo significado. Sin embargo, no se puede decir que el charro, como símbolo nacionalista, haya perdido su vigencia. Dos señales contemporáneas: la publicidad del Partido de la Sociedad Nacionalista —que participó en las contiendas federales de este 2003— es una fotografía de una muchacha con sombrero charro y rebozo. Por otro lado, acaba de formarse (noviembre de 2002), en la Ciudad de México, la Policía Charra para aumentar la seguridad en el primer cuadro de la Ciudad: sesenta elementos montados en caballos de raza Azteca que vigilarán el perímetro de la Alameda Central a petición de los directivos del nuevo hotel Sheraton Alameda y de los empresarios de la zona. Estos elementos de la policía cambiarán su uniforme azul por el traje de charro, y ellos sí podrán portar la pistola. Este parece un acto que mezcla el símbolo nacionalista con el folclor turístico, y que aprovecha los vestigios de esa función policiaca de los charros porfiristas de la guardia rural.

Es frecuente encontrar entre los charros las quejas por el poco apoyo del gobierno para la charrería, a pesar de que se ha declarado como el deporte nacional. Una de las quejas es la «falta de promoción» que está desembocando en la falta de público que suele observarse en la gran mayoría de las charreadas, y también se ha señalado la «transculturización» y la «vida acelerada» como elementos de la vida moderna que han repercutido en la pérdida de la popularidad de la charrería. Otra queja más tiene que ver con que los charros se sienten abandonados con el compromiso de conservar una tradición que debería involucrar a todos los mexicanos. No se explican que las autoridades no protejan y no promuevan más lo que ellos consideran ser lo más representativo de la cultura nacional:

Hablamos de mexicanidad, hablamos de patriotismo cuando vemos el equipo de fútbol jugar; qué bueno que juegue bien y que vaya bien y que gane. Y todos nos ponemos el uniforme de fútbol de los mexicanos y tenemos banderas en nuestra mano, en la calle cuando triunfa nuestra selección. El hecho de que nuestra selección de fútbol gane es muy bonito y muy meritorio. Pero la mexicanidad emana de otro lado, desde el orgullo

de ser mexicano ¿por qué? Tiene que ver con nuestros orígenes; el charro trae la mexicanidad dentro de él. Y sin recibir como deporte apoyo ni subsidio gubernamental, nosotros seguimos generando nuevas generaciones de charros. Y esto yo creo que debería ser labor de todos los mexicanos. Es que como deporte nacional, para mí, debería estar muy cerca de la gente; se ha alejado porque la gente no entiende de calificaciones, de puntuaciones y cómo la contienda charra se da, dónde está la competencia y la gente lo que busca es un espectáculo y, a pesar de que nosotros somos en parte un espectáculo, somos también un deporte, somos también una tradición. (Entrevista con Alejandro Palacio, 10/VI/2002)

La explicación a la amenaza de muerte de la tradición charra —y por lo tanto de la identidad nacional—, se ubica vaga y contradictoriamente en una visión de la charrería como «elitista», y como «deporte caro», ya que ser charro no consiste solamente en querer serlo y en saber ejecutar las suertes, sino en contar con una serie de elementos que lo hacen una práctica costosa y compleja; además de la necesidad de tener caballos y otros animales, y el lugar para albergarlos, los trajes charros, montura y demás arreos, también son necesarios los nexos personales dentro del mundo de la charrería para permitir la aceptación de un nuevo miembro, y de toda una infraestructura humana que apoye su realización: aquellos que cuiden los animales y a quienes se empeñan en el aprendizaje del deporte. Por otra parte, se niega que sea un deporte elitista, apoyándose en el gusto que la afición muestra por la charrería —a pesar de que también hay una queja porque poco a poco la afición va disminuyendo, cuestión que cierra el círculo al conectarla con la falta de apoyo oficial a este deporte.

Aunque hay escuelas para aprender la charrería, y actualmente se reconoce ya la existencia de la categoría de los «charros profesionales», los charros saben que un charro se hace desde la infancia («a charrear y a llorar se aprende con babas y no con barbas»), al nacer en una familia charra que asegura, no nada más la pertenencia a las asociaciones y el aprendizaje del deporte, sino la socialización dentro de ese indispensable *ethos* charro, compuesto de los valores, las tradiciones y los comportamientos que distinguen al *verdadero charro* de *los otros charros*, y que permite vislumbrar las jerarquías y diferencias internas que existen en los distintos grupos. Esta socialización depende, de manera fundamental, de la participación de las mujeres.

Algunas de las diferencias internas en el mundo charro tienen que ver con la existencia de distintos grupos: se habla, por ejemplo, de charros de abolengo, charros nuevos o charros profesionales, charros auténticos o charros hechizos, además de las diferencias de edad (que se materializan en el hacer o dejar de hacer algunas de las suertes, con base en la fuerza o destreza que requieren), hay distintas categorías reconocidas en las competencias. Algunas de estas diferencias tienen su origen en las primeras etapas de la institucionalización de la charrería y en la filiación que las diversas organizaciones seleccionan para explicar la tradición, que fueron creando genealogías distintas de charros. La diferencia más visible es la que se da entre la Asociación Nacional de Charros y la Federación Mexicana de Charrería.

Esto parece estar en la base de que la asociación decana (la Nacional) ha permanecido un tanto al margen —o mejor dicho, por encima— de la organización federal de la charrería. Charros que pertenecen a la Federación Mexicana de Charrería [informan] que es un grupo muy cerrado y elitista, aristocrático, que hace sus [campeonatos] «nacionales» aparte, y que, por ese mismo carácter, de ahí han salido charros a fundar asociaciones que sí puedan integrarse a la Federación y participar con el grueso de la hermandad charra (Ramírez, 2000).

Pero hay otras diferencias que oponen a los charros de distintas maneras, como charros de campo *vs* charros de ciudad; charros amistosos *vs* charros deportivos; charros de abolengo *vs* charros advenedizos; charros *vs* escaramuzas. Sin embargo, sean cuales sean las diferencias, como grupo cultural, lo que disputan los charros en los diferentes grupos que componen la comunidad es, en el fondo, por la reivindicación del lugar de depositarios y transmisores legítimos de una herencia simbólica: la de la esencia de México. Y eso es lo que, sobre todo está en juego en los charros del estado de Jalisco, para quienes la diferencia centro-región es la fundamental.

Hemos visto que en la conformación de la región occidental mexicana, la charrería ha sido un elemento central. El hecho mismo de que en el proceso de búsqueda de los símbolos que pudieran sintetizar y representar «lo mexicano», es decir, que fungieran como emblemas de una nascente identidad nacional, se haya seleccionado a los representantes de Jalisco, habla del impor-

tante papel que representaba esta región para la consolidación del Estado mexicano moderno. Los elementos característicos del centro-occidente de México, y específicamente de Jalisco, se impusieron como los rasgos típicos de identificación nacional sobre los otros elementos que ofrecía el panorama nacional. El efecto de rebote para la región occidente fue un fortalecimiento de la identidad regional y de la convicción de sus pobladores de encarnar la esencia más mexicana. Por supuesto que el mundo charro local se fortaleció aún más y se consolidó como el paradigma final para distinguir lo verdaderamente charro de lo que no lo es.

¿Cuál es el futuro de la charrería, a partir de este panorama que hemos esbozado aquí? En nuestros días, el futuro de la charrería parece estar marcado por los mismos signos que han hecho tambalearse las fronteras simbólicas de todo grupo cultural bajo el embate de las nuevas expresiones y de los nuevos contextos económicos de nuestros tiempos. El charro vuelve a encontrarse, casi un siglo después, en una situación de fuerte competencia frente a otras figuras que quizá pueden representar de mejor manera el mundo actual, cada vez más globalizado y al mismo tiempo más diversificado. Sin embargo, las tradiciones y los estereotipos no mueren súbitamente, sino que más bien van transformándose poco a poco hasta lograr convertirse en aquello que pueda simbolizar los nuevos significados y, en el proceso, van dando lugar a figuras «híbridas», a veces bastante alejadas de la imagen «original». De esta manera podemos leer lo que significan las transformaciones en atuendos, prácticas, comportamientos, lenguaje y manifestaciones folclóricas. Se trata, finalmente, de comprender que la cultura es móvil e histórica, y que si la actualidad plantea nuevas exigencias, también se hacen necesarias nuevas representaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro, Alfonso (1994), «El tequila y sus signos: elogio del hidalgo campirano», en *Artes de México*, núm. 27, edición especial, México.
- (1998). *Miradas de perfil. Encuentros y desencuentros culturales entre México y los Estados Unidos*, SER, México.
- (2002), «El júbilo de la expectación», en *Artes de México*, núm. 60, México.
- Álvarez del Villar, José (1941), *Historia de la charrería*, Imprenta Londres, México.
- (1968), *Orígenes del charro mexicano*. Librería A. Pola, México.
- (1981), *Hombres y caballos de México: historia y práctica de la charrería*, Panorama, México.
- Altamirano, Ignacio M., *El Zarco*, Porrúa, Col. Sepan Cuantos, núm. 61, México.
- Ancona, George (1999), *Charro. The Mexican Cowboy*, Harcourt Brace & Company, San Diego, Nueva York, Londres.
- Anderson, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas*, FCE, México.
- Appadurai, Arjun (1996), *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Public Works, vol. I, U. de Minnesota Press, EUA.
- Archetti, Eduardo P. (2001), *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, FCE, México.
- Ballerino Cohen, Wilk & Stoeltje (comps.) (1996), *Beauty Queens on the Global Stage. Gender, Contests and Power*, Routledge, Nueva York-Londres.
- Ballesteros, José Ramón (1972), *Origen y evolución del charro mexicano*, Porrúa, México.
- Barba Franco, Felipe y Pilar (1989), *Don Andrés Z. Barba. Cien años, una herencia*, Guadalajara.

- Barragán López, Esteban (1997), *Con un pie en el estribo. Formación y deslizamientos de las sociedades rancheras en la construcción del México moderno*, Colmich-Red Neruda, México.
- Hoffman, Odile *et al.* (coords.) (1994), *Rancheros y sociedades rancheras*. CEMCA, Colmich, ORSTOM, México.
- Bartra, Roger (1987), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, Grijalbo, México.
- (2002), «Crónica de un nacionalismo inventado. La condición posmexicana», en *Nueva Revista de política, cultura y arte*, núm. 81, Madrid.
- Bello Villegas, Coty (1993), «Las escaramuzas», en *Revista Escaramuza*, Producciones Sagitario, Cd. Victoria, Tamaulipas.
- Brading, David (1982), *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Era, México.
- Brod & Kaufman (comps.) (1994), *Theorizing masculinities*, Sage Publications, Londres.
- Béjar Navarro, Raúl (1968), *El mito del mexicano*, UNAM, México.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987), *El México profundo*, SEP/Ciesas, México.
- Bourdieu, Pierre (1987), «Programa para una sociología del deporte», en *Cosas dichas por Pierre Bourdieu*, Gedisa, Barcelona.
- Caballero, Genoveva (2001), «Ricardo Zermeño. Un ganadero ganador», en *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, México.
- Carreño King, Tania (2000), *El charro. La construcción de un estereotipo nacional (1920-1940)*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana y Federación Mexicana de Charrería, A.C., México.
- (2000), «Yo soy mexicano, mi tierra es bravía», en *Artes de México*, núm. 50, México.
- Celi, Regina (2002), «La china poblana. Un traje nacional de una leyenda», en *Lienzo Charro. Orgullo Mexicano*, México.
- Chamizo, Octavio (1999), «Delirio y tempestad», en *Espectros de psicoanálisis*, núm. 3, México.
- Chávez Torres, Martha (1998), *Mujeres de rancho, de metate y de corral*, Colmich, México.
- Cohen, Anthony P. (1985), *The symbolic construction of community*, Routledge, Londres.
- Cuéllar, Alfredo B. (1928), *Charrerías*, Imprenta Azteca, México.

- Chamizo, Octavio (1999), «Delirio y Temporalidad», en *Espectros del Psicoanálisis*, núm. 3, El delirio, México.
- Chávez, Octavio (1993), *La charrería: tradición mexicana*, Casa Pedro Domecq, México.
- Dalevuelta, Jacobo (seud.) (1932), *El charro símbolo*, México, edición particular, propiedad artística y literaria de F. Ramírez de Aguilar.
- De la Peña, Guillermo (1999), «Territorio y ciudadanía étnica en la nación globalizada», en *Desacatos*, Revista del Ciesas, núm. 1, México.
- De Orellana, Margarita (1999), *La mirada circular. El cine norteamericano de la Revolución Mexicana, 1911-1917*, Artes de México.
- Díaz Arcienega, Víctor (1982), *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*, FCE, México.
- Díaz y Ovando, Clementina (1999), «Las fiestas del Año del Centenario, 1921», en Galeana, Patricia (coord.), *El nacimiento de México*, FCE y Archivo General de la Nación, México.
- Doñán, Juan José (2000), «Por mi raza hablará Jorge Negrete», en *Artes de México*, núm. 50, México.
- Dunning, Eric (1995), «El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de la identidad masculina y sus transformaciones», en *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, FCE, México.
- Echeverría, Bolívar (1996), «El *ethos* barroco», en *Debate feminista*, México.
- Elias, Norbert y Dunning, Eric. (comps.) (1995) *Deporte y ocio en el proceso civilizatorio*, FCE, México.
- Estatutos de la Federación Nacional de Charros, 16/XII/1933, México.
- Florescano, Enrique (1987), *Memoria mexicana*, FCE, México.
- (2000), *Etnia, Estado y Nación*, Taurus, México.
- Galeana, Patricia (coord.) (1999), *El nacimiento de México*, FCE, México.
- Gallegos Franco, Francisco (1996), *Así es Tepatitlán... (tradiciones y sucesos)*, Consejo de Cronistas de Tepatitlán, Tepatitlán, México.
- García Oropeza, Guillermo (2002), «Zapopan hoy», en *Artes de México*, núm. 60, edición especial, México.
- G. de Cerón, Oralia Isabel (2002), «La charrería arte: su historia y sus artesanos», en *Art of the Charrería. A Mexican Tradition*, Autry Museum of Western Heritage, Los Angeles, EUA.

- (2002), «Charrería: herencia de valores», en *Art of the Charrería. A Mexican Tradition*, Autry Museum of Western Heritage, Los Ángeles.
- Gauchet, Marcel *et al.* (dir.) (1997), *Nación y modernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Goffman, Erving (1970), *Internados*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Gojman de Backal, Alicia (2000), *Camisas, escudos y desfiles militares. Los Dorados y el antisemitismo en México (1934-1940)*, FCE, México.
- Gómez Mata, Mario (2002), «En declive la charrería en Lagos de Moreno», en *El Informador*, 13/V/02.
- González y González, Luis (1968), *Pueblo en vilo*, FCE, México.
- (1973), *Otra invitación a la microhistoria*, FCE, México.
- Gutiérrez, Natividad. (2000), «Mujeres, patria-nación. México: 1810-1920», en *La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 12, Vol. II, Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- Hearn, J., Collinson David, L. (1994), «Theorizing Unities and Differences Between Men and Between Masculinities», en Brod & Kaufman (comps.), *Theorizing masculinities*, Sage Publications, Londres.
- Hobsbawm, Eric; Ranger, Terence (1984), *The Invention of Tradition*, Canto Book, Cambridge Press, Cambridge.
- Inclán, Luis (1940), *El libro de las charrerías*, Porrúa, México.
- (1860), *Reglas con que un colegial puede colear y lazar*, México.
- (1860), *Recuerdos del Chamberín*, México.
- (1872), *El capeadero en la hacienda de Ayala*, México.
- (1987), *Astucia: el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, Porrúa, México.
- Islas Escárcega, Leovigildo (1967), «Síntesis histórica de la charrería». En *Artes de México*, núm. 99, año XIV, 2ª. Epoca.
- y García Bravo y Olivera, Rodolfo (1969), *Iconografía charra*, Charras, México.
- y García Bravo y Olivera, Rodolfo (1969), *Diccionario y refranero charro*, Charras, México.
- Jáuregui, Jesús. (1990), *El mariachi. Símbolo musical de México*, INAH/ Banpaís, México.
- Kaplan, Caren; Alarcón, Norma; Moallem, Mino (eds.) (1999), *Between Woman*

- and Nation. Nationalisms, Transnational Feminisms, and the State*, Duke University Press, Durham and Londres.
- Lomnitz, Claudio (1995), *Las salidas del laberinto*, Joaquín Mortiz, México.
- López Victoria, José Manuel (1965), *La Campaña Nacionalista*, México.
- Miller, David (1995), *Sobre la nacionalidad*, Paidós, Barcelona.
- Molina, Daniel (2002), «Milonga para el macho triste», entrevista con Jorge Salessi. Suplemento *Cultura y Nación*, El Clarín, Buenos Aires.
- Monsiváis, Carlos (1976), «Cultura nacional y cultura colonial en la literatura mexicana». En *Características de la cultura nacional*, ISUNAM, México.
- (1985), «De algunos problemas del término «cultura nacional» en México», en *Revista Occidental*, año 2, núm. 1.
- (1976), «Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX», en *Historia General de México*, Colmex, México.
- (1976), «La cultura mexicana en el siglo XX», en *Contemporary Mexico; papers of the IV International Congress of Mexican History*, James W. Wilkie et al., eds., University of California Press, EUA.
- Mosse, George L. (1985), *Nationalism and Sexuality. Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*. Howard Fertig, Nueva York.
- (1996), *The image of man. The creation of Modern Masculinity*, Oxford Press, Oxford.
- Mullen Sands, Kathleen (1993), *Charrería Mexicana. An Equestrian Folk Tradition*, The University of Arizona Press, Tucson and Londres.
- Muriá, José María; Galván, Cándido; Peregrina, Angélica (comps.) (1987), *Jalisco en la conciencia nacional*, Ediciones del Gobierno del Estado de Jalisco e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, tomo I, México.
- Murillo, Claudia (1999), «¡Viva México, señores!», en *Mural*, Suplemento Club Jalisco, Guadalajara.
- Nájera-Ramírez, Olga (2002), «La charreada en los Estados Unidos», en *Art of the Charrería. A Mexican Tradition*, Autry Museum of Western Heritage, Los Ángeles, EUA.
- Noriega Elio, Cecilia (comp.) (1994), *El nacionalismo en México*, Colmich, México.
- Ortiz Macedo, Luis (1995), *Ernesto Icaza: El charro pintor*, Domecq y Miguel Ángel Porrúa, México.

- Palomar, Cristina (2000), «La charrería en el imaginario nacional», en *Artes de México*, núm. 50, México.
- (2000), «Patria, mujer y caballo», en *Artes de México*, núm. 50, México.
- (2002), *El orden discursivo de género en Los Altos de Jalisco*, tesis doctoral, México.
- Parker, Andrew; Russo, Mary; Sommer, Doris; Yaeger, Patricia (eds.) (1992), *Nationalisms and Sexualities*, Routledge. Nueva York y Londres.
- Paz, Octavio (1964), *El laberinto de la soledad*, FCE, México.
- (1974), *Las peras del olmo*, Seix Barral, Barcelona.
- (1987), «Revisiones: la pintura mural», en México en la obra de Octavio Paz. Tomo III *Los privilegios de la vista*, FCE, México.
- Pacheco, José Emilio, et. al., (1982), *En torno a la cultura nacional*, FCE, México.
- Pérez Montfort, Ricardo (1990), «Nacionalismo y estereotipos 1920-1940», en *El Nacional Dominical*, núm. 25, año 1, México.
- (1992), *Hispanismo y Falange: los sueños imperiales de la derecha española y México*, FCE, México.
- (1988), *Por la patria y por la raza. El discurso nacionalista de la derecha secular durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas*, México, Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, tesis de maestría.
- (1994), *Estampas del nacionalismo popular mexicano*. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo, Ciesas, México.
- Peterson Royce, Anya (1982), *Ethnic Identity. Strategies of diversity*, Indiana University Press, Bloomington.
- Pliego, Antonio (1998), «Logra el reglamento fortificar respeto por el atuendo», en *Revista Charrería. El Deporte Nacional*, año xv, núm. 165, Guadalajara.
- Prado Bayardi (1995), «Don Filemón Lepe», en *Charrería, Patria y Tradición*, núm. 17, vol. 111, México.
- Ramírez, Ana Cristina (2000), *La charrería. Tradición inventada y comunidad imaginada*, CEA-Colmich. Ensayo inédito.
- (2001), *El juego del valor. La participación femenil en la charrería*, CEA-Colmich. Tesis de maestría.
- Ramos, Samuel (1977), *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa-Calpe, México.

- Reglamento General de Competencias de la Federación Mexicana de Charrería, IV/1996, México.
- Rincón Gallardo, Carlos (1939), *El charro mexicano*, Porrúa, México.
- Sánchez Hernández, Guillermina (1993), *La charrería en México. Ensayo histórico*, INAH y Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Guadalajara.
- Sánchez Lira, Rafael (1956), *Iluminación nacionalista*, México.
- Sanders, Karen (1997), *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930*, FCE, México.
- Schmidt, Henry C. (1978), *The roots of lo mexicano. Self and society in Mexican Thought, 1900-1943*, Texas A&M University Press, EUA.
- Serrano Álvarez, Pablo (1992), *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el Bajío (1932-1951)*, México.
- Serrera, Ramón María (1991), *Guadalajara ganadera. Estudio regional novohispano (1760-1805)*, Ediciones del Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara 450 años, México.
- Tenorio Trillo, Mauricio (1998), *Artilugio de la nación mexicana. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, FCE, México.
- Turner, Frederick C. (1971), *La dinámica del nacionalismo mexicano*, Grijalbo, México.
- Ueno, Chizuko (1996), «Orientalismo y género», en *Debate feminista*, año 7, vol. 14, México.
- Valero Silva, José (1987), *El libro de la charrería*, Gacela, México.
- Vaughan, Mary Kay (2000), *La política cultural en la revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México 1930-1940*, SEP, México.
- Vasconcelos, José (1950), *Discursos 1920-1950*, Botas, México.
- Vázquez de Knauth, Josefina (1970), *Nacionalismo y educación en México*, Colmex, México.
- Weber, Max (1997), *Economía y sociedad*, FCE, México.
- Wilk, Richard (1996), «Connections and Contradictions: From the Crooked Tree Cashew Queen to Miss World Belize», en Ballerino Cohen, Wilk & Stoeltje (comps.), *Beauty Queens on the Global Stage. Gender, Contests and Power*, Routledge, Nueva York & Londres.
- Zuno, José Guadalupe (1957), *Las artes populares en Jalisco*, Centro Bohemio, Guadalajara.



Lic. Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Lic. Héctor Pérez Plazola
Secretario General de Gobierno

Sra. Sofía González Luna
Secretaria de Cultura

Arq. Salvador de Alba Martínez
Director General de Patrimonio Cultural

Sra. Patricia Urzúa Díaz
Directora General de Fomento y Difusión

Lic. Luis Manuel Cadavieco Alarcón
Director de Publicaciones

Lic. Ignacio Bonilla Arroyo
Director de Culturas Populares

Sr. Luis Antonio González Rubio
Coordinador Académico del Proyecto
«Las Culturas Populares de Jalisco»



EN CADA CHARRO, UN HERMANO
se imprimió y encuadernó en agosto de 2004
en Servicios Editoriales de Occidente, S.A. de C.V.
Pino Suárez 169, Zona Centro, 44100 Guadalajara, Jalisco.
El tiro constó de 2 000 ejemplares.

Diseño editorial: Avelino Sordo Vilchis ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~
Fotografía: Carlos Palomar Vereá [excepto página 86, cortesía del Archivo Fílmico Agrasánchez,
Harlingen, Texas] ~ *Cuidado del texto:* Felipe Ponce ~ *Fotocomposición:* EL INFORMADOR

La imagen que representa la *mexicanidad* es la figura del charro, ese varón que usa un traje propio para montar a caballo, sombrero de ala ancha y que lleva una soga, además de una pistola. Esta imagen ha dado la vuelta al mundo y es reconocida en todas partes como propia de México, a pesar de la pluralidad cultural y étnica que compone la nación. Sin embargo, el charro es, sobre todo, el representante de los pobladores de la región Occidente de México, específicamente del estado de Jalisco, igual que el Jarocho representa al estado de Veracruz, y la Tehuana a la región del Istmo.

El hecho de que esta específica imagen haya sido propulsada a los escenarios nacionales e internacionales como representante de «lo mexicano», responde a distintos motivos y entraña diversos sentidos, que son importantes para comprender qué tienen que ver con la conformación de la Nación Mexicana como con el proceso de la construcción del Estado moderno mexicano después de la Revolución, al igual que con la producción de los discursos nacionalistas y de la identidad mexicana.

Este trabajo quiere ser un estudio descriptivo, de corte antropológico, de la charrería en el estado de Jalisco, tratando de incorporar este debate en torno a la tradición y la práctica deportiva, que permite descubrir en el fondo otro debate más profundo ligado a las preocupaciones sobre el significado actual de la charrería, que se conecta con las transformaciones de las identidades nacionales, étnicas, de género y de clase social que se incluyen en su seno. Intentaremos explorar cuál ha sido el proceso por el cual esta práctica socioeconómica llegó a ser una tradición que dio luz a la institución de un deporte nacional, a una figura nacional y a un significado cultural tan rico y complejo.



EL INFORMADOR
DIARIO INDEPENDIENTE

CONACULTA
CULTURAS POPULARES E INDÍGENAS

EDITORIAL AGATA



ciesas
Occidente